



Andrés SanDemetrio

CUANDO LOS CEREZOS FLOREZCAN

Capítulo I.

Benjamín

El seco y profundo estruendo recorría a sus anchas por toda el aula. Lo hacía con la rabia, el ímpetu y el agrado que le otorgaba no tener que compartir el espacio con ningún otro sonido, y es que, en esos momentos, en la estancia reinaba el más absoluto de los silencios. Se encontraba realizando una y mil piruetas en el limitado espacio de la habitación, disfrutaba del placer que le producía la soledad. Abajo, tras su estela, inmóvil sobre la mesa, yacía el grueso y viejo volumen de descoloridas tapas grises al que, al ser abatidas sus hojas, unas contra otras, le acababan de devolver nuevamente a la vida. Eran unas hojas amarillentas, gastadas por el tiempo y por el uso.

Un sujeto de poblada y canosa barba paseaba su mirada por todos y cada uno de los allí presentes. Estos, inmóviles y absortos, no desviaban ni un ápice sus miradas de él, el cual, desde su estrado, se dedicaba a escudriñar uno por uno a los adolescentes que conformaban su auditorio. A medida que esto ocurría, fue distendiendo su faz en una incipiente y maliciosa sonrisa.

—Y ahora, señores —cortó con su modulada voz el silencio, obligando con ello a buscar albergue al sonido recién liberado en el interior del joven con el alma más predisuelta que encontró. Benjamín, ese fue el nombre del muchacho elegido, el cual lucía un llamativo mechón blanco en su cabello—, respóndanme con la mayor sinceridad posible, con la misma que sus aún inocentes almas son capaces de sentir, de intuir siquiera... ¿Disculpa una meta todos los recursos que utilicemos para conseguirla? ¿Todo vale? O, dicho de un modo más sencillo, ¿el fin justifica los medios?

Capítulo II.

Covadonga

Se había levantado un viento molesto. Entre las personas que paseaban por el recinto, se encontraba un hombre al que acompañaba una niña. Sus sombras se plegaban sobre la arremolinada superficie del estanque, dibujándose en ellas las manchas distorsionadas de sus figuras.

El pequeño estanque que rodeaba toda la parte delantera del conjunto arquitectónico formaba la vía procesional. Era un pobre intento de, al menos, recordar con cierta vaguedad que, a la altura de la primera catarata, el Nilo había sido su fiel compañero durante muchísimo tiempo, hasta que la mano del hombre, arbitraria y caprichosa como siempre, había roto ese vínculo.

El agua contemplaba furiosa con sus innumerables ojos el corto camino que los conducía a la puerta del templo, cuyo frontispicio estaba formado por dos portales rectangulares de losas de piedra arenisca. Sobre su superficie se mostraba la imagen de tres torres piramidales truncadas, su figura aparecía desdibujada y se podían apreciar las grandes grietas que las recorrían. Sin ningún género de dudas, se trataba de enormes arrugas marcadas por la vergüenza, al enseñar su desnudez en esta tierra que les resulta tan lejana y extraña. Eran restos de un tiempo pasado.

Los ojos de la niña eran oscurecidos por las pocas nubes que recorrían el cielo en ese momento y por una gran tristeza.

Tras haber accedido finalmente al interior de la sala hipóstila, la niña descubrió, integrada en un grupo de personas que pasaba frente a ellos, la figura de una mujer que, por el modo en que abrió los ojos, le tenía que resultar altamente familiar. La cara de la chiquilla se endureció al comprobar que esa mujer, la que le había provocado esa reacción de asombro, la ignoraba y pasaba de largo sin decirle nada.

—Mamá. Mamá. —Corrió esperanzada hacia la figura femenina, perdonándole que no le hubiera hecho el menor caso al verla y deseando con todas sus fuerzas que esa mujer fuera quien creía que era: su madre.

—¿Qué ocurre, niña? —le dijo la mujer, sonriéndole comprensiva al verse zarandeada por la niña—. ¿Te has perdido?

—Lo siento señora. Es mi hija. La ha confundido con otra persona. Perdónela. —Se acercó apenado el hombre que la acompañaba intentando coger una de las manos de la pequeña, a lo que esta rabiosa se oponía, como se negó durante tanto tiempo a aceptar la realidad. Ese había sido el segundo revés de su vida. El primero, la muerte de su madre.

—Comprendo —les sonrió la mujer entendiendo lo ocurrido, viendo cómo la niña que tenía frente a ella rompía a llorar al comprobar que sus esperanzas se habían roto—. No hay nada que perdonar —concluyó acariciando ligeramente el rostro de Covadonga.

En ese momento, esa niña recibió la primera de las lecciones de la vida, aprendió que una de las cosas peores que le puede ocurrir a una persona era recibir falsas esperanzas.

Sentados en el pórtico de entrada, dando la espalda a las cuatro columnas que se apoyaban sobre el podio, padre e hija escuchaban las voces que venían del interior, entre los sollozos de esta última, y cómo mientras estas se alejaban iban diciendo:

—Esa figura es el emperador romano Augusto. Está ofreciendo un sacrificio compuesto por un toro, una gacela y un antílope. Lo hace golpeándolos repetidas veces.

»¿No os parece curioso que todos los animales representados aquí sean astados? —manifestó el guía del grupo, lo que indicaba lo reacio que era ese sujeto a creer en las casualidades.

»Esa figura que veis ahí —prosiguió la voz a sus espaldas—, es la diosa egipcia Isis. Y ahora, el primer emperador romano, Julio César —continuó con su descripción el individuo— ofrece una bandeja de alimentos a los dioses Amón y Mahes. Y aquí, les da tres cañas a Isis y a su esposo Osiris. ¿Veis? Estas representan los frutos de los campos.

Covadonga había cesado en su llanto pero no en los reproches a su padre:

—Quiero saber cuándo vendrá mamá —le reprendió entre sollozos la niña nuevamente.

—Algún día, hija. Algún día —fue la única respuesta que fue capaz de articular su padre en esos

momentos, sumiéndose después en un largo y doloroso silencio.

—Algún día —se quejó con amargura la niña—. Algún día. Siempre me dices lo mismo, papá.

Lamentablemente, ese día había tardado tanto en llegar que había llegado a olvidar las facciones del rostro de su madre. Finalmente, su padre, conocedor del hecho de que los niños no alimentan sus almas de recuerdos como lo hacen los mayores, sino de esperanza, comenzó a decirle:

—Eso que estás viendo, sobre el estanque, son los pilonos que señalan la ruta que hace mucho mucho tiempo los fieles seguían antes de adentrarse en el edificio. Pasaban por debajo de ellos en el camino que les conducía al templo.

Su padre, ese maestro de escuela, acostumbrado como estaba a tratar con niños después de estar tanto tiempo con ellos durante todo el día, sabía que, si conseguía centrar el interés de su hija en otra cosa, dejaría automáticamente de sentir el dolor y la pena que ahora la embargaba por no poder ver a su madre. Ese era un regalo que solo se les concedía a los niños: dejar arrinconados en su memoria sucesos dolorosos, permitiéndoles pasar página rápidamente.

—La fachada del santuario da la bienvenida al nuevo día. Por ahí, todas las mañanas, sale el sol.
—Señaló con su dedo hacia un horizonte cuarteado por las terrazas de los edificios que se asomaban frente a ellos más allá del jardín, consiguiendo al fin centrar la atención de su hija en el templo que los rodeaba.

—Qué bonito. Agua —dijo la niña al verse reflejada en ese improvisado espejo líquido, dejando a un lado sus lloros anteriores y mostrándose ahora divertida al comprobar que el chapoteo provocado por su mano había asustado al pájaro que estaba bebiendo tranquilamente junto a ella. Su poderoso aleteo lo elevó majestuosamente sobre la tierra, y su figura se alejaba volando en dirección hacia la enorme fachada del edificio que se levantaba ante sus ojos, en la otra parte de la calle.

—Así es, pequeña, agua —le contestó cariñosamente su padre tras comprobar graciosamente cómo una racha de aire hacía ondear el lazo que pendía caprichosamente detrás de la graciosa pámela rosada que lucía su niña, arremolinándolo junto con su largo cabello negro.

—Papá, cuando sea mayor quiero trabajar allí —le dijo señalando la construcción de seis plantas hacia la cual se encaminaba rauda el ave batiendo acompasadamente las alas, edificación cuya fachada era recorrida por enormes franjas de cristal y en cuyo tejado se podía contemplar una enorme bola del mundo que remataba el edificio.

—Pero para eso has de ser periodista, preciosa. Tendrás que estudiar muy duro para conseguirlo
—le advirtió con prudencia el hombre al observar la impresionante sede del periódico que se levantaba ante ellos.

—Pues entonces estudiaré mucho, muy duro, y seré periodista, papá —le contestó con resolución la niña, tomando como ejemplo para conseguir su propósito el vigoroso vuelo del pájaro que estaba siguiendo con la mirada.

Su progenitor la observó de arriba abajo y terminó ofreciéndole una sonrisa. Era la misma que le

regalaba todas las mañanas al levantarse. Era la misma con la que se despedía hasta el día siguiente todas las noches. La misma que lo había ayudado a superar la ausencia de su madre poco tiempo atrás.

Y la misma que echaría tanto de menos un tiempo después.

Años después...

Capítulo III.

Benjamín

Ese niño del llamativo mechón blanco, naturalmente, había crecido. Lo había hecho como el resto de jovencitos que lo acompañaban aquel día en clase.

Ahora, años más tarde, ese niño llamado Benjamín se había convertido en un joven que caminaba a altas horas de la noche solo. Lo hacía únicamente acompañado de sus recuerdos. Mala cosa que alguien tan joven viaje con tan molesta y pesada compañía: sus recuerdos. Un joven no está para recordar, sino para vivir. Para lo primero ya están los ancianos.

Sus pasos lo habían conducido al casco viejo de la ciudad, donde aún permanecían abiertos locales de copas hasta altas horas de la madrugada. La iluminación era escasa. Había bebido algo durante la noche. A sus oídos empezaron a llegar, entremezclados, el murmullo de la gente y la música que se escapaba por la puerta de los locales abiertos. No sabía muy bien cómo estaba sucediendo, no tenía muy claro si lo que estaba viendo era fruto de la oscuridad, del alcohol que ya nublaba algo su juicio o de una mezcla de ambos. La cuestión es que, cuando la vio allí de pie, sola, apoyada en la pared, y cuando su mirada se cruzó con la de la mujer, le pareció estar ante la más hermosa que había visto jamás. En ese instante mágico, a sus oídos llegaban las frases de una canción que ya no iba a olvidar jamás:

Ahora estoy listo .

A pesar de tener una talla no muy elevada, tenía un cuerpo bien proporcionado. Su pelo era negro como la noche, sus ojos, brillantes como la luna, y sus labios eran una interrogación como las curvas de su cuerpo.

Para cerrar los ojos .

Se la encontró apoyada en la pared, sobre el empedrado de una de las estrechas calles que formaban el casco viejo.

Y ahora estoy listo .

Se hallaba fuera de uno de tantos locales que por la noche abrían sus puertas para permitir a los jóvenes, y a los que no lo eran tanto, adentrarse en su interior.

Para cerrar mi mente .

Estaba sola, como él; bebiendo de un vaso en forma de tubo que contenía un líquido de tono verdoso.

Y ahora estoy listo .

Su mirada aparecía envuelta y algo turbada por los gritos que salían al exterior pidiendo una nueva copa. La canción que estaban escuchando que era *I wanna be your dog* . Salía a través de los altavoces mostrando la voz rota de James Newell Osterberg, más conocido como Iggy Pop, el vocalista de la banda de *rock* The Stooges.

Cuando llegó a su altura, le pareció ver una invitación en esos dos ladrones que tenía por ojos.

Para sentir tu mano .

—Hola —se atrevió a decirle—. Mi nombre es Benjamín.

Y perder mi corazón .

—Hola —le devolvió el saludo, mostrándole una sonrisa que iluminó su redondeado rostro—. El mío es Alba.

En las ardientes arenas .

—Si fueras un animal, ¿cuál crees que serías? —le preguntó ella taimadamente.

—Un camaleón —respondió incautamente.

—Bien. Me gusta —le ofrendó una ligera sonrisa que le permitió ver cómo sus pequeños dientes asomaban por entre sus húmedos labios.

—Y si te preguntara por el color al cual habrías mudado la piel, ¿qué me responderías?, ¿que el color ahora es el negro, como el de la noche?

—No —la corrigió—. Ahora el color de mi piel sería el rojo.

—¿Qué rojo, el de la vergüenza? —le sugirió burlona.

—No. El de la pasión.

—Guau. Qué peligro tiene encima mi niño.

—Es curioso, pero el que cree que está en peligro soy yo —dijo Benjamín inquieto.

—Y si te preguntara por el regalo que me harías esta noche, ¿qué responderías? —continuó con el juego que había iniciado, y que él, ingenuo, le seguía.

—A una mujer como tú, le regalaría una mirada suplicando un poco de atención por su parte, una frase bonita que se acercara a la belleza de su rostro y una canción que reflejase lo que siento por ella.

—La mirada ya la traes contigo. ¿Y la canción?, ¿quién la canta? ¿de quién es? —le preguntó capciosa la mujer.

—Sería tuya. Y no se trata de qué o quién la canta, sino cómo sería esa canción.

—¿Cómo sería? —le preguntó, curiosa y divertida.

—Esa canción empezaría con un largo lamento emitido por el acorde de una guitarra eléctrica, que sería el tiempo que he estado buscándote. Esta iría acompañada por una batería cuya rítmica cadencia representaría los pasos que he tenido que dar, durante toda mi vida, hasta dar contigo. Y, para finalizar ese momento, lo haría con una armónica que, con un hondo pesar, te diría lo triste que sería vivir un día más sin ti.

—¡Pero qué peligro tienes! —terció la mujer sonriéndole antes de añadir—: Si no recuerdo mal, me falta un regalo, aunque, la verdad —le lanzó una cautivadora mirada recorriendo su cuerpo de arriba abajo—, no sé si pedírtelo o no.

—Como quieras —respondió, manteniéndole a duras penas la mirada.

—¿Cómo voy a rechazar semejante obsequio? Lo quiero todo —dijo la mujer entreabriendo sus labios.

—No hay ninguna frase —dijo con una sonrisa socarrona, creyendo inocentemente que ya era suya.

—¿No? ¿Y eso? —le preguntó amagando una falsa desilusión.

—Porque cualquier palabra que dirigiera hacia tu cara oscurecería el brillo de tus ojos.

—Pero qué peligroso que eres —repitió la mujer sonriéndole durante apenas un segundo, momento en el que llegó a tener la certeza de que, a partir de ese instante, ya no podría dejar de amarla.

Capítulo IV.

Covadonga

Habían pasado unos cuantos años desde entonces, y la niña convertida en mujer había cumplido sus sueños, o, al menos, uno de ellos. Después de mucho trabajo y sacrificio finalmente lo había conseguido: era periodista.

Así es, mi principal deseo se había visto cumplido. De los demás, del resto de sueños, prefiero no pensar en ellos, al menos de momento; los he dejado envueltos entre muchas sábanas de olvido para así no tener que recordarlos.

Un periódico es una fábrica. Sí, una fábrica, tal y como suena. En ella no se hacen muebles, juguetes ni coches, en ella se elabora algo abstracto, en ocasiones falaz y siempre extremadamente moldeable. Lo que sale de allí es conocido con el nombre de *noticias*.

Como toda factoría, un periódico se divide en diferentes secciones. De entre todas ellas, la sección de Local es la que requiere una mayor entrega y dedicación por nuestra parte. La sección de Local no es solamente un noticiario de sucesos, no, es mucho más que eso, es la que le toma el pulso a lo que nos rodea. Es, por lo tanto, la más dinámica de todas las que conforman un periódico. Se encarga de recoger todo lo que acontece en la ciudad. No solo transmite los partes de la policía, de eso ya se encarga Sucesos, sino de todo lo que ocurre o está a punto de acontecer.

Los periodistas somos los obreros de las noticias. Un periodista vive por y para la noticia. Nuestras manos les dan forma. Podría afirmar que una noticia es el modo objetivo con que se cuenta un suceso, pero eso sería faltar a la verdad, para comprobarlo no tiene más que plantarse delante de un quiosco y observar el trato diferente que las distintas publicaciones le dan a un mismo acontecimiento. Conclusión: la noticia tiene tantas caras como periodistas informan sobre ella, por lo tanto, una noticia es cualquier cosa menos una forma inocente de contar la actualidad. Es usted, y solo usted, quien ha de juzgar y elegir la publicación que se acerca más a la realidad o, en su defecto, aquella que casa en mayor medida con su forma de entender esa realidad. ¡Allá cada cual con lo que cree!

Las noticias tienen infinidad de aspectos y apariencias, las hay de mil y una maneras, pero a mí en particular las que me gustan, las que me ponen, son las veraces, aquellas que se ciñen única y exclusivamente a la verdad y no a la interpretación de nadie.

—Covadonga —se escuchó en esos momentos una voz masculina a mi espalda con aire de apremio—. Necesito eso para hoy.

Covadonga. Ese es el nombre con el que me conocen los que me rodean. Mi verdadero nombre, en cambio, no es ese, me suelo referir a mí misma como *la mujer de las cuatro mentiras* .

Esa inclinación por la verdad la adquirí de mi padre. Tuvo que pagar un alto precio por ese apego. El más alto que cualquiera tiene que desembolsar para conservar aquello en lo que cree. Lo costó con su vida.

Desde entonces, desde ese momento, me conozco a mí misma como acabo de decir, como *la mujer de las cuatro mentiras* .

Esas son las que necesito para sobrevivir en este almacén de sueños rotos en que se ha convertido mi existencia, ni una más ni una menos.

Capítulo V.

Alejandro

La redondez de su rostro mostraba unas pupilas serias, adultas y preocupadas. Cuando algún obstáculo impide a estas observar lo que acontece frente a ella, sus finos oídos se encargan de darle la información que precisa.

Ha estado aquí desde el principio de los tiempos. Desde que el hombre empezó a ser hombre y a comportarse como tal.

Sus ojos han sido y son testigos de nuestro errático caminar.

Cuando el sol se ocultaba hasta la mañana siguiente, ella era la única que nos ofrecía consuelo en esas oscuras y peligrosas noches de nuestros primeros pasos en los que aún no conocíamos ni el fuego.

¿Que quién es? ¿De quién os estoy hablando?

Fácil. Para ver su cara, solo tenéis que levantar vuestra mirada por encima del horizonte y, la mayoría de las noches sin nubes, vuestros ojos se cruzarán con los suyos.

A lo largo de la historia, el miedo ha sido el mayor enemigo de la libertad en el hombre. Cuando este, cala en la conciencia de las personas les quita todo tipo de libertades. Entonces la democracia no es sino otra mentira más. Eso era, por desgracia, lo que estaba ocurriendo en esos momentos: el miedo campaba a sus anchas.

Esa noche, la luna, preocupada, estaba escuchando cómo sufríamos una nueva caída más en el lodazal de la iniquidad, porque a sus oídos estaban llegando las siguientes palabras:

—Siéntese —había recibido como única respuesta a su saludo inicial el hombre de mediana edad, eso y la indicación hecha con la mano del lugar que debía ocupar junto a ellos.

El tono de voz utilizado por el sujeto que ocupaba la parte ovalada de la mesa mostraba impaciencia y preocupación. El resto de los allí reunidos ocupaban la mitad más alejada de la puerta por la que había accedido el recién llegado. Ese individuo, el que presidía la mesa, se sentaba en un sillón mucho más grande que el resto de sillas que servían de asiento a los demás. Reclinado hacia delante, apoyaba sus brazos sobre un reluciente portafolio azul.

Todos los allí reunidos manifestaban en sus rostros gravedad y preocupación, no parecía que estos apoyaran solamente los brazos sobre la mesa oscura y brillante que ocupaba el centro de la sala, sino también los temores e interrogantes con que habían acudido a la cita.

Tras tomar asiento en silencio, el recién llegado contempló a los dos hombres situados enfrente de él, a los que no había visto jamás. Los otros dos, los que tenía a cada lado, eran sus superiores más inmediatos: a su derecha estaba el jefe de la División de Inteligencia Interior y a su izquierda el jefe del Área de Terrorismo de la División de Inteligencia Interior.

Unas confortables sillas giratorias de color gris intentaban, con su comodidad, hacer más llevaderas las dudas de todos los allí presentes.

Se respiraba dentro de la estancia el aire pesado y viciado de viejos rencores y de próximos enfrentamientos entre las dos alas de la mesa.

Dos bandos y cinco rostros que, con semblante serio y preocupado, centraban sus miradas en el sujeto que acababa de entrar.

—Le estábamos esperando —le soltó el hombre que ocupaba la cabecera de la gran mesa de nogal, que en ese momento se hallaba aplicando la llama del encendedor a la cazoleta de la pipa

de tonos oscuros que mantenía entre sus dedos.

—He venido tan pronto como se me informó, señor — le respondió con voz apagada el individuo amonestado. Su respuesta fue acompañada por una mirada llena de interrogantes dirigidos al hombre que se hallaba sentado a su izquierda, su superior más inmediato, consiguiendo de este solo un leve encogimiento de hombros como única respuesta.

—Bien, caballeros —retomó la palabra nuevamente el individuo que encabezaba la reunión. El color de su piel era casi tan pálida como su pelo cano, y ambos contrastaban con ese par de ojos negros que se escondían y parapetaban tras sus pobladas cejas, que ahora lanzaban una significativa y severa mirada repleta de desagrado al recién llegado, al ver que no había acatado con un silencio su reproche—. Ya podemos iniciar la reunión —añadió, al tiempo que exhalaba las primeras bocanadas de humo. Al ascender, estas se anudaban entre sí formando una extraña figura semejante a una serpiente que sinuosamente iba subiendo hasta el techo de la estancia.

Tras tales palabras, se instaló nuevamente entre los allí presentes un pesado silencio. El mutismo era acompañado por un intercambio de miradas inquisitivas entre los dos bandos. Dos facciones que la mesa, como si de una línea fronteriza se tratara, había dispuesto. Por una parte, se encontraban los responsables de conseguir la información necesaria para ser procesada y posteriormente transformada en inteligencia para

La Casa [\[1\]](#), y por otra, frente a ellos, en clara oposición, estaban los dos responsables de los agentes operativos, que eran los encargados de llevar a cabo y ejecutar las misiones que se estimaran oportunas.

El hombre que presidía la mesa parecía pensativo. Tras girar la mirada hacia un lado y hacia otro, finalmente apartó la pipa de su boca y, mostrando una sonrisa torcida, quizás porque le resultaba graciosa la pugna que se palpaba allí dentro, se dirigió a uno de los allí presentes:

—Cuando quiera —le invitó a iniciar la exposición al hombre que estaba sentado a su izquierda, junto al recién llegado.

—Gracias, don Alejandro —tomó la palabra el único de los allí reunidos que estaba en mangas de camisa, ya que el resto de los presentes conservaba puesta la americana de sus trajes, que caían rectas y severas sobre sus hombros como si de un uniforme se tratara. Ni vestidos de paisano podían esconder su condición militar—. Ante la certeza de que una ventana se había abierto que nos podría llevar a conseguir una información muy valiosa, tramité el informe elaborado por uno de mis analistas. —Se detuvo un instante en su explicación para señalar al recién llegado, el cual, al ser nombrado, levantó tímidamente por primera vez los ojos de la mesa—. Para lo cual elaboré una nota de trámite interno de mi sección. En este documento, con el número de referencia 75/22-12-94, expuse la importancia que podría tener el realizar un control de actividades [\[2\]](#) sobre Benjamín Diéguez Gil —terminó el sujeto su breve exposición desabrochándose los botones de los puños de la camisa.

—Documento que obra en mi poder —tomó la palabra ahora el hombre que estaba sentado a la derecha del individuo que había sido el último en incorporarse a la reunión.

El hombre, de edad ya avanzada y expresión grave en el rostro, se quitó lentamente las gafas de montura cuadrangular que llevaba puestas y, tras dejarlas con suavidad encima de la mesa, continuó diciendo:

—Y que, nada más recibirlo y estudiarlo, me animó a tramitar una orden de apoyo operativo [3], avalando con ello el trabajo de mis hombres, al tener la certeza de que estaban detrás de algo importante —concluyó señalando a la pareja de hombres que tenía a su derecha.

—Entiendo —añadió pensativo el sujeto al que hacía breves momentos se habían dirigido llamándolo don Alejandro—. Entiendo —repitió una vez más para sí, girando su mirada hacia los dos hombres que tenía a su lado y que de momento permanecían en el más absoluto de los silencios a pesar de ser el blanco de todas las miradas.

—¿Sabe cuál fue la respuesta del DAO [4], señor? — dirigió su pregunta visiblemente molesto al hombre que estaba fumando—. Sí, claro que lo sabe —se respondió a sí mismo tras una breve pausa en la que limpió con un pañuelo el cristal de sus gafas—. Si no fuera así, esta reunión no se hubiera producido nunca —estas últimas palabras consiguieron arrancar un mudo gesto de asentimiento del individuo cuestionado.

—Así es —le concedió este—. A ver, joven, cuéntenos dónde empezó todo este asunto, qué fue lo que captó su interés y, sobre todo y lo más importante..., ¿qué fue lo que atrapó su curiosidad? —concluyó interesado el hombre que presidía la reunión dirigiéndose hacia el analista de inteligencia.

—Verá, señor —inició con voz trémula su exposición el personaje aludido—. Toda esta historia arrancó hace muy poco tiempo, concretamente el dieciocho de este diciembre pasado. Ese día, las fuerzas de seguridad del Estado detuvieron a cinco personas. Con esa intervención consiguieron desarticular un comando llamado Viento del Norte. —A medida que iba avanzando en su exposición, su voz, que había comenzado titubeante, iba adquiriendo una mayor seguridad y aplomo—. La acción tuvo lugar el domingo dieciocho de diciembre, como ya he señalado con anterioridad. Tres días después, el miércoles día veintiuno por la mañana, a primera hora, ya tenía una copia de la documentación incautada a dicho comando sobre mi mesa. Entre los papeles que se me entregaron figuraba un grueso volumen titulado *Remodelación organizativa: resoluciones*. Después de leerlo y analizarlo, llegué a la conclusión de que se trataba de un desglose de la visión que ellos tienen de la situación actual en sus dos vertientes, por un lado, de la político-social, y por otro, de la lucha armada, incluyendo, además, cuáles eran los diferentes caminos que podían tomar. La importancia de este documento radica en su marcado calado político, ya que hacen una autocrítica de...

—Al grano, hijo, al grano —le interrumpió impaciente el individuo que dirigía la reunión, sacándose pesadamente la pipa de la boca.

—Sí, claro, señor —le respondió este solícito—. Entre los papeles hallados aparecieron documentos de identidad falsos y unos folios escritos a mano. En ese manuscrito, aparte de plasmar sus sueños y anhelos... —al llegar ahí, una sonrisa tímida iluminó un poco su rostro—. Ya saben todos los aquí presentes cuáles son los sentimientos que los impulsan en su lucha. Suelen ser bastante coincidentes en una amplia mayoría y estos son solo algunos ejemplos: «Espero que

algún día las fuerzas de ocupación sean derrotadas». «Espero que, algún día, esas fuerzas y a quienes protegen sean expulsados». «Espero que algún día mi pueblo consiga ser libre y, para que ello pueda cumplirse, dejaré todas mis energías y empeño en ello, y si hace falta daré hasta la última gota de mi sangre para que ese sueño sea posible en el futuro».

»Bien —prosiguió después de hacer una pausa para tomar algo de aire, ya que se había ido acelerando el ritmo de su voz a medida que salían las palabras de su boca, delatando con ello que ese era el momento que había estado esperando—, a todo esto, en ese escrito que obra en nuestro poder, añadía la siguiente observación: «Me preocupa Benjamín, su implicación ya no es la misma, está como ausente. Hablas con él y sus respuestas son cortas y mecánicas. Está siempre ensimismado, más de lo normal, lo cual ya es decir. Es como si hubiera puesto un muro entre los dos, o más bien entre él y el mundo, que me impide acercarme a él como antes. En fin, espero que sea algo pasajero, que se le pase pronto y que vuelva a ser el de antes».

Las últimas palabras del analista fueron acompañadas por una bocanada de humo, procedente del fumador de pipa, que cubrió todo su rostro mientras lo miraba con interés.

—Tras unas gestiones —consiguió no sin dificultades seguir con su explicación—, conseguimos localizar al tipo al que se refiere en estas líneas, llamado Benjamín. Este sujeto no fue apresado en la operación policial. Logró huir y cruzar la frontera. Durante un tiempo, coloqué su nombre en nuestra lista de durmientes y aguardé pacientemente a que volviera a emerger. La espera no fue muy larga, duró algo más de un mes, hasta que Benjamín volvió a salir, siendo localizado nuevamente. Y entonces...

—La verdad es que no dejáis de sorprenderme —le interrumpió uno de los dos sujetos que tenía frente a él, en la otra parte de la mesa. Hasta ahora había estado siguiendo la reunión en el más absoluto de los silencios. Su prematura

calvicie y una nariz delgada y alargada le daban un aspecto inquietante y amenazador—. No me lo puedo creer —prosiguió—. ¿Por esta tontería que cualquiera de nosotros hubiera pasado por alto, por ese párrafo tan confuso y tan dado a múltiples interpretaciones, propuso un control de actividades? —le preguntó visiblemente irritado.

—Para mí no lo es, señor —intentó defenderse el analista—. Tenga en cuenta que ese es nuestro trabajo, sacar el trigo de la paja.

—Ya. Es increíble.

Los ojos pardos del hombre paseaban erráticos por la habitación. Buscaban inútilmente una lógica que era incapaz de encontrar. Finalmente, terminaron clavando su mirada en el analista y continuó diciendo:

—¿Sabe que en muchas de las actuaciones que proponen analistas como usted nos jugamos la vida? —le soltó furioso—. ¿Sabe que lo que para usted es solo un juego mental y una ocurrente asociación de ideas, para nosotros supone salir ahí fuera y poner en peligro nuestra integridad? No, claro que no. —Hizo una breve pausa para coger aire y proseguir—: Si por una insignificante reseña que hace un amigo suyo, donde muestra la preocupación por un distanciamiento en su relación de amistad, usted ya empieza a ver disidencias, no me quiero ni imaginar cuáles serían

sus conclusiones si la carta fuera dirigida a su chica y hubieran cuestiones sexuales de por medio. Si no fuera tan importante lo que nos jugamos, sería de risa —espetó iracundo, agriando aún más con ello sus angulosas facciones.

—No consiento que me diga lo que es jugarse la vida —saltó como un resorte el hombre que estaba terminando de ponerse las gafas y que se hallaba sentado frente al sujeto que había tenido esa reacción tan visceral y desproporcionada—. Hay que joderse —añadió socarrón—. Cuando tú aún ibas con pantalones cortos al colegio, con el bocadillo en una mano y la cartilla escolar en la otra, y aún estabas aprendiendo a leer y empezabas a articular con dificultad «mi mamá me mima mucho», yo ya estaba poniendo mi vida en juego por mi país, ¿lo entiendes? —le respondió con dureza—. Lo hacía gustosamente y lo sigo haciendo del mismo modo. Lo hacía porque creía que era mi deber. Obedecía órdenes y punto, y por eso escogí esta profesión, para servir a mi patria. Pero usted ¿se ha preguntado alguna vez por qué lo hace?

Después de un breve silencio en el que lo estudió de arriba abajo, continuó, ya más pausado:

—Sí, estoy completamente seguro. Usted sí que lo sabe —añadió con desprecio—. Aunque dudo mucho que sus razones tengan algo que ver con las mías. Para usted, y para gente como usted, servir a su país y dar su vida por él si es necesario son poco menos que memeces, ¿me equivoco?

—Señores, un poco de calma por favor. Les recuerdo que estamos en una reunión informativa, intenten controlar al menos sus modales —terció el hombre situado en la esquina de la mesa, intentando apaciguar un poco los ánimos cada vez más caldeados de los allí presentes—. Continúe joven. —le cedió nuevamente la palabra llenándole el rostro otra vez de humo.

—Pues creo que, a grandes rasgos, eso es todo señor, no tengo nada más que decir hasta mostrarles el informe — dijo el interpelado haciendo un esfuerzo para intentar recuperar la firmeza que había perdido tras la interrupción.

—Pero yo no —intervino de nuevo el sujeto que tenía a su izquierda, subiéndose aún más las mangas de la camisa y dejando ver un vello tan encanecido como su pelo—. No voy a permitir que una panda de engreídos echen por tierra mi labor durante tanto tiempo desempeñada y a cuyos frutos me remito. No voy a consentir que la niña bonita de la casa cuestione la labor de uno de mis hombres y, por supuesto, no voy a consentir que me chuleen ustedes en la cara. Para que se enteren y, tal vez, con la vana ilusión de que algún día los pilares de su egolatría se tambaleen, escuchen esto:

»Cuando ustedes se llevan una y otra vez las mieles del triunfo, las felicitaciones y las palmaditas en la espalda del trabajo bien hecho, es porque detrás, durante mucho tiempo, ha habido un incansable trabajo por parte de los que usted tanto desprecia y humilla llamándoles *cabeza de huevo*. No, no son capaces de saltar verjas de cinco o seis metros, ni de acertar a un blanco a varios centenares de metros, ni muchas otras cosas a las que no están ni habituados, ni entrenados, pero sí son capaces, y puedo dar fe de ello, de situarles en un punto del mapa y a una hora determinada la presencia de un grupo de personas que, si las dejaran ir, sembrarían el terror y la destrucción entre nosotros. Y gracias a lo que usted acaba de llamar ligeramente *asociaciones de ideas*, mis hombres han sido capaces de hallar información, y muy valiosa por cierto, que nos ha permitido salvar en más de una ocasión muchas vidas. Solo le tengo que decir que... —Se

interrumpió dirigiendo una mirada al joven, el cual asistía turbado al intercambio de palabras que allí dentro se estaba produciendo—. Está ante uno de mis mejores hombres, así que, por favor, un poco de respeto hacia él y hacia nosotros. Llévense si quieren los aplausos, los méritos y las prebendas, como ocurre siempre, pero déjenos al menos la dignidad para nosotros —sentenció finalmente.

—Eso no es cierto. Es un comentario malintencionado por su parte. Todos sabemos que eso no es así —inició su intervención el aludido, pasándose nuevamente la mano por la despoblada frente—. No hacemos nada más que ejecutar las órdenes que recibimos. Conocemos cuál es nuestro cometido e intentamos cumplirlo sin más —concluyó con una voz cargada de falsa humildad.

—Eso no se lo cree usted ni harto de vino —saltó impulsado como un resorte, interrumpiendo sin ninguna contemplación, fijando a duras penas la montura de las gafas sobre su nariz—. ¿Nos toma por tontos o qué? ¿A quién se cree que va a engañar? ¿Acaso no es usted mismo el que va inculcándoles a sus hombres la frase que dice: «Si es difícil está hecho y si es imposible se hará» [5]? ¿Qué se piensan que son? ¿Superhombres?

»Sus hombres se creen que son poco menos que semidioses. Los vemos caminar por el centro y parece que vayan levitando sobre el suelo, tienen el ego tan subido que parece que la gravedad no les afecte, y claro, después de esa cantidad tan elevada de autoestima que les da, ¿cómo consigue tenerlos controlados?, ¿con qué correa ata a sus cachorros, comandante?, ¿se cree que repitiéndoles muchas veces «eres vulnerable cabrón», los calma y los vuelve menos salvajes de lo que son?

»Pues no —se respondió a sí mismo, molesto al ver la actitud y el comportamiento de la mayor parte de los agentes operativos, a cuyo mando estaba el sujeto que tenía enfrente y al que le estaba destinando tan graves acusaciones—. Se creen tan superiores al resto que un simple suboficial, que es el rango que tienen la mayoría de sus hombres, llega al extremo de no respetar mis galones de coronel. Y luego resulta que, cuando hacen la gran cagada, porque la terminan haciendo, porque muy a su pesar solo son humanos, acaban tapándose los unos a los otros, y aquí paz y después gloria —concluyó su acalorado discurso mirando fijamente al hombre que presidía la reunión, censurando con sus ojos el comportamiento de sus cachorros, que eran sus niños mimados.

Tras estas palabras de su superior, y ante un gesto de asentimiento por parte de este dirigido hacia él, el analista lanzó un informe de varias hojas al centro de la mesa.

Toda la atención de los allí presentes estaba ahora centrada en las hojas que les había lanzado. En la primera página podía apreciarse, delimitado entre los dos escudos que aparecían a ambos márgenes superiores, la siguiente inscripción:

NTI [6]. REF: 263/95. CA [7].

ASUNTO: Urbión-Bombilla-Pulgoso.

CLASIFICACIÓN: Reservado. FECHA: 24-02-95.

Y bajo ella:

Por requerimiento de DI4 [\[8\]](#)

Se adjunta informe relativo a Benjamín Diéguez Gil, activista del Movimiento de Liberación Nacional y miembro del

comando Viento del Norte, quien, al parecer, se halla en un

momento delicado de su militancia, donde se han confirmado los contactos que mantiene el referido con una de nuestras

agentes encuadrada en la Red Hurón, en concreto con P-95, que obedece al nombre en clave de Tenaz. Como es bien visible en las fotos que adjuntamos en este informe, se aprecia el adelantado estado de gestación de nuestra agente infiltrada. Seguramente, este es el motivo de su largo y prolongado silencio que mantiene con su enlace.

Bajo esta hoja asomaban por las esquinas unas cuantas fotografías. En las instantáneas solo aparecían dos jóvenes, un hombre y una mujer: él con un llamativo mechón blanco manchando su pelo negro y ella con el pelo no mucho más largo. Se los veía abrazados fuertemente. La siguiente imagen mostraba cómo el joven se agachaba hacia el vientre de ella besando su incipiente barriga.

El rostro hasta entonces tenso del analista comenzó a relajarse al ver el efecto que las imágenes estaban produciendo entre los allí reunidos. Su tarea no era siempre una ciencia exacta y se tranquilizó al ver reflejada en sus caras la misma impresión que él mismo había experimentado al recibir las fotografías. Ante sus ojos tenían la prueba irrefutable de que la patria y la bandera de la agente infiltrada y del terrorista que habían estado investigando inicialmente, ya no eran las mismas. Estas habían cambiado, y con ello había acertado de pleno en sus presunciones, las cuales le indicaban el giro que se estaba produciendo en las lealtades de los sujetos en cuestión, ya que él había sido el encargado de elaborar el informe que tenían ante sí.

El individuo que ocupaba el centro de la parte derecha de la mesa que había servido de barrera entre los dos hombres en su discusión y que, hasta ese momento, se había mantenido callado y totalmente al margen de lo que allí había acontecido, al mirar el documento que había sobre la mesa, le soltó al hombre que se hallaba a su izquierda con preocupación:

—Señor, tenemos un problema.

—Señores —intervino nuevamente el sujeto que dirigía la reunión—. Esta reunión ha concluido. Como ustedes ya conocen el carácter secreto de la misma, les pediría que guardaran el más absoluto de los silencios sobre ella, y un ruego —a partir de ese momento, elevó un poco el tono de su voz, comenzando a hablar más despacio, modelando una velada amenaza a medida que salían las palabras de sus labios—: Nada de esto debe de salir de estas cuatro paredes, bajo ningún concepto —concluyó amenazadoramente.

El hombre fue paseando su mirada por cada uno de los gestos preocupados que tenía enfrente, contemplándolos con detenimiento a medida que se iban levantando de sus asientos. Con la absoluta certeza de que no iba a salir nada de lo hablado allí dentro, estuvo presenciando el lento desfile de los hombres hacia la puerta, hasta que vio que el sujeto de su derecha se levantaba también para irse. Entonces, le cogió del brazo y le dijo:

—Tú no, Emilio, tú te quedas.

—Usted dirá, don Alejandro —tras sus palabras, volvió a tomar asiento otra vez junto a su superior.

—Quiero que me digas lo que piensas sobre esto. —El hombre esperó a que la puerta se cerrara y se quedaran solos en la habitación. En ese momento, le miró fijamente a los ojos y le preguntó seriamente—: ¿Crees que esta agente es recuperable? —quiso saber Alejandro señalando la fotografía de la mujer embarazada que descansaba sobre la mesa ante ellos.

—¿Sinceramente, señor? —quiso saber el sujeto interpelado.

—Sí, te lo ruego —le concedió.

—No —reconoció—. No creo que su situación tenga marcha atrás.

—Gracias, eso era todo lo que quería escuchar. Ya te puedes marchar —concluyó, dando ahora sí por finalizada totalmente la reunión y recordando las últimas palabras pronunciadas por uno de sus hombres antes de marcharse. Tenían un problema, sí señor, vaya si lo tenían, y grande.

La estancia se había quedado vacía, con la única excepción de Alejandro. Las paredes aparecían vestidas con armarios metálicos del mismo color caoba que el tablero del centro. Con seguridad, tras ellos, La Casa trataba de esconder sus vergüenzas. Un techo blanco coronaba toda la habitación y unos plafones rectangulares iluminaban abundantemente la estancia, quizás intentando con ello que la decisión que estaba a punto de tomarse allí fuera lo más acertada posible. Completando el mobiliario de la sala, frente a él, sujeta a la pared, había una enorme pantalla que ahora aparecía ennegrecida al no mostrar ninguna actividad.

Unos oídos serios, adultos y preocupados habían estado escuchando en su integridad toda la escena desde las alturas: eran los de la luna. Con pesadumbre, comprobaba una vez más cómo se tomaba el camino equivocado, cómo el hombre iba a intentar limpiar con sangre la sangre ya derramada.

Capítulo VI.

Benjamín

Solo habían pasado un par de años desde aquella mágica noche en que se conocieron, tiempo más que suficiente para que sucedieran muchas cosas entre ellos. La figura de Benjamín se recortaba sobre el horizonte caminando por una carretera gris que conducía hasta un caserío cargado de familiaridad para él. Atrás, a su espalda, había quedado el ronroneo del motor del coche que lo había llevado hasta allí.

Lope y Solange le habían informado del poco tiempo que tenía para despedirse. Lo sabía, pero, así y todo, sus acompañantes se encargaban de acentuar esa premura dejando el vehículo en marcha. A un escaso centenar de metros frente a él, una figura femenina comenzaba a ser trazada en la distancia. Estaba de espaldas, parecía no haber escuchado el ruido del motor del automóvil

y, por lo tanto, no había descubierto aún su presencia. Estaba tendiendo ropa sobre una cuerda anudada entre dos enormes cerezos que mostraban, ya cansados, los tonos rojizos y castaños de sus hojas.

A medida que se aproximaba, observaba que cada vez que dejaba una nueva prenda sobre el tendido sus manos iban a su cintura y, no sin cierta preocupación, contemplaba cómo la flexionaba con pesadez hacia atrás.

Los pasos de Benjamín cada vez eran más lentos, se notaba que no tenía prisa alguna. Actuaba como si quisiera retener todo cuanto sus sentidos estaban percibiendo en ese momento, como si tuviera miedo de poder olvidar cuanto estaba viendo, como si quisiera que el tiempo se detuviera en ese momento y no continuara jamás.

—Date prisa —le increpó Lope desde el coche—. Es para hoy.

Benjamín, molesto, se giró hacia el automóvil, y Solange, a modo de disculpa y acompañando sus palabras con una sonrisa forzada, añadió:

—Ya sabes, nos están esperando.

Como única respuesta, Benjamín, con gesto serio y contrariado, asintió con la cabeza y reinició la marcha hacia la mujer que, ajena a cuanto estaba ocurriendo, seguía tendiendo la colada.

Colgado de la cuerda divisaba un enorme mantel blanco dividido en cuadros por una delgada línea negra. Su memoria caprichosa viajó atrás en el tiempo hasta ver a una mujer mayor tendiendo ese mismo mantel. Esa mujer era su madre.

Tanto en el recuerdo en el que aparecía su madre como ahora, que era su amada la que estaba frente al mantel, el viento lo hacía ondear con suavidad hacia delante y hacia atrás. Desde joven, esa simple prenda se había convertido para él en una especie de bandera, una enseña que recogía y transmitía la quietud, calma y armonía que aparentemente predominaba en ese paraje recogido y apartado en el que se había criado. Pero todo eso era engañoso, ya que la paz que se respiraba allí no era ni mucho menos completa. En eso se asemejaba al mantel que no llegaba a mostrar una blancura total, pues los trazos oscuros que lo atravesaban se encargaban de ensombrecerlo. De igual modo, a él le ennegrecía el ánimo recordar cómo, en ese mismo sitio que ocupaba ahora, le había mostrado con rabia al derrotado anciano que había tenido enfrente y que había sido su padre, hacía ya unos cuantos años, un pañuelo en el que aparecía dibujada una serpiente que reptaba sobre el mango de un hacha y que venía a explicarle con ánimo de revancha que, allí donde esté, donde su progenitor no había tenido el valor de llegar, él sí lo había hecho.

Eran sombras que oscurecían su alma, al igual que sus dos acompañantes lo hacían ahora.

Había abandonado el camino de asfalto que recorría serpenteando los cerros que primero lo habían visto nacer y más tarde crecer, para adentrarse en la pradera donde se asentaban las encaladas paredes del caserío que tenía frente a él. A muy poca distancia suya, finalmente la mujer giró un poco el cuello hacia donde él estaba. En ese momento supo que lo había descubierto.

Girada de espaldas, como si no se hubiera dado cuenta de su presencia, se disponía a colgar una

nueva prenda sobre la cuerda de tender. Él podía adivinar, sin verla, cómo a su rostro redondeado acudía una luminosa sonrisa al descubrirlo.

Con mucho cuidado y delicadeza la abrazó fuertemente cogiéndola por detrás, cerrando los ojos y aspirando el agradable olor de su cabello.

Olía la confianza que le daba el poso del clavo, la ternura reflejada en la fragancia de rosas que se elevaba sobre el primero y el cariño regalado por la esencia de vainilla que envolvía los dos aromas anteriores.

—Sé que me has visto, así que no finjas, conmigo sabes que esas artimañas no vuelan.

La mujer, lanzando un sonoro suspiro, colocó sus manos sobre las de él y le contestó:

—Está visto que estoy perdiendo facultades y que ya no te puedo engañar igual que antes.

—Embustera —la reprendió cariñosamente—. Sabes que siempre lo has hecho, y lo seguirás haciendo en cuanto te lo propongas. Solo soy un juguete en tus manos.

—¿Has venido para quedarte? —le inquirió la mujer, dándose la vuelta y encarándose hacia él, finalizando de ese modo el abrazo entre ambos.

Más que una pregunta parecía un ruego. Al elevar un poco la mirada y descubrir a poca distancia a sus acompañantes, una mueca de desilusión se esbozó en sus delgados labios, opacando el brillo almendrado de sus ojos y consiguiendo que el recién llegado agachara la cabeza, incapaz de aguantarle la mirada.

—¿Hasta cuándo, Benjamín? —le preguntó con amargura y con rabia—. ¿Cuándo podremos disponer con entera libertad de nuestros destinos? ¿Cuándo seremos dueños de nuestras propias vidas? ¿Cuándo podremos hacer lo que nos plazca con ellas? —Tras un sonoro suspiro que evidenciaba que tales preguntas se iban a quedar sin respuesta, la mujer concluyó diciendo—: Sabes que ya no estamos solos.

Al terminar la frase, la mirada húmeda de la mujer se posó sobre su abultado vientre mientras un par de lágrimas rebeldes se le escapaban de sus bonitos ojos mejilla abajo.

—¿Cómo estáis las dos? ¿Cómo se porta nuestra pequeña? —se preocupó el hombre posando su mano derecha sobre la barriga de la mujer, intentando con ello cambiar el curso de la conversación.

—Bien —respondió la mujer amagando una sonrisa—. Ya sabes, exceptuando las náuseas, la acidez en el estómago, el dolor de espalda que me está martirizando y que las piernas cada vez me pesan más, estoy divinamente —añadió socarrona, ya repuesta del momento anterior de flaqueza—. Y en cuanto a nuestro pequeño —lo rectificó desafiante— por ahí dentro anda, se va haciendo más juguetón a medida que va creciendo, y lo que antes era el saque de alguna falta, hoy ya es casi un partido entero —añadió en referencia a la cantidad de patadas que últimamente estaba recibiendo de la criatura que llevaba dentro.

La mujer escudriñó en silencio el rostro del hombre al que amaba. Finalmente, agachó su mirada y vio la multitud de hojas caídas junto a ellos en el suelo, cuyo tono marrón contrastaba con el verde de la moqueta de hierba que cubría todo a su alrededor hasta donde la vista alcanzaba.

Observaba curiosa cómo la mirada de él se había clavado en el cerezo de su derecha, apreciando la bella apariencia que la enrojecida pigmentación de sus hojas le daba al árbol.

—¿A que son preciosas? —lo interpeló la mujer señalando las hojas que aún pendían de las ramas—. La verdad es que me gusta creer que se trata de un último, vano y desesperado intento de rebelión contra su destino, que no es otro que desprenderse del árbol y fallecer cayendo al suelo. En cierto modo, creo que a mí me ocurre lo mismo, me siento plenamente identificada con esa lucha que resulta ser totalmente estéril, ya que me siento atrapada en una especie de rueda de la que no veo el modo de poder escapar.

—Hemos pasado muy buenos ratos bajo este árbol, ¿verdad? —la cortó él.

—Cierto —le respondió ella sonriéndole maliciosamente.

—No. —Con esta negación, el hombre intentó corregir el interesado malentendido al que intentaba conducirlo con su traviesa sonrisa y sus palabras la mujer—. No lo decía por eso. ¿Recuerdas la primera cita que tuvimos después de conocernos? —le preguntó, cobijándose en la sombra que le ofrecían el par de cerezos que flanqueaban la entrada del caserío.

—Claro. ¡Cómo no! Recuerdo cómo nos citamos y también recuerdo todas y cada una de las palabras de la conversación que tuvimos cuando nos conocimos. ¿Cómo iba a olvidarlo? No hay ninguna mujer a la que le hayan dicho esas palabras que luego sea capaz de olvidarlas —respondió mientras se inclinaba hacia el cubo de la ropa y extraía de él una sábana de color blanquecino, una tonalidad apagada por el tiempo y por los numerosos lavados que había padecido—. Nuestra primera cita tuvo lugar bajo este árbol. —En ese momento, la mujer le tendía la otra punta de la sábana para que la ayudara a colocarla sobre la cuerda.

—Fue un bendito momento de inspiración. Solo eso.

—Ya —le soltó risueña—. Conozco esos momentos. Si en nuestro primer encuentro no hubiera caído rendida a tus pies, que ya lo hice, cuando me contaste aquí lo que se hace en Japón desde tiempos inmemoriales y me explicaste en qué consistía el *hanami* ^[9] y todo cargado de presunción me preguntaste si yo quería participar en uno aprovechando la floración de los cerezos que tenías frente a tu casa, ya me tenías comiendo de tu mano.

—Así es —terció él mientras pasaba su parte de la sábana sobre la cuerda—. Aunque tus ojos me mostraban un brillo burlón, desafiante, y la sonrisa que asomaba por entre tus labios me indicaba que no te creías nada de lo que te estaba diciendo, te tragaste toda la explicación y me dejaste contarte cómo la flor del cerezo, la *sakura*, simboliza para los japoneses la belleza de la vida cuando esta alcanza su esplendor, es decir, cuando el árbol florece; y también lo efímera que es esta, ya que el *sakurasenzen*, o sea, el periodo en que las flores permanecen adheridas al árbol, oscila entre una y dos semanas como máximo. Son tan delicadas que una fuerte ráfaga de viento puede acortar ese periodo de plenitud en solo unos pocos días —añadió con tristeza.

—Como la vida misma —dijo ella lamentándose al tiempo que sujetaba la pieza tendida con una pinza de madera—. La verdad es que, desde que estoy aquí —consiguió articular tales palabras a duras penas ya que volvía a tener otra pinza en la boca—, he aprendido a observar las grandes similitudes que tiene el ciclo vital del cerezo con nuestra vida —su voz volvió a la normalidad después de dejar la pinza aprisionando la sábana sobre la cuerda.

»Antes de la primavera, el árbol está desnudo e indefenso, como nuestra infancia, que es la antesala de todo lo que está por venir. La incertidumbre posterior, donde el árbol comienza a enseñar de un modo dubitativo sus primeros brotes, vendría a ser nuestra adolescencia, que es borrada por la explosión de belleza de nuestra juventud y que tiene su correspondencia con la floración. Nuestra madurez vendría marcada por el periodo posterior a la recolección de la fruta, ya que, sin ningún retoño que alimentar, esta desembocaría en ese bonito aspecto rojizo que toman las hojas hasta la caída. Concluyendo, cuando el árbol pierde todo su esplendor y muestra sus ramas desnudas, como nuestra vejez —terminó la mujer pensativa y un tanto inquieta ante ese triste y apagado final.

—Sí. Por eso mismo, el pueblo japonés, como es consciente de lo efímero que es todo, intenta compartir ese maravilloso espectáculo de la floración de los cerezos con sus seres queridos, y para ello organiza comidas campestres bajo estos árboles.

—Muy bonito. Aunque, si no me equivoco, nosotros no tuvimos un *hanami* al uso, ¿no?

—Sí y no —le respondió sonriéndole—. Como bien sabes, mis intenciones no eran tan —se detuvo un momento para elegir las palabras adecuadas—, por llamarlo de algún modo, honorables, y por eso lo que hicimos fue un *yosakura*, que consiste en lo mismo pero de noche, aunque para mi descargo he de decirte que esa modalidad está fuertemente arraigada entre los jóvenes de ese país.

—Ya —dijo incrédula— y yo voy y me lo creo.

En ese momento, el sonido emitido por el claxon del coche que lo había conducido hasta allí impidió que siguieran con la conversación que estaban manteniendo, consiguiendo que los dos se giraran hacia el vehículo y vieran, bastante molestos, cómo el sujeto que iba al volante, que no era otro que Lope, les señalaba con el índice su reloj de pulsera, indicándoles que su tiempo había concluido. Era el momento de irse de allí.

—Tengo tantas cosas que decirte que no sé por dónde empezar —dijo cabizbaja la mujer.

—Tranquilízate, cuando acabe con este trabajo tendremos todo el tiempo del mundo para que me cuentes todo lo que me quieras decir. —Al terminar intentó suavemente soltarse del abrazo de ella.

—¿Tiempo? —continuó totalmente abstraída—. ¿Sabes lo que creo que es el tiempo? —Sin esperar respuesta alguna, siguió paseando lentamente por el balcón que había formado con sus pensamientos—. El tiempo es un vaso lleno de gotas de agua, cada una de las cuales es un día de tu vida. La vida es un continuo traqueteo que acerca ese recipiente más y más al borde de la mesa sobre el que está depositado. Se acerca tanto que, si no tienes cuidado, termina cayéndose, desparramando todo el líquido por el suelo. Cuando todo eso ocurre y el vaso cae, compruebas

horrificada cómo el agua que contenía dentro se cuela a toda velocidad por las ranuras que hay en el suelo, llevándose consigo, con cada una de sus gotas, tu vida, dejándote con la amarga certeza de no poder recuperar lo que acabas de perder, que son los días que podríamos haber pasado juntos. Sabes que desde el principio te quise, que te quiero y que siempre te querré, ¿verdad? —le preguntó la mujer, cambiando totalmente el cariz de la conversación.

—Así es —respondió él inquieto, ya que, por su tono de voz, se adivinaba que iba a hacerle una confesión que le suponía un enorme esfuerzo realizar.

Tras una breve pausa en la que le lanzó una mirada apesadumbrada que le llegó a lo más hondo de su corazón, le dijo:

—Sabes que jamás te haría daño, ¿verdad?, ni permitiría a nadie que te lo hiciera, ¿cierto? Sabes que para mí ahora mismo lo más importante en esta vida sois tú y nuestro pequeño.

—Sí —la cortó intranquilo—. Y para mí lo más importante sois vosotras, pero ahora tengo que irme, no me lo pongas más difícil, por favor.

—Me tienes que prometer una cosa. —Lo retuvo fuertemente por la manga sin dejarlo ir.

—Tú dirás.

—Prométeme que veremos juntos la próxima floración de los cerezos, y la siguiente, y la otra, hasta que nos cansemos y nos muramos de viejos. Por favor, prométemelo. Quiero que me jures que estarás aquí el año que viene, cuando los cerezos florezcan —terminó desazonada por ser incapaz de revelarle la verdad a su amado.

—Prometido —asintió él con gesto preocupado—. Tienes mi palabra de que los tres volveremos a reencontrarnos pronto y estaremos aquí cuando los cerezos florezcan. Ahora sabes que tengo que marcharme.

—Tenemos que hablar, cuando vuelvas tenemos que hablar —le dijo Alba en un tono cargado de culpa y remordimiento.

Esas fueron las únicas palabras de despedida que fue capaz de articular la mujer mientras veía cómo el hombre, cabizbajo y confundido, iniciaba la marcha en dirección al coche, dándole como única respuesta un gesto de asentimiento con la cabeza, mostrándole así su cabello y el llamativo mechón blanco que lo caracterizaba.

Capítulo VII.

Covadonga

Una mujer, algo más joven que yo, se acercaba con paso animado hacia donde me encontraba. El sonido de la redacción del periódico, el murmullo creado por las diferentes conversaciones allí dentro mantenidas, mezclado con el ruido de las teclas de los ordenadores, apagaba su decidido taconeo.

Me hallaba sentada detrás de la mesa, sobre la que acababa de dejar el viejo y gastado libro de tapas grises y descoloridas que contrastaba con la pantalla del ordenador que tenía frente a mí.

Una arruga de desaprobación se marcó en la frente de la figura desgarrada que se estaba aproximando al descubrir el libro. Sabía lo que estaba pensando: algo viejo y gastado en oposición con algo actual y nuevo, o lo que era lo mismo, el presente luchando inútilmente por dejar atrás el pasado.

Una lucha perdida, parecieron decir sus labios al encogerse ligeramente.

Una batalla que, con total seguridad, no había sido capaz de volver a presentar, si es que alguna vez lo había hecho. Una rendición de lo más cobarde: la que tiene lugar cuando no se opone resistencia alguna. Todo eso parecía decir la severa mirada con que me contemplaba.

—Buenos días, Covadonga —me soltó la joven que se había plantado frente a mí, sacándome de mis pensamientos.

—Buenos días Sara —le respondí sonriéndole a mi amiga, ladeando un poco la cabeza. Al hacerlo, mi voz salió un poco ronca, algo aguda y con muchas vacilaciones. Estas eran provocadas por sentirme a veces tan sola en este mundo en el que no acababa de encajar tras mi caída, después de estar en lo más alto, y verme ahora donde me encontraba: en lo más bajo.

—¿Qué haces? —me preguntó tras coger asiento a mi lado.

—Leer un poco.

—¿Y qué lees? —me preguntó curiosa la recién llegada, tras depositar su mirada sobre el libro que sostenía cansadamente entre mis manos.

—¿Esto? —levanté el pesado volumen que había dejado sobre la mesa antes de responderle—. Es *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu* .

—Vaya, el título se las trae —me confesó mi amiga y compañera de trabajo—. ¿Qué es esta vez? ¿Qué esperas encontrar en ese libro? —continuó con su interrogatorio, visiblemente molesta, clavando sus enormes ojos en los míos.

La conocía lo suficiente como para saber lo que se escondía detrás de su mirada: esta parecía decirme que aquello que tanta falta me hacía no lo iba a encontrar escondido en un libro, sino fuera, entre la gente. El grado de dureza que mostraban sus ojos me recordaba lo que me había dicho en más de una ocasión: estaba cansada de ver cómo me dedicaba ahora a revivir la vida que otros habían dejado escrita y no me atrevía o no me decidía nuevamente a vivir la mía propia.

—Saber si encuentro de una vez la senda, intentar descubrir hacia dónde tengo que encaminar mis pasos —le dije en tono enigmático, ignorando así los callados reproches de mi amiga.

—¿Es interesante? —El tono de desgana de su voz no dejaba lugar a la menor duda: la pregunta la había realizado más por no hacerme el feo de ignorar lo que le estaba diciendo que por un verdadero interés en saber lo que estaba leyendo. —Para mí, al menos, lo es, y me sirve de faro al

que encaminar mis pasos entre tanta oscuridad —continué sin querer esclarecer nada.

—Si no me hablas en cristiano, no entiendo nada —se quejó mi amiga, pidiéndome una mayor claridad con sus palabras y la mayor brevedad posible con su mirada.

—Bien. Tú lo has querido. Luego no me vengas quejándote —añadí cerrando mis ojos para así poder concentrarme en todo lo que le iba a decir—. En esta obra se recoge el discurrir de dos trenes que van por la misma vía y en sentido contrario, dos ferrocarriles a los que el autor coloca en el mismo raíl: en el de su imaginación. El autor lo que hace es colocar en su lugar preferido a estos dos personajes que no tuvieron la oportunidad de conocerse, en el infierno, ya que uno nació doscientos años más tarde que el otro. En este libro, recoge lo que podría haber surgido de ese hipotético encuentro entre los dos, debido a la diferente forma que tenían de ver las cosas. Para Nicolás de Maquiavelo, en su tratado *El príncipe*, el gobernante es lo más importante, todo el trabajo del mismo se centra en la cúspide de la pirámide, obviando el resto de la construcción y olvidando cualquier condicionante moral en la toma de sus decisiones, siendo el resto de los súbditos meros instrumentos en sus manos. En cambio, Montesquieu intenta proteger al gobernado, articulando una serie de mecanismos que, traducidos en leyes, se encargaban de salvaguardarlos frente a sus mandatarios. En esa pugna dialéctica —proseguí después de tomar un poco de aire—, aparece en varios de sus diálogos el instrumento que es la prensa para el gobernante y aparece reflejado cómo este tendrá la tendencia a utilizarla para su beneficio, articulando artificios con los que poder esquivar el control público, si es que este existe, claro.

Tras el inicio de mi explicación no pude evitar que una media sonrisa aflorara a mi semblante al ver el resultado de mis palabras: a medida que estas iban saliendo de mis labios se iba formando la silueta invisible de una gran duda dibujada en el rostro de mi acompañante. No intentaba otra cosa que crearle la duda y que se preguntara alguna vez hasta qué punto cualquiera de sus compañeros de profesión era consciente de la labor que desempeñaba. Trataba de formar en su mente un gran interrogante en el que se cuestionara si todos, o, al menos, una gran parte de los periodistas, reflejaban con sinceridad todo cuanto llegaba a sus manos, si toda esa información en realidad no era manipulada por un interés que el propio periodista creía apropiado.

—Lejos de suprimir la libertad de prensa, este Maquiavelo proclama que se utilice la subinformación. Ni qué decirte lo que es y cuál es su finalidad: consiste en hacerle llegar a la gente, parcial o totalmente, una realidad inexistente. Se trata de falsear todo lo que ocurre a nuestro alrededor, ya que nosotros, los periodistas, por suerte o por desgracia, nos hemos convertido en los ojos y los oídos de los ciudadanos. — Intentaba de ese modo que mis preguntas apuntaran primero hacia el periódico donde nos hallábamos trabajando y que las futuras respuestas, tras confirmar la autenticidad de mis acusaciones, la llevaran a cuestionarse la legitimidad a la que se acogían nuestros compañeros de profesión. Procuraba que no se dejara influir por el color del sobre que reciben por ello, a pesar de que unos tenían el color del dinero y otros el de sus ideales, y que se preguntara si aquello era razón suficiente para alterar esa realidad —. En definitiva, de lo que se trata es de desvirtuar la democracia, ni más ni menos —concluí.

—Vaya tela —me soltó mi amiga intentando asimilar parte de lo que le había soltado de una parrafada—. Y luego te quejas cuando te digo lo extraña que me resultas a veces. Pero mira que eres rara, hija —añadió mirándome con severidad, un poco fuera de lugar aún—. A ver, dime, ¿quién escribe un libro con ese título y que cuenta esas cosas? —me cuestionó con un tono de voz

que parecía reprocharse a sí misma haberme preguntado algo sobre el libro que descansaba sobre la mesa—. Y, lo que es más fuerte aún, ¿quién es capaz de leerlo?

—A tu primer interrogante te diré que el autor es un fulano que obedecía al nombre de Maurice Joly^[10], y al segundo, yo misma —le respondí cogiendo con más fuerza el libro, para así hacerle ver que ese volumen para mí tenía un significado muy pero que muy especial. Sabía que la mujer que estaba frente a mí lo desconocía y por eso quise hacérselo ver. El grueso tomo de hojas de papel que sostenía entre mis manos había sido el libro de cabecera de mi padre.

—¿Quién? —me preguntó con curiosidad, una vez asimilado todo lo que le había dicho—. Jamás había escuchado ese nombre. ¿Quién es?

—Fue —la rectificué, comunicándole de ese modo que el mencionado autor ya había fallecido—. Fue un alma insatisfecha y atormentada, precisamente por su insaciabilidad intelectual. Ello, evidentemente, le condujo a llevar una existencia infeliz, tanto que terminó odiando aquello que más valoramos normalmente, y que no se trata de otra cosa que de nuestra propia vida. Al final, acabó quitándosela de un tiro. No fue un gran hombre, en cuanto a principios morales se refiere, al contrario, era despreciado y odiado por sus conocidos, ya que una persona así era incapaz de tener amigos. En cambio, fue un brillante escritor que nos dejó esta joya.

Finalicé con un tono de voz cargado de orgullo. Una parte iba destinada a la joven que tenía frente a mí —«chica lista», pensé nada más comprobar cómo había digerido todo cuanto le había dicho — y la otra parte iba destinada a la figura de mi padre. Era mi particular forma de decirle que había muchas maneras de vivir la vida y que estas no tenían que ser precisamente como las que ella creía. Era mi modo de intentar explicarle que, para los que no lo habíamos tenido todo tan fácil en la vida como ella, al menos en nuestros sueños esta vida sí era como nosotros hubiéramos querido que fuera, siquiera de momento, mientras aún no era capaz de enfrentarme al mundo, a un mundo que no era tan propicio para todos como para mi joven amiga

—Si fuera una brújula, esto que sostengo entre las manos sería mi norte, el que siempre tomo como referencia para saber que no estoy tan perdida como creo. Es mi forma de saber lo que tengo que hacer y no tragar con cada una de las artimañas que supuestamente nos proponen utilizar, tanto unos como otros, para manipularnos a nosotros, los periodistas, que son las mismas que utiliza nuestro querido jefe de Local para hacer lo mismo con las noticias que diariamente entran aquí —concluí con convencimiento y con cierto poso amargo. Mi sonrisa final trataba de disculpar la juventud de Sara. A mi modo de ver, esta y no otra era la causante de que aún no fuera capaz de entender ciertas cosas de la vida: una de ellas era la derrota, como la que yo había sufrido. Mi sonrisa trataba de decirle que lo que ahora parecía tener tan claro, a la vuelta de unos años, no sería así—. Juventud, divino tesoro —le solté irónicamente a mi acompañante.

La dureza con que la miraba trataba de comunicarle que todo lo que ahora veía como defectos y errores cometidos por personas mayores no era más que una ilusión, puesto que la joven que tenía frente a mí, que reprobaba la pasividad con que me enfrentaba ahora a los problemas, aún no sabía que todos sus actos le iban a pasar factura dentro de un tiempo y que tarde o temprano iba a tener que pagar por ello. La mayoría de esos errores y acciones incorrectas, desde la perspectiva de la juventud, no eran más que eso: el pago de una deuda. El pago de la suma de todo lo que habías hecho y dejado de hacer durante toda tu vida. Lo que ellos desconocían era que ese pago

también lo iban a tener que realizar. En esta vida había tiempo para todo: hasta para pagar.

—Si te tuvieras que quedar con una frase del libro, ¿cuál sería? —me preguntó Sara con cierto reparo al ver cómo la observada, intuyendo lo que le estaba queriendo decir con mi silencio y mi mirada.

«Chica lista, sí señor, esta aprende rápido», pensé antes de responderle:

—Me quedaría con una reflexión que Montesquieu le hace a Maquiavelo: «Desearía haceros una objeción. Pretendéis afirmaros sobre la roca, y yo os veo asentado sobre la arena» —concluí, sonriéndole con malicia.

—Entiendo —me contestó después de haber aprehendido todos los matices de la conversación, de mis palabras y de mis gestos.

—Covadonga, necesito eso para ya. —A mi espalda, una voz muy conocida y no por ello menos odiada, me apremiaba una vez más. Ni siquiera me molestaba en contestarle, hacía lo que me mandaba y punto. Ahí terminaba todo.

Ahí va la primera de las mentiras: creer que aún sigo siendo reportera de Local y no ver en lo que me he convertido; en la chica de los recados.

Capítulo VIII.

Alejandro

Hacía frío. Soplaban una ligera corriente de aire en la terraza del bar en que los dos individuos estaban sentados. Tras aspirar de la pipa, el hombre de pelo corto y cano lanzó una bocanada que formaba un trazo difuso frente a su acompañante. El humo era llevado por esa misma corriente y se escapaba pendiente abajo por los Jardines de Trocadero en dirección a la Torre Eiffel, situada en la otra orilla del Sena, que se levantaba majestuosa ante sus ojos. Ese mismo hombre observaba complacido el trayecto de este. Su rostro parecía decir que estaba ante las mejores vistas y que se hallaba en el lugar donde la ciudad ofrecía su mejor cara.

El otro sujeto, que era bastante más joven, lo observaba en silencio. Entre los dos hombres se había establecido una tensa espera. Ambos se medían con la mirada, con la misma con que se demostraban todo el desprecio que el uno sentía por el otro.

En ese momento, un camarero vestido con pantalón negro y una chaquetilla blanca dejaba dos tazas humeantes y un platillo con la cuenta sobre la pequeña mesa que los separaba, al tiempo que les decía:

— *Votre café, messieurs* .

— *Merci beaucoup* —le respondió el mayor, que iba vestido con un correcto traje azul oscuro. La chaqueta que llevaba puesta le caía tan recta sobre los hombros que parecía que llevara puesto un uniforme militar.

Quizás sus hombros estén en realidad más habituados a eso, parecía pensar el sujeto que estaba sentado frente a él y que aún no había abierto la boca. Este, al contrario que su acompañante, vestía de un modo informal. Un pantalón gastado de pana gris y un grueso jersey de lana negro que le caía holgadamente completaban todo su atuendo. Ese aspecto descuidado e informal era completado con una barba que cubría su rostro, haciéndole parecer más mayor de lo que era en realidad. Contemplaba al hombre de enfrente desde la rivalidad, sus ojos grandes parecían decirle que los fumadores de pipa habían pasado hacía ya mucho tiempo a la historia. Parecía no entender cómo, con la gran variedad que había en el mercado de cigarrillos, aún había gente fiel a esa vieja costumbre. La única razón que parecía barajar era el intento de conseguir cierta notoriedad, o al menos cierto rasgo de identidad que lo diferenciara de los demás. Era como decir, de un modo callado, que todos fuman cigarrillos menos yo que lo hago en pipa, y lo hago porque soy diferente al resto.

—Bueno —dijo finalmente el sujeto más joven con impaciencia, lanzando miradas a su alrededor, intentando sorprender a alguien que estuviera apostado vigilándolo cerca de allí.

A pesar de no descubrir a nadie mirándolo directamente, sus nerviosos ojos parecían decir que ese dato era erróneo, puesto que sabía que estaba siendo vigilado desde la distancia. Sabía que ello era así porque estaba sentado con quien estaba. Podía ser el sujeto elegante que había cogido asiento dos mesas más allá y que estaba hojeando el periódico mientras sorbía con tranquilidad una taza de café, o la joven que se había detenido en la esquina vestida con ropa de deporte que estaba haciendo estiramientos en ese momento, o quizás el sujeto mayor que llevaba anudado a la correa un westy que iba barriendo con su nariz toda la acera, o el joven de ropa ancha que los estaba observando en la plaza de las Libertades antes de subirse en su monopatín y perderse en la distancia.

—Si ambos estamos aquí es porque todo sigue adelante —rompió nuevamente el silencio, visiblemente incómodo por la situación creada, apremiando a su acompañante a entrar en materia.

—Sí, claro —le respondió el fumador, a quien no parecía importarle lo más mínimo la impaciencia mostrada por su acompañante. Al contrario, parecía complacido por ello.

—A partir de ahora, no hay marcha atrás —añadió el sujeto barbudo entre sorbo y sorbo de café, ansioso por concluir con rapidez el encuentro. Obviedades, parecían decir sus gestos, habían ido allí a decirse obviedades o gilipolleces, como quisiera entenderse. Era evidente que los dos se despreciaban y que si habían acudido allí era para ratificar el pacto contra natura que habían sellado con anterioridad—. Por cierto, ¿cómo debo llamarte?

—Alejandro, me puedes llamar Alejandro —le respondió observándolo con fijeza, sin molestarse en preguntarle su nombre, puesto que le era conocido, muy conocido.

—Despídete de tu agente —le soltó mordaz, mesándose la barba.

—Y tú de tu comando.

—Está amortizado —dijo con desdén.

—Muy bien —le concedió el hombre mayor sin expresar lo que pensaba, que era que su agente

infiltrada también lo estaba. Es más, se había convertido en una carga, en una molesta y pesada carga, parecía decir su mirada. Ambos hombres sabían que se estaban intercambiando cromos viejos y usados que ya no tenían ningún valor real en el mercado.

—Espero que cuando llegue el momento hagas todo lo que acordamos —le conminó el joven, sin fiarse del hombre que tenía delante.

—Eso sobra —se molestó este—. Unos días antes,

parte de la escolta será quitada, así que lo único que tienes que hacer es decirme cuándo va a actuar tu comando.

—Así será —sentenció con energía.

Las dos figuras masculinas se levantaron de sus sillas casi al mismo tiempo, y cada uno dejó un billete de cinco francos sobre la mesa, puesto que era evidente que ninguno quería nada del otro.

—Ahora solo espero que no tardes mucho en enviar el comando que me has prometido —repitió Alejandro.

—Te he dicho que así será —respondió airadamente el sujeto de barba.

—Bien —se despidió—. Hasta nunca.

—Lo mismo digo, me encargaré personalmente de acabar con la vida de tu agente.

Capítulo IX.

Benjamín

La lluvia recién caída había logrado una vez más arrancar a la tierra ese olor tan salvaje y penetrante que la caracterizaba y que tan celosamente guardaba para sí, ya que solo las gotas de agua caídas del cielo, en contadas ocasiones, conseguía destapar. Es un periodo de tiempo muy corto, fascinante y extraordinario, casi mágico. Solo en ese momento, y durante un breve instante, comparte con todo cuanto le rodea esa fragancia tan propia y singular.

Los tonos verdes llenos de luz, color y vida con que habían iniciado la expedición habían dejado paso a otros más apagados, oscuros e inquietantes.

El sol se había ocultado tras los negros nubarrones. A medida que iban llegando procedentes de la bahía, venían cargados con las mismas intenciones que la tonalidad que mostraban. La brisa los dirigía rápidos hacia el valle, por cuyo lecho discurrían las aguas de un río.

Por las primeras estribaciones de la cordillera que conformaba una de las dos vertientes del valle, transitaba un pequeño grupo compuesto por cuatro personas.

Nada más encontrar el primer obstáculo que suponían las primeras elevaciones de la cadena montañosa, las nubes habían comenzado a soltar lastre en forma de agua, logrando así salvar esa

primera pared escarpada y dirigiéndose hacia el interior con su líquida carga.

La cortina de agua que estaba cayendo en ese momento había convertido la marcha de los viajeros en más lenta y trabajosa si cabía. Pisoteando con cierta dificultad el barro que se había formado bajo sus pies, la formación de las cuatro figuras avanzaba penosa bajo tan incómodas condiciones.

La luna, por entre los pocos claros que se mostraban sobre ellos, seguía sus pasos con sus ojos expectantes. Atrás había quedado el sinuoso camino de tierra que, sorteando las numerosas edificaciones dispersas por la campiña, los había conducido a la suave ladera, moldeada por el río en forma de meandro.

La agrupación de alisos que vestían esa falda de la montaña conformaba una curiosa mezcla al fundirse con los numerosos caseríos esparcidos, rompiendo la uniformidad del bosque y poblando con esa animada combinación las primeras elevaciones aún cercanas a la costa.

Acababa de dejar de llover en ese momento, y el sonido de las gruesas gotas de lluvia había dejado paso al provocado por las pisadas de los viajeros, arrebatando sonoros gemidos al manto de hojarasca que cubría el suelo.

El final del tortuoso camino de tierra los había conducido al descampado que se había abierto ante ellos. El grupo, exhausto, reponiéndose del esfuerzo realizado, se había detenido haciendo una breve parada.

El claro se asomaba al río mostrando la inusual violencia con que las aguas se empleaban en su orilla, la cual delataba que, cauce arriba, las lluvias estaban siendo más intensas que en el paraje donde se encontraban.

La noche se había hecho un día más la dueña, cubriendo con su presencia todo cuanto rodeaba. El lugar donde habían hecho el alto les servía como terraza, ya que desde él podían adivinar la cerrada curva que el río realizaba frente a ellos. Este giro tan violento era provocado por encontrarse en su camino, bruscamente, con una enorme pared de piedra.

El choque con esta gran mole sacaba infinidad de quejidos y lamentos del agua que tan rudamente era tratada en ese punto en el que se veía obligada a cambiar su curso de ese modo tan violento.

—Creo que será muy peligroso cruzar el río en estas condiciones —se atrevió a hablar uno de los integrantes del grupo.

—No. Al menos no demasiado —le respondió el hombre que había encabezado la marcha.

—Solo te digo lo que mis ojos ven, y es lo crecidas que bajan las aguas.

—Lo que ves no es más que un castillo de fuegos artificiales. Es más ruidoso que peligroso. Además, se me ha dicho que tenéis que cruzar cuanto antes, y, si no ocurre nada que lo impida, hoy será ese día —le respondió

autoritariamente el sujeto que encabezaba la expedición, que era con mucha diferencia el más espigado de todos, ya que sacaba al menos una cabeza de altura a los demás.

—Ya, pero aunque a ti te hayan dicho que tiene que ser hoy, si no se puede, no se puede. Y te aseguro que a la Dirección le dará exactamente igual que crucemos el río hoy, mañana, o pasado —al terminar de comentarle las trabas que había detectado, se giró preocupado hacia el resto de acompañantes, intentando que al menos estos se hicieran eco de sus palabras y adoptaran la misma prudencia que él ante la fuerte crecida de las aguas que tenían enfrente de él.

—Está todo preparado para que vadeéis el río esta noche —le reprochó molesto la figura espigada—. Además, en la otra orilla, también os están esperando. Así que —prosiguió con rotundidad—, no creo que haya marcha atrás, no si la decisión depende de mí —concluyó intentando acallar cualquier nueva objeción.

—Pero tal y como viene el río de crecido es muy fácil que ese bote vuelque y la corriente nos arrastre hacia abajo —volvió a la carga con otro reparo el sujeto anterior, señalando tímidamente la lancha neumática que el guía había sacado de entre unos matorrales.

—La ventaja que tienes es que, si eso ocurre, el trago de agua será dulce —respondió sarcástico a sus comentarios preñados de temor, ante el miedo que le provocaba tener que cruzar el río en semejante situación—. Justo hasta aquí —señaló con su mano hacia adelante, realizando un abanico en el aire con ella—. Aquí se halla la línea de acción de la marea. En circunstancias normales, el agua del mar, con marea alta, se adentra hasta donde nos encontramos, con lo cual, aquí comienza a tener un sabor salado, cosa que ante la gran avenida que trae el río, esta noche no ocurrirá, por suerte para ti —finalizó irónicamente con su explicación. Visiblemente contrariado ante la batería de inconvenientes que le estaba poniendo, su rostro se dibujaba en el suelo delgado y alargado, como las muestras de cordialidad que le dirigía—. Coge las bolsas que hay ahí —con gesto seco y malhumorado, la enorme figura del guía le indicó unos arbustos que tenían enfrente.

Un ahogado gemido acompañó durante unos instantes el murmullo del agua cuando, al tantear los matorrales indicados, la mano del individuo fue dolorosamente traspasada por infinidad de pequeñas y alargadas espinas.

—Ten cuidado —se escuchó que le advertía en ese momento el hombre que se encargaba de dirigir al grupo a través de las montañas que los rodeaban—. Es un escambrón.

A medida que los dedos del sujeto tropezaban con cada una de las largas púas clavadas en su mano, una ciega mirada cargada de rabia iba dirigida al líder de la expedición. La oscuridad le impedía encontrar en el rostro de ese individuo cualquier signo que le indicara el motivo de no haberle dicho antes que los arbustos estaban formados por espinos negros y que tuviera cuidado con ellos.

El aviso lo había lanzado cuando contaba a pares las púas insertadas en sus manos, ya que se le habían clavado al menos media docena.

Dolorida y molesta, la sombra masculina se retiró de los arbustos entre mudas maldiciones, siendo su labor retomada por la figura más fornida, que hasta entonces se había mantenido detrás de todos cerrando el grupo, en la retaguardia.

Tras sacar dos bultos de la maleza, dejó dos bolsas frente a los pies del grupo y, arrodillándose sobre estas, procedió rápidamente a meter su brazo derecho en el interior de una de ellas de un modo delicado, casi reverencial.

—Esta para ti —le indicó despectivamente al hombre que con gestos de dolor intentaba extraerse a tientas algunos de los pinchos que tenía insertados en su mano.

El sujeto de anchas espaldas le lanzó un objeto metálico de apenas veinte centímetros de longitud y un kilo de peso. Al entrar en contacto con su mano ilesa, esta pasó a transmitirle inmediatamente toda la carga de frialdad que la muerte siempre llevaba consigo. Al instante, tras palparla entre sus dedos, supo que se trataba de una pistola semiautomática GP35, marca Browning.

La aparición fugaz de la luna había alumbrado durante un instante el lugar donde se hallaban. Si se hubieran fijado en su rostro, habrían podido ver cómo un gesto de reprobación recorría toda su superficie. Ese resplandor amargo iluminaba la cara del tipo que estaba arrodillado en ese momento, quien mostraba un semblante en el que el brillo de sus ojos aumentaba a medida que iba metiendo y sacando sus manos de la bolsa de lona. Más que coger, acariciaba con sus dedos los objetos que se hallaban dentro.

En esos momentos, se dirigía a la figura que tenía a su lado y que era la más menuda de todos los presentes.

El tono de su voz había variado considerablemente al dirigirse hacia ella, mostrándose más afable. Le ofrecía cuidadosamente algo pequeño, no más grande que la palma de su mano, y negro como la oscuridad que los envolvía:

—El armazón de la Glock 19c ^[11] es de una sola pieza, más ligero que el acero, es resistente a golpes, a la arena, al agua salada y a las temperaturas extremas, es casi indestructible. Es casi como tú, princesa —le ofreció esbozando lo que parecía una sonrisa.

»Las piezas de acero de su interior tienen un acabado especial llamado Tenifer, el cual consigue una dureza similar al diamante. Es como tu corazón cuando una y otra vez me rechazas y me das largas —prosiguió con un ligero tono de reproche—. Al disparar no notarás el culatazo, gracias a la posición del eje del cañón. Aunque, a simple vista, parezca tosca y cuadrada, su interior es una preciosidad. Como tú, Solange.

Con ese nombre se había dirigido a la única mujer del grupo. A medida que las palabras salían de su boca, estas iban adquiriendo un aplomo y una seguridad que producían cierta inquietud e incomodidad al resto del grupo.

—Esta otra maravilla es un AUG-77 ^[12] —continuó, sacando una nueva arma de la otra bolsa, mucho más voluminosa que la anterior—, pesa poco más de cuatro kilos, para ser exactos, con el cargador que lleva, cuatro mil noventa gramos, todo ello gracias a que, a excepción de muelles, ejes y aguja percutora, es un arma hecha de plástico. Hasta el mecanismo de percusión es un material sintético —señalaba orgulloso.

»La culata está hecha con poliamida 66 reforzada con fibra de vidrio, eso es para que tu carita no sufra jamás quemadura alguna y pueda así observarla y apreciarla cada vez que sonrías —relataba

socarronamente.

»El cargador es traslúcido, con lo cual, podrás ver de un vistazo las balas que te quedan. Es así como me gustaría verte a ti, y saber qué se esconde detrás de esos ojos tuyos que con lo único que responden a mis deseos es con desgana e indiferencia.

—Por favor, Lope, no empieces ahora, ¿quieres? —le reprochó con suavidad la voz femenina.

—Lleva un visor óptico de un aumento y medio, y algo muy importante que debes de tener en cuenta —tras hacer una pausa para llenar sus pulmones nuevamente de aire y recuperar así parte del aplomo perdido ante el reproche que acababa de padecer, continuó diciendo:

»El gatillo es de doble recorrido, es decir, la primera presión sirve para un disparo tiro a tiro, y si continúas apretándola hasta el fondo, lo hará a ráfagas. Cuando dispaes, piensa en una escena erótica con tu príncipe azul y entonces no tendrás ninguna duda de lo que tienes que hacer —continuó, constatando con cierto desdén que él no iba a ser el elegido para semejante acontecimiento, muy a pesar suyo.

»Para que te quede claro: al principio, cuando se inicia el juego, os gusta que el comienzo sea suave, con mimos y caricias, o lo que es lo mismo, preciosa, pones el selector del arma tiro a tiro. En cambio, cuando dejáis atrás los preliminares y estáis en plena labor, esas delicadezas las guardáis para mejor ocasión, asomando esa cara salvaje que todos tenemos, que tanto nos cuesta reconocer y que finalmente mostramos en algún momento, en mayor o menor medida.

»Has llegado al fondo con tu dedo y acabas de seleccionar la opción de ráfaga en el arma. Entonces, presionando el gatillo sin reparo alguno, lo llevas hasta el final, manteniéndolo allí y deseando que ese instante se eternice. No existe el tiempo, solo lo que sientes en ese momento: pones el arma a disparar ráfagas de balas o de placer, según la situación —concluyó esbozando una maliciosa sonrisa.

La escena dibujaba la fascinación que provocaban las armas en el sujeto en cuestión, y como el mero contacto con ellas le hacía parecer más fuerte y poderoso. Algo parecido a un aura de poder lo envolvía en esos momentos, un aura que se mantenía invisible para los demás, no así para él.

Entre las nubes, un nuevo claro permitió pasar los rayos de la luna, iluminando el rostro del individuo. La mirada de Lope se revelaba cargada de frialdad, mostrando un hondo y profundo convencimiento. Esa creencia que a veces delataban sus ojos era tan vieja como nuestra existencia, y simple, tan simple como ella: consistía en el poder que siempre había tenido el más fuerte sobre los demás. Ahora eran las armas las que definían quién era el poderoso, y eran ellas las que le otorgaban al que las poseyera el siniestro privilegio de poder elegir entre la vida y la muerte de sus semejantes. Por esa misma razón, él se sentía tan poderoso cuando tenía un arma entre sus manos. Parecía ser, en esos momentos, el dueño del mundo.

Esa misma mirada glacial venía a decir algo que era muy claro y sencillo, tanto que casi parecía como un juego: cara, vives; cruz, lo siento, se acabó.

—Y esta otra para ti también —lanzó de mala gana a través del aire los cuatro kilogramos del viejo subfusil MAT49. Los brazos de Benjamín lo acogieron con familiaridad, ya que en muchas

ocasiones había sido su fiel compañero de viaje.

A Benjamín le resultaba curioso que sujetos así fueran capaces de ver solo una cara de la moneda, el anverso, que era el que les otorgaba el mando de la situación, y no quisieran apreciar el reverso y la responsabilidad de la enorme carga que este llevaba consigo. Esa carga venía dada por la conciencia y, una vez más, Benjamín se lamentaba al comprobar cómo Lope actuaba como si no llevara ninguna sobre él, o que esta fuera tan ligera como una pluma, ya que daba a entender que carecía de ella.

El ruido de las aguas crecidas, al chocar con los bordes de las orillas de la enorme masa de piedra que las servía de cauce, silenciaba la presencia del grupo, así como sus palabras y lamentos.

Haciendo oídos sordos a las quejas y objeciones que le había hecho, el sujeto que los conducía había puesto su enorme corpachón frente al río, seguido muy de cerca por Lope. Permaneció un largo tiempo observando sus aguas, absorto.

Detrás, expectantes, aguardaban una orden del conductor del grupo el hombre y la mujer que completaban la pequeña partida, que intentaba por todos los medios pasar inadvertida.

—Es hora de cruzar al otro lado —les anunció el individuo desgarrado con su fuerte vozarrón. Tras unos minutos de reflexión, en los que había permanecido en silencio, había optado por seguir adelante con la expedición—.

Hasta que no recibáis la señal permaneced aquí quietos los tres —su mirada se dirigía con reservas hacia Benjamín, que hurgaba dolorido entre su mano, incrementando así la tensión que ya existía entre los dos.

Benjamín contemplaba cómo el guía, sin más aviso que el que les había hecho unos segundos antes, se quitaba la boina que calzaba su despoblada cabeza, y cómo, antes de lanzarse al agua, la dobló cuidadosamente para introducirla en uno de los bolsillos de su ancho pantalón.

Movidas por una poderosa corriente de aire, las nubes se iban desplazando, rompiendo la masa compacta que formaban en un principio para crear infinidad de extrañas y curiosas figuras.

Por entre el denso manto que se extendía sobre sus cabezas, el severo y preocupado rostro de la luna se asomaba de nuevo tímidamente, dejando entrever la amargura que la embargaba. Sus ojos seguían las enérgicas brazadas del hombre que intentaba alcanzar la orilla del otro país. La mancha de espuma que señalaba la presencia del sujeto se iba dibujando más nítida a medida que iba cruzando lenta y penosamente las embravecidas aguas. Como resultado de su trabajoso avance, la soga que se había anudado alrededor de su cuerpo se tensaba formando un aro sobre su espalda.

—Muertos por la libertad —recitó una de las figuras de la orilla.

—¿Qué has dicho, Benjamín? —le preguntó en voz baja la mujer que estaba a su lado al escuchar

parte de esas palabras—. ¿Muertos por qué?

—Por la libertad, Solange. Muertos por la libertad. El monumento al que me acabo de referir se erigió a la memoria de todos los integrantes de la Red Cometa. La finalidad no fue otra que honrar el sacrificio llevado a cabo por todos los hombres y mujeres que la conformaron, quienes constituyeron para las generaciones posteriores un claro ejemplo de lo que significaba la lucha para quitarse de encima las zarpas de su opresor. Pero hay una pregunta que no paro de repetírmela una y otra vez —le confesó.

—¿Cuál?

—Me pregunto si nuestra lucha se puede equiparar a la suya, si nuestra guerra es la misma. Si estamos en el mismo bando que ellos, en el de los luchadores por la libertad, el de los buenos.

—¿Qué respuestas encuentras? —le cuestionó la mujer débilmente.

—Cuando di los primeros pasos que me condujeron a integrarme dentro del movimiento, creía que era un sí a todos los interrogantes; pero en cambio ahora... —Se calló de nuevo el hombre un momento para dejar la mirada perdida en la negrura de la noche—. ¿Qué quieres que te diga? ¿Que hubo un momento en el que empecé a cuestionarme todo lo que hemos estado haciendo durante todos estos años para después pasar a opinar lo contrario? Pues sí, así es.

—Te conozco lo suficiente como para saber que hay algo más que te atormenta. ¿Qué es? ¿Qué te ocurre?

—Nada Solange, solo me estaba preguntando si yo no pasaré a ser uno de los homenajeados, si no seré en el futuro uno más a los que hace referencia la estela funeraria que hemos dejado atrás —contestó lúgubre.

—Pero qué tonterías dices, Benjamín. Tú estás vivo aquí a mi lado, y ellos no —le reprendió.

—¿Sí? No sabes el consuelo que me produce escucharte, pero... ¿Por cuánto tiempo, Solange? ¿Hasta cuándo? —continuó con sus profundas dudas el hombre.

Desde la distancia, un poco más alejados del punto que ocupaba su guía al cruzar el río, circulaban los coches que, a una velocidad moderada, iban transitando por la carretera situada frente a ellos, en la otra orilla. El grupo, desde su posición, podía divisar las luces de sus faros.

—Me toca —dijo la mujer, con la voz entrecortada y visiblemente enojada, al ver la débil luz de la linterna que les señalaba desde la orilla opuesta, a más de un centenar de metros río abajo, que ahora les tocaba cruzar a ellos.

Esa era la distancia que había recorrido el hombre que se había lanzado al agua. La causa de tan largo trecho había que buscarla en la fuerte corriente. La repetición de la señal luminosa desde el otro lado de la frontera le indicaba que ahora era su turno. Con rapidez, Lope, situado ahora a su lado, procedió a colocar sobre las revueltas aguas la pequeña embarcación neumática que, hinchada, había yacido sobre el suelo. Sin perder un segundo, las siluetas de Solange y de Lope saltaron dentro del bote. La pequeña embarcación atravesaba las enardecidas aguas gracias a la

polea colocada sobre la cuerda que había tendido el guía con anterioridad.

Los dos cuerpos se desplazaban corriente abajo. Benjamín se había quedado momentáneamente solo, esperando su turno. Su mirada se paseaba nerviosa, atravesando el cielo encapotado por la mole montañosa de las tres coronas que se hallaba en la otra orilla del río. Esta, con la cresta más elevada en el centro, se mostraba imponente, orgullosa y altiva ante el grupo, recordándoles que, con una antigüedad que se perdía en el principio de los tiempos, había logrado mantenerse, a pesar de todo lo que había acontecido desde entonces, firme y desafiante, ocupando ese lugar de honor que como matriarca le correspondía y que, por supuesto, con gusto desempeñaba.

Un nuevo destello de luz, esta vez procedente de la otra orilla, le indicó a la figura solitaria que sus dos compañeros acababan de cruzar y que ahora le tocaba a él. Las gotas de sudor que resbalaban por su frente evidenciaban que estaba algo nervioso. Inició la recuperación de la embarcación tirando fuertemente de la cuerda anudada, y es que, a pesar de su poco peso, las embravecidas aguas se negaban a traérsela de nuevo, no al menos sin oponer cierta resistencia. Lentamente, con no poco trabajo, consiguió reducir la distancia que había entre la barca y su posición. Parecía que el esfuerzo físico había conseguido por unos momentos aislarlo de todo cuanto lo rodeaba. Como si de una mano se tratara, había conseguido retirar temporalmente de su cabeza la causa de su creciente alteración. Al llegar el bote ante su posición, cargó con la mayor rapidez que pudo su mochila y las de sus compañeros. Hecho esto, se lanzó él también dentro, iniciando así un atropellado discurrir hacia la otra orilla.

Como consecuencia de la precipitación que se había apoderado definitivamente de él, la cuerda se le escapó de entre los dedos, viendo cómo rápidamente era engullida por el río. No había sido capaz de sujetarla con sus temblorosas manos. La causa parecía haber sido ver reflejada en el agua que se había colado dentro de la barca, la imagen de algo parecido a una nube con tonos rojizos que se asemejaban al fuego. Quizás aterrado, cayó de bruces sobre los fardos que descansaban sobre el piso del bote.

Sin el control que le daba la cuerda que sujetaba la embarcación desde las dos orillas, el bote se mostró ingobernable y rápidamente culeó, iniciando una veloz y peligrosa carrera cauce abajo. Cuando la sombra de un enorme árbol se aprestaba a engullirlo, la lancha fue bruscamente frenada por la cuerda de la otra orilla. La sacudida casi lo tiró al río, sacando olas de reprobación a causa de tan brusca maniobra. Penosa y trabajosamente, consiguió finalmente llegar hasta donde se encontraba el resto de la expedición.

—¿Qué has hecho? Un poco más y ahora estarías navegando ya por la bahía —le increpó burlonamente Lope al llegar a su altura—. A poco más de un kilómetro el cauce del río se ensancha, formando una bahía al fusionar sus aguas con las procedentes del mar —le informó.

Benjamín, que aún permanecía dentro del bote, escuchaba empequeñecido y cabizbajo cómo se mofaba su compañero que, brazos en jarras, lo estaba observando divertido. La figura más grande de los cuatro, la del individuo que había cruzado a nado las turbulentas aguas, se aproximó hasta donde se hallaban y, sin terciar palabra alguna, se introdujo dentro de la lancha y comenzó a tirarles los fardos que había en su interior, lanzando calladas maldiciones dirigidas hacia el recién llegado.

—Malditos principiantes —murmuró entre dientes mientras terminaba de descargar la lancha. Tras terminar de hacerlo inició la marcha con prontitud.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó la mujer a Benjamín.

—La pregunta no es lo que me ha pasado, sino lo que he visto.

—¿Qué has visto? —le interrogó la mujer.

—No te lo vas a creer.

—Prueba a ver.

—Ha habido un momento en el que he perdido la noción de todo, te juro que durante esos instantes me llegaba débilmente el susurro sobrecogedor de dos voces femeninas que, entre aterradoras risas, me repetían una y otra vez, martilleando mi cabeza como si de una letanía se tratara, las palabras: «lavando y lavando, lavando y lavando». Eran unas voces sobrecogedoras. Finalmente, esos dos seres, al materializarse borrosamente frente a mí, me sonrieron despiadadamente en silencio y me enseñaron una cabeza humana arrancada salvajemente del tronco, mostrándome un rostro que, con horror, descubrí que no era otro que el mío.

Las piedras redondeadas de la orilla que conformaban el pequeño entrante donde habían conseguido desembarcar, le arrancaron un hondo gemido de dolor a la mujer, al pisar mal y doblar excesivamente el pie izquierdo, absorta como estaba en escuchar lo que estaba relatando Benjamín sin prestar atención al estado del firme.

Una nueva batería de improperios partieron de la boca del guía del grupo, haciendo acallar los lamentos de sufrimiento.

—¿Necesitas ayuda? —se ofreció amigablemente Benjamín.

—No gracias. Y menos la tuya —lo rechazó, muy molesta aún por la conversación anterior.

A pesar del percance que le paralizaba la pierna y que hacía que su cojera fuera ostensible, consiguió atravesar renqueando el medio kilómetro de maizal que los separaba de la carretera. Ese era su próximo objetivo, ya que era el punto señalado por el guía por donde debían de cruzar.

Agujoneada en su amor propio, conseguía a duras penas mantener el mismo ritmo que sus compañeros. Finalmente, lograron llegar al repecho que les servía de improvisado cobijo, desde el cual divisaban el contorno de la carretera que se dibujaba frente a ellos y que se presentaba como un nuevo obstáculo que tenían que sortear.

—Solo has de cruzar la carretera y saltar la valla, después tendrás ayuda. ¿Podrás o no? —le preguntó secamente el guía a la mujer—. Si no puedes, te vuelves conmigo.

—No, tranquilo, creo que podré —respondió tormentosamente la mujer.

—Bien. No se hable más. Tú serás la segunda en cruzar, detrás de tu amigo —señaló con

desprecio la figura de Benjamín—. Él será el primero, así sabremos si esa araña tejedora en la que se ha convertido la policía nos está esperando o no. Será fácil, ya verás, solo has de fijarte en cómo lo hace y repetir tú lo mismo después.

—¿Y por qué he de ser yo el primero? —protestó airadamente Benjamín.

—Porque el guía soy yo, y aquí y ahora mando yo, así que cállate de una vez y, cuando te diga que cruces la carretera, hazlo. Veras una valla, sáltala y espera a tus compañeros allí. Recuerda que la alambrada está a unos cuatro metros y tiene un metro de altura. Lanza primero la mochila por encima y después salta tú, porque si intentas hacerlo con la mochila colgada en la espalda, probablemente no podrás saltarla. Una vez hayáis hecho esto, cerca del caserío, escondidos a un centenar de metros repecho arriba, os aguardan. Venga, no te quedes ahí mirándome como si estuvieras atontado, corre, vamos, no hay tiempo que perder —lo apremió dándole dos golpes en la mochila, que era la señal convenida para cruzar—. Ahora —le gritó nada más ver pasar frente a ellos las luces del coche que patrullaba esa noche por allí.

Después de mirar a ambos lados del asfalto para asegurarse de que no pasaba ningún vehículo, Benjamín inició con paso vacilante los pocos metros de calzada que lo separaban de la valla, aumentando el ritmo al vislumbrar cómo, en la curva que precedía a la posición en la que se hallaba, los focos de un nuevo coche se iban acercando hacia él. Con toda seguridad, no se trataba de una nueva patrulla, ya que hacía solo unos breves momentos que había pasado, pero ante la posibilidad de que así fuera incrementó aún más su zancada, consiguiendo llegar hasta la pequeña valla y vencerla dejando caer su cuerpo sobre ella, sin hacer caso a las indicaciones del guía, que le había dicho que lanzara primero la mochila y que después que saltara él.

Al derrumbarse en la otra parte, intentó pegarse al suelo todo lo posible, fundiéndose con las sombras que le proporcionaban los arbustos que lo rodeaban y que ahora le servían como manto protector.

La siguiente en cruzar la carretera fue Solange, cuya menuda figura se mostraba encorvada y engrandecida debido a la mochila que llevaba anudada a su espalda. Dos nuevos golpes en su hombro fueron la señal para que iniciara la marcha, lo que hizo cojeando de un modo evidente. Tras unos segundos de tensa calma, en los que los ojos del grupo seguían con incertidumbre su trabajoso caminar por la carretera, consiguió finalmente llegar a la valla que se encontraba al otro lado del asfalto. Inquietos, el resto de integrantes del grupo observaban cómo la mujer hacía esfuerzos ímprobos para saltar la alambrada que tenía delante y que, con anterioridad, había sido salvada por el primer integrante del grupo.

En un último y desesperado intento de salvar el obstáculo, se quitó la mochila y la lanzó penosamente al otro lado de la alambrada. Debido a su menor estatura, al percance sufrido en el pie al doblárselo y a pesar de aligerar su carga, a Solange le estaba resultando imposible vencer la dificultad que formaba la verja metálica que tenía enfrente. Un nuevo par de luces se acercaban amenazadoramente hacia su menuda figura. Horrorizados, los integrantes del grupo observaban cómo esta, paralizada por el miedo, se giraba hacia donde apuntaban su llegada las luces del vehículo, dando unos tímidos pasos hacia ellas, incapaz de reaccionar. Su cuerpo bloqueado recordaba al de una desprevenida mosca que había sido atrapada en una tela de araña y esperaba angustiada a que su dueña apareciera y acabara con ella.

Justo cuando las luces del coche patrulla se disponían a apuntar a su posición, de la otra parte de la valla salió una mano que consiguió cogerla del brazo. Benjamín, con todas sus fuerzas, tiró de ella atrayéndola hacia sí, logrando que la mujer diera una vuelta de campana sobre la alambrada derribándole y cayendo de bruces junto a él. El sujeto le puso rápidamente una mano sobre su boca, ya que cualquier sonido de dolor podría delatar su posición al vehículo que lentamente se paseaba frente al grupo, mostrando a su paso su amenazadora sombra.

—Por poco —fue lo único capaz de pronunciar Lope cuando llegó hasta su posición minutos después. Tanto Benjamín como Solange aún trataban de reponerse de la angustiada situación vivida.

—¡Vamos! —gritó el recién llegado—. Nos deben de estar esperando por aquí, no muy lejos.

—Llegáis tarde —murmuró molesta una de las dos figuras que habían salido de las sombras, consiguiendo con ello sobresaltarlos de nuevo.

La inesperada aparición provocó que los pies de Benjamín se enredaran entre el amasijo formado por la hierba y las hojas que habían caído al suelo, y empezó a tambalearse iniciando una caída que consiguió detener a duras penas en el último momento al asirse con muchos apuros al tronco de destellos grises plateados que se levantaba junto a él.

—Id en fila india detrás nuestro —fue el único saludo que les consiguieron arrancar a sus nuevos guías cuando el sujeto más rezagado del grupo, que no era otro que Benjamín, llegó a su altura—. Solo una huella —les advirtieron de nuevo los dos desconocidos, lo cual resultaba de lo más lógico, ya que a la mañana siguiente la tejedora inspeccionaría su red y descubriría que por allí habría pasado alguien. De ese modo, no sabría cuántos habían sorteado su malla, lo que la dejaría desconcertada por un tiempo, quizás el suficiente para que pudiesen asestarle un nuevo golpe.

—¿Qué es eso? —preguntó Lope a los dos desconocidos.

—¿Eso? —le respondió una voz juvenil señalando con uno de sus brazos la construcción en ruinas que se levantaba frente al grupo—. Eso es lo que la gente de aquí llama *pedra de lamia* [\[13\]](#).

Benjamín, que iba cerrando el grupo, se detuvo de golpe al escuchar esto último.

—¿Qué te pasa? —le cogió del brazo la mujer tirando suavemente de él, en clara señal de agradecimiento por lo que había hecho por ella unos pocos minutos antes, sacándolo del mundo de miedos y temores donde se había sumergido una vez más y devolviéndolo nuevamente a la realidad.

—Nada. Tranquila, Solange, no me pasa nada —le respondió mientras la luna iluminaba su camino al abrirse un nuevo claro entre las nubes.

Capítulo X.

Covadonga

La segunda mentira, si he de ser sincera, cada día me cuesta más decírmela, y mucho más creérmela. Consiste en pensar que todo puede ir bien algún día, suponer que, si no vuelvo a ser lo que fui, si no vuelvo a ser esa periodista reconocida que fui, sí al menos podré dedicarme a aquello que me gusta y que se ha convertido en lo único que me incita a seguir adelante, que no es otra cosa que buscar noticias, aunque cada vez me lo ponen más difícil.

La estancia donde me hallaba formaba la única esquina exterior del enorme rectángulo de la primera planta del edificio. Ese gran polígono albergaba a todos los miembros del periódico donde yo trabajaba y era, por lo tanto, la sala mejor iluminada de esta planta, ya que era la única que daba a la fachada exterior.

Faltaban pocos minutos para la reunión diaria de la sección de Local del periódico, por eso me encontraba sola allí dentro. A poco menos de un centenar de metros de distancia, bajo mis pies, más allá de la interminable tira de vehículos que transitaban por la calzada, las hayas me devolvían sus aceitunados reflejos, formando una barrera que envolvía el jardín que se hallaba frente a mí, preservándolo con todo su valioso contenido de la amenazadora presencia de la modernidad que lo rodeaba.

Los árboles actuaban como un sugerente papel de regalo que guardaba en su interior, como un valioso presente, el recuerdo de un día pasado con mi padre, años atrás, en el cual yo, siendo una niña, tomé la determinación de ser lo que era ahora y de dedicarme en la actualidad a lo que había decidido entonces.

—¿Te ha vuelto a molestar ese mal nacido? —me preguntó a mi espalda mi desgarrada compañera de trabajo con la voz preocupada, después de entrar en la sala y encontrarse conmigo en una actitud tan contemplativa como en la que me hallaba—. ¿Lo ha hecho o no? —me volvió a

insistir, ahora con gesto serio, ante la tardanza en la respuesta, pensando que mi silencio no hacía sino corroborar sus temores.

—No, tranquila, no lo ha vuelto a hacer. No ha vuelto a insistir, al menos de un modo tan directo como el que te comenté —le contesté, de vuelta a la realidad. Supongo que mi voz se mostraba tan quebradiza como mi mirada, quizás porque ahora estaba recordando vagamente el episodio al que mi joven amiga se estaba refiriendo—. De todos modos, has de saber que sé defenderme y apañármelas solas —le respondí con la intención de tranquilizarla.

Al ver que mis palabras sonaban más a un arranque de orgullo que a querer quitarle importancia al asunto para así no preocuparla, añadí:

—Algún día te pagaré todo lo que estás haciendo por mí, no sé cómo, pero lo haré —le dije agradecida por la ayuda que me había brindado desinteresadamente.

—Pero qué tonta eres. No tienes nada que agradecerme, no hago nada que tú no harías por mí — quiso restar importancia al apoyo que me estaba prestando. Nada más decirme esto, se sentó a mi izquierda, en una de las esquinas del semicírculo formado por las sillas que había en la sala, frente a la mesa que la presidía.

En realidad, Sara era la hija de uno de los integrantes del Consejo de Administración de la

editorial propietaria del periódico para el que trabajábamos ambas. Podía dar fe de que, detrás de esa fachada de banalidad y superficialidad, se escondía una mujer atenta y comprometida con todo cuanto la rodeaba. Además, sabía que su sola presencia era un freno para las sucias intenciones que había albergado cierto individuo en la redacción. Tras esa apariencia, se escondía una mujer que lo único que quería era seguir su camino, y hacerlo a su modo, no al que le había marcado desde niña su padre. Era su particular modo de rebelarse contra los mandatos de este, ya que la máxima ilusión de su progenitor era que ascendiera en el escalafón del periódico. Quería que fuera tomando cargos de responsabilidad, a lo que ella se negaba, renunciando a unos privilegios que le habían sido ofrecidos en repetidas ocasiones. Esa imagen de alguien indiferente con todo cuanto la rodeaba que se había formado, era su manera de decirles a todos que iba a empezar desde abajo, y que no iba a aceptar ninguna concesión hacia su persona. Quería ser igual que los demás.

Finalmente, las sillas de la sala habían sido ocupadas por el resto de integrantes de la sección de Local.

—Buenos días —comenzó Jacinto la reunión con gesto serio, mirándome fijamente.

Sabía que no iba a ser una buena mañana, y esa mirada no era más que la confirmación a mis sospechas. Tras esa muda advertencia, se dirigió hacia el resto de mis compañeros:

—Hoy hay que cubrir la presentación de la nueva película de Tomás Cisneros y el inicio del juicio a Jorge Palacios. Juan, tú te encargarás del juicio y te llevarás a Luis contigo. Sara, tú con Isaac vais a ir a cubrir la presentación de esa película.

Como venía siendo habitual, desde hacía unas semanas, desde que le dije claramente que no al sujeto que tenía enfrente y que presidía la reunión, mi papel se había convertido en algo meramente testimonial, ya no tenía ni voz ni voto, tan solo me limitaba a esperar que se me asignara una tarea. Pero hoy sabía que no iba a ser así, la cosa no iba a ser tan fácil para mí. Finalmente, llegó mi turno. Cuando todo el reparto para cubrir los diferentes focos de información estaba cubierto, llegó mi hora. La última, como siempre. Desde que lo rechacé abiertamente y le dije que no quería nada de él, ni siquiera ser amigos. Desde que le dije que no me interesaba ni como persona, el tipo utilizaba todas las armas que tenía a su alcance para hacerme daño, todas a excepción de la fuerza física. Quizás no se decantaba por ello porque era demasiado cobarde para intentar agredirme, eso era algo que no sabía.

—No quiero que vuelva a suceder lo del otro día —añadió Jacinto con rabia contenida hacia mí—. Quiero que vayas a Documentación y que busques la fotografía más tétrica y desagradable que encuentres del sujeto que va a ser portada. ¿Me has entendido? —concluyó visiblemente irritado.

Al principio respondí con un leve asentimiento de cabeza, como otras veces, pero no pude evitar soltarle:

—Todo sea por la objetividad.

—Sabes que este periódico tiene una línea editorial claramente definida, y que no es precisamente la del fallecido —apostilló, para añadir con una gran dosis de inquina—: La verdad es que estoy bastante harto de tus ataques de moralidad, por no decirte mucho —dijo molesto, apartando su

mirada de mí y dirigiéndola hacia el resto para, de ese modo, continuar con la reunión.

»Si no me equivoco, el título es *El fulgor*, ¿no? —le preguntó Jacinto a Sara.

—Sí, ese es el título, como subtítulo aparece la frase:

«Después de la oscuridad».

—¿Es una cinta de terror? —se interesó el jefe de Local.

—Sí, al menos eso parece —contestó Sara con reservas.

—¿Sabes quién va a acudir al acto además del propio Cisneros?

—No con seguridad, pero sí que sé que al evento van a acudir multitud de famosos, compañeros suyos de profesión, para darle su apoyo.

—La verdad es que lo va a necesitar —saltó a mi derecha Juan, en la otra parte del semicírculo.

—La peli pinta mal —reconoció Sara.

—Muy mal —apostilló Isaac desde su silla, a mi derecha.

—Según tengo entendido, el propio Cisneros es también el productor. Hay quien dice que esta ha sido la única manera de que el actor, que ha vivido tiempos mejores, pueda conseguir el papel de protagonista —añadió Sara.

—A pesar de todo ello, quiero un reportaje con *glamour* y distinción, que esté a la altura de todos los que van a ir al acto —les ordenó Jacinto, dando por terminado ese intercambio de pareceres, quizás con la intención de tenderle una mano a ese actor que estaba en horas muy bajas—. Bueno, Jesús, ¿cómo vas con lo tuyo? —se interesó, mirando al hombre que ocupaba la silla dispuesta justo frente a él.

El tipo elegantemente vestido que estaba sentado dos sillas más allá, a mi derecha, era Jesús, la nueva adquisición de la sección de Local. A pesar de llevar menos tiempo que yo en la redacción, había entrado pisando fuerte, con aires de grandeza. A todas luces era la nueva estrella de Local, se encargaba de cubrir acontecimientos o ruedas de prensa importantes. En su día yo también hacía lo mismo, cubrir esos acontecimientos importantes y pensar que un día no muy lejano el puesto de jefe de Local sería mío. Ahora esas eran sus intenciones, no las mías. Jesús tenía una ambición desmedida, lo sabía porque yo también la había tenido. Era algo que aún era capaz de ver en alguien cuando la tenía, y Jesús la tenía, vaya si la tenía.

—Bien —le contestó con un tono lleno de arrogancia—. Hoy toca hablar de la seguridad ciudadana. Hoy, en mi columna, preguntaré dónde está la policía cuando en realidad hace falta. Hoy les lanzaré a los lectores la pregunta: ¿para qué queremos tanta policía? Cogeré uno por uno los delitos cometidos en el día de ayer y les preguntaré si esto no se podía haber evitado.

—Sabes que eso cala en la opinión pública, el lector se pondrá de tu parte enseguida, pero no

deja de ser engañoso e inútil todo lo que dices, ya que, en realidad, lo que tú planteas es imposible de realizar y obedece más a una venganza tuya que a una realidad —le dijo Jacinto.

La historia que Jesús tenía entre manos era sencilla, muy sencilla, tanto como el resentimiento que le guardaba al sujeto que era el blanco de sus críticas. Todo obedecía a algo tan simple como una denuncia por mal estacionamiento. El sujeto sobre el que había centrado su columna Jesús era el jefe de la policía local y su pecado había sido, primero, denunciar un vehículo mal estacionado, el de Jesús, y después, no quitarle esa denuncia. Eso había sido todo, ese había sido el desencadenante de todo el acoso y derribo al que Jesús estaba sometiendo a un hombre que había cumplido con su obligación.

—Lo sé, pero ese mal nacido se va a arrepentir del día en que me conoció —dijo con soberbia.

Tras escuchar estas últimas palabras, Jacinto le soltó:

—¿No crees que ya está bien? —le preguntó, intentando de ese modo medir al rival con el que sabía que tarde o temprano se iba a tener que enfrentar.

—En absoluto —contestó Jesús desafiante, haciéndole ver hasta dónde estaba dispuesto a llegar en todo lo que se proponía: hasta el final.

—Entiendo —le respondió Jacinto, conocedor de todo el alcance de su respuesta.

En un desafío abierto como el que le había empezado a plantear Jesús, siempre hay alguien que termina pagando los platos rotos de ese pulso. Ese alguien no es ninguno de los dos, siempre es una persona cercana la que sale escaldada. Ese alguien suele ser utilizado como ejemplo para el resto. Es un aviso de lo que le puede ocurrir a quien ose desafiar a quien manda, y ese ejemplo, ese alguien, por desgracia, era yo.

—A ver, Juan, tú irás al juzgado a cubrir el juicio — Juan llevaba puestas unas gafas rectangulares con montura de pasta. Eso y el pelo largo con canas que a veces se recogía en una coleta eran el recuerdo de unos días en los que aún creía que luchaba por algo más elevado que sobrevivir. Al fin, había descubierto que el día a día ya era una lucha bastante importante para él. Sin darse cuenta, se había convertido en un reportero veterano, era algo más que evidente. Atrás quedaron sueños pasados y promesas. Ya había averiguado que no iba a comerse el mundo y, para él, esta profesión era un trabajo con el que se ganaba la vida. ¡No sabía la suerte que tenía al pensar así! ¡Ojalá yo pudiera ser como él! Si así fuera, me evitaría muchos problemas. ¡Ojalá yo fuera capaz de conformarme con vivir el día a día y dejarme de historias más trascendentales que lo único que hacían eran amargarme la vida! La verdad es que, cada vez que lo veía, no dejaba de sentir una envidia sana por él y por su actitud.

—Y te acompañará Luis —añadió Jacinto.

Luis era joven y con pocas luces, o al menos eso creíamos. Normalmente, siempre permanecía en silencio durante las reuniones. Juan siempre le decía «niño» cuando se dirigía hacia él. Tenía un pelo negro y lacio, ocultaba siempre su mirada tras un enorme flequillo que le llegaba hasta los ojos. Jacinto se lo había adjudicado a Juan para que no cometiera ninguna tontería y lo guiara en el trabajo. Acababa de terminar sus estudios sobre fotografía y, junto con el resto de integrantes de la

redacción, aún me preguntaba cómo coño había podido terminar los estudios. Encontrar el trabajo no, puesto que era un becario y era relativamente fácil conseguir un hueco en esas circunstancias.

La verdad es que estaba ya cansada de realizar tareas menores, mi paciencia se había agotado y no iba a permitirle a mi jefe que siguiera intentando humillarme delante de mis compañeros, lo que daba como resultado tener que enfrentarme y terminar discutiendo con él una vez más. En esos momentos, me preocupaba más tener que plegarme una vez más a su voluntad y dejar de ser como era, o al menos como había sido, que tener una mañana tranquila.

Si echaba la vista atrás, me resultaba muy doloroso comprobar que lo único que quedaba de mí era el nombre con que firmaba una de las columnas más leídas.

—Quiero que vayas con mucho cuidado en este caso —le continuó diciendo a Juan—. Se está juzgando a uno de los nuestros.

Era evidente el porqué había sido Juan el elegido para cubrir la información: porque sabía que no les iba a crear ningún problema, ni a él ni a los de arriba.

El caso que se iba a juzgar tenía como acusado a un político llamado Palacios, acusado de apropiación indebida y de malversación de fondos públicos. En cristiano, eso era que había metido la mano donde no debía. Lo que ocurría en este caso, es que tenía fuertes connotaciones políticas, porque el partido al que pertenecía, lejos de abandonarlo a su suerte, había cerrado filas en torno a él.

El partido al que pertenecía el imputado era el mismo que estaba gobernando en esos momentos, y la oposición estaba intentando utilizar el caso como arma arrojadiza contra el Gobierno. Por ello, se había desatado una lucha sin cuartel entre los dos partidos políticos y los medios de comunicación afines a ellos.

—¡Vaya! —exclamé con sorna sin poder contenerme—. Uno de los nuestros —repetí con toda la intención la frase que acaba de decir Jacinto—. ¿Ese no es el título de una película sobre la mafia?

—Sí —saltó tímidamente Luis desde el otro extremo del semicírculo formado por las sillas—. Es una peli de Scorsese —concluyó, dejándonos sorprendidos a todos.

Jacinto, atravesándome con la mirada, se dirigió nuevamente a Juan para decirle:

—Quiero que comentes algo también sobre el juez que está llevando el caso, quiero que hagas públicas las presiones a las que está siendo sometido.

—Me hubiera gustado ver esa defensa que haces de la justicia en el caso de ese desgraciado apellidado Castillo. Entonces decías todo lo contrario. Si no recuerdo mal, nos decías que buscáramos cualquier cosa con que atacar al juez que lo llevaba, para presionarlo y así condicionar su dictamen. Cómo cambian las cosas de un día para otro. Eres una continua caja de sorpresas. ¿O también es uno de los nuestros? —le solté sin poder permanecer callada, conocedora como era de las artimañas que había utilizado el Gobierno para que ese caso fuera a parar a ese juzgado y no a otro.

—Sabes tan bien como yo que la justicia hace mucho tiempo que no es ciega, y que se ha convertido en un instrumento más en la lucha por el poder —dijo Jacinto, visiblemente cansado de mis desaires.

—Lo sé —le reconocí con rabia, con la misma que me provocaba el tener la convicción de que aquello no debía de ser así.

—Así como que no existe ningún periódico ni periodista imparcial —concluyó, señalándome con el dedo.

—Y eso lo justifica todo, ¿no? —salté desatada, sin ningún freno en mis palabras—. Tenéis vuestro mercado y una tendencia política claramente definida, por lo tanto, la actualidad se dibuja con arreglo a esa línea ya preestablecida a la que obviamente os debéis y que viene marcada por la línea editorial del periódico, ¡viva la libertad y la transparencia! —continué con ironía—. No sabéis lo que es ni la tolerancia ni el respeto a alguien que no comulga con vuestras ideas. No tenéis miramiento alguno por nada que no sea lo vuestro o uno de los vuestros —finalicé, cansada ya de tantas tonterías y palabras vacías.

—Ten en cuenta que lo que propone Jacinto no es mentir, sino que entendamos y que en arreglo a ello trabajemos, en virtud de esa sensibilidad que esta casa atesora desde sus inicios —Jesús rompió el silencio dirigiéndose hacia mí, intentando mediar en la disputa abierta con Jacinto, acallando de ese modo la respuesta que mi jefe me tenía preparada.

—La verdad es que estoy bastante cansada ya de todo esto. Lo que vosotros nos proponéis es que nos dobleguemos a los dogmas que establece la empresa, y no solo no nos permitís de un modo libre desarrollar nuestro trabajo, sino que habéis convertido todo esto en algo indigno, algo que es despreciable. ¿Qué hay de la verdad? ¿Ya no os interesa tener veracidad y credibilidad? La verdad es que me dais asco —les reproché a los dos sujetos—. Que yo sepa, un periódico tiene su propia línea editorial —le dije al redactor— y eso siempre da un margen en el que navegar y cubrirse las espaldas sin caer en todo lo que me has estado diciendo sobre el enfoque que hay que darle a las noticias. Pero de ahí a lo que vosotros nos estáis proponiendo, va un abismo.

—No creo que esté escrito en ningún sitio que la prensa tenga que ser cien por cien veraz —sentenció Jesús finalmente, viendo que no iba a conseguir convencerme con sus palabras.

Una vez más, mis ojos se contemplaron a sí mismos desde la ventana. Esta vez no se mostraban tan apagados como en anteriores ocasiones. Ese brillo que estaban retomando era debido a la discusión que había iniciado con Jacinto, primero, y ahora con Jesús. Sobre este último, en la redacción se había extendido el rumor de que tenía el pelo tan corto como sus principios, y las malas lenguas de la redacción, es decir, mi amiga Sara, me habían informado de que, escondido en los aires de grandeza con que había llegado a la redacción, lo que ocultaba entre sus pantalones no era más largo que el corte de su pelo. Sin poder evitar la sonrisa que me había provocado recordar esto último, finalmente le aclaré a Jesús:

—Te equivocas, sí que está escrito, y te puedo poner como ejemplo a Nietzsche [\[14\]](#), el cual ya pronosticó en qué podía llegar a convertirse esta profesión. Aventuró que se iba a transformar en una pseudociencia. Ya entonces, plasmaba sus temores sobre el periodismo. Temía que, como pasa

con cualquier religión, el periodismo supusiese finalmente una reducción de la cultura, ya sabes: solo existe la palabra de Dios y solo eso, en este caso, la del director. Si te vale ese ejemplo, ahí lo tienes —le solté con la palabra *listillo* guardándomela en la boca, con cierto poso de amargor en mi voz ante la deriva que había tomado una profesión a la que tanto admiraba, que había sido toda mi vida y a la que, del mismo modo, tanto exigía.

—¿Nietzsche? ¿En qué libro? —preguntó picado por la curiosidad. Era evidente que su interés obedecía más al orgullo que estaba a punto de ser pisoteado que al afán de conocimientos que pudiera poseer.

—Fue en una serie de conferencias que dio y que han sido recogidas bajo el título *Sobre el porvenir de la educación*. ¿Lo has leído? —seguí con el mismo tono incisivo y guardándome a duras penas una vez más la palabra *listillo*. Sabía que semejante obra no había sido traducida aún a nuestro idioma, en eso le llevaba ventaja al hombre con el que estaba discutiendo, y estaba siendo, tenía que reconocerlo, mala, muy mala con él. De todos modos, eso era lo mínimo que se merecía.

—No, pero por supuesto que sí he escuchado hablar de él —se defendió como pudo, ya que su semblante expresaba con meridiana claridad que no tenía referencia alguna de que en sus obras se tratara el tema que estábamos debatiendo y que ahora mismo representaba para él un escalón muy resbaladizo por el que estaba a punto de caer.

—Ya —añadí jocosa—. Así que tú eres uno de tantos que sabe ciertas cosas de oídas, ¿no? Eres uno de esos tipos a los que su orgullo le impide reconocer que no sabe algo y, para salir del paso, espoleado por la soberbia, recurre a la mentira o a una verdad a medias, ¿no?

—No sé por qué dices eso —comentó el hombre, sorprendido por la contundencia de mis palabras. No con mucha seguridad, consiguió contestarme—: De todas formas, te he de decir que tengo la convicción de que las palabras escritas por Nietzsche son uno de los muchos arietes que se han utilizado para intentar romper las murallas que defienden los valores que han permitido a nuestra civilización llegar hasta hoy tal y como es, y no como podría haber llegado a ser, es decir, una sociedad condenada al salvajismo, a la barbarie.

—No me extraña que pienses así —tercié despectiva—. No me causa ningún asombro comprobar en alguien como tú que cualquier crítica sea entendida como un ataque —continué con tono mordaz—. A pesar de gente como tú, hemos llegado hasta aquí —finalicé lapidariamente.

—¿Por qué dices eso? —dijo molesto el interpelado—. No te entiendo. Solo te he dicho que las bases de nuestra civilización son las que nos han permitido llegar hasta aquí, como tú has dicho.

Sonriéndole, le respondí:

—Tú y yo jamás pensaremos de igual modo. Tú crees que somos lo que somos gracias a esos pilares inamovibles que no deben ser nunca cuestionados. Y yo creo todo lo contrario. Estoy segura de que gracias a personas como Nietzsche, que se han cuestionado todo, la humanidad ha llegado hasta aquí.

—Bien —me reconoció a duras penas mirándome fijamente—. Pero no me negarás que, para que

nuestra sociedad funcione, debe obedecer a unas determinadas reglas, ¿no?

—Sí, claro. Pero sigo diciéndote que hemos llegado hasta aquí gracias a gente que se ha cuestionado todos los dogmas establecidos —seguí defendiendo firmemente mis postulados—. ¿Acaso Platón no era hijo de una época concreta y ahora, dos mil años después, es acusado, entre otras cosas, de misógino?

—El hombre es hijo de su tiempo y de sus circunstancias —me rebatió con un aire cargado de soberbia, cansado de estar recibiendo una dolorosa lección en esos momentos, hecho al que no estaba en absoluto acostumbrado y que, lo que le resultaba más doloroso, se la estaba dando una mujer. Esas palabras salieron de sus labios con la suficiencia de creer que esa afirmación no tuviera discusión alguna, mostrándome una sonrisa llena de satisfacción, la cual indicaba que creía con esa mano haber salvado su orgullo herido con anterioridad.

—Te equivocas —añadí sonriéndole, sabedora de la ventaja que me había cobrado en el mano a mano que estábamos sosteniendo y que no estaba, bajo ningún concepto, dispuesta a desperdiciar. Ahora el ventanal, al devolverme mi imagen, me mostraba cómo en la parte superior de mis labios se empezaba a dibujar una graciosa uve que en esos momentos significaba la victoria que estaba a punto de conseguir—. El hombre siempre se ha considerado hijastro de su época. Jamás, repito, jamás ha aceptado la paternidad del tiempo que le ha tocado vivir, ha renegado de esta una y otra vez —concluí, dejándolo sin palabras y provocando con ello una serie de risas contenidas en el resto, a excepción de en nuestro jefe de sección, el cual, visiblemente molesto, saltó:

—Ya está bien de tonterías —me dijo cortando la discusión—. Quiero que te dediques a buscar las fotos que te he pedido en el archivo. Si no quieres hacerlo, dímelo y haré lo que tenga que hacer —concluyó con una velada amenaza dirigida hacia mi persona.

Al ver que yo asentía a duras penas con la cabeza, añadió dirigiéndose al resto de los allí reunidos:

—Esta reunión ha concluido. Ya sabéis todos lo que tenéis que hacer —finalizó al tiempo que nos indicaba con la mano la puerta de la sala.

—Vámonos niño, que tenemos trabajo —le apremió Juan a Luis.

Fuera del despacho de Jacinto, en la redacción del periódico, Sara, observando al jefe de Local y a Jesús que aún permanecían dentro del despacho, me comentó:

—Pero qué cosas tienes. Mira que eres rara, hija —dijo contemplándome aprensivamente—. Aunque he de reconocer que eso del tiempo ha estado muy bien, al listillo ese lo has dejado sin palabras, lo cual ya es difícil —terminó sonriéndome—. Nos vemos Covadonga —se despidió dirigiéndose hacia la puerta del ascensor para realizar el trabajo encomendado—. Estaremos en contacto. Cuídate.

Tras tales palabras, me dejó atrás introduciéndose en el ascensor en compañía de Isaac, quien, de un modo callado, me saludó con la mano, dejándome sola de nuevo con mis pensamientos y con mis recuerdos.

Capítulo XI.

Benjamín

El nuevo amanecer había traído consigo una ligera oleada de viento frío. El invierno aún no se había ido de un modo definitivo. Su incómoda presencia se había adueñado de la calle, recordando con ello que, a pesar de haber doblado la esquina y escuchar cómo sus pasos se alejaban en el tiempo hasta el año siguiente, las horas que acompañaban al alba seguían aún sujetas a su autoridad.

—Atento, tengo el vehículo frente a mí —un gesto grave de asentimiento con la cabeza por parte de Benjamín había acompañado el aviso recibido.

Estaba apostado en la acera, se encontraba con el cuerpo entumecido por las bajas temperaturas y por el tiempo que había permanecido en el lugar en el que ahora se encontraba. La tensa y larga espera parecía haber llegado a su fin. Las palabras le habían llegado atropelladas a sus oídos, pronunciadas por una voz alterada y agudizada por los nervios. Era una voz masculina la que brotaba del receptor que llevaba encima. Llevaba metido el aparato en el bolsillo izquierdo situado a la altura del pecho del buzo de trabajo que llevaba puesto. Infructuosamente, trataba de atrapar con sus manos el artefacto, ya que, tras varios intentos, este se había quedado encajado entre los pliegues de la tela.

—El objetivo ha llegado —le comunicó nuevamente desde la distancia su compañero—. Inicio la cuenta atrás.

Diez.

La solitaria figura de Benjamín, que permanecía de pie escuchando, era un pequeño islote en el enorme tobogán de asfalto que conformaba la calle que se abría delante de él la cual servía para comunicar entre sí las casas de la zona residencial en la que se hallaba. El conjunto, sin transmitir un excesivo lujo, dejaba entrever, por su aspecto confortable, cierta pujanza y prosperidad.

Se protegía de los coletazos del frío cubriendo su cuerpo con un mono de trabajo color azul cuyo tono era algo más oscuro que el nuevo día, al cual hoy parecía que le costaba levantarse y aún estaba desentumeciéndose.

El recuerdo de aquellos últimos días, marcados por el tedio y el cansancio que suponía la larga espera, le estaban despertando el deseo de apartarse un poco de allí, del lugar donde se encontraba, y empezar a hurgar en su memoria.

Ese pasado dibujaba en su mente la imagen de un cielo plomizo que se levantaba sobre un enorme prado de vivos colores verdes.

El pavimento que se hallaba bajo sus pies pasaba a ser sustituido por una gama variada de tonos verdes, los cuales se adueñaban de los prados que cubrían su añorada campiña.

—Repito —de nuevo el silencio fue roto por el aparato portátil que Benjamín llevaba encima,

sacándolo de sus recuerdos y haciéndolo regresar al presente—. Están pasando frente a mí en estos momentos. Espero confirmación, ¿me has oído? —la voz llegaba a través de las ondas apremiando al sujeto apostado a dar una rápida respuesta. Intentaba asegurarse cuanto antes la recepción del nuevo aviso—. Benjamín, ¿me oyes? —repitió la misma voz cargándose de impaciencia al no escuchar respuesta alguna a sus requerimientos.

—Alto y claro, Lope. Alto y claro —consiguió responder finalmente ya con el *walkie* en la mano, sacándolo con rabia del bolsillo donde se había quedado encajado—. Espero la cuenta atrás —añadió lo más calmado posible.

—¿Qué te ha pasado? ¿Algún contratiempo? —se interesó preocupado desde la distancia su compañero.

—Nada. No podía sacar el dichoso chisme del bolsillo, se había quedado atascado y no salía —le respondió intentando tranquilizarlo.

—Bien —le contestó la voz de su compañero con contrariedad—. Continúo con la secuencia. Nueve.

La bola amarillenta que formaba el sol, hacía ya más de una hora que se había hecho visible. El emplomado que tenía frente a sus ojos, en la otra acera, presentaba estrías que formaban una composición de espirales. Era la parte superior de un puesto de prensa, rematado con una cubierta cónica de base circular. Si lo miraba fijamente, los rayos de sol que acariciaban su superficie lo deslumbraban primero y lo cegaban después. De hecho, ya eran más de las ocho de la mañana, las manecillas de su reloj marcaban en esos momentos las ocho y seis minutos. Las dos hojas semicirculares de hierro forjado que formaban la entrada del kiosco se habían abierto hacia fuera, mostrando unas paredes desnudas y provocando que un tipo que estaba sentado junto al quiosco sobre una pila de periódicos y revistas se levantara y acudiera junto a la persona que acababa de abrir las puertas. Su mirada parecía perdida y ausente y, no sabía muy bien por qué, no le había prestado la menor atención anteriormente, quizás porque llevaba tres días viendo la misma escena un día tras otro y comprobando que no le dirigían ni una sola mirada. Seguramente por ello, no dio ninguna importancia a ninguno de los dos.

Benjamín contemplaba cómo el hombre más viejo se movía con una rapidez impropia de la edad que aparentaba, vistiéndose la puerta de su derecha utilizando los periódicos que con tanto celo había custodiado el tipo de la mirada perdida. En esos momentos, ese sujeto, el más joven, había comenzado a colocar revistas en la otra puerta, en la de la izquierda. Lo hacía con la misma delicadeza de aquel que está pintando un lienzo, cada movimiento de su mano era como una pincelada de trazo corto sobre la tela. Después de cada una de ellas se detenía delante para observar el resultado de la composición que parecía estar pintando. Así, sin nada delante que lo obstaculizara, podía ver el resultado de su obra. Abstraído como estaba, aparentemente ajeno a todo cuanto lo rodeaba, su caminar se adivinaba torpe y errático, e iba arrastrando ligeramente el pie derecho a cada zancada que daba, lo cual indicaba algún tipo de problema al andar.

En ese instante, el tipo se había agachado a recoger del suelo la mochila color aceituna que se le había caído y que, mientras lo había estado observando, llevaba colgando de su brazo derecho en todo momento. Con la prontitud con que la recogió dio a entender que era algo muy preciado para

él. Era evidente que le molestaba, puesto que entorpecía lo que estaba haciendo, pero a pesar de ello la seguía llevando colgada y, al parecer, nunca se separaba de ella.

Concentrado como estaba en las publicaciones que tenía enfrente, y puesto que lo único que tenía que hacer era esperar, Benjamín comenzó a apreciar una por una las revistas que el desconocido había terminado de colocar.

Abajo, a la derecha, la mirada fija y azul de Kurt Cobain [\[15\]](#) marcaba la portada de la publicación colocada allí. Acompañando a esos ojos tristes, vacíos y apagados, aparecían rodeándolo tres muñecos ajados y viejos, dando a entender que él era el cuarto muñeco roto del montaje fotográfico. En ella, aparecía la invitación, en sus páginas interiores, de presenciar los resultados de un análisis grafológico de su firma, además de poder leer la última entrevista que concedió antes de fallecer.

—Ocho —escuchó de nuevo la voz de Lope manteniendo la cuenta atrás, recordándole que ahora tenían un asunto pendiente entre manos.

Benjamín permanecía con la mirada perdida en el cielo. Este se ocupaba de reflejar sobre el asfalto las enormes dudas que lo acompañaban y que tomaban cuerpo sobre la carretera en forma de grietas que le mostraban toda su vida anterior y los errores cometidos. Errores que, gracias a ella, a Alba, estaba dispuesto a subsanar y no volver a cometer, o al menos eso creía él antes de haber ido a despedirse de ella.

En un intento de apartar de su mente esas imágenes, volvió su mirada de nuevo hacia la pared del quiosco, en la cual, junto al cantante de Nirvana, en el siguiente hueco aparecía una emisión de sellos de treinta y dos centavos con figuras míticas del *jazz*. En el piano rivalizaban James Price Jhonson, Jelly Roll Morton, Thelonious Monk, James Hubert Blake y Errol Garner. Charles Mingus en el bajo. John Coltraine en el saxo, Charlie Parker en el saxofón alto y Louis Daniel Armstrong en la trompeta. La inmensa mayoría de estos músicos aparecían dibujados arrancando unas notas a un instrumento, su instrumento, evidentemente.

Música triste y melancólica que perfectamente podía acompañar a la siguiente publicación que llevaba el rostro de Dwight McCarthy [\[16\]](#) impreso en la portada en forma de cómic.

Sus ojos saltones eran eclipsados por el color rojo con el que estaba pintado, tinta que provenía de la sangre de Ava, a quien, aún ido y ausente, mantenía inerte entre sus brazos. Esa uniformidad de tonalidad en su rostro era sustituida en algunos lugares por aristas de marcado color negro que habían tallado su cara con el dolor de la traición que había sufrido y que lo había llevado a matar al ser que más quería y al que se negaba a dejar en el suelo.

Tormento que podría ser acompañado en la distancia por las notas tristes del saxo de su vecino Coleman Hawkins y que perfectamente podían adornar al ángel que aparecía a su lado, y que podría pasar sin ningún problema por la verdadera Miss Lord [\[17\]](#).

El trazo blanco de la siguiente revista mostraba un ángel lleno de contradicciones y matices, como tienen la esperanza muchos de que así sean en realidad, pero un ser celestial al fin y al cabo. En un primer plano, la bella imagen de Asia Argento [\[18\]](#) cubriendo con su brazo izquierdo la desnudez

de sus senos y en su mano derecha una pistola Beretta 92 que sujetaba pesadamente apoyada sobre uno de sus muslos, lo que no hacía sino aumentar esa dualidad existente entre el bien y el mal.

Las dos alas doradas adosadas a su espalda, además de contrastar con la pistola que empuñaba, rivalizaban con su mirada cargada de misterio y de determinación, lo que indicaba que no tendría ningún problema en utilizar el arma llegado el caso. En sus ingles aparecía tatuado un ángel que tenía el rostro de la mujer que plasmaba el pintor surrealista belga Paúl Delvaux en sus cuadros y que, sin desmerecer ni un ápice su belleza, podría estar encarnado por Elle Macpherson, modelo y actriz, que era quien daba lustre a la publicación contigua, en la que aparecía su rostro bronceado cubierto por una fina y sedosa avalancha de pelo trigueño.

Las notas musicales empezaban a cambiar lentamente en la cabeza de Benjamín, comenzaba a sonar un emergente *qanún* ^[19] al posar su mirada en el siguiente hueco del puesto de prensa... La presencia de Sandra en una terraza había provocado que el volumen de la música subiera. Solo la cubría una diminuta túnica, su sonrosada piel le daba un nuevo colorido a ese imaginario cuadro que estaba completando. Sus caderas parecían mecerse en el aire en un movimiento ondulante. En su mente, el *darbuka* ^[20] había entrado en acción con su sonido rítmico y envolvente marcando el *wadha kebir* ^[21]. A ese sonido le seguía un balanceo con todo su cuerpo que había conseguido que la diminuta vestimenta cayera sobre sus muslos dejando emerger sus dos preciosos pechos.

Detrás de ella, la aguja afilada del alminar se alzaba sobre el resto de edificaciones y suponía un desafío a la gravedad elevándose hacia el cielo. Era un buen rival con el que medir la firmeza de sus senos, los cuales no solo rivalizaban, sino que rompían todas las barreras preestablecidas por esta. Su pelo alborotado caía en cascada sobre sus desnudos hombros, dejando en el aire invitaciones cargadas de deseo.

—Siete.

Como si de un sonajero que marcaba un ritmo se tratara, continuaba escuchando la cadencia de los números que le iba recalcando su compañero Lope desde la distancia.

El aire, en calma durante toda la noche, empezaba a desperezarse. Las cálidas caricias del sol habían conseguido despertarlo y transformar su quietud en movimiento, barriendo con sus bostezos todas las hojas y papeles que habían dormido sobre el asfalto. Ese movimiento se había convertido en una molesta ventisca que, al introducirse por entre la multitud de hojas menudas que recubrían las finas ramas y delgados troncos de la cercana arboleda, daba como resultado un silbido que solo era apagado por el esporádico paso de los vehículos que transitaban por allí.

Al pasear su mirada por las revistas y cómics que tenía enfrente, una mezcla de ternura y desasosiego a partes iguales lo invadió. Sus pensamientos pasaron a ser arrojados por los agrídulces lienzos de su infancia. Empezó a recordar con apego unos días guardados en su memoria, en el cajón de los recuerdos, de esos que nunca se olvidan. De esos que, ocurra lo que ocurra, siempre están ahí, dispuestos a ser rescatados del olvido, y otros que, en cambio, a la mínima oportunidad te vienen sin llamarlos.

Había crecido devorando esas publicaciones, y de ellas había aprendido que esos mal llamados *superhéroes* tenían detrás de esa fachada de fama y éxito otra en la que se escondían personas con

problemas y sufrimientos. No podía ignorar que esos antihéroes habían sido sus únicos e imaginarios compañeros de juegos durante mucho tiempo. Fueron los días en los que aún era un niño, o al menos se comportaba como tal.

Con cariño, comenzó a recordar la figura del arquero llamado Ojo de Halcón, el héroe insatisfecho por naturaleza. Un hombre normal y corriente que, con trabajo y constancia, había sido capaz de rivalizar con cualquiera de sus compañeros poseedores de superpoderes, algo de lo que él carecía. También fueron los días en que formó una especie de burbuja entre él y el resto del mundo.

Sus recuerdos de aquellos días los encontraba llenos de silencios, le venían a su memoria unos días en los que el niño que fue contemplaba en silencio todo cuanto lo rodeaba. Silencios que no hacían sino corroborar la certeza de que jamás iba a ser así, jamás iba a ser como él: como su padre, fuerte y duro como la tierra que los había visto nacer, fuerte y duro como una piedra, fuerte y duro como una alimaña sin corazón.

Sus recuerdos de entonces le traían a sus oídos las palabras de su padre lanzadas con satisfacción hacia un animal:

—Buena chica, Canela —escuchaba que le decía a la vaca de tez oscura que tenía frente a él, al tiempo que contemplaba cómo posaba sus manos sobre sus amplias ubres mientras la ordeñaba. Esta, al levantar su rojiza cabeza, clavaba su mirada desafiante en el niño que la contemplaba desconfiado. El individuo que alguna vez había sido su padre, mostraba un gesto lo más parecido a una sonrisa que era capaz de esbozar. Tenía el rostro curtido por una tierra generosa pero al mismo tiempo exigente con todos sus hijos. Unas facciones que dejaban asomar a veces un alma endurecida, como todo cuanto lo rodeaba.

Desde ese momento, supo que a lo máximo que podría llegar sería a parecerse a él, a pasar por uno de ellos, por uno de esos hombres endurecidos y embrutecidos que tenían un mayor parentesco con las bestias que con los hombres.

Aún recordaba cómo lo veía en aquel entonces y también lo que pensaba. Se decía que, con la ayuda que le prestaba el desprecio y la rabia que sentía hacia ese hombre, con el tiempo podría engañar a ambos: a esa tierra y a los individuos que la habitaban, al menos a los que eran como su progenitor.

Los pastizales estaban delimitados por una pared formada por lascas de pizarra tan grises como el cielo estaba en esos momentos. Junto a ella, contemplaba a un nuevo animal comiendo hierba mansamente. A pesar de ser un niño, sabía que estaba siendo observado de reojo por la bestia. Caprichosamente, dos líneas blanquecinas se cruzaban sobre su dorso cobrizo, formando una especie de cruz sobre su grupa. Hacía tiempo que había descubierto que, escondido tras ese aspecto, en realidad se hallaba frente a él Fuego Cruzado, uno de los mayores enemigos del arquero y, por lo tanto, suyo.

Recordaba que esa mañana soplaba un viento gélido del norte que barría con sus manos la campiña. Ese mismo niño que fue, observaba con desconfianza al otro animal, al que su padre continuaba sacando leche, y se juraba y perjuraba en silencio que a él no le iba a ocurrir lo mismo que a su héroe. Al igual que había sido capaz de desenmascarar al anterior ser infame escondido

tras el aspecto de una vaca, con el animal que tenía enfrente le había ocurrido lo mismo, ya que su cabeza cobriza delataba que no era ni más ni menos que la Viuda Negra, la misma que fue capaz de enamorar primero y traicionar después al arquero. Desde luego, a él no le iba a engañar, pensaba que a él no le iba a ocurrir lo mismo que a Ojo de Halcón, no porque fuera más listo ni mucho menos, sino porque no se iba a dejar querer por nadie. Habían comprobado ambos, Ojo de Halcón y él, que eso dolía. Era un punto más de unión entre él y el arquero. Se sentía tan unido a ese personaje de cómic porque, al igual que este, él también estaba enfadado con el mundo, y se identificaba plenamente con Clinton Francis Burton ^[22] al sentirse como un huérfano a tan temprana edad, a los ocho años. Clinton los había perdido en un accidente de tráfico. Él, Benjamín, simplemente había renunciado a los suyos.

Había decidido que ya no tenía padres, que habían dejado de existir. Para él habían pasado a ser dos desconocidos. Su madre, la víctima, por intentar ocultar y silenciar lo ocurrido, y su padre, el cerdo, el culpable por haberlo hecho.

Tales pensamientos provocaban en su joven cuerpo oleadas de algo parecido al fuego.

Recordaba el fuego que había encendido allí cerca el que un día fue su padre para salvar los rigores del frío de aquella mañana, cuando descubrió a ese niño enfadado con él y con el mundo aterido de frío. Estaba sentado con sus silencios y pensamientos, contemplando al hombre que daba forma a esa pequeña hoguera y metía dentro de ella un puñado de piedras.

Sin mediar palabra alguna, comenzó a calentar la leche recién ordeñada. Lo hacía como había visto hacerlo a su madre y a sus abuelos, metiendo en el cuenco varias piedras calientes recién sacadas de la lumbre. Siempre parco en palabras, avanzó lentamente hacia su posición y, al llegar frente a él, le ofreció el recipiente humeante diciéndole en un tono cargado de reproche:

—Toma, no soy bueno para que me dirijas la palabra, pero para esto sí lo soy, ¿verdad?

Más silencio. Con eso era con lo que le expresaba todo el desprecio que sentía por él. Eran ya varios los meses en los que no le dirigía la palabra, y es que eran varios los meses en que ocurrió todo lo que no tenía que haber ocurrido. Era evidente que entre los dos se había abierto una brecha tan grande como el mundo al que cada cual pertenecía.

Aún recordaba el sabor fuerte de una leche grasosa. Y aún recordaba cómo allí sentado se decía que, si se la bebía, sería más fuerte para poder enfrentarse a él y darle su merecido.

Solo tenía que hacer eso, beber y esperar, ya llegaría su hora.

—Seis. ¿Estás ahí? —una vez más la voz de Lope lo había sacado del mundo particular en el que se había sumergido.

—Espero el final de la cuenta atrás —le respondió calmado a su compañero, un tanto molesto con él por haberlo sacado de sus pensamientos. El siguiente dígito de la cuenta atrás intentaba sacarlo de sus recuerdos, que se obstinaban en arrastrarlo a ese torbellino que se formaba en su memoria.

Volviendo a mirar hacia el quiosco, arriba a la izquierda, relegado al olvido de un modo

premeditado, se iniciaba esta parte de su lienzo imaginario con el punto rojo que formaba el descapotable de dos puertas diseñado por el profesor Fessia y que había tomado el nombre de Lancia Flavia, el cual, en la presente edición, prestaba su imagen como portada a la revista de automóviles de época que lo había rescatado del olvido.

La inmediatez de la continuidad hacía que, a su derecha, apareciera la imagen en primer plano de un individuo delgado vestido con prendas deportivas sobre el césped de un campo de fútbol, con un rostro inexpresivo y un porte estático. La tonalidad verde del césped con que estaba cubierto el terreno de juego donde había sido tomada la instantánea, aportaba el siguiente punto a la tela. La imagen se prestaba al juego de parecer una estatua y situar en su pedestal la siguiente pregunta: «¿Genio o farsante?». Quizás el interrogante, muy hábilmente, recogía la certeza de que los dos conceptos iban cogidos siempre de la mano, y que uno no podía destacar sobre el resto sin tener esa pizca de falsedad que en sus inicios le permitiría desarrollar todo su potencial hasta convertirse en un personaje venerado.

Su mirada se escapaba hacia la siguiente portada, en la que aparecía dibujada una azotea rodeada de edificios donde un hombre en llamas resaltaba sobre el resto de la escena. La coloración anaranjada de este estampaba esa nueva pincelada. El tipo de fuego atacaba a un sujeto embutido dentro de un traje decorado con telarañas, lanzándole dos chorros de llamas. El sujeto disfrazado de arácnido a duras penas podía rechazar su acometida, y lo hacía protegiéndose detrás de un escudo tejido con redes.

A su lado, la frenética carrera de cuatro figuras bajo el fuego enemigo, formado por infinidad de rayos destructores de una acusada tonalidad amarilla, conformaba la portada de un nuevo cómic. Encabezando la carrera iba un sujeto atlético, del que predominaba una enorme letra *S* mayúscula inscrita en un pentágono irregular en su pecho. Llevaba en volandas a una criatura con el rostro envejecido, más pequeña que él, al que llamaban Mope. Tras ellos, a escasa distancia, la enorme figura femenina de Leeya iba siguiendo sus mismas pisadas, mostrando, donde antes tenía el brazo, un aparatoso vendaje bajo su codo izquierdo. Se lo había tenido que amputar ella misma para poder escapar de una trampa que la mantenía aprisionada. Sus ojos rojos delataban que semejante ejemplar pertenecía a una raza que llevaba por sus venas el significado de la palabra *sacrificio*, ya que a los recién nacidos solo se los podía alimentar con carne de su especie, por lo que los padres machos se ofrecían a sí mismos como alimento. De ahí, seguramente, venía el color de su piel, verde, para poder ofrecer una esperanza al recién nacido y que este pudiera sobrevivir. Y si esto no fuera suficiente, para redondear el cuarteto, detrás de ellos y cerrando el grupo iba un simbiote con forma de escorpión llamado Smitty, el cual pertenecía a la despreciable raza de los Korgguans. Estos, en su delirio, se consideraban a sí mismos como la raza original, y llevados por esa locura intentaban purificar el universo eliminando a las otras razas, motivo por el cual eran odiados en todas partes. Pues bien, semejante grupo se dirigía rápido hacia la entrada de Refugio para solicitar a Kh'rane permiso y estancia.

Benjamín estaba presenciando cómo terminaban de montar el kiosco. Desplazando un poco más su mirada a la derecha, hasta la siguiente publicación, descubría que en el siguiente y último cómic los rascacielos permanecían impertérritos a la encarnizada lucha que mantenían el enorme corpachón de un ser esmeralda y de otro no mucho menor que se hacía llamar Sigurd, el cual, en su demencia, proclamaba en nombre de Asgard ^[23] que había llegado el Ragnarok ^[24]. Abajo, a su derecha, aparecía dibujada la figura de un tal John o, más bien, como quería ser llamado y

conocido, Grito de Metal, y a su izquierda, en la parte inferior, aparecía un inquietante personaje femenino conocido como Lacryma.

—Cinco.

La corriente, con sus adormilados brazos que estaban desentumeciéndose, hacía balancear ligeramente la tira de abedules blancos que se hallaban a la izquierda de Benjamín.

Los árboles, alineados unos junto a otros, se elevaban tras la pared de cipreses que ponían cerco a la propiedad que se encontraba a sus espaldas. Sus entrelazadas ramas formaban un enorme y tupido seto que se interponía entre la calle y el jardín que con tanta opacidad delimitaban, formando a su alrededor una muralla de sombras. Sombras que lo llevaron hacia atrás en el tiempo y que de nuevo lo trasladaron a la tierra en la que nació.

Empezó a revivir imágenes borrosas en las que se veía caminar hacia la parte alta de la loma tras la que se escondía el viejo caserío. A su mente acudían nuevamente recuerdos, en este caso se trataba de los encerrados en un pequeño cobertizo que había en la parte trasera del caserío. Era uno de esos ratos pasados a escondidas de sus padres.

Ahora, las imágenes que se formaban en su mente eran las del interior de la pequeña edificación a la que sus recuerdos lo habían llevado. La tosquedad de la rugosa tabla que hacía las veces de mesa del rudimentario taller donde se encontraba, indicaba que había sido cincelada con prisa, desinterés y, sobre todo, por las manos de su padre. Pensaba que, en ese momento, sus ojos lo habían traicionado al posarse en un viejo y abandonado patinete que descansaba colgado en la pared enfrente de él.

Permanecía tan olvidado como los días de color blanco que se le habían escapado. Sus ruedas eran los rodamientos de un apero de labranza en desuso. El chasis era una tabla de madera proveniente de una señalización que anunciaba la cercana presencia de un mirador al que muy poca gente se asomaba, y estaba castigada por el paso del tiempo y por los elementos.

Recordaba las tardes de vacaciones de verano subiendo la cuesta a pie, con el vehículo amarrado bajo un brazo y las ganas de disfrutar de la vida bajo el otro, y cómo se tiraba cuesta abajo, una y otra vez, hasta que terminaba rendido o su madre iba a buscarlo para decirle que la cena ya estaba hecha.

Se acordaba del fresco roce del aire acariciando su rostro durante el descenso, cuando el improvisado bólido iba ganando cada vez mayor velocidad.

Todos esos recuerdos lo llevaron a revivir de nuevo el momento en que madre e hijo se perdonaron.

No había nadie más con él en el viejo cobertizo hasta que los quejidos de lamento arrancados a la puerta a su espalda le indicaron que había terminado de ser entornada y que, por lo tanto, ya no estaba solo en la estancia. La figura de su madre se recortó a su lado. Las tiras de luz que se colaban por la ventana mostraban apenas a una mujer con el pelo encanecido prematuramente, unos ojos ahogados cansados de llorar en soledad y un rostro atravesado por cuchilladas de angustia y amargura. De ella, habituada a sobrellevar sus cargas en silencio y con orgullo, solo

quedaba una vaga imagen de la mujer que fue, y que era la que ahora tenía junto a él.

Su madre observó cómo el niño había fabricado una flecha más, que descansaba sobre la mesa junto a dos botes de pintura abiertos y un pincel usado. Una flecha recién terminada de ser teñida con un color gris oscuro. Sorprendida por el color, le preguntó curiosa:

—Vaya, veo que has terminado una nueva flecha, hijo. Qué oscura y triste, ¿no? ¿Por qué ese color?

—Porque ese es el color del odio, madre. Por eso ese color.

—Cuatro —la voz de su compañero había ocultado nuevamente los retazos de ese jovenzuelo, del que lo único que tenía eran recuerdos.

Una punzada de dolor asomaba siempre que se preguntaba en qué lugar había dejado al niño que había sido, dónde lo había arrancado de su ser y dejado atrás junto con su pasado.

Preguntas que dejaba siempre aparcadas y a las que nunca se contestaba, como la que le hizo su madre y que ahora volvía a revivir:

—¿El color del odio? —le preguntó su madre extrañada, con el corazón encogido por el dolor al escuchar tales palabras—. No entiendo lo que me quieres decir, hijo.

Recordaba que estaba particularmente orgulloso de esta última flecha, ya que iba a servir para terminar con él. Le iba a permitir matarlo. Había escogido los colores meditadamente. Esa tonalidad que mostraba la saeta había sido el resultado de mezclar un poco de blanco, que era el recuerdo de unos días ya pasados en los que conoció la felicidad, y de negro, mucho negro, que era todo lo que creía que le restaba por vivir y que iban a ser días amargos, muy amargos.

—El color es el gris oscuro —empezó a explicarle a la mujer—. He escogido ese color porque es la mezcla de lo que siento por padre: el negro es el resultado de todo el dolor que te ha causado y el deseo de una muerte lenta y dolorosa, y el blanco es solo un recuerdo, es el recuerdo de un amor que se ha ido para siempre, el tuyo y el mío.

—No hables así, hijo, estás hablando de tu padre —la mujer, apesadumbrada, intentaba quitar importancia a los hechos que les habían causado tanto dolor a ambos. Ella intentaba con todas sus fuerzas llevar una vida cargada de normalidad, y al escuchar a su hijo supo que todos eran esfuerzos inútiles, sin resultado alguno. A pesar de ello, su madre seguía luchando obstinadamente por alcanzar esa supuesta normalidad, que es el sueño que persiguen todos aquellos que han sido víctimas alguna vez.

—Eres muy joven aún. Lo que es tan doloroso para ti ahora, dentro de un tiempo ni te acordarás. Hazme caso y prométeme que vas a volver a dirigirle la palabra a tu padre.

Vamos, hijo. Prométeme que vas a volver a hablar con él. Te lo pido por favor, Benjamín —terminó casi suplicándole.

—Ni lo sueñes, mamá. Esto es lo mínimo que se merece —respondió indignado a sus ruegos.

—Esto se te pasará. Recuerda mis palabras, hijo. Todo en esta vida pasa.

Silencio, otro silencio más como respuesta por parte del niño.

—¿Ya no lo coges, Benjamín?, ¿ya no te lanzas por la cuesta con él? —le preguntó su madre señalándole el patinete que colgaba frente a ellos, intentando de ese modo cambiar de tema al comprobar que su hijo seguía obcecado con esa idea.

—Sabes que no —le respondió con rabia.

—¿Por qué, hijo? ¿Por qué no?

—Sabes por qué, mamá. No me hagas decírtelo —le pidió.

—¿Por qué ya no lo haces? ¿Porque lo construyó tu padre? ¿Es por eso, Benjamín? —le cuestionó inquieta y preocupada la mujer, comprobando que iba a ser imposible reconducir la situación.

Silencio. Nuevamente, su respuesta fue un largo y aclarador silencio.

Esa iba a ser la respuesta a esa y otras muchas preguntas que le harían a partir de entonces. Silencio. Ese era el pago que de momento podía dar al que un día fue su padre.

—Tu padre no es un mal hombre, solo que se había cansado de esperar e iba a coger lo que era suyo.

—¿A ti? —le preguntó dolido Benjamín—. No sabía que eras de nadie y menos de él —le dijo molesto.

—No es tan fácil, hijo. Cuando seas mayor seguramente lo entenderás y lo verás de un modo distinto a como lo ves ahora.

—Siempre me dices lo mismo, cuando seas mayor, esto y lo otro. ¿El qué madre? ¿Qué quieres que entienda? ¿Que le pertenezcas? ¿Que eres de su propiedad? ¿Que tienes que hacer siempre lo que él quiera?

—No, hijo mío. Eres muy joven aún. Hazme caso. Tú aún no lo entiendes. Hay muchas cosas de la vida que desconoces. Tanto que es muy posible que tú creas lo mismo y hagas lo mismo que tu padre, hijo —le reprendió con suavidad sin querer contestar a las preguntas del niño.

—Eso jamás —saltó rabioso—. Nunca me comportaré como él. Jamás obligaré a ninguna mujer a nada —concluyó con una gravedad impropia de un niño.

La firmeza que desprendían la mirada y las palabras del niño que había traído al mundo, le hicieron esbozar una sonrisa cargada de orgullo que afloró a sus desacostumbrados labios, pues hacía tiempo que no era capaz de sonreír, porque tuvo la certeza de que su hijo jamás haría daño a una mujer. No, él no, nunca. Ahora lo sabía, y eso hacía que estuviera orgullosa de su niño.

—Mi niño —lo atrajo hacia sí, abrazándolo satisfecha.

—Uno. ¿Me oyes? —la voz de su interlocutor sonaba cada vez más inquieta, revelando que el final de la cuenta atrás estaba muy próximo. El pulso de Benjamín, cada vez más acelerado, delatando lo cercano que estaba el final, corría el riesgo de desbocarse. Le costaba mantener una posición estática. Sus pasos, cortos y nerviosos, pivotaban siempre alrededor de él, y así permanecía anclado a lo que se dibujaba frente a él como el inicio de una línea eléctrica. A sus pies descansaba una batería cuyos bornes aparecían enlazados con dos cables provenientes de un carro de tendido eléctrico que aparecía dispuesto junto a ella.

Sus sentidos se encontraban ahora agudizados al máximo. Estos le permitieron descubrir a su derecha, al otro lado de la calle, la mirada del sujeto más joven del quiosco, a quien durante un buen rato había seguido con su mirada mientras ordenaba el escaparate, y cómo estaba ahora clavada en él, mirándolo fijamente. Estaba haciendo justamente lo contrario de lo que había hecho hasta ahora, estaba haciendo justamente lo contrario para seguir viviendo, que era ignorarlo. No sentía ningún placer especial en hacerlo, pero su suerte estaba echada. Ese sujeto se había convertido en un inconveniente.

El inconveniente permanecía de pie junto al quiosco. Allí estaba nuevamente, mirándolo. Lo sentía mucho por él, pero tenía todas las papeletas para engrosar el número de víctimas. No iba a dejar a un testigo presencial vivo, no si podía evitarlo.

—Alto y claro —le respondió Benjamín—. ¿Dónde te has dejado el número tres y el número dos?
—le preguntó irritado.

—Por el camino —consiguió escuchar a duras penas a Lope, debido al paso de un nuevo automóvil frente al lugar donde se hallaba apostado.

Tras agacharse y recoger el interruptor del suelo que servía de puente entre la batería de moto que tenía a sus pies y la línea eléctrica que había tendido, dio un paso hacia el exterior de la acera, situándose en el interior de la calzada y oteando así el principio de la calle, observando el tono oscuro de una mancha en el asfalto más reciente que el resto. Ese parche iba a ser el que le iba a servir como punto referencia.

Como el experto en explosivos del comando que era, siempre le tocaba a él el dudoso honor de ser el que apretara el botón, y siempre le tocaba a él cargar con todas las muertes a sus espaldas. Estas empezaban a atormentarlo al convertirse en pesados recuerdos con los que tenía que lidiar.

Recuerdos que, una vez más, acudían a su mente. Retazos de su pasado. El que iba tomando forma en su mente era quizás el que más le marcó en su vida, el que lo condicionó por el resto de sus días. El más oscuro de todos y por el que odió durante el resto de sus días a su padre a muerte.

Era de noche. Era una noche de tormenta. A lo lejos se escuchaba el rugido de los truenos que llegaban.

Las gotas comenzaban a golpear los cristales de la ventana con fuerza y los relámpagos con formas afiladas se clavaban en la oscuridad, acuchillándola.

Jamás se le había ido de la memoria esa noche. Había sido su primera noche de cuchillos y machetes, puesto que estos cuartearon sin miramiento alguno su alma, hasta entonces inocente.

Recordaba cómo unas palabras de su padre, mordidas por la rabia, lo habían terminado de despertar.

Recordaba cómo a sus oídos llegaban las frases entrecortadas de su padre con las que le decía a su madre que ya estaba bien de esperar: no quería más tonterías. Quería lo que era suyo, y lo quería ya.

Recordaba cómo a sus oídos llegaban los gritos de su madre, que le decía a su padre que la dejara en paz.

Recordaba cómo a sus oídos llegaban los lamentos de su madre rogándole a su padre, por el amor de Dios, que parara, no por ella, sino por su hijo, ya que de seguir así el niño iba a terminar por despertarse y escucharlos. «Mañana — escuchaba que le decía entre sollozos—, mañana tendrás todo lo que quieres, ahora haz el favor de dejarme en paz».

Y recordaba cómo a sus oídos llegaban los ruegos de su madre para que, al menos, terminara rápido, al desoír el cerdo sus súplicas.

Los ruegos, quejidos y lamentos desembocaron, después de una eternidad, en un silencio que iba acompañado por el ruido de las gotas en la ventana. Las gotas de lluvia habían sido el único sonido de consuelo y la única compañía que había tenido durante esa interminable noche. Su sonido acompasado había sido lo único capaz de tranquilizarlo, había sido el solitario aliento que había encontrado esa noche.

Había sido la primera vez en su vida que sentía cómo algo en su interior se había roto.

Más arriba, la luna era incapaz de atravesar con su mirada el manto de nubes que cubría la tierra. Había asistido impotente a la escena y solo fue capaz de escuchar los latidos de angustia del corazón del niño.

—Cero.

Capítulo XII.

Covadonga

La tercera mentira consiste en creer que he sido capaz de recoger el legado de mi padre. No me queda otra. Si no, no sería capaz de mirarme a un espejo, puesto que me avergonzaría de ver lo que veo: mi propio rostro.

Todo el personal perteneciente a la sección de Local había sido citado con carácter de urgencia en el despacho del jefe de la sección. Siempre que ocurría una noticia importante se seguía el mismo procedimiento, y lo acontecido minutos antes lo era, vaya si lo era, sin ningún género de dudas.

El pequeño rincón que formaba la sección de Local se había transformado en una especie de oasis

de paz que contrastaba con el ajeteo que empezaba a mostrarse fuera, en la redacción, donde los pilotos luminosos de los teléfonos se activaban avisando de las llamadas entrantes, formando un extraño juego en el que las luces, al ser apagadas, pasaban a ser sustituidas por unas caras llenas de nerviosismo y preocupación al descolgar el auricular de turno. No era para menos después de lo que había sucedido.

Como venía siendo habitual, Sara y yo habíamos sido las primeras en acudir a la cita. Con total seguridad, en mi rostro se dibujaban algunas arrugas que dejaban traslucir la severidad e importancia que tenía esa reunión. Por el contrario, fiel a su estilo de querer restar importancia a las cosas y a la vida, Sara, omitiendo deliberadamente el motivo por el que habíamos sido citadas, me preguntó:

—¿Te has enterado de la boda de Juan Collado con Isabel Forner? —me señaló mostrándome la portada de la revista que ahora sostenía entre sus manos y que antes tenía metida en el bolso, intentando de ese modo iniciar una conversación mientras esperábamos—. ¿La conocías? —se interesó Sara, alisándose la parte delantera de la chaqueta entallada en tono calabaza que llevaba puesta.

—A ver —le cogí la publicación con desgana, puesto que todo mi interés estaba centrado en lo que acababa de pasar hacía pocos minutos, enfocando levemente mi atención en el rostro femenino que, emergiendo del traje de novia que llevaba puesto, emitía una sonrisa triunfal.

—No, no sé quién es. No la conozco —respondí finalmente.

—Yo tampoco —me soltó sonriéndome enigmáticamente, sin añadir nada más.

—No te entiendo —le confesé—. No sé a donde quieres ir a parar.

—Es sencillo. Como te ocurre a ti misma, no tengo la menor idea de quién era antes esta mujer, ni a qué se dedicaba. —Se calló un instante en el que deslizó su dedo sobre la fotografía de la mujer—. En cambio, lo que sí te puedo decir es que, viendo su cara de satisfacción —ahora sus palabras tomaron un aire reflexivo—, es un putón. Sí señor, un putón con mucha suerte —concluyó sin el menor recato en sus expresiones y señalando a la mujer de la portada de la revista.

En su voz se entremezclaba un ligero poso de rechazo con otro de reconocimiento, quizás había en ella un punto de admiración ante lo que aquella creía un trabajo bien hecho: saber casarse. Ambas sabíamos que esa unión le iba a reportar a la novia fama, dinero y todo lo que ello conllevaba. Seguramente, su vida había dado un vuelco al conocer al famoso en cuestión. Lo que Sara dejaba entrever es que el azar había tenido poco que ver con el hecho de que ambos se conocieran.

—Los que pierden suelen decir que al saber le llaman suerte —le solté maliciosa, anticipándome a los comentarios venideros de mi compañera.

—Ya. Yo sé lo que me digo, y tú también, así que no me vengas con esas —concluyó sin querer profundizar en mi comentario.

No iba a entrar al trapo, al menos de momento, pareció decirme con su sonrisa final. Definitivamente, con sus comentarios, había conseguido que apartara un poco la tensión de mi

rostro y desviara, aunque solo fuera por unos momentos, la atención de lo que se nos venía encima.

—¡Qué frío hacía en la calle esta mañana!, ¿verdad? — le solté con tono mordaz clavando la mirada en la figura de mi amiga, que había aparecido por la redacción muy ligera de ropa.

—Verdad —me contestó, sonriéndome sin rubor alguno, entendiendo el doble sentido de mis palabras y mostrándome sin el menor recato unas piernas bonitas, esbeltas y largas.

—Entonces..., ¿qué haces vestida así? No logro entenderlo. Si hace un frío que pela tomates, como tú muy bien sueles decir, ¿cómo es que llevas tan poca ropa de cintura para abajo? Tienes unas piernas tan largas como la poca vergüenza que tienes —le reproché con aire provocador para ver si así sucumbía a mis envites, dirigiendo mi mirada a la diminuta falda de cortos vuelos blancos que lucía, los cuales, con desgana, apenas hacían el esfuerzo de ocultar esa parte de su cuerpo de las miradas—. ¿Algún motivo en especial? —le pregunté con malicia, mostrándole con mi sonrisa que sabía que este tenía que tener nombre y apellidos—. ¿Alguien a quien conozca?

Sara no pudo evitar lanzar una carcajada.

—Mira, guapa. —En ese momento centraba toda su atención en el recogido de mi pelo. Había conseguido, al dejar caer el flequillo sobre mi frente, que me diera un aire más juvenil. En sus ojos flotaba un ligero brillo perverso mientras me examinaba. —No todas tenemos la carita tan mona que tú tienes y, por lo tanto, no podemos sacarle el rendimiento a algo que no tenemos y que tú afortunadamente posees. Ahora bien —prosiguió con toda la picardía del mundo—, como mujer que soy, he aprendido desde pequeña, al igual que tú —se detuvo señalándome con el dedo la combinación que hacía mi gabardina con los pantalones cortos y estrechos que llevaba puestos, que daban un aspecto desenfadado y elegante a mi figura—, a utilizar las armas que la naturaleza me ha brindado. No me ha regalado una cara excesivamente agraciada, que es algo que le tengo que poner en el debe a mi madre, ya que tengo su mismo rostro, pero sí unas piernas largas y bonitas, que por cierto tampoco son tuyas —reconoció con fastidio, preguntándose en esos momentos si su madre en realidad le había cedido alguna parte favorecedora de su anatomía—. Unas piernas que, bien utilizadas, hacen dar la vuelta a más de uno —concluyó con sabiduría.

Sara había hecho referencia a ese saber ancestral que toda mujer posee y que consiste en sacar el mejor partido de una misma para conseguir lo que se propone. En este caso, atraer a la persona deseada. Es un saber tan antiguo como la misma existencia de la mujer y no necesita que nadie se lo enseñe, puesto que lo lleva en la sangre.

—Y tú no hables —prosiguió— que tienes mucho que callar. ¡Sí!, no me vengas con esas ahora. También utilizas tus artimañas, también, sobre todo cuando pones esa carita de mosquita muerta —dijo torciendo el gesto y observándome nuevamente de arriba abajo con desdén, para añadir—: No hay ningún gilipollas que se te escape. Eres una víbora y tú lo sabes, ricura. Cada vez que pones esa expresión de no haber roto un plato en tu vida, los demonios se me llevan, y la envidia me consume cuando compruebo cómo los tíos se te derriten enseguida. ¡No hay ninguno que se te resista, condenada! Así que —se detuvo un instante para recorrer con sus ojos sus piernas semidesnudas y acompañar a estos con la mano—, guapita, yo enseño lo que sé que tengo bonito, que son mis piernas, ¿entendido? —apostilló.

—Entendido —le contesté sonriendo, levantando las manos en señal de paz—. Captado y oído.

Mientras, al fondo, la puerta se había abierto. Una figura masculina acababa de entrar en la habitación y se puso de pie frente a nosotras. Acompañando su silueta, el ruido del resto de la redacción se adentró en el despacho junto con el individuo. Por la sonrisa que se dibujaba en su rostro, era evidente que había escuchado nuestras últimas palabras.

—Buenos días —fue el saludo que soltó al entrar y sentarse sobre una de las sillas giratorias que quedaban libres a nuestra izquierda.

Su talla superaba el metro ochenta. Su cara, tan grande como era él, se ensanchaba a la altura de los pómulos y lo condenaba a tener una boca amplia. De su oreja izquierda colgaba un pendiente en forma de aro. Nada más cruzabas la primera mirada con él, sus ojos pardos parecían tener toda la ironía del mundo. Mostrándose divertidos y juguetones, venían a decir algo como: «sé que no soy muy guapo, pero nena, lo que ves es lo que soy, yo no engaño como otros», definiendo de ese modo su personalidad. Su aspecto lo completaba una parka deportiva verde laguna con cuello alto y anchos bolsillos, que cubría una camisa de lino en tono ocre y un pantalón de pana marrón. Esta era su indumentaria, informal, como era él.

—Buenos días —le contestó con prontitud Sara al recién llegado, aclarándome con su actitud por dónde iban las preferencias de mi amiga en cuestión de nombres y apellidos.

—Buenos días, Isaac —saludé al recién llegado.

—Hola de nuevo. Siento haberos cortado, pero ya es la hora —agregó sonriendo a Sara y señalando a modo de disculpa las saetas de su reloj, que marcaban las nueve y media.

—No, qué va —contestó Sara, moviendo ostensiblemente su muñeca derecha, mostrando

descaradamente una pulsera dorada en la que se podían ver como único adorno cinco uves dobles circunvalándola.

—¿Es resistente al agua? —soltó todo serio el recién llegado señalando el adorno reluciente que la mujer movía de un modo ostentoso, para que ambos, hombre y mujer, lo vieran sin dificultad.

Sara, estupefacta, sin entender a lo que se refería el hombre, solo fue capaz de articular un desconcertado:

—¿Qué?

—Sí. Te preguntaba, si es *water resistant* —siguió con la misma seriedad inicial el individuo, apuntando nuevamente a su brazaletes.

La mujer lo miraba desconfiada, y con el ceño fruncido iba paseando la mirada de la pulsera al rostro de Isaac. Su cara cada vez reflejaba un mayor grado de estupefacción e incredulidad.

—Sí, nena —le soltó riendo finalmente Isaac—. Como tiene tantas uves dobles, me preguntaba si, al igual que los relojes, tu pulsera sería resistente al agua.

Contemplaba cómo mi amiga había roto el silencio con una sonora carcajada y sus risas inundaban la habitación en la que nos hallábamos. El chiste era malo, de los peores que había oído en mucho tiempo, pero Sara le sonreía a Isaac como si fuera uno de los mejores que había escuchado en su vida. Desde luego, a mí no me la iba a colar. Esa risa alegre y cantarina tenía todas las notas del engaño, sonaba más falsa que falsa, con lo cual ya tenía despejado el porqué de su provocativa indumentaria: ese nombre y apellidos tenían el rostro del sujeto que estaba con nosotras en ese momento, ahora ya conocía su identidad.

El silencio fue nuevamente roto por el hombre al añadir:

—Es la única redacción que he pisado donde la veteranía no es un grado —dijo cambiando el curso de la conversación mientras señalaba con su mirada a los dos tipos que hablaban de forma amigable fuera de la urna de cristal que formaba el despacho.

Los dos sujetos en cuestión eran Jacinto y Jesús. El rostro de este último todavía mostraba rasgos de una infancia que aún no había dejado atrás del todo. Aparentemente, ambos parecían haber conectado enseguida. Todos sabíamos que, tras esa cordialidad, se escondían el miedo de uno a perder su sitio y el deseo de arrebatárselo del otro. El resto contemplábamos desde la distancia una lucha que iba a ser muy vil y despreciable, como lo eran ambos contendientes.

—Yo creo que la veteranía es como una gota de aceite en un vaso de agua, cuando hay poca resalta, pero esa pequeña gota va desapareciendo a medida que la cantidad de agua es mayor. Eso es lo que creo que ocurre entre dos personas que llevan ya mucho tiempo trabajando en lo mismo. El agua sería el tiempo. Al principio, sí que se nota la veteranía de uno, pero luego ya no —concluí con cierta seriedad, al echar la vista atrás y recordar parte de mi carrera profesional y a la gente que había llegado a conocer.

—Mírala —soltó Sara al recién llegado, señalándome—. ¡Qué cosas tienes, hija! Mira que cuando digo lo rara que eres, creo que no me equivoco ni un pelo.

—Por lo que veo, el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma mujer, ¿no? —intervino divertido el sujeto al escuchar los reproches de mi amiga.

—Tú lo acabas de decir, guapo, y además muy bien dicho —saltó inmediatamente Sara—. El hombre, no así la mujer —terminó jugueteando con las mechas de pelo rubio que cubrían su cara graciosamente.

—Buenos días —los saludó Jesús que entraba acompañado por Jacinto. Ambos tenían el semblante serio e inquieto.

—Covadonga, ¿cómo van esas declaraciones?, ¿las tienes ya? Te recuerdo que las necesito —me apremió Jacinto nada más entrar al despacho.

Esos son últimamente los buenos días que me da este cretino. Mi jefe quiere que le dé las declaraciones que hizo hace un par de meses un político que no casa con la línea editorial de este periódico, para extraer parte de ellas y sacarlas de contexto, dándoles un significado distinto al que habían tenido en un principio.

Esa es la tercera de las mentiras que me acompaña:

luchar por algo en lo que ya no creo.

Luchar por la verdad.

La verdad no es más que un cuento de hadas en el que mucha gente necesita creer. ¡Pobres ilusos!

Capítulo XIII.

Bartolomé

Soplaba una ligera ventisca que se colaba entre ambos edificios. Esta transportaba un poco de miedo, otro poco de incertidumbre y bastante zozobra, que eran las que se dibujaban en el rostro del hombre ya mayor que transitaba entre las dos edificaciones. En su semblante se perfilaban las dudas que le provocaban el vacío de no saber por primera vez qué hacer con su vida, cómo emplear el resto de días que le quedaban de existencia.

Los suaves coletazos del viento que acompañaba sus pasos le ofrecían una larga ráfaga de satisfacción. La fachada blanca del edificio al que se encaminaba se había impregnado de ese aroma, ya que acogía al recién llegado con tintes de familiaridad.

La opacidad de los cristales ahumados, que recorrían a lo ancho toda la superficie de la construcción, desprendían bocanadas de silencios y ocultaciones que provocaron en el sujeto un hondo suspiro de confianza tras franquear la puerta de entrada.

Atrás habían quedado las molestas rachas de aire y, con ellas, el trecho que separaba ambas construcciones. La escalera que estaba subiendo le otorgaba destellos de reconocimiento y de despedida. La mirada de ese hombre mayor, llamado Bartolomé, recorría cada escalón con detenimiento, ya que sabía que cada uno de ellos representaba toda una vida de dedicación a los demás y un día menos de permanencia en el cuerpo de policía.

Bartolomé, bebiendo el trago amargo de su próxima jubilación, se dirigió hacia la puerta del fondo que correspondía al cuarto de aseo.

Tras cruzar el umbral, se dirigió como un autómatas hacia el inodoro de color blanco que estaba situado en el rincón de la izquierda. Un gesto de sorpresa y fastidio se dibujó en su rostro al ver que estaba ocupado por un hombre con uniforme de color marrón. Al percatarse de su presencia, el individuo contempló divertido cómo, tras unos instantes de vacilación, Bartolomé no se dirigió a los que estaban libres a su derecha. Entonces, mordaz, masculló:

—Ahora, cuando pases a la segunda actividad, te lo tendrás que llevar a casa, ¿no? ¿Dónde mearas si no? —le soltó ante la más que evidente negativa del recién llegado a utilizar otro sanitario que no fuera ese—. Aunque creo que lo mejor que podríamos hacer cuando te jubiles es retirarlo, al igual que hacen con el número de las camisetas de destacados deportistas en sus clubes. Cuando un jugador se retira, ese número no lo vuelve a utilizar nadie nunca más, así que esta taza la podríamos apartar y ponerle tu nombre, ¿no crees? — terminó con una sonora carcajada.

—Muy gracioso —fue la única respuesta de Bartolomé, tras comprobar con pesar que se burlaba de él. No se había atrevido con anterioridad a hacer algo similar en los años en los que habían coincidido allí dentro. Quizás, pensó con amargura, esa iba a ser la despedida que le iba a brindar el cuerpo al que durante tantos años y con tanta dedicación había servido.

Con gesto serio, se acercó a los lavabos. Mientras, se puso a jugar con el agua que caía del grifo recién abierto, así dejaba que transcurriera el tiempo necesario para que el sujeto dejara libre el urinario que la costumbre le había otorgado en propiedad a fuerza de utilizar siempre el mismo.

Ya fuera, en el pasillo, la normalidad acudió en su auxilio tomando forma en la figura masculina de su compañero, que se hallaba pegado a la máquina expendedora de café.

—¿Te toca o me toca? —le preguntó al llegar a su altura un tipo más joven que lo estaba esperando.

—Te toca —le respondió Bartolomé fríamente.

—Hay que ver, qué suerte tengo. ¡Siempre me toca a mí! —le replicó con sorna.

—Ya sabes, eres un tipo afortunado —continuó con la misma acidez el recién llegado.

—Lo mismo de siempre, ¿no? —procedió a tenderle un humeante vaso de plástico antes de que su pregunta encontrara respuesta.

—Café solo, sin azúcar —añadió al tiempo que tomaba entre sus manos la bebida ofrecida.

—Bébetelo, no sea que algo dulce en tu vida te siente mal —le largó el sujeto, al tiempo que retiraba de la máquina su café, encarándose con la fotografía de medio cuerpo de la joven de negros cabellos que sostenía sonriente entre sus dos manos un vaso humeante y que, como única vestimenta, lucía una dulce sonrisa y un gracioso tirabuzón que le llegaba hasta la mejilla.

Atrás, en el recibidor, un sofá negro enviaba una clara invitación a no sentarse sobre él, una Palmera de salón de casi un metro y medio de altura sugería pasar de largo y no detenerse frente a ella a observarla, y los dos ascensores que daban acceso a los pisos superiores lanzaban la insinuación de que a su izquierda estaban las escaleras.

Durante el breve recorrido que los conducía hasta el despacho que ocupaban los dos hombres, la estela que dejaba el humo del café caliente se entremezclaba con las palabras que salían de sus labios:

—La verdad es que tu simpatía sigue intacta, ni el paso de los años ha conseguido endulzarla un poco —se quejó el joven—. Los dos sabemos que te queda muy poco de estar trabajando entre nosotros y que tiene que ser muy jodido llegar a eso. Todo eso lo entiendo. Pero, al menos, podías esforzarte un poco y resultar por lo menos cordial —le reprochó.

—Mira —inició la respuesta Bartolomé con aire contemplativo, eligiendo cuidadosamente las palabras para no herirlo, ya que sabía que lo apreciaba y se preocupaba de veras—. Me conoces desde hace mucho tiempo, sabes por todo lo que he tenido que pasar, sobre todo últimamente, desde que ella murió y me dejó, y si te puedo asegurar algo es que la vida no va a poder conmigo, jamás, por muy fuerte que esta me golpee —sentenció furibundo—. Solo la muerte lo hará. Así que quita todas esas estúpidas ideas que te rondan por la cabeza sobre mi estado de ánimo de una vez, ¿quieres? Siento no poder resultar algo simpático, pero en estos momentos, como tú muy bien

sabes, no puedo.

—¿Sabes? —se detuvo un instante su compañero, que se llamaba Santi, para añadir pensativamente—: En este edificio solo hay dos personas que consiguen aguantarte. Sí, y no pierdas el tiempo buscando en tu memoria porque no las vas a encontrar —dijo molesto, con aire provocador.

—A ver, tipo listo. Veamos. Una eres tú. ¿Y la otra?

—Tú —le respondió colérico Santiago, señalándolo con su dedo.

—Muy bueno, esa me la apunto. Así que, aparte de ti, solo me aguanto yo, ¿no? —le preguntó Bartolomé mirándolo fijamente, amagando una sonrisa.

—Así es —le respondió clavando sus ojos en los de él, fijándose en esa mirada que tanta inquietud le había provocado años atrás cuando fue destinado allí, recién salido de la academia. Hacía ya unos cuantos años de eso, pero el sujeto que tenía enfrente de él poco o nada tenía que ver con el que había conocido entonces—. Aunque no sé si son, en realidad, dos o una.

—¿Quieres decir que tú tampoco me aguantas? —le soltó en tono burlón Bartolomé.

—No, tío listo, no quiero decir eso. Quiero decir que dudo mucho que tú mismo seas capaz de aguantarte —le confesó Santi al ver el semblante de Bartolomé—. Estoy seguro de que, en muchas ocasiones, te encuentras mal anímicamente. ¿Cuántas veces has sentido la necesidad de escapar de donde estás? ¿Nunca te ha rondado por la cabeza la idea de huir? Tras ese rostro impenetrable, estoy seguro de que escondes infinidad de dudas y sufrimientos. Todos intentamos evadirnos de algo. Ese algo es, o bien nuestro futuro, o bien nuestro pasado. A ver, respóndeme, ¿de qué huyes tú, Bartolomé?

Una sonrisa amarga afloró a su rostro mientras le respondía.

—Lo sabes muy bien, hijo. Si hay algo que me corroe por dentro no es ni el pasado ni el futuro, Santiago, ese algo es el presente —le respondió con desdén.

El portazo dado por Bartolomé al introducirse en el despacho en que ambos trabajaban, dio por concluido ese nuevo conato de discusión entre los dos compañeros. El habitáculo no era muy grande, y el vapor que salía de los vasos humeantes no necesitó mucho tiempo para atravesar el espacio que distaba hasta un gran tablón de corcho que había en la pared de su derecha. La ventana de la pared de enfrente se había quedado abierta durante toda la noche, lo que provocaba que allí dentro la temperatura fuera baja, más que en el resto del edificio, haciendo esa estancia un tanto incómoda, sobre todo para el más joven de los dos hombres.

—¿Cómo quieres que te diga que me molesta trabajar en este sitio tan frío? —se quejó Santi por las gélidas ráfagas de aire que entraban en la habitación.

—Y..., ¿cómo quieres que te diga que yo siempre trabajo así? —le replicó sin inmutarse Bartolomé, haciendo oídos sordos a sus reiteradas quejas y manifestando con ello que estaba acostumbrado a los lamentos de su compañero, al que seguía considerándolo aún un jovenzuelo,

ya que lo seguía tratando como a tal.

El vaho que desprendía el café caliente hacía resaltar una enorme fotografía clavada en el tablón. La instantánea era de cuerpo entero y retrataba la figura de un individuo sesentón cuyas carnes sobresalían del chaleco de camuflaje que llevaba puesto. Una corona de pelo cano era lo único que le quedaba en la cabeza como pelo, que contrastaba con sus pobladas cejas. A pesar de su avanzada edad y su estampa rolliza, su mirada era desafiante. El tipo aparecía sujetando la culata de una escopeta superpuesta entre el sobaco y la mano izquierda. Con la otra, la derecha, mostraba orgulloso tres perdices recién cobradas, al tiempo que sonreía al objetivo de la cámara. Sobre la foto colgaba un pedazo de papel en el que se podía leer: «Tomasso». Eso era todo lo que había colgado en la pared.

—A ver, Santiago, espero datos de tus andanzas como pintor. ¿Cómo quedaste ayer? —le preguntó Bartolomé al sujeto que acaba de coger asiento enfrente suyo, tras visionar brevemente la imagen de la fotografía.

Santiago, sentado frente a él, contemplaba aburrido y hastiado a Bartolomé, tanto por escuchar una vez más que desoía su petición de ser llamado Santi y no Santiago como por desoír una y otra vez sus peticiones. Para el hombre que tenía enfrente, era como si el resto no existiera, era como si solo contara su opinión, y eso le corroía por dentro.

La última tentativa había consistido en manifestarle que solo le llamaba así su padre. «Es el único que lo hace y estoy harto», le había dicho sentado sobre la misma silla que ocupaba en esos momentos. La contestación no se hizo esperar: «Pues hazte cuenta que ahora tienes dos padres, Santiago». Punto final. Ahí había concluido la conversación. Hacerlo cambiar de opinión era una tarea imposible. Lo sabía por experiencia propia. Eran muchos años los que llevaba trabajando con él.

El cometido que tenían ahora entre manos los dos policías tenía que ver con el sujeto de la fotografía colgada en la pared. La misión que les había sido encomendada consistía en un requerimiento solicitado por la Interpol en el que se pedía la búsqueda y entrega de Aldo Ciccuetti, alias Tomasso, cincuenta y siete años, natural de San Demetrio Corone, Italia. El individuo en cuestión era uno de los integrantes de la cúpula de la mafia napolitana. Una patrulla de la policía local los había alertado sobre la posibilidad de haberlo visto pasear tranquilamente escondido entre los ciudadanos. Al bajar del coche patrulla, los policías comprobaron cómo su figura se perdía entre la multitud, haciendo inútil la posterior búsqueda.

Ese trabajo en realidad no les competía a ellos, puesto que ambos formaban parte de la Unidad Central de

Inteligencia Interior (UCII) y la incidencia se había trasladado a la Unidad Central de Inteligencia Exterior (UCIE). Por lo tanto, ellos habían realizado esa investigación para otro órgano de la policía diferente al suyo. Hecho que no era extraño ni descabellado, dado que, en momentos puntuales, un departamento cedía a otro parte de su personal, todo ello acorde con las circunstancias. Todos allí eran policías y eso era lo único que contaba.

—Lo único que me queda es realizar el informe — inició con seriedad Santiago la exposición de todos los datos referentes a la misión recién concluida—. Falsa alarma, el sujeto en cuestión es un

jubilado de unos grandes almacenes llamado José Pascual Rubio Ontecillas, de sesenta y siete años, y que como única compañía solo tiene a las palomas que alimenta todas las mañanas en la plaza donde fue avistado por la patrulla de la policía local, que fue la que pasó el aviso a la Comisaría de Información.

—¿Conseguiste terminar de pintar el cuadro y dar con el sujeto o no? —le preguntó irónicamente Bartolomé, siguiendo con ello practicando el que parecía ser su deporte favorito: machacar al hombre que tenía enfrente de él.

—Sí, Bartolomé. Hice ambas cosas —le contestó entornando los ojos, visiblemente molesto. Estos parecían decir que había algo más que el tono irónico empleado por su compañero—. Aún recuerdo las burlas y bromas de mis compañeros al verme aparecer por la comisaría con el caballete, las pinturas y el cuadro que había pintado. Eso te lo tengo que agradecer a ti. Gracias a tu genial idea tengo otro nombre. A partir de ahora ya no se me conoce como Santi, sino como Vincent.

—¿Y eso? ¿Por qué ese nombre?

—Lo sabes demasiado bien —le reprochó su compañero.

—Y yo te digo que no.

—Sabes que ese nombre es una clara referencia a Vincent Van Gogh.

—No sé por qué te quejas tanto —le reprochó Bartolomé—. Aprendiste a hacer algo que no sabías.

—Si dar un par de clases de pintura es aprender algo... —Eso y los días que te tiraste practicando.

—Si tú crees que estar durante un par de días plantado frente a un edificio, sin apenas moverme, pintando su fachada es practicar... —volvió a dejar de nuevo la frase inconclusa el hombre más joven.

—Sigo pensando que te gusta mucho protestar por todo; de todos modos, sabes que el material empleado en cualquier misión se tiene que entregar, ya que este pertenece a los contribuyentes y eso no lo hiciste en su totalidad —le reprendió con suavidad.

—No, claro que no. El cuadro me ha gustado tanto que creo que ese va a ser el regalo que te voy a hacer para tu jubilación. Sí señor, será un bonito recuerdo para alguien como tú. Te mereces algo así por todo lo que has hecho por mí durante todos estos años —finalizó con el mismo tono que había empleado el hombre mayor.

—¿Cuántos han sido, Santiago? ¿Nueve?, ¿diez?, ¿once?—le preguntó ahora un tanto abstraído.

—Doce —respondió acompañando su respuesta con un hondo suspiro del que se deducía que no todo había sido fácil para él.

—Vamos, no creo que te lo haya hecho pasar tan mal. Lo que ocurre es que eres un llorón — intentó quitarle hierro al asunto al ver el gesto realizado por su compañero.

—Si tú lo dices.

—Sabes que hemos tenido nuestros buenos momentos.

—Mejor di *tus buenos momentos* —le matizó.

—No sé por qué dices eso.

—¿Empezamos a recordar cuáles fueron tus primeras palabras? ¿Quieres que empiece por el principio? Cuando recién llegado me soltaste...

—«Aquí, hijo, te dirán que no quieren héroes —se adelantó Bartolomé—, que no arriesgues tu vida si no es necesario, que la vida de un agente es algo muy valioso» — continuó.

—«Desde ya te digo que una mierda para ellos, al menos si quieres trabajar aquí conmigo» — concluyó Santi.

—Ten en cuenta que siempre te he tratado como a un hijo. Que todo lo que he hecho ha sido por tu bien. Aquí solo sobreviven los fuertes. He intentado hacer de ti un buen policía, solo eso —intentó con estas palabras justificar su modo de actuar y todo lo que le había dicho y hecho durante todos los años que habían estado realizando su labor conjuntamente.

—Ya, y por eso a continuación me soltaste lo del honor, ¿verdad? ¿También era para demostrarme tu cariño, papá? —le lanzó con toda la ironía de que era capaz—. Aún recuerdo perfectamente la escena en cuestión. Tuvo lugar el primer día de mi llegada a este lugar, y las risas y comentarios sarcásticos de mis nuevos compañeros cuando se enteraron de quién era mi nueva pareja.

»Y si esos rumores que acababa de escuchar a mis espaldas no eran lo bastante concluyentes para un recién llegado como era yo, la severidad, seriedad y acritud con que me observaban ese par de ojos oscuros y apagados con los que me recibiste se encargaban de confirmarme que no me iba a resultar nada sencillo llevarme bien contigo. Tu mirada me decía que no me lo ibas a poner nada fácil. Mientras intentaba encontrar un resquicio por el que poder iniciar una relación cordial, mi cautela inicial se transformó en asombro cuando me enseñaste una cuartilla en blanco que estaba sobre la mesa, delante de mí. Sin decir nada más, tu mano trazó sobre esta la palabra *honor* escrita en mayúsculas. Aún recuerdo la pregunta que me hiciste.

—«¿Por qué letra empieza?» —le interrogó inexpresivo, imaginando sobre la mesa ese trozo de papel en el que señaló las letras que había escrito años atrás.

—«Con la hache», conseguí articular en ese momento, asombrado por tu extraño comportamiento —le reconoció.

—«Y esta» —le indicó Bartolomé, recreando esa conversación tenida ya hacía algún tiempo, señalándole la siguiente palabra que había escrito justo debajo de la primera.

—«También con hache», te respondí sin salir de mi asombro, al ver la nueva palabra y descubrir que esta no era otra que *hombre* .

—«Esta es la única lección que te voy a dar en todo el tiempo que estés aquí —continuó abstraído Bartolomé—. Quiero que sepas que la palabra *honor* empieza por hache, y que la primera letra con que se escribe *hombre* es la hache. Esa hache que lo precede es la del honor, hijo, y no otra. Quiero que esto no se te olvide jamás mientras estés conmigo —le indicó ahora con un gesto serio, marcando sus facciones como clara señal de la importancia que para él tenían esas palabras — . De hecho, ese es el pequeño matiz que nos diferencia a unos de otros, saber lo que significa esa primera letra, que nos define moralmente. Acuérdate que un hombre sin honor es un ser incompleto, es más, no es nada. Tienes que entender y comprender el significado de lo que te acabo de decir. Recuérdalo. No lo olvides nunca y las cosas entre nosotros, cuando menos, funcionarán. ¿Entendido?».

—«Entendido» —le respondió sonriéndole, recordando la impresión que le causaron tales palabras—. De ti he aprendido muchas cosas, unas buenas y otras no tan buenas. Unas que he guardado con mimo en el cajón de los recuerdos y otras que he dejado caer en el de los olvidos. Pero la más importante, la que más me ha marcado y que siempre tengo presente fue tu primera lección: que la palabra *honor* se escribe con hache, y que la primera letra de *hombre* es la misma. Por lo tanto, de ti aprendí que un hombre lo es cuando el honor ocupa siempre un lugar destacado a la hora de tomar sus decisiones.

—Si sigues así me vas a hacer llorar.

—Sabes que no, te escondes dentro de tu caparazón y nada ni nadie es capaz de penetrar en él.

—Sabes que eso no es totalmente cierto —le reprendió con suavidad.

—Eres como una tumba. Por ejemplo, nunca me has hablado de los días que pasaste aquí. Nunca me has contado nada de tu pasado aquí.

—Créeme, no merece la pena.

—Eso creo que deberías dejarme decidirlo a mí. Siempre que saco el tema lo eludes. Es como si quisieras ignorarlo. ¿Tan mal lo pasaste? ¿Por qué siempre pasas de puntillas sobre tu pasado? ¿Es que nunca me lo vas a contar? ¿Ni siquiera ahora que te vas? —terminó haciéndole finalmente todas las preguntas que había deseado durante mucho tiempo hacerle y que nunca se había atrevido a realizar hasta ese momento.

—Fueron tiempos difíciles y complicados —contestó Bartolomé, accediendo a las demandas de su compañero—. Lo que me has dicho del cuadro me ha recordado esto —en ese momento, Bartolomé metió su mano en el cajón buscando algo.

Santi observaba con extrañeza cómo sacaba del cajón de la mesa una bufanda. El asombro fue creciendo en su interior al comprobar que se trataba de una prenda surcada por franjas rojas y blancas. Formaba parte del atuendo de un hincha de un equipo de fútbol. Él sabía a ciencia cierta que a Bartolomé no le gustaba el fútbol. Al no encontrar ninguna razón que pudiera explicar que guardase esa prenda deportiva en su cajón, agujijoneado por la curiosidad, le preguntó:

—Que yo sepa nunca te ha gustado el fútbol, ¿no?

Tras observarlo en silencio, Bartolomé le respondió confesándole lo que este ya sabía:

—Así es, no me gusta el fútbol. Nunca me ha gustado.

—¿Entonces, y eso? —le soltó Santi señalando la prenda expuesta sobre la mesa.

—Ha permanecido conmigo durante muchos años, es un regalo muy preciado para mí. Me lo dio mi compañero Esteban. Me acabas de contar tus primeros recuerdos aquí conmigo, ¿no? Todos los tenemos, ¿sabes? Incluso yo los tuve, sí, hasta alguien como yo también los tiene.

—¿Cuáles son los tuyos? ¿Aún recuerdas tu primer día aquí?

—Claro que sí. Mis recuerdos me traen tiempos escritos con la tinta de un bolígrafo que a veces se corría sobre el papel, haciendo borrones cargados de indecencia, deshonor e infamia — comenzó a contarle Bartolomé apretando entre sus envejecidas manos la bufanda y clavando su mirada cansada en la pared, buscando en ella un punto que lo condujese por su pasado hasta lo que el hombre que tenía delante quería saber—. En el interior del recinto las paredes acallaban todo cuanto allí dentro ocurría —continuó—. Recuerdo que mi primer pensamiento al verlo todo tan blanco fue que sus vergüenzas habían sido blanqueadas por una reciente capa de pintura. Mi primer recuerdo aquí no fue ni bonito ni agradable, te lo puedo asegurar. Fue en los servicios, acababa de llegar y me pillaron desprevenido, se acercaron a mí dos tipos por detrás, uno de ellos me clavó su revólver en los riñones y, tras decirme «chivato», me masculló al oído que estaba muerto. El otro sujeto se colocó en el sanitario contiguo. Jamás lo olvidaré. Era alto y delgado, llevaba un sombrero oscuro de fieltro calado hasta las cejas. Debajo de él se podían ver unos ojos negros cargados de odio y resentimiento. Con una sonrisa retorcida, me preguntó si fumaba, al tiempo que se encendía un pitillo.

—¿Chivato? No entiendo nada —le confesó Santi extrañado por la acusación hecha a Bartolomé.

—Si me dejas, te lo explicaré todo —le cortó, volviendo a concentrarse en el mismo punto de la pared para así proseguir con su relato—: «Yo también tengo ideales, chivato». Me lo dijo enseñándome la marca del paquete del que había sacado el cigarrillo que se había encendido. Me adelantó que sería un placer compartir uno de sus cigarrillos conmigo. Como pude, le contesté que se lo agradecía, pero que no fumaba. «Lo harás, cogerás uno de mis cigarrillos», me decía mientras se subía la cremallera del pantalón. «Te juro que lo harás, chivato, y entonces te vas a enterar». Esa fue su despedida, dejando en el aire flotando la amenaza.

—¿Por ese motivo siempre meas en el mismo inodoro? ¿Es por eso? —le preguntó Santi entendiendo por fin los verdaderos motivos de su compañero, desechando de su mente lo que él creía que era una manía del hombre mayor, una más, pensaba.

—Sí, así es —le reconoció con la voz apagada—. Lo hago en ese siempre. Descubrí que allí no podían verme desde el pasillo, y así no podían cumplir sus amenazas, o al menos no podían pillarme desprevenido por la espalda —le aclaró Bartolomé insinuando que, a pesar de las precauciones que tomaba, sí que habían conseguido acorralarlo en más de una ocasión.

—Vaya panorama, ¿no?

—Sí. Ya te he dicho que fueron días difíciles y complicados. Aunque no todo fue negativo, y no todos los que estaban allí eran unos desalmados —le reveló Bartolomé—.

Lo recuerdo como si fuera ayer mismo, aún perdura claramente en mi memoria cuándo y cómo conocí al dueño de esta bufanda —le contó señalando la prenda de abrigo—. Nunca olvidaré la primera vez que vi a ese hombre de aspecto frágil y quebradizo sacando su bocadillo de chorizo. Lo llevaba envuelto en la página de deportes de la hoja del lunes. En ella aparecía la imagen de un jugador vestido con colores blancos que emulaba el vuelo de un avión tras conseguir un gol que parecía ser el que le había dado la victoria a su equipo.

»—Hola. Me llamo Bartolomé —me presenté ofreciéndole mi mano.

»—Hola, mi nombre es Esteban —estrechó sin mucho interés la mía.

»—Bonito gol —le dije señalando la hoja arrugada del periódico que, extendida sobre la mesa, hacía de improvisado mantel y servilleta a la vez.

»—¿Cómo? —me soltó atusándose un poco los pelos de su recortado bigote.

»—Gran gol —le repetí tocando con el dedo la hoja de papel.

»—Bueno, los he visto mejores —me contestó mostrándome el mismo interés, es decir, ninguno.

»—Es una gozada ver cómo tu equipo se muestra intratable —le solté por decir algo, intentando entablar una conversación con ese individuo que iba a ser mi nuevo compañero—, porque usted es del Real, ¿no? —le pregunté inocentemente tanteando el terreno.

»—¿Cómo? —me dijo lleno de indignación revolviéndose molesto en su asiento, del mismo modo que lo hace alguien cuando lo insultan—. Mira, hijo, llámame lo que quieras, te permito que en un momento dado hasta me llames hijo de puta y todo, pero, por favor, te lo pido por lo que más quieras, no me vuelvas a decir que soy del Real. ¡Dios bendito! Antes me la corto. Soy colchonero, jodido, ¿entendido?

»Mientras era consciente de mi metedura de pata y me planteaba cómo arreglar el entuerto que había creado me soltó:

»—En cambio, tengo que dar por sentado que tú sí eres del Real, ¿no? —me preguntó, preparándose con resignación para recibir una respuesta positiva.

»—Pues no —le respondí lleno de dudas— mire usted por donde, pero no soy del Real. La verdad es que no me gusta el fútbol.

»A Esteban siempre le hablaba de usted. Este, frunciendo el ceño y mirándome con extrañeza me manifestó:

»—No me extraña que los hayas denunciado, hijo, mira que eres raro. ¿A quién se le iba ocurrir si

no? Sin lugar a la menor duda, a alguien como tú, ¿a quién si no? —al no recibir ninguna respuesta mía, añadió—: ¿A quién se le ocurre denunciar a un policía? A ver, y encima a tu superior. Vaya cruz me ha caído encima —me dijo levantando los brazos y clavando la mirada en el techo, esperando que sus súplicas fueran escuchadas por el Creador.

Santi, interrumpiendo momentáneamente el relato de Bartolomé sin poder contenerse, le soltó:

—Vaya, vaya, así que denunciaste a tu superior, ¿no? Si tú eras inspector, entonces lo que hiciste fue denunciar a tu comisario, ¿no es así? —le preguntó enormemente intrigado por el hilo deductivo que lo había llevado a semejante conclusión.

—Sí —reconoció con sequedad Bartolomé. Lo hizo como si ese episodio le trajera malos recuerdos y no quisiera revivirlos de nuevo.

—¿Ese Esteban era un adepto al régimen? —quiso saber Santi, mostrando cierta curiosidad por saber si su antiguo compañero había sido un pilar más sobre el que se había asentado la anterior dictadura.

—No. Qué va —la insinuación hecha por Santi había conseguido que una breve sonrisa asomara al rostro de Bartolomé—. Nada más lejos de la realidad. Tras ese aspecto calcado al del Generalísimo se escondía un ser que se camuflaba del mejor modo posible. Era un simple mecanismo de defensa, sin más. Me decía, guiñándome un ojo y cuando no había nadie delante, que era «un camaleón encerrado en el cuerpo de un hombre». Tenía unos ojos pequeños y vivos, muy vivos, el muy cabrón. En ese momento, me confesó que era un lujo tenerlos de un tamaño tan reducido, ya que eso le impedía ver todo lo que ocurría dentro de la comisaría donde trabajaba y a la que yo había sido asignado.

Para que entiendas el tipo de hombre que era, te contaré algo que ocurrió a los pocos días de estar allí. Parecía que iba a ser un día más, aún llevaba poco tiempo allí dentro, pero el suficiente como para no confiar en nadie, ni siquiera en mi nuevo compañero. «Vamos», me dijo Esteban, al tiempo que se colocaba la vieja y gastada americana de color ceniza que, una vez puesta y caminando por la calle exageradamente erguido, contribuía a darle cierta dignidad. «Tenemos trabajo». Nos enviaron a arrestar a dos jóvenes cuyos nombres aparecían acompañados por las palabras *agitadores* y *subversivos*. Nos habían informado de que los encontraríamos en un bar de barrio llamado La Pepa. Ese era el nombre de la mujer del propietario y ellos iban allí porque sabían que ese había sido el sobrenombre con que fue bautizada la Constitución de 1812. Era su forma de burlarse de todo y de todos, era su particular corte de mangas al régimen.

En ese momento, el aparato telefónico situado sobre la mesa interrumpió el relato de Bartolomé. Este no tardó ni un segundo en descolgar el auricular y decir:

—Dime. Bien. Esperamos órdenes.

Esa fue toda la conversación. Durante unos momentos, que a Santi le parecieron eternos, lo único que pudo desentrañar del silencio en que se sumió la habitación fue descubrir que la alarma se había dibujado en el rostro de su acompañante, señal de que nada bueno podía haber ocurrido. Lo conocía demasiado bien como para no ver la gravedad que se reflejaba en el rostro de Bartolomé.

Capítulo XIV.

Benjamín

Los ojos de Benjamín no alcanzaban a ver el tramo final de la tirada de cable eléctrico que arrancaba desde su posición. El tendido, de varios centenares de metros, ascendía calle arriba serpenteando entre la acera y los coches allí estacionados.

La luna había contemplado todo el despliegue y montaje que había realizado un par de horas atrás, cuando aún era de noche. A él le había parecido que lo hacía con los ojos entornados y llenos de desaprobación, con la misma mirada que lo había estado acompañando los días anteriores. Y es que no era la primera mañana que Benjamín permanecía apostado allí. Los ojos de la luna habían descubierto su figura las dos noches anteriores.

Parecía que el objetivo, al fin, se había dignado a aparecer. Se había hecho de rogar, tanto que creía que el momento no iba a llegar nunca, pero todo apuntaba a que ese miércoles iba a ser por fin la fecha señalada. Llevaban tres días esperándolo, uno tras otro, montando todo lo necesario para poder cumplir la misión y volviendo a quitarlo con meticulosidad, pacientemente, como habían aprendido que se debían hacer las cosas: bien hechas.

Hacer las cosas bien hechas representaba tenerlo todo preparado de antemano, no dejar nada a la improvisación, o lo menos posible. Y era ahí donde estaba el trabajo hecho con anterioridad, toda la sucesión de preparativos que habían tenido que realizar para conseguir finalizar con éxito su cometido.

El paso dado anteriormente, para que pudiera finalmente llevarse a cabo todo lo planeado, había consistido en colocar el turismo gris metalizado en el sitio donde estaba. Parecía ser el más idóneo para que, al pasar su objetivo por allí y hacerlo explosionar, le hiciera el mayor daño posible.

A pesar de tenerlo todo preparado y estudiado de antemano, siempre surgían imprevistos. Uno de ellos había sido la desconfianza con que una pareja de ancianos, desde el interior de una escuela de danza frente a la cual había dejado estacionado el vehículo, habían acogido su presencia, desconfianza que había ido en aumento al ver cómo introducía por el capó del coche el final del tendido eléctrico que ahora sostenía entre sus manos. Se repetía con resignación, intentando convencerse, que el tener que recurrir a este método tan tosco y chapucero era lo más apropiado, después de averiguar en el seguimiento que habían dotado al vehículo que llevaba a todos los sitios al objetivo de un inhibidor de frecuencias en su maletero. Como bien sabía Benjamín, estos eran ya muy potentes, y lo que era peor, abarcaban varias frecuencias en su barrido, haciendo, si no ineficaz, sí cuestionable cualquier procedimiento que se accionara por control remoto, por lo que se decidió por la opción del tendido eléctrico, para que dicho sistema no impidiera que se detonara el coche.

En el interior del maletero del coche que había dejado estacionado frente a la academia de danza, había colocado una olla de cocina muy grande, de casi medio metro de diámetro y otro medio de altura, con un estofado en su interior un tanto peculiar.

La receta la había iniciado colocando más de medio centenar de kilogramos de amonal [25] y amosal [26] en el fondo del recipiente. Sobre esta base, procedió a colocar una garrafa de amerital [27] de unos ocho kilogramos, para que saliera así más sabrosa, a la que adosó tres lonchas de hexolita [28] de medio cuarto cada una, dos paquetes de sigmatel [29] de un kilogramo por cabeza y medio kilogramo de Goma-2 para enriquecer la mezcla y que esta no fallara, todo ello especiado con diez metros de cable detonador y tres detonadores. Le había llevado toda una mañana prepararlo. A pesar de las acostumbradas dudas que surgían a última hora, estaba relativamente convencido de haber acertado con la mezcla de ingredientes. De todo eso podía salir algo sabroso, un tanto macabro, pero un buen guiso, sí señor.

La cuenta atrás concluiría al llegar el vehículo casi a la altura del que había estacionado lleno de explosivos. Para ello había tomado como referencia un remiendo que habían hecho no hacía mucho en la calzada. Todo concluiría de un modo rápido. Lo haría si no ocurría nada extraño, claro. Por unas causas u otras, su espera, al menos hasta ahora, había sido infructuosa. Echando un poco la vista atrás, podía recordar perfectamente el primer día que tuvieron todo a punto. Fue el lunes. Con total seguridad, la cápsula de seguridad del sujeto había escogido un trazado alternativo al que tenían planificado, dándoles con la puerta en las narices a él, a Lope, que era la voz que le indicaba la presencia del objetivo, y a Solange, que lo estaba esperando calle abajo lista para sacarlo de allí con rapidez si la acción se llevaba a cabo. A pesar de todo, era algo perfectamente normal y que entraba dentro de lo probable, ya que, cuando iniciaron la misión, fueron informados por la Dirección de que el objetivo tenía al menos tres trazados alternativos por los que ir de su casa a su despacho.

Por el contrario, el día anterior, martes, fue el más desesperante para él y sus compañeros de comando, ya que cometieron el desliz de no estar al tanto de la agenda del sujeto que se había convertido en su objetivo. No estuvieron ni diligentes ni informados de que este había salido de la ciudad para asistir a un funeral. Sí, se había ido de entierro.

Era una de esas macabras burlas del destino. En vez de asistir al suyo cuando todo estaba preparado, había ido a dar el último adiós a un candidato de una de las alcaldías en las que su partido se presentaba. En los periódicos de la tarde, habían descubierto con irritación que el aspirante había muerto en un accidente de motocicleta y que el objetivo había hecho acto de presencia en los actos fúnebres del fallecido, acompañando a la familia de este en su pérdida.

Todo eso era agua pasada. De no acontecer nada nuevo, en breves segundos, el sujeto iba a acudir finalmente a su cita con la muerte.

Aunque claro, los imprevistos siempre estaban ahí, y con nerviosismo estaba comprobando cómo estaban tomando cuerpo nuevamente en la figura del tipo que había estado colocando con anterioridad las revistas en el quiosco. Continuaba plantado enfrente de él en la otra acera, mirándolo fija y detenidamente una vez más.

Mala cosa. Una eventualidad así equivalía a un grave riesgo para su integridad, puesto que era muy peligroso dejar vivo a cualquier testigo que pudiera identificarlo. No entraba en sus planes iniciales, pero tendría que hacer algo para solucionarlo.

El contratiempo era de estatura media, pelo castaño cayendo desordenado sobre unas facciones

angulosas cubiertas parcialmente por una barba de varios días. Sus ojos pardos le estaban lanzando una mirada que le resultaba altamente familiar, tanto que no pudo evitar esbozar, casi sin gana alguna, una amarga sonrisa, al verse reflejado e identificado en ella.

Esos ojos eran los mismos que todas las mañanas le devolvía el espejo a él, ya que la mirada que tenía enfrente era el torpe y pobre, resultado de la infinidad de fragmentos colocados de un modo deslavazado intentando cerrar una herida. Eran trozos de alma puestos de prisa y corriendo para intentar recomponer algo roto, un vano intento de reorganizar todos los pedazos en que le habían dejado su corazón después de una batalla perdida. Cada trozo de esos ojos vidriosos era una de las heridas causada por una mujer.

Lo sabía porque esa mirada estaba tan apagada y tan cargada de amargura como la suya, y es que por sus retinas se escapaban los retazos del dolor sufrido. El del tipo que tenía enfrente, causado seguramente por una mujer al abandonarlo o liarse con otro. El suyo propio forzado por otra mujer: por Alba. Las dudas que lo atenazaban después de haber ido a despedirse de ella no le dejaban pensar en otra cosa. Aún recordaba, como si de un puñal se tratara, sus últimas palabras: «Tenemos que hablar».

—Todo tuyo, Benjamín —tras oír ese nuevo aviso, su pulso se ralentizó.

En un ajuste de cuentas con ese pasado al que tanto le reprochaba, se dibujó de nuevo en su mente una imagen suya sosteniendo en lo alto un pañuelo, mostrándole desafiante a ese hombre que un día había sido su padre el dibujo de una serpiente reptando por el mango de un hacha. Era su particular desquite, mostrarle a ese hombre mayor, que ahora agachaba la cabeza, que él sí que había sido capaz de dar el paso, que no se había quedado en meras palabras como había hecho su padre. Fue su particular victoria sobre él. Eso sí, ahora comprobaba que había sido una amarga victoria.

Definitivamente, la voz de Lope había enviado sus recuerdos al cajón donde los tenía guardados. Los había vuelto a recluir, cerrándolo de un fuerte golpe, devolviéndolo bruscamente a una realidad que no le gustaba lo más mínimo.

—Ya, Benjamín, aprieta el maldito botón de una vez —saltó la voz nerviosa de su compañero desde el aparato receptor.

Dejando a un lado todas sus dudas y pensamientos, hizo lo que tenía que hacer: pulsar el botón.

Las llamas convirtieron en antorchas a varios coches, la onda expansiva dañó seriamente las fachadas de todos los edificios que estaban en un radio de varias decenas de metros, haciendo añicos los cristales de innumerables viviendas y vehículos.

Nuevamente, enfrente suyo, el mismo sujeto mirándolo. A pesar del caos que se había producido calle arriba, Benjamín, alertado, se llevó la mano a uno de los bolsillos de su mono de trabajo para tomar contacto con la Browning GP-35 que descansaba en su interior.

Nada más encontrarse con sus ojos, el tipo se giró, poniéndose a caminar esquina abajo del pequeño cilindro metálico que formaba el puesto de venta de prensa, con la clara intención de alejarse del lugar a toda prisa. Presentaba en su andar una ligera cojera que ya no intentaba ni

disimular ni esconder.

Sabía que era el momento de actuar, antes de que el molesto inconveniente en que se había convertido ese individuo se esfumara y desapareciera. Era ahora o nunca.

Cuando se disponía a dar la primera zancada, escuchó cómo calle arriba se desataba, una vez más, la contenida furia del infierno. Molesta la bestia al ser despertada, entre horribles alaridos que golpeaban salvajemente sus oídos, ordenaba a sus fieles la captura de todos los que se hallaban cerca del lugar de la explosión.

El aire se había llenado de un fuerte olor agrisado. Sin ninguna duda, este debía ser el mismo que emanaba de la entrada del infierno que Dante tan bien había descrito en su *Divina Comedia*, en cuya puerta se podía leer la siguiente inscripción:

Por mí se va hasta la ciudad doliente, por mí se va al eterno sufrimiento,

por mí se va a la gente condenada.

En esa zona, la del círculo más externo del infierno, era donde pagaban sus errores los tibios, según Dante. Con total seguridad, era esa la fragancia que los caracterizaba, acompañándolos en su pago perpetuo mientras eran constantemente picados y agujoneados por las dudas y el miedo. La familiaridad con que contemplaba tales sufrimientos era fruto de tener la constancia de haber sido durante toda su existencia uno de ellos. Uno de los tibios.

Nada más frenarse sabía que la había jodido. Nada más ser detenido por las dudas supo que eso iba a tener un coste. Sabía que, si no iba a por él ahora y lo mataba, lo iba a terminar pagando. Sabía que, si no lo hacía, ese buen gesto se iba a volver en su contra. Pero, así y todo, se vio incapaz de ir y eliminarlo. Y es que, definitivamente, tenía el día tonto. Lo contemplaba cojeando calle abajo lo más rápido que podía. Quería pensar que esas dudas eran consecuencia de tratarse de alguien más indefenso de lo normal. Quería pensar que esa buena acción no le iba a pasar algún día factura.

Ya podía dar gracias. Sin él saberlo, había sido su día de suerte. Seguramente, había vuelto a nacer. Y es que esa cojera le había salvado la vida. Si hubiera sido un tipo corriente, ya no sería un testigo incómodo que dejaba atrás y con el que probablemente tendría que encontrarse en un futuro. Si hubiera sido un tipo corriente, seguramente le hubiera pegado varios tiros, dejándolo muerto sobre la acera. Hubiera sido uno más, un muerto más a sus espaldas, y no un cabo suelto que era en lo que se había convertido en ese momento.

Nada más llegar al coche en marcha que había estacionado a muy poca distancia de allí, el único saludo que recibió de Solange al subir al vehículo fue un lacónico:

—Vámonos. Cierra la puerta.

Capítulo XV.

Covadonga

Escogí la sección de Local porque ese era el sitio al que me apetecía ir, porque creía que era allí donde iba a poder desarrollar todo mi potencial y, sobre todo, porque pensaba que allí iba a poder devolverle al recuerdo de mi padre parte de lo que me había enseñado durante el tiempo que estuvo junto a mí.

El recuerdo de mi padre es el único referente que me queda. Poco, muy poco legado para sobrevivir, pero eso es lo que hay. Es lo único que poseo. Lo que da una muestra de lo poco que tengo para ir tirando.

—Bien, señores —nos comunicó Jacinto, después de haberse acomodado tras la mesa que presidía el despacho. Esa mañana había llegado vestido con una americana en *tweed* de lana y una camisa con cuello Mao—. Ante la magnitud de los hechos que acaban de suceder, voy a ser muy rápido y conciso. La reunión de hoy va a ser breve, muy breve. Juan y Luis están en el lugar donde se ha producido el atentado, recogiendo las primeras impresiones e imágenes de la explosión. Quiero que tú, Jesús —se dirigió al tipo sentado a su izquierda y que había entrado junto a él—, cubras las fuentes policiales. Quiero que averigües de quién se sospecha y que nos muestres qué dirección toman los indicios que tengan, así como las suposiciones y conjeturas que barajan, aunque creo que está todo claro.

Jesús hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Como de costumbre, iba impecablemente vestido con un traje cruzado de seis botones de tono marengo, bajo el cual se veía una camisa de anchas rayas verticales blancas y negras.

—Muy bien —tomó la palabra el interpelado—. He estado sondeando mis fuentes durante toda la mañana. De momento, no quieren informar de nada, es demasiado pronto. De todos modos, las consultaré de nuevo y, tan pronto como sepa algo, te lo haré saber.

Si había algo que se me atragantaba eran los listos, bueno, los que iban de listos, y Jesús era uno de ellos. Mi sonrisa escéptica le indicaba con claridad que, si creía que nos iba a contar la película de que las suposiciones a las que uno llegaba eran realmente *fuentes de información* y nosotros nos la íbamos a creer, iba listo.

—Tú, Covadonga —siguió impartiendo órdenes Jacinto—. Te ocuparás de hacer una crónica social de los efectos que la explosión ha ocasionado en las inmediaciones, ya sabes, cosas como: «Me faltaban dos años para pagar el coche y ya no queda nada de él, estoy vivo de puro milagro», «Si no llega a ser porque se retrasó el autobús, la explosión me hubiera cogido de lleno» o «Mis hijos no pueden dormir solos desde entonces». Vamos, una crónica con la faceta humana, estoy seguro de que esa sensibilidad femenina tan acusada que te gastas te ayudará a realizarla —me soltó de un modo mecánico, no falto de menosprecio hacia mi persona.

Tras pasear su mirada por todos los allí presentes, continuó dirigiéndose al sujeto cubierto por la parka.

—Quiero que tú, Isaac, vayas con Sara al Hospital de Nuestra Señora y, aparte de informar del número de muertos y de la gravedad de los heridos, quiero que consigáis algún testimonio de primera mano de alguien que estuviera presente en el momento de la detonación. Eso y alguna imagen impactante, ya sabéis lo que quiero decir. Las noticias hay que personalizarlas, ponerles nombres y apellidos para que el lector se sienta identificado con ellas. Ni que decir tiene que todo

el reparto de tareas que teníais establecido para hoy ha sido modificado.

Sus palabras fueron interrumpidas por el sonido del teléfono que había sobre la mesa. Tras unos segundos de silencio en los que solo se escuchaban los mudos asentimientos del jefe de Local, después de colgar el auricular del teléfono, nos dijo a los allí reunidos:

—Ha habido una nueva explosión. Se ha producido en la calle Mauricio Legendre. Según me acaban de informar, ha habido dos heridos; van a ser atendidos en la Residencia Sanitaria La Paz. De esta noticia quiero que te encargues tú, Covadonga. No quiero que por ello dejes de lado el trabajo que te había encargado. Sigo esperándolo.

Una sonrisa sarcástica se dibujaba en su rostro envejecido al encomendarme semejante tarea, ya que sabía que era degradante para mí, pues era una labor destinada a becarios y personal subalterno. Tras ella se escondían las ganas de revancha que guardaba en su interior mi jefe hacia mí, por ser una y otra vez rechazadas sus invitaciones afectivas. Ni una mala palabra, ni una buena acción. Esa era la constancia que tenía de cuál era el legado que nos dejaban los que actuaban como el hombre que tenía enfrente: el legado de los que callaban.

—Debe de ser el coche con el que han huido los que han cometido el atentado —prosiguió—. Como suele ser habitual en estos casos, los terroristas suelen colocar una pequeña carga explosiva en el vehículo utilizado para su huida con el fin de no dejar ninguna huella. Bien, tenemos mucho por hacer y cada uno sabe cuál es su cometido, así que ya sabéis: a trabajar —ordenó a los allí presentes, dirigiéndose con prontitud hacia la puerta.

Desde luego, no fue capaz de ver detrás, a su espalda, la arruga de determinación que se iba dibujando en mi frente. Ni cómo ni mis ojos ni mis labios mostraban el menor indicio de querer acatar las órdenes recibidas.

Capítulo XVI.

Bartolomé

El rostro de Bartolomé se contraía cada vez más a medida que permanecía colgado del auricular, marcando un poco más las arrugas que surcaban su rostro. Durante unos instantes, solo se escucharon los murmullos de asentimiento que salían de los labios del policía al escuchar lo que le estaban diciendo por teléfono. Finalmente, colgó el auricular y, con gesto serio, se quedó mirando a su compañero.

—¿Qué ha pasado ahora? —le preguntó Santi al ver su cara de preocupación, rompiendo el silencio en que se había sumido la habitación.

—Se ha ordenado la puesta en marcha inmediata de la Operación Jaula [\[30\]](#). Esos cabrones se han salido con la suya. Una vez más lo han hecho. Ha habido un nuevo atentado. Se han cargado a otro político, ahora le ha tocado el turno a Jesús Almagro —continuó explicándole, observando fijamente el vaso marrón de plástico que sostenía entre sus manos—. O mucho me equivoco, o dentro de un par de horas nos enteraremos de que un segundo coche ha sido detonado, que es el que habrán utilizado para salir huyendo del lugar del atentado. A este le habrán puesto una carga

explosiva con un temporizador, y nosotros solo encontraremos un montón de hierros retorcidos y humeantes. Seguro que ahora los integrantes del comando estarán ya en algún piso franco, escondiéndose —finalizó amargamente el policía, familiarizado con ese modo de actuar.

—¿Cuántos muertos? —soltó Santi sin contemplaciones.

—De momento, cuatro —le contestó, mostrando cierto enojo en la entonación de su voz—: una anciana que estaba justo en el edificio frente al cual estaba estacionado el coche bomba y que la explosión ha derruido, cayéndole parte de él encima. Y los tres ocupantes del vehículo: el objetivo, su chófer y uno de los nuestros destinado en la Unidad Central de Protección que se ocupa... —al pronunciar el verbo en presente se detuvo para rectificar dolorosamente—, se ocupaba de su seguridad.

—¿Alguien ha reivindicado el atentado?

—No, y no creo que lo hagan enseguida, tardarán un par de días —respondió Bartolomé, el cual, obviamente, estaba familiarizado con ese tipo de sucesos—. Aunque no hace falta ser un adivino para saber quién ha sido.

—Ya, es la misma historia de siempre. Es tan fácil matar. Parece tan sencillo quitarle la vida a alguien y, por contra, es tan complicado evitarlo. Resulta tan complejo que es imposible proteger a todo el mundo.

—Así es —contestó Bartolomé lanzando su vaso vacío a la papelera que había junto a la mesa—. Esa es su gran ventaja. Todos somos víctimas potenciales.

—¿Qué tenemos que hacer nosotros? —se interesó

Santi.

—De momento, esperar. Me acaban de decir que ahora enseguida nos asignarán una tarea.

—¿Vas a terminar de contarme la historia de esos dos jóvenes mientras esperamos a que nos llamen? —le pidió, más que se lo preguntó, Santi.

—¿Por qué no? No tengo nada mejor que hacer hasta entonces —respondió Bartolomé, haciendo un visible esfuerzo por volver una vez más al pasado.

»Allí estaban —reinició su relato Bartolomé, atendiendo la petición de su compañero, sonriéndose con las manos enlazadas sobre la mesa—. Eran tan inocentes que se creían que jugaban a cambiar el mundo y que ello no iba a pasarles coste alguno, que les iba a salir gratis. No recuerdo cómo se llamaban, pero sí que recuerdo sus caras al vernos. Él llevaba puesta una camisa azul y un pantalón vaquero, con los puños y las campanas tan anchos como la melena rizada que caía sobre sus hombros. En su rostro se dibujaban unas patillas tan alargadas como su vanidad, y su orgullo tenía el olor de una colonia barata, ya que cuando vio que nos sentábamos a su mesa y les dijimos que éramos policías, y encima de la secreta, su rostro se descompuso, mostrando todas las caras del miedo, siendo incapaz de reaccionar. Ella se cubría con un suéter marrón de cuello de pico y una falda de cuadros escoceses tan corta que mostraba tanto sus muslos

como sus ganas de libertad. Una larga y lacia mata de pelo negro caía sobre sus hombros y en su cara se veía una mirada cargada de arrojo, determinación e ingenuidad a partes iguales. Al aumentar el ritmo de su respiración, el suéter que llevaba puesto se ceñía tanto a su figura como la mirada de desconfianza que nos había lanzado nada más vernos aparecer por la puerta. «Chica lista», pensé yo ante la rapidez de reflejos que tenía.

»—Quieta —le soltó Esteban a la joven, al tiempo que la cogía del brazo cuando intentaba levantarse —vamos a charlar un poco mientras nos tomamos algo, tengo sed. Camarero. — Levantó su mano captando la atención del sujeto situado detrás de la barra—. Yo quiero una cerveza de barril, ¿y tú? —me preguntó.

»—Otra —le respondí por decirle algo, sin tener la más mínima idea de lo que hacíamos allí, aunque he de reconocer que, en esos momentos, se me encendieron todas las alarmas.

»—Oiga —empezó a protestar la joven molesta por nuestra irrupción—, tenemos nuestros derechos, ¿sabe?

»—Tus derechos se reducen a que yo decida ahora qué es lo que puedes y no puedes hacer. Así que permanece sentada y contesta a todas las preguntas que te vaya haciendo, ¿entendido?

»Un gesto afirmativo con su cabeza fue la única respuesta de la joven. En esos momentos, se aproximó el camarero con las bebidas que habíamos pedido.

»—Gracias —le dijo al camarero cuando depositó las dos cañas sobre la mesa—. A ver, jovencitos, explicadme por qué coño lucháis y por qué razón estáis poniendo vuestras vidas en peligro.

»—Luchamos por la libertad y por la democracia —respondió vehementemente la joven.

»—Vaya, eso son palabras mayores, sí señor —les soltó sonriendo tras degustar un largo trago de cerveza—. Todo eso que me acabas de decir es muy bonito y hasta suena muy bien, pero escuchadme bien los dos.

»Aún recuerdo como, a partir de ese momento, su voz dejó el tono irónico empleado y adoptó una tonalidad mucho más seria que puso en alerta a los dos jóvenes.

»—Mañana hay programado un acto de protesta frente al despacho del rector de la facultad en la que cursáis vuestros estudios. Sí, lo sabemos —continuó Esteban ante el gesto de sorpresa de los dos jóvenes—. Tenemos gente en todos los sitios, y hoy mis jóvenes e idealistas amigos me han enviado a por vosotros. Si apreciáis vuestras vidas no vayáis, ni a ese ni a otros. Tenemos vuestros nombres. Apartaos de estas historias y con algo de suerte quizás se olviden de vosotros dos. Ya habéis hecho suficiente, ahora que se pongan en primera línea otros. Os repito que van a por vosotros y, si en vez de ser yo quien os vea, es cualquiera de mis compañeros, lo vais a pasar pero que muy mal. Os lo puedo asegurar. Ahora marchaos, no quiero volver a veros —les invitó a marcharse a los estupefactos jóvenes.

»—¿Primero los atemorizas y después los dejas marchar? —le pregunté sonriendo a Esteban, que me miraba fijamente—. Tenías órdenes de llevarlos a comisaría, ¿por qué no lo has hecho? —

concluí llevándome el vaso a mis labios, tras apurar de un largo trago mi cerveza.

»Su única respuesta fue una cálida sonrisa, una sonrisa que recordaré toda mi vida.

»—Así que en realidad eres un buen samaritano —le solté gratamente sorprendido, ya que el muy jodido seguía sin aclararme nada.

»—Las cosas no son lo que parecen, hijo. Me camuflé como mi entorno, acomodé mi aspecto físico para que sea lo más parecido posible a quienes nos han mandado durante tanto tiempo, luego adopté cuatro poses suyas, y todos esos —añadió señalando hacia afuera— creen que soy un fiel seguidor del régimen. Así consigo que me dejen en paz —me soltó el condenado.

»En ese momento me atreví a preguntarle qué hacía un tipo como él allí, trabajando en la comisaría, rodeado de gente que ni por asomo se parecía a él, a lo que, sonriéndome nuevamente, me respondió:

»—Esperar a alguien como tú y ayudar en la medida de mis posibilidades a gente como estos dos jóvenes y, de ese modo, aportar mi granito de arena para que todo esto vaya cambiando, aunque sea poco a poco —me confesó—. Has de tener en cuenta que aquí dentro —se refería a la comisaría a la que estábamos adscritos— se multiplican los odios y los miedos de la calle, ya que, como herederos de la Brigada Político-Social, saben que, una vez concluya todo este periodo de incertidumbre, todos los dedos los van a acusar de ser el aparato represor del anterior régimen.

»Aún recuerdo lo orgulloso que me sentí en esos momentos cuando me dijo que esperaba a alguien como yo. Lo estaba por partida doble, por lo que me había dicho y por quién me lo había dicho. Entonces, sin mediar ninguna palabra más, se levantó dando por concluida la conversación. Aún recuerdo, cuando salimos a la calle, cómo el cielo estaba atravesado por nubes trazadas con tonos blancos y negros, como los tiempos que nos estaba tocando vivir.

Concluyó de ese modo Bartolomé el relato de aquellos días que llevaba grabados en su memoria.

—¿Qué fue de esos jóvenes? —se interesó Santi—. ¿Volviste a verlos o no? ¿Hicieron caso a vuestro aviso?

—Sí. Los volvimos a ver, por desgracia para ellos. Dos días más tarde fueron conducidos a comisaría apresados, sus rostros presentaban moratones y arañazos. Si ha habido durante esos años un personaje siniestro aquí, ese fue el tipo del que te he hablado antes. Fue él quien me ofreció uno de sus cigarrillos en el aseo. Era la mano derecha del comisario. Su alias era Ideales. Sus compañeros se lo habían puesto porque tenía la costumbre de apagar los cigarrillos de esa marca en la piel de sus interrogados cuando le venía en gana. Tenía carta blanca. Podía hacer lo que quisiera. Nada más ver aparecer a la pareja, saltó como un poseso diciendo:

»—Míos. Son Míos. Llevadlos abajo —ordenó a los policías que los habían apresado, al tiempo que vi cómo extraía de uno de los bolsillos de su gabardina un paquete de cigarrillos. En él aparecían dibujadas dos franjas onduladas, de color azul claro la de arriba y azul oscuro la de abajo, y entre las dos unas letras impresas en negro y mayúsculas que formaban la palabra «Ideales».

—¿No pudiste hacer nada por ellos? —se interesó

Santi.

—No. La verdad es que mi primer impulso fue saltar a por ese hijo de puta y destrozarlo, pero me encontré con la mirada de Esteban, quien me detuvo haciéndome un gesto de negación con la cabeza. No podíamos hacer nada por ellos ya.

—Qué duro, ¿no? —le confesó Santi.

—Si tengo que buscar una palabra que defina cómo me sentí en aquellos momentos, sería *impotencia*. Me vi incapaz de poder hacer nada por ellos. Me vi incapaz y asqueado de todo y de todos, hasta de mí mismo por no hacer nada, por permanecer de brazos cruzados. Con repugnancia, contemplaba cómo las paredes una vez más encerraban todo lo que allí dentro ocurría. Las ventanas dejaban pasar una semiclaridad que a mí me parecía sucia en aquellos momentos. Las mesas guardaban entre sus cajones todas las pruebas de las infamias allí cometidas. Y hasta las sillas me parecían viles instrumentos por dar asiento a tanto desalmado.

»Fue un momento muy duro en el que llegué a cuestionarme si todo lo que había hecho con anterioridad había servido para algo. Fui destinado aquí como represalia por haber denunciado los abusos que había cometido mi superior en mi anterior destino.

»Esto era la boca del lobo, y yo era ese alguien que había sido capaz de desafiarlo. En aquellos momentos me vi superado y derrotado por sus zarpazos.

»Recuperé la normalidad gracias a Esteban, a sus palabras en aquellos días. Ese hombre se convirtió en el único y mayor apoyo dentro de esta comisaría. Mucho de lo que he llegado a ser se lo debo a ese pequeño hombrecillo, que era, sin duda alguna, el más grande de los que estábamos allí dentro.

»Siempre intentaba quitar hierro al asunto y hasta los justificaba, pidiéndome que entendiera que todo lo que ellos creían que era una base sólida se estaba desmoronando bajo sus pies como un azucarillo en una taza de café. Por ello, siempre me pedía que tuviera paciencia.

»Aún recuerdo cuál fue su despedida —continuó Bartolomé tras una ligera pausa.

»—Te voy a regalar lo que más valor tiene para mí, hijo. —Y me entregó la bufanda del equipo de sus amores—. Toma, hijo, para que no se te olvide nunca cuál es el mejor equipo del mundo y de qué equipo soy yo.

Bartolomé dejó de hablar dando por concluido de ese modo su relato.

—Nunca me habías hablado de él —apreció Santi.

—Nunca te he hablado de él porque me trae a la memoria unos tiempos ya pasados. Ten en cuenta que, cuando fui destinado aquí, todo olía a viejo: a viejas rencillas y viejos temores. Todo aquí era viejo. Y los vicios y costumbres que se habían ido adquiriendo olían mal de ser tantas veces usados. Fueron días de romper con el pasado, Santiago. Fueron días de dejar atrás unos tiempos

de contrastes cuyos cielos eran surcados, como ya he dicho antes, por nubes trazadas con pinceladas blancas y negras.

—De las negras estoy al tanto, pero, de las otras, ¿cuáles fueron esas pinceladas blancas?

—Las blancas fueron el sentido común que desembocó en un interés general. Esos fueron los cimientos de lo que hoy en día se llama tolerancia y que no es, ni más ni menos, que aguantarnos los unos a los otros.

—Resulta curioso que tú me hables de entendimiento cuando, si no me equivoco, fuiste directo a denunciar a tu anterior comisario —le soltó Santi.

—De eso hace ya más de veinte años, Santiago, eran otros tiempos, eran tiempos de... —Tras una breve pausa en la que intentaba colocar inútilmente una palabra que los definiera, prosiguió hablando—: Eran tiempos agitados, llenos de incertidumbre. Después del cambio de régimen nadie sabía muy bien cuál era su sitio. Los adscritos al anterior no querían perder sus prebendas, y el resto luchábamos por arrebatarélas. Te vuelvo a repetir que fueron unos tiempos cargados de pinceladas blancas y negras. Eran tiempos de cólera, alarma y desconfianza. Eran tiempos de miedo, de mucho miedo por todo lo que se podía perder: unos, sus posesiones, y otros, como no tenían nada más, sus vidas. Esa era la principal diferencia entre lo que había en juego en aquellos días.

—Tú, con tu denuncia, te jugaste la vida, ¿no?

—Ya te he dicho que era lo único que teníamos. Fueron tiempos en los que casi todos llegaron a la conclusión de que había que ceder, aunque solo fuera por interés, y así, al menos, conseguir no perderlo todo. Fueron tiempos en los que frases del tipo «no voy a tolerar que» sobran.

—¿Crees que el espíritu de esos tiempos ya no está entre nosotros?

—No lo sé, y no me toca a mí decidirlo. Yo me marcharé, al igual que se fueron los tiempos que me tocó vivir, el resto os corresponde a vosotros. Sois vosotros los que tenéis que decidir qué tiempos queréis vivir. La pelota la tenéis en vuestro tejado. Os toca jugarla. Solo te puedo decir que luego llegaron unos días más generosos que venían con las manos llenas de ilusión y de esperanza, y que dejaron atrás los tiempos en que ver tu nombre escrito en el sótano de donde nos hayamos era tu ruina, puesto que suponía caer en desgracia tú y tu familia.

Nuevamente, el teléfono fue el que interrumpió la conversación. Tras unos breves instantes en los que recibió las instrucciones, Bartolomé le ordenó a su acompañante:

—Ahora vamos. Tenemos trabajo —le cortó tan fríamente como había aparecido esta mañana frente a la máquina de café. Esa era su forma de decirle que la conversación había concluido.

—Bien —aceptó de mala gana Santi la brusquedad del hombre ya entrado en años.

Bartolomé, al levantar la mirada, vio su rostro reflejado en el cristal de la ventana, comprobando cómo este le devolvía el dibujo de dos enormes bolsas bajo sus cansados ojos negros, cargadas una de responsabilidad y de sufrimiento la otra.

Su frente estaba surcada por multitud de arrugas. De entre todas ellas, había una en particular que se la cruzaba de lado a lado. La lámina de cristal que tenía frente a él le revelaba su profundidad, enseñándole una herida abierta que le llegaba hasta donde más dolía: el corazón. Lo hacía mostrándole su gravedad, y le volvía a recordar, una vez más, que nunca, nunca se recuperaría, ya que jamás podría olvidarla.

Capítulo XVII.

Benjamín

¿Cómo estás? —le preguntó Benjamín a Solange, preocupado por la torcedura que sufrió su tobillo una semana atrás al cruzar el río, y cuya hinchazón no daba síntomas de remitir.

—Con dolor, pero algo mejor. Gracias —le respondió Solange agradecida por el gesto sincero de preocupación de Benjamín.

—¿Te duele mucho aún? —se interesó ante su visible cojera cuando la vio levantarse de la mesa y dirigirse hacia el banco de mármol que rodeaba la encimera. La larga línea delgada que formaban los labios de la mujer se contraía en un gesto de sufrimiento cada vez que apoyaba sobre el suelo su pie izquierdo, que había sido el que había sufrido la torsión.

—Un poco, la verdad es que aún me duele un poco — al responderle al hombre que estaba sentado y que permanecía con sus brazos apoyados sobre la mesa de cristal, su rostro alargado se endurecía mostrando las líneas que lo moldeaban, enseñando una solidez y masculinidad impropias de una mujer, adquiridas después de haber tenido que estar continuamente demostrando su valía en un mundo regido y gobernado por hombres.

Tras esos supuestos ademanes y gestos rudos, la grandeza de sus ojos oscuros y caídos no podía esconder toda su feminidad. No podían evitar que, a través de la cortina que formaban sus párpados, se escapara parte de esta, pero había tenido que renunciar a ella para así poder sobrevivir en este mundo tan hostil para una mujer.

—Con algo de reposo y algo de tiempo, seguro que mejorará —respondió intentado quitar importancia a su dolor—. Y eso es algo de lo que vamos a disponer: tiempo y reposo. Me temo que mucho. Quizás demasiado —concluyó la mujer, consciente como era de que, después de haber finalizado con éxito su misión, toda la policía los buscaría durante mucho tiempo por todos los rincones de la ciudad. Ahora tocaba esperar, esperar y esperar. Al menos hasta que la tenaza de sus perseguidores se aflojara.

—Seguro —añadió pensativo Benjamín viéndose reflejado en la superficie de la mesa sobre la que estaba apoyado. Esta le devolvía una frente curvada e inclinada hacia delante, que era fruto de la convicción que tenía de que ya no estaba haciendo lo correcto. Su frente cuadrada era un continuo reproche hacia esa senda equivocada. Sus cejas cada vez aparecían más distanciadas de sus prominentes ojos, como si le indicaran que la dirección que había tomado su vida no era la más adecuada. Solo su nariz perpendicular mostraba una determinación que parecía arrancar del hecho de haber reconocido su equivocación, y sus labios mostraban una amarga sonrisa que era el pago a toda una vida desacertada.

—Aún no te he dado las gracias por lo que hiciste por mí —le soltó Solange al tiempo que cogía la jarra de cristal que había sobre la mesa y se llenaba un vaso de zumo de naranja.

—No hay por qué —objetó lentamente Benjamín—, cualquiera en mi lugar hubiera hecho lo mismo.

—Pero ese cualquiera fuiste tú. —En ese momento se llevó un vaso a los labios.

Tras su cristal contemplaba la figura distorsionada del hombre que cogía un lápiz, una hoja en blanco y se ponía a trazar líneas sobre ella. Cuando terminó el trago, aún con el poso ácido del zumo de naranja golpeando las paredes de su paladar, le dijo:

—Si no llegas a tirar de mi brazo desde el otro lado de la valla, seguramente ahora no estaría aquí.

—No estaríamos ninguno de nosotros, porque nos hubieran cogido a todos, no solo a ti. —Quiso de ese modo restar importancia a la acción realizada y hacerle creer que lo había hecho para salvarse también él—. ¿Está muy fuerte? — le preguntó Benjamín, al contemplar agriarse levemente el rostro de la mujer tras tomar el primer sorbo.

—Un poco —le contestó sonriéndole—. No, no te creas, no está mucho —añadió restándole importancia.

—Me atreveré con un vaso —manifestó el hombre, mientras observaba cómo la mujer llenaba un vaso del líquido anaranjado que contenía la jarra de cristal.

—¿Qué te pasó allí? —se interesó la mujer.

—¿Dónde? —le preguntó expectante el hombre.

—Al cruzar el río, cuando estabas solo subido en el bote neumático. Por un momento creí que te perdíamos y que la corriente te iba a arrastrar río abajo hasta la bahía.

—Los nervios me jugaron una mala pasada. La verdad es que tuve un ataque de pánico —le reconoció tras mirarla a la cara.

—¿Y eso? —preguntó con interés.

—Eso tiene mucho que ver con mi infancia — respondió inclinando la cabeza hacia el suelo—, y con los fantasmas de esta que aún me persiguen. Ten en cuenta que nací y me crié muy cerca de allí, de donde cruzamos el río. Vivíamos, y de hecho yo aún lo hago, en un caserío en el campo. Mis padres, sobre todo mi padre —matizó—, me inculcó ciertos temores y creencias ancestrales de nuestra tierra. Cuando comprobaba que me alejaba en exceso de nuestra casa, me decía que ese aire que movía los árboles de alrededor, en el bosque, era provocado por los pasos coléricos del Señor del Bosque, un gigante con un bastón en la mano.

—¿Y si no hacía viento, qué? —le preguntó sonriéndole burlona.

—Si no hacía viento, me decía que cerca, escondido entre los árboles, agazapado, acechaba el Cazador Negro, la figura legendaria de un hombre armado y acompañado de un perro. Si con todo eso no tenía bastante, cuando se acercaba la noche, entre unas sonrisas que a mí no me hacían la menor gracia, me contaba una historia de un ser mitad mujer mitad ave llamado lamia y, al finalizar, sin poder evitar las carcajadas viendo mi rostro cargado de temor, añadía que iba a venir a degustar su manjar favorito. Ni que decirte que ese manjar era yo —le informó a su compañera al tiempo que volvía a coger el lápiz que había dejado sobre la mesa y continuaba dibujando en la hoja de papel trazos desiguales.

—Vaya con el papi. Cómo se las gastaba. Ahora recuerdo cuando le preguntaste a uno de nuestros guías por el nombre del edificio en ruinas por el que estábamos transitando. Si no recuerdo mal, creo que dijo que su nombre era la piedra de las lamias, ¿no?

—Así es. Tienes muy buena memoria.

—¿Qué se supone que ocurría allí?

—Era uno de los lugares favoritos de esos seres. Allí, según las leyendas, se aparecían por las noches.

—Pero..., venga ya. Esos seres no existen —le reprochó suavemente Solange intentado empequeñecer sus temores.

—Cuando tienen nombre, es que existen —contestó seriamente—. No olvides nunca esto, Solange. Cuando son nombrados, es por algo.

—¿Qué haces? —se interesó al ver la figura de un hacha en alto y una serpiente reptando junto a ella que aparecían dibujadas en la hoja de papel, intentando de ese modo dar un giro a la conversación.

—Dibujar. Cuando no sé lo que hacer, cojo un trozo de papel y empiezo a llenarlo de borrones

—¿Para olvidar tus miedos quizás? —le soltó burlona.

—Para olvidar eso y otras muchas cosas.

—¿Tanto tienes que olvidar, Benjamín? —le preguntó ella pensando que exageraba.

—Ya lo creo, Solange. Ya lo creo. ¿Sabes? —

Benjamín levantó la hoja en la que había estado garabateando, mostrándosela a su acompañante—. Creo que ya va siendo hora de que el hacha libere a la serpiente y le deje iniciar un nuevo camino. Creo que la lucha armada, simbolizada por el hacha, debería desaparecer de nuestro emblema, y dejar a la sabiduría o a la inteligencia encarnada por la serpiente seguir ese nuevo camino de paz, abandonando la senda de la violencia de una vez. Cada vez que aprieto el maldito botón, no puedo dejar de sentirme el causante de otra nueva muerte, de sentirme culpable de más y más fallecimientos. ¿Sabes? — El color blanco marfil que lucía todo el armariado de la cocina, reflejaba toda la inquietud que el hombre sentía en esos momentos—. Estoy cansado de todo esto,

es una carga que cada vez me cuesta más llevar. Hoy, sin ir más lejos, he dejado escapar a un tío. Se ha quedado con mi cara, y lo he dejado marchar. —Ni el gris plomizo que mostraban los azulejos con que estaban vestidas las paredes podía ocultar su pesar—. Estoy seguro de que estas horas ya le habrá hecho una descripción detallada de mi rostro a la policía. Ahora mi imagen debe estar pegada en infinidad de sitios aguantando la frase: «Se busca». Hace un tiempo, no mucho, no lo hubiera dudado, le hubiera pegado dos tiros y lo hubiera dejado tieso en la acera. Habría pensado: «Uno menos» —ni siquiera los tonos melocotón que despedían las baldosas del suelo conseguían levantar su afligido ánimo—, pero cuando lo miré con detenimiento, descubrí a un tipo cojo, mirándome con miedo. Advertí tanto temor en sus ojos hacia mí, Solange, como el que probablemente tengo yo en estos momentos. No sé por qué, pero no pude hacerlo. Lo vi tan vulnerable, tan desprotegido, que no pude dispararle —concluyó pesadamente Benjamín.

Solange, al ver al hombre tan apesadumbrado, le comentó:

—Hay que ir con la cabeza alta, aunque duela —dijo al verlo tan afectado por lo que acababa de hacer y tan cabizbajo por ello. Ni que decir tiene que le estaba diciendo una de sus máximas.

—No. No se trata de eso —la rectificó suavemente Benjamín—. Ya no. Al comprobar que el causante de ese miedo era yo, no pude evitar despreciarme a mí mismo y sentirme sucio por dentro. Fue una sensación muy desagradable, la verdad.

—Tranquilo, que todo pasa, y lo que ahora te parece una montaña, mañana será un grano de arena —intentó tranquilizarlo.

—Creo que va siendo hora de que el hombre arrincone al cazador que lleva dentro, que lo deje relegado en el pasado ahora, y pronto en el olvido —le replicó firmemente—. Ya es tiempo de dejar atrás al cazador que hemos sido durante toda nuestra existencia. Ya va siendo hora de cambiar. Nos esperan nuevos tiempos.

—¿Y qué crees? —le preguntó curiosa la mujer—. ¿Que serán mejores o peores?

—No lo sé. No estoy seguro. Aunque lo que sí sé es que serán diferentes. Es hora de que el hombre dé un paso atrás y deje que la mujer vaya delante. Ya va siendo hora de que la inteligencia coja las riendas de nuestro futuro de una vez. Espero que los instintos animales, tan acusados en el hombre, nos dejen de causar nuevas heridas pronto. Es la hora de la mujer, en mayúsculas —sentenció pensativamente.

—Me siento halagada —le contestó orgullosa Solange—. La verdad, no sé qué decirte.

—No tienes nada que decir, solo que no cometas las mismas tonterías que los hombres y permanece callada, saboreando el momento. No lo estropees con un arranque de orgullo o soberbia, tan propio en nosotros.

—Que yo sepa, tenemos casi los mismos defectos que vosotros, ¿no?

—No, porque lo que te he dicho antes ha sido aprendido e impuesto por nosotros, los hombres. Habéis vivido en un mundo cuyas normas os han sido impuestas por los varones, y lo que ha ocurrido es que habéis vivido tanto tiempo con ellas que, al final, habéis creído que eran vuestras

también.

—¿Por qué esa admiración hacia la mujer? —le preguntó intrigada—. No consigo entenderlo del todo.

—Porque en tiempos difíciles, de penumbra y oscuridad, habéis sabido apreciar y salvaguardar todo lo que tiene que ver con la belleza. Habéis sido el receptáculo de esta. Habéis entendido la importancia del amor, y vosotras, y solo vosotras, habéis conseguido inculcárselo tanto a vuestros hijos como a todo cuanto os ha rodeado. Sin vosotras, seguro que muchas cosas hermosas que hoy podemos apreciar no hubieran llegado hasta nuestros días. Habéis tenido un papel fundamental en nuestro desarrollo. El hombre es ese cerdo que se come las margaritas porque no sabe apreciar su belleza. Para vosotras, las mujeres, todo mi reconocimiento y agradecimiento —finalizó satisfecho Benjamín.

Los enormes ojos de la mujer contemplaban la figura masculina con cariño y ternura. La sonrisa que había distendido sus labios era el reconocimiento a una persona con ciertos valores a los que la velocidad del mundo actual había dejado atrás de un manotazo, apartándolos al considerarlos caducos y agotados, pero no así en él, quien, nadando contracorriente, conseguía a duras penas mantenerlos fuera del agua para que no se mojaran demasiado y así no se estropeasen.

Sus cejas se agachaban al adivinar la terrible lucha interior que un individuo así debía estar librando, ya que las presiones del entorno para que actuara de otro modo eran muy fuertes, tanto que ella ya hacía mucho tiempo que había sucumbido a esas imposiciones.

El ruido de la puerta de la vivienda al abrirse y cerrarse consiguió sobresaltarlos y tenerlos en tensión hasta que se adentró en la cocina donde se hallaban la fornida figura del tercer integrante del comando.

—Hola, Lope —le saludó la mujer—, creíamos que ibas a tardar más en llegar, ¿has tenido algún problema para llegar hasta aquí?

—No veas la que se ha montado. Hay policías hasta en las alcantarillas, son como ratas. Cojonudo, chico —se dirigió a Benjamín de un modo forzado—. Lo hemos conseguido. Te has cargado a ese cabrón. Buen trabajo. Así se hace —le gritaba Lope, felicitándolo por la labor realizada unas horas antes. Benjamín, cariacontecido, asistía al derroche de alegría del recién llegado con cierto desagrado—. A ver ahora quién ha acabado con quién. Quién derrota a quién —desafió encolerizado—. ¿Qué os pasa? —les soltó a Benjamín y a Solange—. Esto parece un entierro —se rió de su propia gracia, al caer en la cuenta de que iba a haber un sepelio más a causa de la acción que habían realizado por la mañana—.

Parece que estéis en un funeral. A ver..., ¿dónde está esa botella de champán para celebrarlo?

Capítulo XVIII.

Covadonga

Las noticias se convierten en nuestra vara de medir la realidad. Donde se ponga una buena noticia,

que se quite todo lo demás. Cuando digo todo, es todo. Nuestro trabajo nos absorbe tanto que todo cuanto nos rodea carece de importancia, nos da igual. Quizás por ello se nos tilda como una banda de desalmados.

¿Sinceramente? No creo que vayan muy desencaminados en sus apreciaciones.

La mayoría de las noticias son un producto extremadamente perecedero. En tan solo unas pocas horas, una buena noticia se puede convertir en tus manos en algo caducado, sin valor alguno. Eso, para los que vivimos por y para las noticias, es lo más parecido que hay a perder algo muy preciado.

Estaba allí obedeciendo a una corazonada. No sabía si todo el trabajo que iba a realizar tendría recompensa alguna o no. Sabía que tenía muy pocas posibilidades de encontrar algo interesante. Sabía que muchos de mis compañeros ya habían hecho su trabajo allí antes que yo y que, por lo tanto, no tenía muchas opciones de encontrar algo que a ellos se les hubiera escapado. La única posibilidad era seguir sus mismos pasos y encontrar cualquier detalle que se les hubiera pasado por alto.

En esos momentos, una grúa se estaba llevando un vehículo carbonizado. El reguero de restos calcinados junto a la acera indicaba que no había sido ese el único coche que había sufrido desperfectos. Ya casi no quedaba ningún policía en el lugar de la explosión, solo un par de patrullas de la policía local que lo que hacían era dirigir el tráfico de la zona para que la circulación fuera más fluida. La esquina donde se había producido el atentado estaba llena de unidades móviles de cadenas de televisión. Ya era mediodía y los telediarios iban a conectar con el lugar de los hechos en un par de horas como máximo. Los presentadores estaban haciendo sus probaturas ante la cámara. Había un cierto pique entre ellos por conseguir el mejor plano posible.

Lo contemplaba todo desde cierta distancia, saludando a algunos colegas de profesión sin mucho interés, ni por su parte ni por la mía. Todos sabíamos lo que yo era: alguien que había caído en desgracia y que, como de un apestado, se huía de él.

Por fin, encontré un rostro que no me miraba con rechazo y me acerqué al sujeto pelado que, cámara en mano, estaba tomando las últimas fotos de la explosión.

—¿Qué hay, Juan?

—Ya ves, cogiendo imágenes de los destrozos que se han producido.

—¿Se sabe algo?

—Nada nuevo. El coche se explosionó desde abajo de la calle, y quien lo hizo había tendido con anterioridad una línea de cable desde allí —me dijo señalando hacia el final de la calle.

—Voy a echar un vistazo, nos vemos —me despedí.

—Vale, Covadonga.

Paseando por la otra acera para tener una perspectiva mejor, bajé por la calle hasta llegar a un

quiosco situado frente al lugar desde donde se había activado la detonación. En ese momento, pude escuchar cómo el hombre mayor que estaba dentro empezaba a preguntarle a un niño que estaba frente a él en la acera:

—¿Y Simón?, ¿no lo has visto?

Y cómo ese mismo individuo, extrañado al ver el gesto de negación con la cabeza del muchacho, musitaba para sí:

—Qué raro.

Desde allí descubrí a un policía que estaba interrogando al portero del edificio desde donde se había detonado el coche bomba. Pero había algo más. Mis ojos estaban mirando fijamente la escena del interrogatorio, pero mi mente no, ya no estaba allí. La condenada vocecilla que se ponía a hablarme cuando detectaba una noticia se había puesto en marcha. La misma que me había servido para llegar a lo más alto y también a lo más bajo.

—¿Desea algo, señorita? —Escuché a mis espaldas una voz, la misma que había estado hablando con el muchacho hacía un momento—. Le digo que si desea algo —me dijo el hombre mayor sonriéndome con ojos vivos.

Al girarme sobre mis tacones, pude comprobar que sus ojos habían estado observando con descaro mi trasero. No se lo tuve en cuenta, ya que en ese momento todas mis alarmas se habían encendido y ahora solo existía una prioridad en mi mente: averiguar quién era ese sujeto. Esa condenada vocecilla no paraba de decirme una y otra vez que averiguara quién era ese individuo llamado Simón, que aquello podía ser muy valioso para mí, ya que podía haber visto algo, y lo que era más importante: dada su ausencia, era muy posible que los demás, es decir, el resto de compañeros de profesión, no hubieran tenido la oportunidad de hablar con él. Así que, dejando a un lado la mirada que había lanzado el abuelo a mi culo, le pregunté con fingido desinterés:

—¿Quién es Simón? ¿Por qué tenía que venir hoy?

¿Trabaja aquí?

—Mire, señora —me contestó un tanto azorado—. Yo no quiero problemas, ¿sabe usted? Ya tengo bastantes disgustos sin buscarlos.

—Contésteme a esa pregunta y lo dejaré en paz —le mentí con todo el descaro del mundo, puesto que no estaba dispuesta a marcharme de allí sin saber quién era ese condenado tipo—. Está usted tranquilo, que todo lo que me diga va a quedar entre nosotros.

—Aparte de estar *buenorra*, tiene usted cara de buena persona —me soltó descaradamente el viejo—. Pero verá, señora, soy un hombre de negocios muy ocupado, y por desgracia vivimos en un tiempo donde el único que manda es don dinero —concluyó lanzando una significativa mirada a las revistas expuestas tras él.

—¿Le parece bien si me llevo tres revistas y un ejemplar de todos los periódicos de hoy? —le pregunté aceptando de ese modo su insinuación.

—Todos los periódicos y cinco revistas, y no se hable más —me largó con fingida generosidad.

—Hecho. Ahora suelte todo lo que quiero saber —lo apremié.

—Como le había dicho, su comportamiento está siendo muy extraño, ya que después de la explosión se ha marchado sin decir una sola palabra y no ha vuelto por aquí como siempre hace desde el primer día en que nos conocimos. Ya ve usted — exclamó—, el muy perillán, un buen día se plantó delante del quiosco y, cuando llegué por la mañana a abrir, ¿sabe usted lo que me soltó?

Sin hacer amago de esperar respuesta por mi parte, continuó:

—Pues yo se lo diré —empezó a contarme, mientras con sus ojos pequeños y hundidos me estudiaba con una mirada cargada de profesionalidad, preguntándose si iba a poder sacarme algo más o no que el acuerdo al que habíamos llegado—. El tipo se me planta ahí, sí, donde está usted ahora mismo, y con esa carita de buen chico que tiene, viene y me suelta:

»—¿Sabe qué?

»—No —le respondí yo, puesto en guardia, pues mucho me temía que estaba ante un maleante.

»—Usted tiene un problema y yo se lo puedo solucionar.

»—¿Ah, sí? —le pregunté al tunante intentando ver por dónde me iba a salir.

»—Así es. Me respondió todo serio.

»La verdad es que lo que me tenía desconcertado era su facilidad de palabra. Su buen verbo fue lo que hizo que no lo largara con prontitud de aquí y que me decantara finalmente por escucharlo, dejándolo continuar con su explicación, desconfiando, eso sí. Pues bien —añadió el abuelo relamiéndose, quizás anticipándose a los frutos de esa conversación, mostrándome la parte inferior de su boca y enseñando con ello una tira de dientes a la cual los años le habían robado dos piezas—. Tras esperar un poco de tiempo, Simón, que así es como se llama, viene y me dice:

»—Le vengo observando unos días y he comprobado que...

»Mire, a mí cuando me dijo lo de observar, el cuerpo se me revolvió, y empezó a darme pero que muy mala espina, sí señor. ¿Sabe usted?, enseguida pensé: “ya está, ya están aquí”. Mira que lo sabía, señor. A los desgraciados como yo no les dejan pasar ni una, y recuerdo que me dije para mis adentros:

»“Sebastián pero qué iluso has sido al pensar que te ibas a ir de rositas. Cuando tú no perteneces a la cofradía de las corbatas de seda ni a la de los gemelos de oro, ni mucho menos a la de los dedos largos, no te dejan pasar ni una. ¡Qué tonto has sido! Pensar que te la iban a dejar pasar. Ya se han dado cuenta. A estas horas saben hasta lo que cenaste anoche con esas máquinas salidas de las películas. Estos ya te tienen *fichao*. Ya han averiguado que no la has pagado, a estas alturas ya te han sacado hasta lo que tienes que abonar de recargo y todo. Ya saben lo de la denuncia. Sí, la que no pagué hace dos años y lo que llevamos del corriente, que va para tres, y este malandrín viene a reclamármela con intereses y todo”. La verdad, señorita, es que me hizo pasar un momento

de mucho aprieto, sí señor —se dirigió nuevamente a mí cambiando lo de señora por señorita, a ver si así me daba por aludida.

»Pero no, no fue así. Resulta que el tío se me planta ahí delante y, con su labia, me suelta:

»—He comprobado que usted abre su establecimiento a las ocho todas las mañanas, y que los periódicos del día se los dejan aquí en fajos aproximadamente a las siete; por lo tanto, están algo más de una hora expuestos a las malas miradas, a los impuros pensamientos y a las peores acciones de algún desalmado; por lo tanto, no me extrañaría que en alguna ocasión se haya llevado la desagradable sorpresa de no tener la prensa diaria, ¿me equivoco?

Terminando con esta pregunta su larga parrafada, comprobé que el quiosquero, al menos, le ponía ganas, ya que, cuando relataba las palabras que Simón le había dicho, cambiaba su tono de voz y todo, tornándola más grave en un intento de hacerla lo más parecida al sujeto imitado.

—La verdad es que al principio no sabía muy bien qué pensar, ¿sabe usted? Si el tipo que tenía ante mis narices era un granuja o el mayor de los liantes que yo jamás había conocido y que, de ser así, podría haber sido el causante de que alguna vez mi negocio se quedara sin género, mis clientes sin periódico y yo sin dinero. O si, por el contrario, había dicho la verdad, el gañán era sincero y, por lo tanto, de ley. Como había conseguido finalmente atraer mi interés y quitarme la angustia que sentía después de comprobar que no pertenecía a ningún organismo oficial que se encargara del cobro de multas atrasadas, le dije que sí. Le respondí con algo de desconfianza que no se equivocaba. Vamos, que tenía razón. Ya sabe usted cómo está todo hoy día, vivimos en unos tiempos muy revueltos. Recuerdo que antes no era igual, ni por asomo. La cuestión es que, todo serio, va y me dice:

»—Entonces, voy a proponerle un trato.

»La verdad es que me tenía engatusado, muchas de las cosas que me decía ni las entendía, yo le decía que sí y a circular. El muy truhan hablaba como los abogados, sí, como esos que aparecen en la tele.

»—Yo le custodio durante ese rato los periódicos y usted me da la módica cantidad de...

»Perdone que no se la diga, pero esa cantidad es, como él dice, algo ¿confidencial? Sí, creo que fue esa la palabreja que utilizó —añadió después de estar unos instantes analizando mentalmente la palabra.

»Creo que dijo eso, ya ve usted, y yo, ignorante de mí, que creía que eso venía a ser una especie de pisos. Sí, ya sabe usted —intentó aclararlo ante las visibles muestras de extrañeza que lanzaba mi rostro—, cuando pasas por esos carteles tan grandes y tan bonitos que pone: “Zona *confidencial*, elija su nueva vivienda”. No me diga que no ha visto nunca uno de esos, señorita. Pues bien —continuó al asentir yo y descubrir que el hombre que tenía delante estaba confundiendo *residencial* con *confidencial* —, como ya le había dicho, llegamos a un acuerdo confidencial entre él y yo.

Y perdone usted, pero como me dijo a continuación:

»—De esto no tiene por qué enterarse nadie.

»Aunque claro —sonreía con aire picarón el viejo—, él tendrá todos los estudios que quiera, pero a regatear no me gana nadie, y si él ha ido a la universidad, mi escuela ha sido la calle. Así que le dije que de acuerdo, que aceptaba su ofrecimiento, pero con la condición de que me tenía que ayudar a montar el quiosco todas las mañanas y ayudarme durante un rato.

»Usted ya sabe, a mi edad ya se puede imaginar los achaques que uno tiene. La verdad es que acepté a regañadientes, sin tener demasiado claro si era trigo limpio o no, pero también, por otra parte, me dije: “¿qué demonios! Tanto si ha sido como si no, si él se queda a partir de mañana cuidando los periódicos, eso no volverá a ocurrir, ¿no?”. ¿Usted qué cree? Y así hasta el día de hoy.

—¿Entonces usted no ha visto nada esta mañana? —le pregunté después de escuchar toda su explicación.

—No, lo siento, señorita, pero yo no he visto nada, estaba por dentro terminando de montar la parada, aunque sí que sé que él estaba fuera y se marchó sin despedirse siquiera. Algo raro en él, sí, muy raro.

—¿Cómo es ese Simón? —quise saber para hacerme una ligera idea del tipo en cuestión.

—¿Él? Un poquillo raro sí que es, pero es buena gente, se lo digo yo, que de muchas cosas no sabré, pero de la condición humana entiendo un rato.

—¿Dónde lo puedo encontrar? —le pregunté al quiosquero.

—¿Qué dónde puede estar? Yo no lo sé a ciencia cierta, pero ese chico lo sabrá. A ver, Daniel —llamó al jovenzuelo que estaba jugando por allí, el mismo al que con anterioridad le había preguntado por Simón—, ven aquí que esta señorita te quiere preguntar algo.

Esa señorita, como me había llamado el quiosquero, quería saber el paradero de ese fulano, y por mi padre que lo iba a averiguar, vaya si lo iba averiguar.

Capítulo XIX.

Benjamín

Los ojos azules de Lope robaban parte de su color a la hoja de cuchillo que, con parsimonia y dedicación, estaba limpiando. Esta le devolvía un brillo que resplandecía en lo más profundo de su mirada. Es en esa parte, escondida, desde donde el alma contempla todo cuanto nos rodea.

La empuñadura del arma blanca que sostenía entre sus manos estaba formada por dos placas negras de baquelita que estaban unidas a la hoja por dos remaches niquelados. En su parte media, en ambas caras, aparecía engarzada la figura de un rombo dividido a su vez en cuatro pequeños rombos interiores, tintados los dos del centro con esmalte blanco y los que ocupaban los extremos en rojo. En el centro aparecía una cruz gamada, que indicaba la procedencia de dicho cuchillo.

Junto al guardamano, en la guarda, aparecía el monograma del RZM^[31].

La superficie plateada de la hoja del puñal se oscurecía en los puntos donde aparecían las muescas que formaban las inscripciones que lo recorrían a lo largo. Las palabras que rompían la uniformidad de la hoja eran: «Blut und Ehre»^[32]. —Qué puñal más curioso. ¿Es lo que parece? —le preguntó con interés Solange, que estaba sentada junto a él en el sofá de tonos ocres.

—Sí, es un *Hitler-Jugend-Fahrtenmesser*. Es el cuchillo de las juventudes hitlerianas —le tradujo con aire forzado Lope.

—¿Y qué significado tiene ese rombo?

—Simboliza la frase grabada en la hoja —respondió Lope enseñándole la frase inscrita. El honor estaría representado por los dos rombos blancos sobre los que está la esvástica, indicando que es la poseedora de esa virtud, y los dos rojos vendrían a testimoniar la sangre de los mártires que luchan por tan digna causa —le explicó con interés.

—Id preparándoos, que la comida ya está casi hecha — les gritó Benjamín desde la cocina a Lope y a Solange, que permanecían sentados en el salón hablando—. Os vais a chupar los dedos. Por cierto, ¿habéis preparado la mesa? — dijo desde la breve distancia de la cocina.

—Sí —saltó Solange, poniendo su menuda mano delante de su frente larga y delgada para no ser deslumbrada por el reflejo del sol que venía de la ventana que daba al balcón—. La he puesto yo.

—¿Sabes, Solange? —le dijo a la mujer el individuo que con tanto esmero y dedicación estaba sacándole brillo al cuchillo que tenía entre sus manos—. Jamás he confiado en él, y no creo que lo haga nunca. No depositaré nunca mi vida en sus manos —le confesó. Las palabras de desconfianza dirigidas hacia Benjamín escapaban de la garganta de Lope con rapidez, huyendo de la dureza con que habían sido moldeadas en su interior—. Odio a ese tipo de gente — continuó diciendo—. Se creen muy listos, tanto que piensan que los demás somos gilipollas. Al menos ha hecho su trabajo —le dijo a Solange.

Por el tono de su voz se adivinaba que, a pesar de las múltiples dudas que había mostrado sobre Benjamín, reconocía que había conseguido montar el artefacto explosivo dentro del coche y hacerlo detonar cuanto tocaba, finalizando así la misión encomendada con éxito. Lo hizo riéndose de un modo forzado, y al sonreír le mostró unos dientes casi tan blancos como el color de su piel.

—No se trata de fiarte de Benjamín o no, Lope —saltó Solange—. Lo que creo es que su vinculación con la causa está sufriendo una crisis como muchos la hemos sufrido, pero de ahí a decirte que esta se ha roto de un modo definitivo y que ya no puedes fiarte de él, media un abismo —le confió, bajando el tono de su voz por temor a ser escuchada por Benjamín.

—Yo no creo que sea algo pasajero. Es de ese tipo de gente que siempre está dudando y que nunca da nada por bueno. No me fio nada de él. No entiendo tampoco a la Dirección al confiar en alguien así para realizar esta misión tan importante —continuó con sus quejas el hombre—. Si cualquiera de nosotros mostráramos su falta de implicación, no sé lo que ocurriría.

—Sí. En eso tienes razón, yo tampoco lo entiendo. Solo porque sabe montar y cargar explosivos,

la Dirección le deja pasar cosas que a nosotros no. La verdad es que creo que no se ha actuado con justicia, al menos en este caso no.

—¿Justicia? —saltó a sus espaldas Benjamín que, sin que ellos se hubieran dado cuenta, había escuchado sus últimas palabras. Estaba visiblemente molesto al descubrir que estaba siendo objeto de tales alusiones cargadas de desconfianza. Llevaba una fuente humeante entre sus manos, en cuyo interior descansaba el apetitoso anuncio lanzado unos minutos antes—. Me río de vuestra justicia —les soltó mordaz mirándolos detenidamente después de dejar sobre la mesa el plato que llevaba entre las manos—. Si creéis que vuestro comportamiento sí que es justo, estáis apañados. —Se plantó frente a ellos y continuó diciendo:

»Lo que estáis haciendo es escenificar un juicio contra mí en el que se me acusa de algo que no sé siquiera si he cometido o no. En vuestra farsa solo hay sitio para la parte acusadora que sois vosotros y vuestras sospechas, me negáis hasta el derecho de poder defenderme. A ver, decidme, ¿en qué se diferencia vuestro juicio a uno en el que la sentencia ya está firmada de antemano? Vuelvo a repetir una vez más, me negáis hasta el derecho a poder defenderme, todo por no decir las cosas a la cara—dijo señalando con el dedo a Lope—. Todo esto tiene que ver con la puta costumbre humana de hablar de los demás cuando estos no están presentes. Resulta fácil, ¿verdad? ¿A que sí?

Tras unos instantes de silencio en los que nadie dijo nada, Benjamín añadió:

—Por cierto, puesto que ya he sido juzgado y declarado culpable, ¿vas a utilizar eso contra mí? —preguntó Benjamín a Lope señalando el cuchillo que sostenía entre sus manos.

—No te creas que no lo he pensado alguna vez. Más de una vez me he quedado con las ganas de hacerlo —le respondió, apreciándose en su voz que le resultaba molesto cruzar cualquier palabra con él.

—Lo tendré en cuenta, no te preocupes que lo recordaré —le soltó Benjamín, haciéndole ver que había recibido el mensaje con absoluta claridad—. La verdad es que es una combinación muy peligrosa la que veo en ti —dijo, haciendo caso omiso a la velada advertencia anterior. Al ver el cariño con que bruñía su arma le soltó con dureza:

»Tienes las dos cosas que hacen a alguien muy peligroso: tienes un arma y un motivo para usarla. Un arma es peligrosa cuando está cargada con el odio que se siente hacia quien se combate y, por lo que veo, la tuya está muy cargada —añadió con desprecio recorriendo la blanquecina figura de Lope.

»¿Con qué odio has cargado la tuya? ¿Solo con ese, el que sientes por tu enemigo, o con el que sientes hacia todos cuantos te rodean? ¿Os creéis que sobre esa base se puede construir algo bueno? —les preguntó Benjamín a ambos, incluyendo a Solange para ver si esta lo respaldaba, ya que no sabía si podía fiarse de ella o no, dado el largo silencio que había mantenido durante la discusión.

—Yo, al menos, no escondo el rencor que tengo hacia los que combato —le confesó Lope—. ¿Y tú? ¿Puedes decir lo mismo? Mírate, das pena —dijo molesto, mostrando unas arrugas de desaprobación en su frente despoblada—. Jamás me he fiado de ti, es más, nunca me has caído

bien. Las cosas son bastante más sencillas de lo que la gente como tú tratan que sean. Reconozco, y no me avergüenzo al decirlo, que tengo un enorme sentimiento de camaradería hacia casi todos los que luchan conmigo y, por el contrario, odio a todos aquellos a los que combato, sin excepción alguna. Pero no, tú no, Benjamín, tú ni odias a los que combates ni aprecias a los que lo hacen junto a ti. Aún no he logrado averiguar ni por qué lo haces. Aún no sé por qué luchas. Todo eso me hace recelar de ti e intentar, por lo menos, evitarte, ya que me conozco y no sé lo que puedo ser capaz de hacer. Eres un tipo raro, tan raro que ni quiero ni logro entenderte. Solange me ha contado lo del tipo que te vio en el quiosco. A ver, explícame por qué no lo mataste, no logro entenderlo, y más sabiendo que te va a reconocer y la policía va a tener tu foto.

—Es fácil —le respondió Benjamín manteniéndole la mirada—, lo miré a la cara y en sus ojos vi que era una buena persona, un buen tipo, temeroso y asustado, solo eso, nada más. Por eso no lo maté, porque con él no va nada de lo que estamos haciendo.

—Ya sabes que es inevitable que mueran inocentes. Estamos en guerra y ellos están en el otro bando, con los malos. Te recuerdo que nosotros somos los buenos.

—Si tú lo dices —le cortó Benjamín.

—Claro que sí. Tú no estás bien. Has perdido el norte, si alguna vez has sabido dónde estaba, claro —le soltó un cariacontecido Lope, que hacía enormes esfuerzos por mantener la serenidad.

—La comida ya está —les soltó despectivamente Benjamín, sirviendo en cada uno de los tres platos dispuestos sobre la mesa un trozo de la pieza del besugo que acaba de cocinar.

Solange se mantenía en un cómodo segundo plano en una de las esquinas de la mesa. A pesar de no apoyarlo en la discusión, la fijeza con que observaba a Benjamín daba una ligera pista de que en el fondo sus simpatías estaban con él, aunque no se atrevía a decírselo.

—Pues yo no lo encuentro tan fácil. Ese tipo seguro que se alegrará de tu muerte cuando te llegue —le reprochó nuevamente con dureza el tipo que se había sentado en la mesa frente a él.

—Mira. Entre tanto mezquino e hijo de puta como hay por ahí suelto, me niego a apretar el gatillo y matar a una buena persona porque sí, así, sin más—intentó explicarle a su compañero para que lo entendiera—. Te pongas como te pongas, y digas lo que digas, voy a seguir pensando lo mismo. Ni por todas las putas ideologías del mundo estoy dispuesto a asesinar a un hombre que me parece bueno. Entre tanto cabrón como anda suelto por ahí, entre tanta gente que no se merece ni el aire que respira, no voy a ser yo el que mate a ningún inocente más de la cuenta, a no ser que sea un daño colateral.

Lo siento, pero no estoy dispuesto a colaborar con esa causa. Por mucho que a ti te cree desconfianza, me da igual, estoy acostumbrado. Por suerte o por desgracia, me he habituado a nadar contracorriente por este río que es la vida, y a sortear escollos que gente como tú me ha puesto en el camino — finalizó cansadamente Benjamín.

Quieta y callada, los ojos de Solange se mantenían clavados en los de Benjamín, mientras una sonrisa cómplice la delataba, inclinando la imaginaria balanza de la discusión hacia él. Las cejas caídas de la mujer se mantenían ligeramente alzadas en un gesto de clara simpatía hacia su

persona después de escucharlo.

—¿Y la causa? —le preguntó Lope—. ¿Ya no significa nada para ti? Te recuerdo que estamos en guerra y que hay que luchar hasta la muerte si es necesario —sentenció lapidariamente.

—Ya. Lo que tú digas —le respondió un escéptico Benjamín, pinchando con el tenedor el besugo que había en el interior del plato que tenía enfrente, centrando en él todos sus sentidos. Sus ojos ahora decían a las claras que ni por esas iba a permitir que le estropeará la comida.

Capítulo XX.

Covadonga

Un reportero es lo más parecido a un perro que hay sobre el asfalto, y un reportero de Local, a un perro cazador. Sus presas son las noticias, y su valía va en función de lo agudizado que tenga su olfato.

¿El premio por conseguir una buena noticia? Por una parte, ir escalando puestos en un más que dudoso *ranking* profesional, y por otra, ir satisfaciendo tu orgullo y de ese modo hacer tu ego un poquito más grande cada día.

¿Una de las cosas que he aprendido a lo largo de mi vida? Saber que el orgullo, cuanto más grande se hace, más hambre tiene. Llega un punto de no retorno en el que ese voraz apetito te domina y te ciega. Entonces estás perdida. Lo sé porque eso fue lo que me ocurrió, mordí la mano que me daba de comer.

—Aquel de allá es el tipo que andas buscando, aquel es Simón —me señaló el muchacho la figura del sujeto de rostro triangular que aparecía ante nosotros.

Ese fue el único comentario que me hizo durante el recorrido que habíamos hecho juntos hasta allí. Después de entregarle el billete prometido, solo tuve tiempo de comprobar que el brillo que mostraban sus ojos al aprisionarlo entre sus dedos rivalizaba durante un breve instante con la luna, que seguía atenta con su mirada todo cuanto sucedía allí abajo. Acto seguido, el adolescente se fundió rápidamente con las sombras que gobernaban la calle a partir de la esquina, a unos pocos metros de distancia detrás de donde me encontraba en esos momentos.

El individuo indicado por el jovenzuelo sostenía en su espalda un bulto que parecía ser una mochila. Se apreciaba cómo, cogida entre sus dedos, dirigía entre murmullos la pequeña mano de la niña que estaba junto a él hacia un lugar situado frente a ellos, arriba en el cielo.

Dos pasillos se cortaban en el centro, formando en el suelo cuatro grandes cuadrados. El cemento dibujaba las dos calles centrales que lo atravesaban y una vía que rodeaba todo su perímetro por el interior adosada a los edificios que la rodeaban. Del centro de cada uno de los cuatro bloques de viviendas emergía una escalera de caracol que llegaba hasta la terraza. Esta constaba de siete tramos, que eran los pisos de altura que tenía el edificio.

Frente a mí se encontraba la persona que había estado buscando durante todo el día, que tantos

quebraderos de cabeza me había producido hasta poder localizarlo y en la que tantas esperanzas había depositado por lo que podría haber visto. Simón, ese era el nombre que me habían dicho que tenía: Simón.

Al acercarme lentamente, sin hacer ruido, hacia donde se encontraban el hombre y la niña, que estaban sentados en uno de los bancos de hormigón que recorrían la explanada, comprobé que, apoyando la hendidura que mostraba el centro de la barbilla del sujeto sobre la jovencita que lo acompañaba, este señalaba el edificio que tenía a su izquierda. Divisé cómo, durante un instante, se quedó mirando la disposición de las luces del edificio de enfrente y, tras unos segundos de duda en los que parecía estar haciendo cálculos mentales, escuché que le decía a la pequeña:

—A ver, sí, creo que sí. Me viene de perlas, las luces de las ventanas encajan con la posición de las Pléyades en estos momentos —escuché como un susurro, dirigido más para sí mismo que para la niña que lo acompañaba—. Allá en lo alto, esa potente luz es el ojo rojo de Tauro, esa estrella es la más brillante de su conjunto y se llama Aldebarán. Es el candil que, situado en lo alto del faro, ayuda a encontrar a los desorientados su posición. ¿La ves allí arriba, a la derecha? —preguntaba a la niña ahora con una voz más fuerte, señalándole una luz que aparecía sobre la azotea del edificio—. Sobre todo, a nosotros ahora nos sirve para encontrarlas a ellas, a las Pléyades.

En silencio, observaba cómo el hombre dirigía su mano hacia el conjunto difuso de estrellas señalado en el firmamento.

—Míralas, llevan desde el principio de los tiempos huyendo del cazador Orión.

La cara de la niña se perfilaba pálida bajo la luz amarillenta que salía despedida de algunas de las habitaciones que estaban iluminadas frente a ellos. Contemplaba con sus ojos azules, fijamente y embobada, al hombre que estaba junto a ella y que no se le parecía en nada, ya que el individuo tenía el pelo castaño, los ojos pardos y la piel de su cara reflejaba una tez morena, muy diferente a la suya.

—Como apenas se ven desde aquí, y no tenemos un telescopio a mano, vamos a utilizar un poco la imaginación: las ventanas iluminadas del edificio que tenemos enfrente serán esas estrellas, ¿te parece? —Como respuesta recibió unos vivos movimientos de asentimiento dados con su cabecita que fueron acompañados con un «sí» cargado de zetas.

—Allá, arriba, vigilando que no les ocurre nada, esas dos personas que ves allí son sus padres, sus nombres son Atlas y Pleyone, ¿los ves?

Apuntó a una luz situada en el último piso del edificio, desde donde un hombre y una mujer los contemplaban con desconfianza al verse señalados por el hombre desde abajo.

—Bien, como lo prometido es deuda, vamos ahora con las siete hermanas. Empezamos: esa de ahí es Electra —inició el recorrido virtual cogiendo su manita y apuntando con el índice de esta hacia delante, bajándola hasta el segundo piso y señalando una ventana iluminada con una fuerte tonalidad ambarina.

—E-l-e-c-t-r-a —deletreó la niña el nombre que había terminado de pronunciar el hombre que

estaba junto a ella.

—Sí, pequeña, Electra. Siendo casi tan joven como tú lo eres ahora, salvó a su hermano Orestes de correr la misma suerte que su padre Agamenón, que fue asesinado por su propia esposa Clitemnestra y por el amante de esta, Egisto. Cuando ese niño se hizo mayor y fuerte, volvió y junto a su hermana vengaron la muerte de su padre. Y esa otra es Celeno.

Continuó con el recorrido ficticio, elevando la mano de la niña y llevándola ahora al tercer piso, desviándola un poco a su derecha hasta señalar la figura de la abertura iluminada en la que un joven buscaba desesperadamente algo entre los cajones de un armario. La luz que salía de la habitación tenía una coloración atezada debido a la cortina que cubría parcialmente la ventana. Bajo la atenta mirada de la niña, continuó dirigiendo su mano hacia la siguiente ventanaestrella.

—A su izquierda, a la misma altura, aquella de allí es Mérope, sí, esa que se ve con intermitencia. ¿Sabes por qué se enciende y se apaga tantas veces esa luz? Ese parpadeo que ves son las futuras lágrimas de esa niña por su amado Sísifo, y es que, a pesar de no conocerlo aún, sabe cuál va a ser su destino: sabe que va a ser condenado durante toda la eternidad a subir una y otra vez una enorme piedra por la empinada cuesta de una colina, situada en el Hades. Ese es el castigo impuesto por los dioses a los que se creen más listos que ellos.

El hecho de haberme resultado costoso y complicado hacerme con Simón había multiplicado el deseo de encontrarlo. Mientras estaba escuchándolos, las enormes ganas que tenía de asaltarlo y sacarle todo lo que pudiera saber sobre la explosión que había tenido lugar esta mañana, estaban manteniendo una dura pugna con la curiosidad que había nacido en mi interior por seguir escuchándolo y ver cómo terminaba con sus explicaciones a la niña. Por regla general, no necesitaba más de unos minutos para estudiar y catalogar a la persona que tenía frente a mí, por eso mis evaluaciones eran rápidas y no necesitaba mucho tiempo para lanzarme a por lo que iba buscando. En cambio, con este, algo me decía que no era así, no sabría definirlo muy bien. No sabría decir si se trataba de una especie de instinto que había desarrollado o de una fina observación, pero la cuestión es que algo me decía que ese tipo no era muy común, y ese algo era lo que me tenía allí entre las sombras, escuchando sin hacerme visible.

—¿Quién es *Zizifo* ? —le preguntó la niña, ansiosa por vaciar el enorme pozo de sabiduría que parecía ser el hombre.

—Sísifo fue el rey de Corintio —le contestó esbozando una ligera sonrisa por la forma tan graciosa que tenía la niña de hablar, ya que muchas veces necesitaba coger ese diccionario imaginario de niños para entender lo que le decía.

Dirigiendo de nuevo la mano de la niña hacia el cuarto nivel, a su derecha, justo encima de Celeno, le preguntó:

—¿Ves esa a luz? Es Taigete.

En el interior de la habitación se dibujaba la imagen de una jovencita que se entretenía en peinar los largos cabellos dorados de una muñeca que aguantaba pesadamente en su regazo. A su lado, sobre un estante, aparecía saludándolos una graciosa figura de peluche que tenía el aspecto de una jirafa.

Cada enorme mota de su piel parecía ser una graciosa invitación lanzada por el juguete para jugar con él.

—¿Ves ese peluche? —le preguntó a la niña—. ¿Sí?, pues su dueña, esa niña que ves en la distancia, tiene el cuello tan largo como él.

A su lado, en la ventana iluminada de la izquierda, se hacía visible el cuerpo de una mujer de edad avanzada que iba dejando cuidadosamente los cubiertos de la cena, ya lavados, en un escurrerplatos que había sobre el fregadero.

—Esa luz es Maya, la madre de Hermes —señaló Simón.

—¿Y quién es *Hermez*?

—Buena pregunta —dijo Simón. Quizás, mirándola fijamente esperaba encontrar en los ojos de la pequeña el motivo o la razón que le explicaran por qué se interesaba por unos personajes y no por otros. Su esfuerzo era en balde, pues había aprendido de ella que la curiosidad de los niños no obedecía a ninguna ley dictada o impuesta por los mayores. Estos iban por libre, así era como había sido siempre y así era como debía de ser—. Hermes es el mensajero de los dioses — le contestó finalmente.

El hombre siguió con ese estudiado recorrido conduciendo la mano de la niña más arriba, ahora hacia el sexto piso, donde a la derecha solo se veía el reflejo de un foco de reducido tamaño que procedía del interior de la vivienda.

—Aquella es Esterote —expresó sin demasiado interés, lo que desalentó a la niña a hacerle una nueva pregunta—. Y para terminar con nuestra visita de hoy por las estrellas, allí, a su izquierda, está la más brillante de todas y, por supuesto, la más bella: tiene el nombre de Alcione, ¿la ves?

— *Zi* —le respondió la niña sonriéndole con su menuda y graciosa cara.

—¿Sabes la pregunta que me hago todos los días que vengo a verla? Me pregunto si ella será la que me proteja de todas las tormentas —le soltó el hombre a la jovencita que sostenía apoyada entre sus brazos con cierta amargura, riéndose de él mismo con resignación, lo que daba a entender que lo hacía de su pasado y de las tonterías que con una mayor asiduidad cometía cada vez que intentaba alejarse de ambas cosas. El gesto de negación que ejecutó con la cabeza parecía dar a entender que ese era un recurso que a él, al menos, le iba medianamente bien, y que parecía ser lanzarse por el traicionero tobogán del olvido para así intentar dejar atrás todo el dolor sufrido.

La niña lo contemplaba ahora con los ojos entrecerrados y los labios apretados en claro gesto de desaprobación, puesto que no entendía nada de lo que le estaba diciendo el hombre que la acompañaba.

Desde allí se podía vislumbrar, a través de la fuerte iluminación que dejaba escapar el cristal, el atractivo rostro de una mujer que, pensativa y perdida su mirada en ningún sitio, había encendiendo un cigarrillo. Esta contemplaba tristemente las primeras volutas de humo que ascendían y que graciosa y caprichosamente creaban la imagen de lo que parecía ser un ave.

La mano de la niña, guiada por el individuo, había dibujado en el aire seis trazos zigzagueantes frente a ellos, formando una extraña figura llena de vértices.

Arriba, desde la distancia sobre sus cabezas, Marte se recortaba aprisionado por una de las pinzas de Cáncer. Este contemplaba al hombre y a la niña sin disimulo alguno, con suficiencia y hasta con arrogancia. Acompañándolo, a su derecha, aparecía dibujado en el firmamento Orión, mostrando con dolor desde su elevada posición el punto luminoso llamado Rigel, enseñándonos así, de ese modo, dónde el cazador había sido mordido por la picadura del escorpión. Orión ocultaba a nuestros ojos, colgado de su cinto, con celo, su bien máspreciado: sus nebulosas, que eran inmensos viveros de estrellas y, por lo tanto, de vida. Siguiéndole fiel en su andadura por la bóveda celeste, como un buen perro pegado a sus pies, aparecía la estrella que durante toda una eternidad, a nuestros torpes y miopes ojos, había aparecido como la más brillante de todas las que nos rodeaban: Sirio. Y sobre ellas Aldebarán, que nos anunciaba que estábamos contemplando al grupo de estrellas que formaban Tauro, en cuyo dorso se encontraban las Pléyades, zona por donde el sol se había escondido un par de horas antes. Ese conjunto de estrellas que el hombre había escogido, había sido el pretexto perfecto para así ver un rato más a esa mujer que fumaba en solitario en la ventana iluminada más alta del edificio.

—Vamos —se decía el tipo para sí mismo—, regálame hoy al menos una de tus miradas, aunque sea una fugaz y cargada de desinterés —le pidió desde la distancia, sabedor quizás de que sus palabras no iban a ser escuchadas y se iban a perder en el aire, como sus sueños, como lo habían hecho hasta entonces todos y cada uno de ellos. Eso es lo que parecían decir sus tristes ojos. Esa parecía ser la constante del hombre:

la de los sueños rotos.

Solo por eso la espera había merecido la pena. Finalmente, desde las sombras, había averiguado, con sorpresa y admiración, que el individuo que tenía frente a mí había tramado todo el paseo virtual por la fachada del edificio con la niña solo para poder ver a la mujer que estaba contemplando ahora y mostrarle de ese modo tan personal sus sentimientos, ya que la estaba comparando con una de las estrellas del firmamento. Con total seguridad, si me pudiera observar ahora mismo, vería una lucecita encendida en mis ojos, un brillo que delataría la envidia que sentía por esa mujer. Ojalá a mí alguien, algún día, me hiciera algo parecido.

Desde luego, era algo muy bonito que a una alguien la viera como a una estrella, vaya que sí.

El silencio fue sustituido por un sonoro taconeo. Una mujer se dirigía hacia ellos con determinación por el camino central, atacando el suelo pavimentado con sus afilados tacones, el buen gusto con su exagerado movimiento de caderas y la penumbra con su resplandeciente cabello rubio. Cuando llegó junto a ellos, la niña, al contemplar la figura de la mujer, le ofreció bostezando sus dos diminutos brazos para ser llevada en volandas. Esta, con un tono de ruego en su voz, le dijo fatigada:

—Lo siento, pero hoy mamá está muy cansada, así que tendrás que hacer un esfuerzo y caminar hasta casa, ¿sí? —Al hablar arrastraba mucho y remarcaba con fuerza las erres, revelando así su procedencia eslava—. Ya me contarás, Simón, por qué has cambiado otra vez de sitio —le reprochó mirando con desconfianza el paisaje tan solitario que se ofrecía a su alrededor.

»Entiendo, granuja —le murmuró al ver la mirada del hombre clavada en la figura femenina de la ventana, a la cual en esos momentos, al apartarse de la luz, las penumbras que la envolvían le otorgaban un cierto halo de misterio.

»Tú y tus amores imposibles —se lamentó la recién llegada.

Tras coger la manita ofrecida por la muchachita y darse media vuelta, se dirigió hacia el sujeto que aún permanecía allí sentado, que continuaba contemplando absorto las sombras que tenía enfrente.

—Gracias por ocuparte una vez más de mi pequeña — le comentó agradecida.

—No hay de qué, Tesia, ya sabes, siempre que pueda a tu disposición —le dijo obsequioso.

—Cuando bajes de esa nube en la que estás a la Tierra, no olvides que estoy aquí guardando una esperanza —le dijo clavándole sus ojos en los suyos, diciéndole de ese modo que lo esperaba a él —. Y recuerda que eres un caballero, un poco raro a veces, pero un caballero al fin y al cabo —se despidió con un tono cargado de agradecimiento, agachándose y acercando sus labios a los de él, sin encontrar respuesta alguna a tan tentador ofrecimiento.

—Adiós, pequeña, hasta mañana —se despidió el hombre de la niña que graciosamente le decía adiós con la mano.

Al ver cómo la mujer maltrataba el firme con sus enérgicas pisadas, la mano de la niña con su rápido andar y al hombre que había dejado detrás con ese beso robado, no pude evitar que cierta inquietud se instalara en mi ánimo después de estar un rato escuchando y contemplando las dos figuras.

Viendo cómo la niña se iba alejando y girando continuamente la cabeza para mirar atrás sonriéndole, se clavó en mí, como un cuchillo afilado, la convicción de que esa niña u otra parecida podía haber sido mía.

No podía dejar de pensar con amargura lo que podía haber sido y no fue. Últimamente, eran muchos los momentos de duda que me asaltaban sobre la conveniencia o no del camino que había escogido en mi vida, en relación a ser madre o no, si dedicarme a crear una familia o, por el contrario, seguir con mi carrera profesional y con mi sueño. Sabía que era un momento de debilidad y que pronto pasaría, pero es que no podía dejar de pensar con inquietud que esa niña perfectamente podría haber sido la mía.

Una fría corriente de aire consiguió sacarme de tales pensamientos y rescatarme de la dosis de flaqueza con que me estaba castigando.

Bien, lo peor había pasado ya. La fragilidad de Covadonga se había ido y había vuelto la periodista, *la mujer de las cuatro mentiras*. Era el momento que había estado esperando durante todo el maldito día y, por un momento de debilidad, no iba a echarlo a perder todo ahora.

Era hora ya de salir de mi escondite temporal, ir al encuentro del tipo que había estado espiando y darme a conocer. Si mi intuición no me fallaba, ante mí tenía una buena noticia, y ese fulano me la

iba a proporcionar.

El tipo siguió absorto contemplando cómo la mujer de la ventana consumía lo que le quedaba de pitillo, hasta que nuevamente otro taconeo lo sacó de sus pensamientos: en esa ocasión era el mío. Después de recorrer la breve distancia que nos separaba, me detuve frente a él y, en tono desafiante, le dije:

—¿Qué? ¿Te gusta lo que ves? —le pregunté al comprobar que, durante el camino que había recorrido hasta donde se hallaba, había seguido fijamente el movimiento de mis caderas al andar y cómo el vuelo de mi falda mostraba por una abertura lateral la longitud de mis piernas.

Sus labios permanecieron cerrados sin dar ninguna contestación, pero no así sus ojos, ya que la mirada que tenía enfrente era el pobre y torpe resultado de la infinidad de fragmentos colocados de un modo deslavazado para intentar cerrar una herida. Conocía bien esa mirada, lo sé porque soy mujer. Eran trozos de alma puestos deprisa y corriendo para intentar recomponer algo roto. Eran un vano intento de reorganizar todos los pedazos en que habían roto su corazón después de una batalla perdida. Cada trozo de esos ojos vidriosos era una de las heridas causadas por la misma mujer.

De eso podía dar fe, vaya que sí. Esa fue la primera impresión que me dio Simón nada más verlo de cerca.

—No está mal —me respondió finalmente el individuo aguantando el envite y fingiendo tener una seguridad que ya no poseía, recorriendo con su tímida mirada todo mi cuerpo.

—Me alegro de que te guste lo que ves —le dije con un claro mensaje dibujado en mis ojos. A pesar de no verme, sabía muy bien lo que estos le decían: lo verás pero no lo tocarás.

—Me han dicho que te llamas Simón y que por las mañanas estás en el quiosco de Sebastián ayudándole un rato, ¿es cierto? —le solté dejando de lado mis pensamientos, un tanto molesta por la detallada exploración que acababa de realizarme el sujeto que tenía enfrente, centrándome en el verdadero motivo que me había conducido hasta allí.

—Así es. Y usted es...

—Mi nombre es Covadonga —le respondí dándole el nombre que le doy al resto del mundo y no con el que me conozco a mí misma.

—Covadonga —repitió lentamente acariciando entre sus labios el nombre que le acababa de dar, lo que hizo ponerme en guardia en seguida. No sabía muy bien por qué, pero ese mismo nombre en sus labios me parecía inquietante y peligroso.

—Oye, ¿qué o quién eres tú? —le pregunté llena de curiosidad al sujeto que acababa de conocer y que tantos interrogantes me había generado en tan poco tiempo, hecho que me tenía desconcertada y que no me gustaba nada en absoluto.

—¿Por qué lo preguntas? —dijo burlón.

—Por curiosidad. He estado aquí observándote mientras le dabas esa clase de astronomía a la niña que te acompañaba. He llegado cuando le enseñabas a la cría Atlas y Pléyone —apunté con mi mano hacia arriba a la izquierda, señalando la única ventana que quedaba iluminada, donde la pareja continuaba mirando hacia abajo con desconfianza—. Por lo tanto, imagino que ese recorrido que has hecho con su mano señalando esos ventanales son estrellas, ¿no?

—Sí, así es, veo que eres buena observadora —me soltó con una sonrisa, en un tono un tanto irónico.

—Ya. Pero aún no me has contestado a la pregunta que te acabo de hacer. ¿Qué o quién eres tú? —le volví a preguntar intentando borrar esa sonrisa de su rostro y que tan molesta me estaba poniendo, ya que tenía la impresión de que en realidad se estaba riendo de mí.

—Soy lo que ves —me respondió sin borrarla un ápice.

—Ya —añadí incrédula—. Un tipo normal y corriente que, por lo que veo, es aficionado a la astronomía, ¿no? —le dije con cierta acidez.

—Así es, un poco —me respondió tanteándome y aguantando el envite de mi mirada.

—Un poco dice —le solté con vehemencia, sin poder contenerme—. A ver, si quieres le cuentas a otra si la descripción de esas estrellas que acabas de hacer la ha hecho un aficionado o un entendido que sabe muy bien de lo que está hablando y que no es, precisamente, de lo que cuesta un café en un bar.

—Una cosa no está reñida con la otra, ¿no crees? —me contestó burlón—. Se puede ser un aficionado y estar muy bien informado sobre alguna materia en concreto.

—Ya, claro, y si tú lo dices yo me lo tengo que creer, ¿no? Por cierto —le pregunté intentando cambiar el sesgo de la conversación, puesto que estaba comprobando que por ese camino no iba a conseguir nada de él. Tocaba variar un poco la forma de acometer al individuo—, ¿qué estrellas eran esas? —Las estrellas que le mostraba a la pequeña son las Pléyades, también conocidas como las Atlántidas —terminó el sujeto, acallando mi curiosidad.

—Y calculo, sin conocerte mucho, que esa secuencia que le acabas de largar a la niña no ha sido arbitraria, ¿verdad? Me apostaría algo a que obedece a una causa justificada, ¿cierto? —concluí estudiándolo detenidamente.

—Cierto —me contestó él sonriendo—. Es la forma que tienen ahora sobre nuestras cabezas. Si las luces que había antes encendidas hubieran sido otras, tendría que haber escogido cualquier otro grupo de estrellas. La colocación de los astros es muy importante, ya que has de tener en cuenta que, si sacara una foto del cielo ahora, dentro de unos años esta serviría para situar el lugar y la fecha desde donde ha sido realizada. Por eso el orden que tienen y la figura que trazan en el firmamento son tan importantes. Con los conocimientos apropiados, se podría saber dónde y cuándo se sacó la foto.

—Estoy segura de que cualquier otra constelación que hubieras trazado sobre el edificio hubiera contado siempre con Alcione, ¿cierto? —le pregunté, descubriendo el verdadero interés del

hombre por acudir al lugar en el que se encontraban: había ido a ver a esa mujer.

—Cierto —me contestó tímidamente, sabiéndose descubierto—. Si no con ese nombre, hubiera aparecido con otro —me reconoció.

—Así que por la mañana ves revistas y periódicos y por las noches las estrellas, ¿no? —le pregunté intrigada.

—Más o menos —fue la única respuesta que obtuve.

—Y como te veo con ganas de jugar, no creo que me vayas a decir nada más sobre ti, ¿no? —le solté impacientándome.

—Así es —contestó parsimonioso.

—Mira —le solté después de estar durante unos instantes estudiándolo—, como veo que los dos somos personas muy ocupadas, voy a ir al grano —dije con ironía, ya que el sujeto que tenía enfrente parecía disponer de todo el tiempo del mundo—. Soy reportera y estoy buscando alguna información sobre el atentado que ocurrió esta mañana.

Tras una pausa, variando la modulación de mi voz y tornándola más suave y dulce si cabía, añadí cautelosa:

—Preguntando aquí y allá, me he enterado de que el artefacto explosivo fue activado justo enfrente del quiosco donde vas todas las mañanas. Sebastián me ha dicho que estabas fuera en el momento de la explosión y yo me preguntaba si, por una de aquellas, igual llegaste a ver algo. Si lo que me cuentas es interesante, estoy dispuesta a darte algo a cambio —saqué finalmente dos billetes de mi cartera mostrándoselos intencionadamente, para ver si ya así, de ese modo, el tipo me decía lo que quería saber.

—Igual —me respondió manteniendo sus manos en los bolsillos de la parka que lo abrigaba. Sus ojos hundidos me indicaban que sacarle algo iba a ser una tarea ardua, y la media sonrisa que esbozaba, aparte de gustarme y resultarme graciosa, me decía que no me iba a resultar tan sencillo como creía en un principio.

—¿Viste algo, sí o no? —le pregunté impaciente, sumando dos nuevos billetes a los que mantenía entre mis dedos. Era evidente que aquello tampoco funcionaba, ya que parecía haberse molestado al enseñarle el dinero y, sin ni siquiera despedirse, me dio la espalda y se marchó.

En ese momento, de las sombras surgió otra figura. Era un hombre de mediana edad que nos había estado observando desde la oscuridad.

—Veo que le sobra el dinero, señora —me soltó un tipo sucio y mal vestido, articulando a duras penas las palabras y dejando las sombras para situarse frente a donde yo me hallaba—. ¿Oye, guapa, no me podrías dar al menos parte de ese dinero que tan alegremente muestras? —me dijo mientras permanecía de pie tambaleándose frente a mí.

Ante la inesperada aparición, una oleada de miedo me recorrió todo el cuerpo y, asustada, lo

único que fui capaz de hacer fue guardarme los billetes en el interior de mi cartera y dar varios pasos atrás, situándome a la altura de Simón, que había dado la vuelta al escuchar la voz del desconocido, desandando el poco trecho que nos distanciaba en el momento de la aparición del recién llegado.

—¿Qué crees? —saltó iracundo—. ¿Que te voy a robar o qué? ¿O quizás algo peor que eso? ¿Acaso piensas que porque esté necesitado voy a coger lo que no es mío? —Se detuvo un instante a estudiarme borrosamente de arriba abajo—. Solo te pido algo de dinero, solo eso. ¿Por qué toda la gente piensa que nos dedicamos a hacer el mal? ¿Por qué? — finalizó colérico el sujeto, al que el alcohol hacía percibir una realidad que no era ni mucho menos cierta.

—Toma —le ofreció Simón un billete arrugado que tenía en el bolsillo del pantalón—, ve y consúltalo con tu oráculo. Quizás en el fondo de la botella encuentres las respuestas a las preguntas que nos acabas de hacer.

—Te crees muy listo, ¿verdad? —le miró bizqueando al tiempo que cogía de un zarpazo el billete ofrecido para, acto seguido, ser nuevamente engullido por las sombras que rodeaban el lugar.

El peligro parecía haberse alejado, pero el miedo por lo que me podía haber pasado continuaba instalado dentro de mí. Finalmente, agradecida, le dije a Simón:

—Gracias, gracias por volver y quitármelo de encima. No sé qué hubiera hecho si no llegas a estar. ¿No podríamos ir a otro sitio a hablar? Un lugar más seguro —añadí mirando aprensiva a mí alrededor, temiendo que en cualquier momento alguna otra figura volviera a salir de las sombras.

—Vamos. —Con la mano, me invitó a que le acompañase a un lugar mejor iluminado.

El andar del hombre era lento y pausado, la impresión que transmitía era que su caminar llevaba una velocidad menos que la del resto de nosotros. Mientras lo acompañaba, estaba pensando que quizás estaba frente a una de esas personas que deciden en un momento determinado echar el freno y vivir más despacio. A pesar de esa lentitud, encontraba algo raro en su modo de pasear. No sabía qué, pero notaba algo extraño en los apoyos de sus pies en el suelo.

Teniendo en cuenta lo avanzado de la noche que era, el lugar hacia el cual nos habíamos dirigido, sin estar excesivamente frecuentado, sí se encontraba extrañamente animado de gente en esos momentos. La gran variedad en el vestir que presentaban todos los que estaban por allí mostraba el amplio abanico de la procedencia de estos, lo que indicaba que el emplazamiento hacia el que nos llevaban nuestros pasos era un punto de encuentro de gente muy diversa. En esos momentos, no se me ocurría otra cosa que pensar que su origen era tan dispar como el del hombre que me acompañaba.

La calle a la que habíamos salido nos había recibido con un frío abrazo y un sonoro saludo; el primero, realizado por la gélida ráfaga de aire que la recorría, y el segundo, producido por el ruido de un camión que calle abajo estaba permitiendo a su dotación, una noche más, adecentar la ciudad, depositando en su interior todas las sobras que durante el día se habían desechado, como indicaba el sonido que salía de sus dos pistones hidráulicos al elevar y atraer hacia sí el contenedor de basura que dos empleados vestidos de un verde brillante habían colocado en su parte trasera. Las luces amarillentas de las farolas desvelaban cómo, tras vaciar su contenido, el

contenedor era devuelto nuevamente a su sitio en la acera.

—¿Qué calle es esta? —le pregunté algo desorientada, puesto que no sabía con certeza dónde me hallaba.

—La calle Desengaño —me respondió el hombre.

—Ya —añadí con tono escéptico, pues no sabía si el nombre de la calle era el verdadero o en cambio era el nombre que le había puesto el enigmático sujeto que me acompañaba, haciendo referencia a lo que allí uno se podía encontrar.

Desde cierta distancia, pudimos comprobar cómo esos hombres a los que estábamos viendo realizar su trabajo parecía que iban a tener una ayuda inesperada esa noche, ya que calle arriba, a su izquierda, un grupo de cinco jóvenes habían hecho acto de presencia y, solícitos y divertidos, se disponían a emular a los operarios y coger otro contenedor de basura. A diferencia de los monos verdes que llevaban los trabajadores de la recolección de residuos sólidos, estos otros tenían como única uniformidad una cazadora *bomber* que iba cambiando de color en cada individuo, ya que dos las tenían de color negro, uno azul y otros dos verde. Desde donde nos encontrábamos, pude distinguir que lo que calzaban en sus pies era unas botas Dr. Martens, con puntera metálica. Muchas veces, estas eran utilizadas como armas, ya que presumían de que, aparte de pisar el firme y otras cosas, también las utilizaban para atacar a personas que no eran insensibles al dolor como el asfalto y que ellos creían que estaban al mismo nivel que el suelo. Desde luego, estaban preparadas para ello, ya que, como indicaba su suela, eran resistentes al aceite, a la grasa, al petróleo y a las sustancias alcalinas. Parecían poder con todo, sí, con todo, menos con la tolerancia y el respeto. Eso parecía estar escrito en la parte interior del calzado, en letra pequeña, casi ilegible para muchos de los que las llevaban puestas. Si con las señas de identidad anteriores los operarios no lo tenían claro, el pelo cortado al cero les certificaba que esa posible ayuda se iba a tornar pronto, muy pronto, en lastre, ya que empezaron a comprobar cómo, con el contenedor que habían cogido, habían iniciado un juego allí, en medio de la calle, lanzándoselo entre risas de una parte a otra de la calzada, colisionando con los vehículos allí estacionados, abollando unos y rayando otros en su errático movimiento.

—Ya te lo decía yo, hoy jueves es mal día —se lamentaba gritando uno de los sujetos vestidos de verde, mientras recogía del suelo las bolsas de basura que habían quedado desparramadas tras el incidente—. Hoy es el día en que esa guntuza sale con más ganas, ya que es la primera noche de la semana que lo hacen, y más por aquí, en este lugar —sentenció señalando un multicolor rótulo luminoso.

Frente a ellos, un letrero de neón con letras compuestas por todos los colores del arco iris, formaba la frase «Noche de Alegría»^[33], que recorría toda la fachada señalando, bajo su variopinto reclamo, la presencia de un local de copas.

Estaba claro por qué la manada había elegido esa zona para atacar. Ese local era el punto de reunión de algunas de sus potenciales presas. Sus rostros indicaban que tenían ganas de divertirse, y su presencia no dejaba lugar a la duda: ¿qué mejor lugar para hacerlo que ese? La cacería había comenzado. Habían olido a sus presas, y no tenían ninguna intención de dejarlas escapar, no al menos sin cobrarse alguna pieza.

En ese momento, presenciábamos cómo dos sujetos, ajenos a lo que iba a acontecer, se habían encontrado en su puerta saludándose efusivamente antes de adentrarse en él, y a nuestros oídos llegaba cómo el uno al otro, riendo, le preguntaba:

—¿Qué hay, Juan, aún no has encontrado a tu media naranja?

A lo que el sujeto le soltó entre carcajadas:

—Yo lo que voy buscando es mi medio plátano.

La enorme puerta de madera estaba formada por un mosaico de pequeños ventanales. Sus cristales devolvían solo una parte de la pesada carga de la incomprensión que llevaban a cuestas. Cuando se encontraban dentro del recinto, esta se volvía algo más llevadera, y la mirada de los dos individuos estaba cargada de agradecimiento a ese local, ya que para ellos resultaba ser una especie de santuario.

Esa parecía ser la magia de ese lugar, conseguir que el arrinconamiento a que eran condenados, tanto hombres como mujeres, por su condición sexual, no tuviera efecto entre sus paredes.

Los batientes de la doble puerta acristalada de madera dejaban salir en esos momentos a dos jóvenes que, cogidos de la mano y sonriéndose el uno al otro, iban lanzándose promesas veladas al oído.

—¿Sueles venir mucho por aquí? —le solté a Simón con un ligero tono de desconfianza, al ver el tipo de local al que me había conducido, y un tanto extrañada al recordar lo que había presenciado minutos antes, cuando la madre había venido a recoger a su hija. Sin lugar a dudas, esa escena había sido una muestra de amor del sujeto que tenía enfrente hacia una mujer, la de la ventana, lo cual no encajaba en absoluto con lo que mis ojos estaban presenciando en esos momentos. El local que estábamos contemplando era un sitio de encuentro entre amores incomprensidos, por llamarlo de algún modo.

—De vez en cuando —me contestó molesto, intuyendo mis pensamientos—. Cuando me apetece, vengo. Es un lugar que me resulta interesante por la gente que viene, sin más — me respondió sin querer aclararme nada más.

—Ya —dije observando cómo sus ojos hundidos e inquietos mostraban una mirada firme.

La jauría estaba muy próxima, había cundido la alarma. Estaban cada vez más cerca, tanto que en la puerta del local ya no había nadie, a excepción de nosotros dos, que permanecíamos contemplándolos sin saber qué hacer. Estábamos uno junto al otro, inmóviles. Parecía que la suerte estaba echada. Los dientes afilados de cada uno de los integrantes del grupo se hicieron visibles al abrir sus bocas, mostrando lo que parecía ser una sonrisa mientras se dirigían hacia donde estábamos. Parecía que esa noche la fatalidad me apuntaba una y otra vez, parecía que había salido de las brasas para caer en el fuego.

En ese mismo momento, en el instante en que se acercaban a nosotros con toda la intención de agredirnos, de un modo providencial, se hicieron visibles los destellos de un coche patrulla que se aproximaba, cortando así, de raíz, la escena que tenían preparada el grupo de cabezas rapadas.

Uno de ellos, con fastidio, con el dedo índice apuntándonos y con el pulgar levantado, imitando la figura de una pistola, le dijo a Simón:

—De esta te has librado. Pero caerás. La próxima vez caerás, lisiado —concluyó bajando el pulgar, imitando así el movimiento del percutor al ser disparada un arma. El resto del grupo, alertados por la proximidad del coche patrulla, le decían al que parecía ser su líder:

—Vámonos, ya nos ocuparemos de él.

Este, de mala gana, accedió a las peticiones del grupo, no sin antes sacar el dedo corazón a pasear dirigido hacia la policía y, antes de echar a correr calle abajo, por donde habían aparecido, despedirse de ellos con un caluroso:

—Que os jodan, cabrones.

La presencia de la policía había conseguido interrumpir su juego y hacerlos huir. Con total seguridad, habían sido alertados por algún vecino que presenciaba, escondido tras las cortinas de su casa, los acontecimientos. Aun así, a pesar de la distancia, sus pisadas aún seguían retumbando en el asfalto amenazadoramente.

El cruce de miradas que nos lanzamos a continuación parecía decir lo que ambos pensábamos: por poco, hemos tenido suerte, mucha suerte.

Después del incidente, la calle volvió a cobrar la normalidad y la gente comenzó a salir fuera de nuevo. Calle abajo, cerca del local de copas, destacaba la silueta de una mujer ya madura, muy pintada y con la ropa muy ajustada, que como única compañía tenía la luz de la farola que estaba situada detrás y que esparcía un chorro de luz sobre ella. Unos metros antes de pasar el camión de basura frente a ella, sin pudor alguno, procedió a subirse el suéter negro ceñido que llevaba puesto hasta las axilas, mostrando en todo su esplendor dos enormes pechos que hizo bailar provocativamente, contorsionando un poco la cintura. El balanceo delataba que ya habían dejado atrás la dura pugna que mantenían con la gravedad, mostrándose cansados y dándose por vencidos después de tanto tiempo de lucha.

—Esto es para que te la menees esta noche a mi salud, abuelo —se dirigió riendo escandalosamente hacia el conductor del camión, ya entrado en años.

—Gracias, guapa —le contestó el sujeto sonriendo—, pero yo lo que necesito es un apaño de los tuyos.

—Ya sabes donde estoy, guapetón. Si quieres un servicio rápido te lo puedo hacer ahí mismo —le retaba la mujer señalándole la cabina del camión de basura que conducía.

—Gracias, pero no. He de trabajar. Además, están mis compañeros. Hasta otra —concluyó señalando hacia atrás a los dos sujetos que, colgados de un estribo, iban en la parte trasera del camión, uno de los cuales aún seguía dando cabezadas de resignación tras el incidente.

—Como quieras, guapetón —se despidió la mujer.

Al ver a la mujer, no pude contener una oleada de indignación y, con desprecio, le dije a mi acompañante señalándola:

—Duro oficio el suyo. Entregar su cuerpo por dinero, la sola idea me repugna —le confesé al ponerme por un momento en su lugar—. Jamás he entendido ni comprendido a este tipo de mujeres que venden su cuerpo por dinero, seguro que hay otras formas más dignas de ganarse la vida.

Entonces Simón, seria y duramente, me respondió:

—¿Cuál es la diferencia que hay entre entregar tu cuerpo a cambio de dinero y hacerlo por una sonrisa o por una promesa? A ver, explícamelo —me soltó molesto, dejándome completamente confundida por su violenta respuesta.

Me contuve al ver su desproporcionada reacción, pero no pude evitar que tales palabras contrajeran mi cara con un gesto de desaprobación y mis labios con un silencio prudente.

—Bien —le espeté molesta—. ¿Vas a decirme si has visto algo? ¿Sí o no? Si es un problema de dinero, siempre y cuando no te excedas, es algo que se puede hablar —le confesé abiertamente de una vez, con ganas ya de terminar con esa historia. Lo que pude comprobar entonces, es que había caído nuevamente en el mismo error cometido momentos antes.

—¿Sabes? —parecía visiblemente cansado de mis intentos de querer comprar con dinero algo que él sabía. Finalmente, me dijo molesto—: ¿Sabes la historia de un fulano que era tan pobre que lo único que tenía era dinero? Con esta gente, a la que tanto despreciáis y rechazáis —añadió señalando orgulloso la puerta del sitio de copas al que habíamos acudido— he comprendido que las palabras *respeto* y *tolerancia* no son solo letras vacías sin contenido alguno, sino que, además, esta gente, cuando las utiliza, lo hace con mayúsculas, y que es bajo su significado como la gran mayoría de ellos intenta que discurra su vida.

»¿Ves? —me comentó, señalando a la pareja de jóvenes que acababa de salir del local—. Muchos de ellos tienen que esperar al cobijo de la noche para poder exteriorizar sus sentimientos, estos no se pagan con tu asqueroso dinero, al menos normalmente —me reconoció a medias, ya más calmado y tranquilo.

Tras un instante de silencio en el que contemplaba a la pareja con cierta ternura y comprensión, añadió:

—Siempre me ha gustado la noche por eso, porque bajo su amparo, continuamente, afloran brotes en los que cuajan cantidad de flores de lo más variopintas, que de otro modo serían expuestas y quemadas por la ignorancia, la intolerancia y la crueldad humana —dijo con amargura—. Para vosotros, los normales, que vivís vuestra vida de acuerdo con unas reglas llenas de normalidad, toda la luz con su variada gama de colores, que van desde la envidia al rencor, pasando por el desprecio y el rechazo. Y para mí y para las aves nocturnas que ves, un poco de marginación, desconfianza y soledad. Ese es el precio que pagamos los que no somos como vosotros —sentenció con desdén—. Y una cosa —añadió molesto—, lo que andas buscando con tanto interés, chica lista, tiene un nombre, y ese es John, John Wallis ^[34]. —¿Qué? —le pregunté con unos ojos abiertos como platos, señal de lo confundida que estaba en esos momentos.

—Lo que has oído. W-a-l-l-i-s —me deletreó el apellido que acababa de darme, dejándome sin saber ni qué hacer ni qué decir—. John Wallis —repitió nuevamente.

—¿Y qué se supone que es ese nombre? —le pregunté sin saber a qué o a quién se estaba refiriendo.

—Averígualo tú misma —me soltó como despedida.

Dicho lo cual, y sin mediar una palabra más, se colgó la mochila sobre su hombro y comenzó a caminar calle abajo, con una celeridad que antes no había tenido, mostrando, ahora sí, una ya nada disimulada cojera en su andar. Dirigía sus pasos hacia una plaza que se abría frente a él.

Era la plaza de la Luna, donde el astro, haciendo uso de la propiedad que poseía sobre el espacio circular al que se encaminaba, parecía esperarlo con cariño. Mientras, lo único que era capaz de hacer yo en esos momentos era ver cómo Simón se iba.

Capítulo XXI.

Benjamín

—¡Qué bueno que está! —certificó Solange después de probar el primer bocado que había dado y asomar entre sus dientes una punta de espárrago que, caprichosa, se resistía a ser engullida—. No voy a tener más remedio que proponer que te suban el sueldo —le soltó en un tono jovial.

—Yo te lo agradecería —le respondió Benjamín con una sonrisa.

—La verdad es que solo por degustar tu comida merece la pena compartir vivienda contigo, ¿no, Lope? —interpeló la mujer al hombre cariacontecido que se hallaba en silencio junto a ellos y que se encontraba comiendo y viendo las imágenes del televisor que había frente a la mesa que ocupaban.

—Si tú lo dices —le respondió fríamente.

—Venga ya —declaró finalmente Solange, atrapando ahora entre sus labios un trozo de huevo escalfado y unos cuantos guisantes que había conseguido reunir con el tenedor—. No me negarás que tenemos un muy buen cocinero, ¿no?

—No. Como tú tampoco me negarás que hacer la comida no lo es todo —le replicó en tono hostil.

—No. Claro que no —respondió la mujer algo apenada por su cerrazón—. Aunque no sé a qué viene eso, la verdad.

—Pues que, dependiendo de con quién estés, los días se te pueden hacer más largos o más cortos, ¿blanco y en botella? —concluyó señalando ceñudamente con el tenedor a Benjamín, recalcándole de ese modo que todos y cada uno de los días que les quedaban por estar juntos iba a estar ahí para intentar, al menos, hacerle la estancia lo más incómoda posible. Una vez más, un largo silencio se había adueñado de la habitación. Un nuevo y pesado silencio hizo que los tres centraran su atención en el televisor. El aparato receptor, que estaba situado en la esquina derecha

del salón, ahora les mostraba la imagen de un grupo de niños sosteniendo orgullosos un fusil de asalto AK-47 entre sus brazos.

Los niños estaban rindiendo honores militares a un individuo enormemente engalanado, el cual aparecía, sonriente y satisfecho, encaramado sobre una tribuna.

Los rostros del grupo de uniformados se mostraban tan envejecidos como el tiempo que llevaba sobre la faz de la Tierra el odio que sujetos como ese se encargaban de sembrar en ella. De su niñez, lo único que quedaba era un cuerpo por desarrollar aún, unas ilusiones y esperanzas rotas y muertas antes de nacer, de las que se aprovechaba gente como el mal nacido que tenían frente a ellos.

—Sinceramente, creo que en esos sitios es necesaria una revolución que acabe de raíz con tantos años de sufrimiento. Estoy cansada de ver cómo siempre son los mismos los que sufren los desvaríos de sus gobernantes —dijo dolida por la crudeza de las imágenes Solange, rompiendo una vez más el silencio, intentando nuevamente hacer más llevadera su existencia allí dentro. Sabía que todos sus intentos iban a ser tirados al suelo una y otra vez por la cerrazón mostrada por Lope, ya que no podía ni ver a Benjamín, aunque claro, este tampoco se lo ponía muy fácil, pues a la mínima ocasión saltaba.

—¿Te crees que con eso lo ibas a arreglar todo allí? — le cuestionó Benjamín, indignado también por lo que estaba viendo en esos momentos.

—Sí, claro. Si no totalmente, sí que mejoraría la calidad de vida de la gente que vive allí —le respondió extrañada Solange—. Es más, si no lo estuviera no estaría inmersa en la lucha en la que estamos todos nosotros ahora.

—Yo no creo que ese sea el remedio para todos los males —agregó Benjamín—. Creo que tienes en demasiada alta estima el proceso revolucionario.

—Y yo creo que en la mayoría de las ocasiones ese es el único modo para cambiar la situación. Por ejemplo, no me negarás que la Revolución francesa supuso un gran avance en todos los campos, ¿no? —objetó la mujer—. Y, al menos, coincidirás conmigo cuando afirmo que un grupo de gente movido por un ideal fue capaz de cambiar el mundo por aquel entonces —terminó de argumentar Solange.

—No —respondió Benjamín—. Al igual que tampoco me negarás tú a mí que, si no hubiera existido la carestía de alimentos que arrasó París en aquellos años, seguramente ahora estaríamos hablando de algo totalmente diferente al levantamiento que se produjo. El pueblo, por muy soberano que sea y por unos ideales muy elevados que posea, solo mira tener el estómago lleno, ya sabes, dame pan y dime tonto. Creo que donde tú ves historias cargadas de romanticismo yo solo veo una ciudad donde campaba a sus anchas el hambre y la desesperación. Ante semejante situación, cualquier propuesta de cambio iba a ser bien acogida, puesto que esta no iba a ser peor que la que ya había. En definitiva, siento desilusionarte al afirmar que tengo la convicción de que el pueblo no se mueve por un ideal, sino por necesidad.

—Yo esto lo arreglaba en un plis plas —terció Lope señalando las imágenes que mostraba ahora la pantalla, repletas de cadáveres en las cunetas de la carretera.

—¿Sí?, ¿cómo? —le invitó Benjamín maliciosamente a que se explicara, formando así el prelude de una nueva discusión, ya que el comportamiento de ambos se parecía más a cómo se llevaban un perro y un gato que al de dos personas adultas.

—Fácil, si la matanza la han iniciado los hutus [\[35\]](#), habría que buscar a sus cabecillas y ajusticiarlos, asunto zanjado, verías como así se acababa todo esto —soltó Lope simplificando al máximo todos los conflictos, para así tener una idea clara y definida sin posibles dobles lecturas. Para él, las cosas eran blancas o negras.

—Así, sin más, ¿no? —saltó Benjamín—. No sé si lo sabrás —se pasó la mano derecha por su rostro, escondiendo con ella la duda que le hacía ahora preguntarse si merecía la pena enzarzarse en una nueva discusión con el individuo que había lanzado semejante comentario—. Primero, fue mamá Europa la que puso sus zarpas sobre ellos —empezó Benjamín a explicarle, dejando a un lado sus reservas, para terminar sucumbiendo a la confrontación, puesto que algo en su interior se rebelaba contra lo que acababa de escuchar—, y claro, lo hizo tan bien que fomentó la segregación racial ya existente entre las dos etnias que habitaban el país. Ya sabes: juntos pero no revueltos. Gracias a ese matriarcado europeo, la minoría tutsi [\[36\]](#) gobernó durante mucho tiempo a una mayoría hutu. No hace falta que te cuente lo que todo ello provocó, ¿verdad? Ya conoces demasiado bien cuáles son sus resultados:

»La exclusión lleva a una discriminación, esta a un rechazo hacia la otra parte y así sucesivamente, hasta completar la bola de odio que ves ahora, como ocurre siempre. Durante un tiempo en el que la bonanza económica perduró, no hubo mayores problemas de convivencia, salvo la lucha por el poder de esas dos razas —continuó mirando ahora fijamente a la mujer—. Hasta que la bajada del precio del café provocó que el país perdiera casi la mitad del dinero proveniente de sus exportaciones, lo que provocó una gran crisis alimentaria que agravó las luchas tribales entre las dos etnias, convirtiéndose estas en una carnicería. Y ahora dime, Lope: después de quedar patente que cada uno tenemos una visión totalmente diferente del conflicto, ¿cuántas guerras ha habido allí? —le preguntó señalándole el televisor.

—¿Dos?, ¿la tuya y la mía? —le respondió con esas preguntas un receloso Lope, con cara de extrañeza y con la duda prendida en su mirada.

—No —respondió Benjamín, muy firme y sereno—. Ha habido tantas guerras como gente hay, ha habido y habrá, porque siempre hemos estado en guerra. Hay tantas guerras como personas las han sufrido, y hay tantas guerras como personajes han mostrado su opinión sobre ella.

—Y eso, listillo, ¿cómo se come? Explícame las chorradas que me estás contando. Resulta que no ha habido una sola Segunda Guerra Mundial, ahora resulta que de esa guerra ha habido millones, ¿no? ¿No es eso lo que me quieres decir?

—Lo único que te quería decir, y para que alguien como tú lo entienda, es que ante un mismo hecho hay infinidad de interpretaciones, unas bienintencionadas y otras no tanto, pero es lo que hay. Cuando tú dices lo de millones de guerras, yo digo que sí, pero las hay en sus cabezas, ya que cada uno tiene su versión particular del hecho —concluyó finalmente.

Ahora, las imágenes mostraban una manifestación multitudinaria en la que una enfervorecida masa

levantaba desafiante pancartas con las siglas FPR^[37] y RTLM^[38].

Siempre era lo mismo, en todos los sitios, lo único que cambiaban eran las siglas bajo las que tomaba cuerpo la barbarie. En este caso, era un partido político el que les decía que ya había llegado el momento de terminar con tantos y tantos años de opresión, que había llegado la hora de levantarse y hacer pagar los agravios sufridos. Había llegado la hora de la venganza.

Frases cargadas de odio que se encargaba fielmente de lanzar a las ondas la famosa cadena de televisión local, vergonzosamente conocida en todo el mundo por esas arengas amasadas con tanta rabia y resquemor.

—No te entiendo —le manifestó la mujer a Benjamín, apartando momentáneamente la mirada del televisor—. ¿Acaso ya no crees en el comunismo o en el socialismo? —le cuestionó extrañada, ya que aún recordaba parte de las conversaciones mantenidas con el sujeto con el que hablaba, y mantenía frescas aún en su memoria las afirmaciones de este defendiendo ambos modelos de sociedad. Esto venía a fortalecer las sospechas que Solange había ido desarrollando en esa última aventura juntos. La certeza de que su compañero había cambiado iba tomando cuerpo en su mente.

—Cada vez menos —le respondió lentamente Benjamín—. Desde que ambas ideas dejaron de estar en el mundo de los sueños y fueron tocadas y ensuciadas por manos humanas, esos dos modelos de sociedad dejaron de existir como tal. El resultado fue un engendro que lo único que logró fue devorar a sus propios hijos, como Cronos^[39]. Fue bonito mientras solo fue una imagen sin forma. En definitiva, fue bonito mientras fue una utopía. Ahora, la única utilidad que les encuentro a ambos modelos es que se han erigido de algún modo en la conciencia del capitalismo —dijo sonriendo cansadamente—. Solo eso. Se han transformado en estatuas rígidas e inmóviles que intentan hacer el papel de guardianes.

—Lo que no entiendo —saltó Lope dirigiéndose despectivamente hacia Benjamín, recuperando parte del aplomo perdido al discutir con él y harto de escuchar palabras que no entendía—, visto lo listo que eres y la capacidad intelectual tan elevada que tienes, es lo que haces aquí, entre nosotros —le soltó mordaz—. ¿Por qué no cursaste estudios superiores?

—¿Y quién te ha dicho a ti que no lo hice? Mira si lo hice que hasta te voy a dar el título de mi tesis de final de carrera: *La pigmentación de los lirios verdes al atardecer* —le soltó un Benjamín molesto, comprobando cómo la duda iba nuevamente haciendo mella en su aplomo, lanzándole Lope una mirada fría y glacial que le proporcionaban los ojos azules que tenía, preguntándose si era cierto o no lo que le había dicho.

—Puedes respirar, recuperar la normalidad y sentirte satisfecho de nuevo —añadió con tono amargo Benjamín—. Para tu tranquilidad, te diré que no. Que finalmente no pude seguir estudiando. ¿Sabes por qué? Porque a los que son como yo, que nacimos pobres —se respondió la pregunta él mismo, visiblemente enojado—, la vida nos tiene agarrados por los huecos y lo único que podemos hacer es gritar y maldecir nuestra suerte. Solo tenemos el derecho al pataleo, solo eso —añadió amargamente—. Por eso, ¿sabes? —se detuvo un instante para tomar aire e intentar tranquilizarse—, para mí la vida es como un trampolín —siguió con un tono más pausado encarándose ahora con Solange— en el que te lanzas y, dependiendo de algunos factores, principalmente el económico, tu caída es de un modo u otro. Esta puede ser mejor o peor, puedes

caer de pie y estar preparado para todo, de culo y levantarte enseguida después del traspies, o bien darte un barrigazo del que difícilmente te podrás levantar si no es con la ayuda de alguien.

—Razón de más para que coincidas conmigo en que hay que hacer algo para cambiar el mundo en el que vivimos, ¿no? El socialismo, al que tú pareces haber renunciado ahora, lo único que busca es la igualdad entre todos, lo que intenta es articular mecanismos para que esta pueda llevarse a cabo y que casos como el tuyo no se vuelvan a producir, introduciendo la igualdad de oportunidades para todos —intervino nuevamente la mujer en la conversación.

—Eso son palabras mayores, Solange. Ya no me veo con las fuerzas suficientes como para intentar cambiarlo, al menos luchando —contestó cansado Benjamín.

—¿Conoces otro modo? —le preguntó con curiosidad la mujer.

—El único modo con el que soy ahora mismo capaz de luchar y enfrentarme a esas injusticias, es por medio de la razón. Una vez has acariciado su delicada piel, ese recuerdo te persigue siempre allá donde vayas, y aunque en momentos puntuales te entregas a la salvaje sexualidad de la sinrazón, siempre añorarás el cariño y la dulzura con el que esta te susurraba palabras dulces al oído, como paz, justicia e igualdad —terminó Benjamín.

—Hay que joderse —le soltó despectivo Lope a su compañero tras escuchar la últimas palabras —. Hay que joderse —concluyó finalmente, después de alejar el plato de su posición y empujarlo hacia el centro de la mesa como claro gesto de rechazo hacia Benjamín. Era su forma de decirle que no quería nada de él. No quería ni su comida.

Capítulo XXII.

Covadonga

Todas y cada una de las mentiras me las digo a mí misma. Al menos así, de ese modo, encuentro un ligero consuelo al saber que no le miento a nadie más.

Por último, la cuarta mentira la dejo sin contestar y reto a todo aquel que se crea con suficiente capacidad para juzgarme a que la averigüe.

Ante mis ojos se alzaba una de las esquinas del enorme triángulo de ciento veinte hectáreas que conformaba el recinto. El vértice de tan grande extensión era recorrido por una columnata que formaba un amplio pasillo en su entrada. Las columnas geminadas recordaban vagamente, con su forma de herradura, su antepasado mudéjar, y aguantaban bajo su recio cuerpo el peso de tres grandes arcos centrales que servían de soporte a una bóveda cada uno de ellos. Podía apreciarse como cada uno de estos pilares era prolongado sobre ellas en forma de pináculos.

Sobre el arco central, estaba tallada la figura del Dios padre, aclarando con su presencia que todo el perímetro se hallaba bajo su protección y, por lo tanto, podía considerarse sagrado.

La colina sobre la que se había construido el santuario, había sido dominada trazando terrazas concéntricas sobre su área. Cada una de ellas tenía toda su superficie sembrada de tumbas que

finalizaban en un muro de contención de cinco metros de altura donde se insertaban los nichos. Bajo estas dos modalidades, reposaban los millones de almas que habían sido acogidas en su descanso eterno.

El diseño original del camposanto constaba de una enorme planta formada por una inmensa cruz trebolada y vaciada. El centro de dicha cruz estaba formado por una planicie circular de setenta y cinco metros de diámetro, que era el punto más elevado del conjunto. A partir de ahí, la necrópolis descendía en mesetas concéntricas hasta sus límites. El recinto había sido diseñado para formar la planta de un enorme templo que tenía como cubierta la cúpula celeste.

Un tupido manto de nubes había conseguido cubrir el cielo, pero no así la sinrazón humana. Ante mí se levantaba una prueba más de ello: la edificación que tenía enfrente había cambiado su denominación original por otra diferente, intentando, de este modo tan infantil y cobarde, que el veredicto que emitiría la historia cuando llegara el momento fuera, cuanto menos, permisivo y, a ser posible, no la relacionara con las varias miles de muertes que habían tenido lugar en su interior para escaparse del juicio sumarisimo que esta le tenía merecidamente preparado, logrando que esa barbarie no fuera tenida en cuenta y, a ser posible, fuese sobreseída y olvidada una vez más.

Sonriendo amargamente para mis adentros, a mi memoria acudió la frase: «Aquellos que olvidan su pasado están condenados a repetirlo». No tengo intención de entrar en la paternidad de la cita: para unos fue obra de Winston Churchill y para otros de Jorge Santayana. ¿Qué importa si la autoría era de uno u otro? Para el caso da igual, ya que lo importante es el contenido de tales palabras. ¿Acaso la historia del hombre no había sido una constante ocultación de su naturaleza y un continuo mirar hacia otro lado cada vez que cometía alguna salvajada? ¿Acaso no era lo propio de una bestia actuar como tal?

La caravana, formada por tres enormes y lujosos coches negros adentrándose en el interior del recinto, me sacó de mis pensamientos, invitándome a introducirme en él y cumplir con el cometido que me había impuesto al ir allí.

Ya dentro del camposanto, mi rápido taconeo advertía de la prisa que tenía por dejar atrás el inquietante cuerpo inanimado que coronaba la cúpula de la capilla que había rebasado, quedando a mi espalda, y que no era otra que la figura de uno de los ángeles del Apocalipsis. Este, pacientemente sentado sobre la curva superficie que lo sostenía, aguardaba mirando impasible a su alrededor, desde su promontorio, el aviso que le indicara hacer sonar la trompeta que sostenía entre sus brazos y así cumplir con su cometido cuando llegara el día señalado: el día de todos los días. Mientras tanto, mientras vivíamos de prestado, mis oídos no eran ajenos a los rumores que comentaban los lugareños de los ocasionales ensayos que hacía con ella y que servían para avisar a alguien de que su hora ya estaba próxima.

Infinidad de rostros amarillentos seguían imperturbables mi caminar. Era el tributo diario que pagaban los difuntos al sol por la luz que les proporcionaba, y es que las fotografías de los fallecidos también envejecían perdiendo su color original en ese proceso.

En la multitud de tumbas esparcidas por el recinto, la inmensa mayoría presentaban como ornamento ramos de flores artificiales, los cuales tenían como propósito aplacar la conciencia de

los vivos, dando así cierta paz a su espíritu o al qué dirán. La lluvia suplía su desgana y falta de compromiso, encargándose de mantenerlas limpias y aseadas sin esfuerzo alguno para estos. Entre la multitud, destacaban algunos sepulcros que aparecían más deteriorados que otros, lo que se debía a la falta de atención y al paso del tiempo, ya que solo tenían sobre ellos, como prendas de reconocimiento a toda una vida, la hojarasca que el viento mecía caprichosamente y el recuerdo de las aves al posarse sobre su lápida, siendo esos los únicos presentes que esos difuntos recibían en su abandono.

A mi memoria acudía una vez más la imagen de la poblada y canosa barba de mi padre. Eso y las palabras que este me repetía una y otra vez durante mi infancia cuando, los domingos por la mañana, íbamos a visitar juntos la tumba de sus padres y de sus abuelos, es decir, mis abuelos y bisabuelos. Recordaba como si fuera ayer que, mientras les limpiaba la tumba, me decía: «Si una tumba está descuidada y sucia, es que el muerto ha hecho mal su trabajo y sus seres queridos han dejado que su memoria se pierda en el tiempo».

En mi mente iba tomando cuerpo la estampa de un día soleado, a mitad de mañana, ayudándolo a limpiar esa lápida que con tanto cariño recorría con el trapo que utilizaba. Mi padre creía que gran parte del respeto que pudiera haber entre los vivos dependía del legado que les habían dejado los muertos, y de ahí su admiración hacia ellos.

Si el empleado municipal del cementerio no se había equivocado, aquel era el hombre que había ido a buscar allí. El color violeta del ramo de flores que estaba colocando le daba una nota de color a la lápida de mármol blanco que cubría el sepulcro, que estaba coronado por una figura en bronce de Jesús en la cruz. El borde dentado de las malvas que estaba introduciendo en la jardinera, contrastaba con su rostro completamente ovalado. Unas cejas espesas y tupidas abrigaban la mirada cansada del hombre que estaba de pie frente al nicho. En la tumba de al lado, un ramo de flores marchitas y ajadas descansaban pesadamente sobre esta, siendo el olvido la única flor que se mantenía erguida en ella.

Empezaba a llover. Las primeras gotas habían hecho acto de presencia tímidamente. Estas le ayudaban a quitar una mancha imaginaria con el dorso de su arrugada mano, tratando de aplacar de ese modo el mudo sollozo que se adivinaba que lo atenazaba. Desde la pequeña distancia que nos separaba en ese momento, el gemido resultaba aún más desgarrador que si fuera acompañado por lágrimas, ya que daba la impresión de haberlas agotado todas de tanto llorarle a la persona cuyos restos yacían frente a él y tener el pozo del que manaban vacío. El tipo que tenía enfrente, que aún permanecía de espaldas a mí, al elevar la mirada hacia arriba y comprobar cómo seguía chispeando, soltó lo que me pareció un murmullo dirigido hacia la lápida:

—¿Sabes?, no puedo evitarlo. Cada gota que cae me recuerda tu mirada.

Al comprobar que le estaba poniendo flores naturales a la tumba, un sentimiento de culpa muy común me atenazó nuevamente, recordando que las que yo le ponía a mi padre eran sintéticas.

Cuando el hombre se giró y me descubrió observándolo, me soltó molesto:

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? ¿Qué hace ahí mirándome? ¿Acaso no tiene nada mejor que hacer?

Su mirada inicial llena de cansancio se había tornado en firme y despiadada, y es que se sentía incomodado y acosado allí donde más solo necesitaba y solicitaba estar, que era frente a la tumba de su mujer. Como única respuesta, saqué de mi cartera el carné blanco plastificado que era recorrido en diagonal por unas enormes letras rojas que formaban la palabra «PRENSA». Resignado y agachando su curva frente hacia delante, se limitó a decir con voz apagada:

—Otra periodista —me soltó con amargura—. ¿Qué quiere?

—¿Es usted Bartolomé? —le pregunté intentando asegurarme de su identidad.

—El mismo —me respondió con acritud el sujeto ya entrado en años, en cuya frente recorrida por arrugas se había destacado una por encima del resto al ver la credencial que le había mostrado. Era un gesto claro y notorio de que no le gustaban los periodistas.

—Me gustaría hablar con usted.

—Cuando quiera —me invitó a regañadientes, indicándome de ese modo que no iba a tener más oportunidad que esa para poder hacerlo.

—Verá —comencé sin pensarme mucho lo que iba a decirle. Iba a ir directa al grano—. Creo que tengo un testigo presencial del asesinato de ayer, un tipo que parece haber visto quién apretó el botón del coche bomba —finalicé observando su reacción.

—¿Ah, sí? Vaya, creer y parecer son sinónimos de no estar segura, ¿no le parece? Además, si sabe algo, su obligación es ir a la comisaría más cercana e informarles —me lanzó reprochándome que conservara para mí esa información y no la transmitiera a la policía.

—Usted verá... y usted se lo pierde —le solté molesta, dispuesta a dar media vuelta y marcharme por donde había venido en vista de la cerrazón que mostraba el hombre que tenía enfrente.

—Espere —me detuvo. No iba a dejar una información así por su mal genio, parecía decirme ahora con sus cansados ojos, para añadir con un tono más moderado—: Disculpe, pero no me coge en el mejor de los momentos.

—Ya, lo entiendo —contesté comprensiva, fijando mi mirada en las palabras doradas que se hallaban sobre el ramo recién depositado:

SI LA MUERTE ES LO ÚNICO QUE NOS SEPARA,

*Y SOLO EL RECUERDO DE MI COMPAÑÍA TE ACERCA, MIENTRAS YO VIVA, JAMÁS
ESTARÁS SOLA.*

—No conozco esta cita. ¿De dónde la ha sacado? ¿Es suya? —le pregunté curiosa.

El individuo, sonriendo lastimosamente, me dijo:

—No, eso era cosa de mi mujer, esas ocurrencias eran cosa de ella —su mirada señaló hacia la tumba—. Era mucho más creativa que yo. Decía que era como una flor, cuando amanecía el nuevo

día se levantaba con él despertándose y abriéndose como ese capullo que lo hace todas las mañanas, permaneciendo abierto durante todo el día, concluyendo su ciclo al anochecer, acostándose y cerrándose. Así una jornada tras otra, una y otra vez, siempre la misma rutina durante el tiempo que estuvimos juntos, hasta que al final me manifestó que esa flor estaba cansada de sufrir y me anunció que ya no volvería a abrirse más —me relató pesadamente—. Aunque no sé por qué le cuento a usted todo esto —terminó sonriendo con amargura.

—Quizás porque necesite hablar con alguien y contarle todo lo que me está diciendo, y da la casualidad de que, en estos momentos, ese alguien soy yo —le dije condescendiente, intentando así ganarme su simpatía.

—¿Y bien? Supongo que no habrá venido hasta aquí solo para verme y ser ese alguien en el que usted se ha convertido, ¿no? Supongo que, si ha venido hasta aquí para hablar conmigo y confesarme lo que me ha dicho, es que a cambio de esa información usted quiere algo, ¿no? Pues bien, ¿qué es lo que quiere de mí? —me preguntó ya más recuperado el hombre, adoptando un gesto más entero.

—He estado hablando con su compañero Santiago, no recuerdo ahora su apellido. La cuestión es que me ratificó que usted realizó hace unos meses una investigación sobre el encontronazo que sufrió un coche patrulla de la policía municipal con dos sujetos armados. Quisiera saber si eso es cierto.

—No creo que sea el momento ni el lugar más apropiado para hacerme ese tipo de preguntas, ¿no cree? —me soltó molesto Bartolomé.

—Lo sé, y créame que lo siento, pero es el único sitio donde he podido localizarlo. Llevo todo el día detrás de usted y no he tenido otra opción más que esta —le dije señalando la lápida que estaba frente a nosotros.

—Déjeme recordar... —me pidió unos instantes el hombre, manteniendo a duras penas la cordialidad, creyéndome a pesar de todo y aceptando como culpa suya el estar hablando allí sobre esos asuntos— si es cierto todo lo que usted ha dicho —añadió tras estar unos instantes con los ojos cerrados haciendo memoria—. Hace unos meses, llevé a cabo una investigación sobre ese incidente y elaboré un informe que creo que se archivó. ¿Por qué? ¿Qué es lo que quiere de mí? —dijo, ya impacientándose.

—Conocer, saber, averiguar —desplegué la lista de todo lo que quería de él—. Creo que tengo algo que usted no tiene, y busco algo que usted tiene y no tengo yo.

—Y ese algo es información, ¿no?

—Así es.

—Comprendo. Aunque ya se habrá imaginado que no soy como alguno de mis compañeros, que filtran noticias a la prensa. No es mi estilo, como podrá haber comprobado.

—Me lo imagino —le respondí estudiándolo de arriba abajo—. Estoy segura de que usted no se vendería por dinero, y menos ahora.

—Quizás por un plato de lentejas —me soltó irónico.

—Aunque se ría, lo encuentro más probable que el dinero —sentencié seriamente—. Sí. Creo que usted se podría vender por un plato de lentejas hecho con mucho cariño. —¿Está insinuando que soy un sentimental?

—No, estoy afirmando que usted no se vende por dinero. Su precio, de ser alguno, sería otro más intangible, menos material, muy cercano a los sentimientos y al corazón.

—Vivimos en un mundo donde todo se mueve por dinero —afirmó Bartolomé, intentado de ese modo desmontar mi hipótesis—. ¿Por qué iba a ser yo una excepción?

—Porque, si así fuera, no vendría todos los días aquí a visitar la tumba de su mujer, a estar un rato frente a ella y mantener durante todo el año flores frescas sobre su lápida. Eso ya no lo hace nadie hoy en día, solo tiene que echar un vistazo a su alrededor y observar, verá que la inmensa mayoría de los ramos que trae la gente —me detuve para rectificar, con un poso de culpa en mis palabras —, que traemos, son artificiales, hechos con flores sintéticas. Por eso digo que, lo que usted hace, solo es capaz de hacerlo alguien que cree que hay otras cosas mucho más importantes que el dinero y, evidentemente, el precio de esa persona, de usted, no se paga con lo que no cree que merece la pena —concluí.

—Tocado —sonríó cansadamente después de la agudeza que había mostrado en mis observaciones, y sobre todo después de escuchar cómo el tono de mi voz delataba un remanente de autocensura, ya que esta no hacía sino recriminar mi propia actitud con respecto a los seres queridos que yacían en algún cementerio. A uno en particular—. Sí. Creo que hay cosas mucho más importantes que el dinero, creo que la gente le da una importancia desmesurada. Creo que unos lo hacen para aplacar sus temores, otros porque les permite situarse en un escalón superior en la parte trasera del carro de heno que es la vida y otros para saciar su afán de poder. En cuanto a mi precio: sí, creo que tiene razón, hace mucho tiempo escuché a alguien mucho más sabio que yo decir que el sobre más difícil de rechazar cuando alguien te lo ofrecía era el de la amistad. — Me lo imagino —dije con tono condescendiente—. Sé que aún es pronto, ya que uno de los hechos supuestamente relacionados tuvo lugar ayer mismo, pero me gustaría saber su opinión sobre lo que le voy a exponer: ¿cree usted que puede existir alguna conexión entre el asesinato cometido ayer y el incidente que usted investigó?

Interrogué a Bartolomé sosteniéndole su dura mirada, tratando de evaluar si iba a ser posible conseguir lo que había venido a buscar a ese cementerio o no. Intentando dar respuesta a las dudas que me habían asaltado desde que vi, frente a mi ordenador, una pequeña reseña en el periódico que narraba el encontronazo sufrido entre dos policías y dos sujetos armados en una calle próxima al lugar donde se había cometido el atentado mortal del día anterior. En esos momentos, continuaba siguiendo el esquivo y huidizo rastro de la corazonada que tuve cuando encontré la noticia, y que me estaba llevando a realizar por mi cuenta y riesgo la investigación en la que me hallaba inmersa, dejando a un lado los quehaceres impuestos en la redacción y las órdenes de mi jefe. Al final, iba a tener que darle las gracias y todo por haberme relegado a hacer el trabajo de redacción, pero no estaba dispuesta a resignarme a hacer lo que me ordenaba. Me negaba a aceptar que el periodismo era así. Aunque le pesara a más de uno, era y sigo siendo una periodista de las buenas o, al menos, en el pasado lo fui.

—Ni lo sueñe. No le voy a dar lo que me pide. Ese informe es secreto y hoy en día permanece como tal. Por lo tanto, como usted comprenderá, no voy a ir contando por ahí su contenido —me soltó visiblemente malhumorado, devolviéndome la mirada y lanzándome con sus ojos excesivamente abiertos un interrogante—. A pesar de su aire complaciente y de su agradable compañía, le he de recordar que, aunque no esté de servicio, sigo siendo un policía, por poco tiempo, pero aún lo soy. Por lo tanto, es mi deber informarle que la ocultación de algún hecho delictivo por parte de un ciudadano es un delito y, siendo policía como soy, mi labor sigue siendo perseguirlos —me amenazó veladamente, intentando así que me derrumbara y que le facilitara todo lo que sabía, para no tener que compartir conmigo información alguna.

—Así es. Tiene usted razón. Pero llegados a este extremo, le podría decir que no tengo la certeza de que usted sea un policía y, suponiendo que así fuera, si mi vista no me engaña, este no es su lugar de trabajo —sonreí forzosamente por la débil argumentación que le acababa de exponer al hombre que estaba frente a mí. Tenía que reconocer que era un burdo intento de salir con bien de la situación en la que yo sola me había metido.

—Ante un argumento tan frágil por su parte, le podría sacar mi credencial y demostrarle que todo lo que le he dicho es cierto, que yo jamás miento y que, si sigue tocándome las narices, mi trato con usted no será tan cordial. ¿Me explico con suficiente claridad? —me amenazó, mostrando claros síntomas de impaciencia—. Así que vaya al grano, hágame ese favor. En otro tiempo, esta conversación no se estaría produciendo aquí, así que no abuse de mi paciencia, señorita.

—Covadonga. Los que me conocen me llaman

Covadonga —apostillé.

—Pues bien, ¿qué es lo que quiere y a cambio de qué, Covadonga? —concluyó Bartolomé, lanzándome de ese modo el aviso de que no me propasara mucho en mis pretensiones.

—Yo le ofrezco localizar a un testigo presencial que lo llevará a averiguar quién fue el que hizo explotar el coche bomba y así adelantar enormemente en su investigación. A cambio, solo quiero estar informada de primera mano de cuál es el curso de la investigación y si ese famoso informe que usted elaboró tiene algo que ver con lo que sucedió ayer — terminé con cierta indiferencia.

—Es usted testaruda —me reprendió el hombre—. Siempre vuelve al dichoso informe. De todos modos, ¿cómo se ha enterado del mismo y cómo ha trazado esa conexión, si fue una noticia sin apenas repercusión? —me preguntó curioso.

—Buceando en los archivos de la hemeroteca. Haciendo mi trabajo lo mejor que sé hacerlo, aunque haya veces que no me dejen —le conté sin la menor intención de entrar en muchos detalles.

—Así que estoy ante un ratoncito de biblioteca, ¿no? Un ratoncillo listo, por cierto. Pero no entiendo ese interés suyo —añadió el hombre sonriendo, ahora sí, con aparente normalidad al comprobar que la mujer que tenía frente a él se estaba comportando como un perro cazador que había olido una presa y la seguía, costara lo que costara.

—Creo que esos sujetos armados que tuvieron el encontronazo con el coche patrulla eran parte de

la infraestructura del comando que ayer cometió el magnicidio —le hice finalmente partícipe de todas mis sospechas.

—Entiendo —dijo, ahora sí, vivamente interesado por mis últimas palabras.

Un gemido ahogado, a nuestra espalda, nos llevó a contemplar la caravana funeraria que había visto pasar minutos antes detenida a muy poca distancia de donde nos encontrábamos, en la puerta del cementerio. Junto a cada uno de los vehículos, tres tipos aguardaban con las manos cruzadas por delante en clara señal de respeto, con la mirada perdida, manteniendo pacientemente un porte de consideración, esperando que los familiares dieran su último adiós y el enterrador cumpliera con su cometido.

Seguía odiando los entierros. Desde la muerte de ese maestro de escuela que había sido mi padre, no había asistido a ningún funeral. Este que estaba presenciando de un modo accidental era el primero después del suyo. Lo hacía porque quería evitar lo que me estaba ocurriendo ahora: imágenes cargadas de dolor que nuevamente acudían a mi memoria. A pesar de aceptar la muerte como un hecho hasta cierto punto común e inevitable, no podía evitar que una oleada de rebelión e insurrección recorriera todo mi cuerpo, sublevándose contra ella. Aún recordaba el rostro blanquecino y maquillado de mi progenitor en la capilla ardiente, mostrando una imagen totalmente falsa de su apariencia, a la que la muerte le había quitado cualquier soplo de vida. Mi padre ya no estaba allí, la sensación que percibía era que ese cuerpo, que había servido temporalmente como huésped, había cumplido su función y, sin la vida que le transmitía el alma de mi padre, se había convertido en un recuerdo incompleto de él. Ese rostro empolvado se me presentaba como una caricatura de mi ser más querido. No. No quería recordarlo así, me negaba a hacerlo. Quería recordarlo como estaba segura de que a él le hubiera gustado ser retenido en la memoria de sus seres queridos: en su clase, rodeado de libros, cuadernos, folios, lápices, bolígrafos, sillas y pupitres; enseñando a los jóvenes, transmitiéndoles todo lo que sabía y, lo que era más importante para él, haciéndoles partícipes, a todos y cada uno de los rostros que se dibujaban frente a él, de su pasión por el saber en todas sus formas, mostrándoles esa sed insaciable que lo caracterizaba y que lo llevaba siempre a intentar saber cosas nuevas. Sí, ese había sido mi padre, no esa imagen vacía que recordaba en mis pesadillas.

De las dos personas que estaban recibiendo las condolencias, recaí en el rostro redondeado de una joven, el cual se mostraba ante mí roto por el dolor. Las líneas que se marcaban debajo de sus oscuros ojos, a pesar de su corta edad, delataban que la pérdida que había sufrido y que ahora lloraba no le había dejado conciliar el sueño. Su lánguida mirada corroboraba que su dolor era más hacia la persona que había perdido que hacia sí misma, ya que era demasiado joven como para plantearse que algún día la difunta sería ella. No ocurría lo mismo con el hombre que estaba a su lado, que con toda seguridad sería su esposo, en cuyo rostro cuadrado aparecían unas líneas que ponían en duda, cuando menos, el motivo de su llanto y que las gafas negras de sol disimulaban, ya que ese llanto parecía obedecer más al anuncio de lo cerca que podía estar su muerte que a la pena que le producía el adiós por el que se estaba doliendo su compañera.

Había algo falso en el rostro de otro hombre que le estaba transmitiendo en esos instantes su pésame a la joven. Había algo falso en el modo mecánico de transmitirle sus condolencias. Había algo falso en sus cejas caídas hacia abajo y, sobre todo, había algo falso en la sinceridad de las palabras del individuo.

Eso no era lo peor, no, lo peor estaba por llegar, lo peor aguardaba su turno estoicamente en la cola, y es que había algo zafio en la conversación divertida que mantenía otro individuo, olvidando el evento al que estaba asistiendo. Había algo zafio en su mirada ansiosa, había algo zafio en sus orejas grandes y en sus párpados caídos y, sobre todo, había algo zafio en no respetar el dolor de los allí presentes, en especial el de la joven adolescente a la que estaba observando y que dolorosamente contemplaba como una viva estampa de lo que a mí me ocurrió tiempo atrás.

Después del aluvión de «mis condolencias», «lo siento» y «te doy mi más sentido pésame», todas ellas frases gastadas, vacías y de las que la mayoría de los allí presentes no conocía su significado, todos y cada uno de los allí reunidos contemplaban la escena en un pesado y respetuoso silencio cargado de solemnidad. Unos, los menos, lo hacían por dolor, otros porque veían su muerte próxima y se preguntaban si los próximos iban a ser ellos y, por otra parte, los más numerosos no hacían sino cumplir con una obligación social. En esos momentos, el operario municipal se disponía a tapar el sepulcro y, de ese modo tan automático y carente de sentimiento alguno, dar por concluido el funeral.

Bartolomé, tras contemplar mi rostro crispado por ver cómo daban el último adiós al difunto, me comentó, ahora sí vivamente interesado:

—Creo que usted sí que sabe lo que es perder a un ser querido, ¿me equivoco?

—No —le contesté con pesar—. No se equivoca.

—¿Quería a esa persona más que a sí misma?

—No sé —le contesté insegura—. Era alguien que siempre estaba ahí, era mi mundo, sabía que pasara lo que pasara e hiciera lo que hiciera siempre estaría dispuesto a ayudarme. Era mi padre —finalicé penosamente.

—¿Ha querido a alguien más que a su padre alguna vez? —volvió a insistir.

—No —respondí dolorosamente—, pero él fue mi padre, mi madre y otras muchas cosas. Siendo muy niña, a los siete años, murió mi madre, ¿sabe? Era todo lo que tengo, bueno, tenía —contesté visiblemente herida, puesto que aún no había aceptado su falta.

—Lo comprendo y lamento su pérdida, pero ¿jamás se ha enamorado de alguien al que ha querido más que a su vida?

—No —respondí con sinceridad.

—Pues no sabe lo que se ha perdido hija. Aún desconoce algunas de las grandes alegrías que puede encontrar en esta vida, y claro —se interrumpió sonriendo amargamente—, por otro lado queda toda la desolación cuando ves que esa otra persona muere, porque tú también mueres con ella —concluyó apagadamente Bartolomé.

Se estaba poniendo a llover y el hombre, mirando al cielo y al entierro que tenía lugar junto a nosotros, no pudo evitar que una sonrisa a flor de labios dibujando un rictus de tranquilidad en su rostro.

—Si no le importa, le espero bajo los arcos y terminamos la conversación allí —le comuniqué a Bartolomé, comprobando que necesitaba unos momentos de intimidad con la que fuera su esposa.

—De acuerdo, permítame que me despida de mi mujer y ahora voy para allá.

Había ido a refugiarme de la lluvia bajo el largo recibidor de la entrada. Mientras lo observaba caminar bajo la cortina de agua, contemplaba cómo sus pisadas dejaban una huella más profunda en el suelo que lo que su peso hacía suponer, lo cual mostraba que esa carga adicional que llevaba sobre su ánimo era el desconsuelo, el dolor y el pesar. A su espalda, el jardín del recuerdo le estaba dando su particular adiós.

Esperé con paciencia a que llegara a mi altura. La cordialidad del empleado municipal con Bartolomé parecía ser sincera cuando se dirigió a él con un «hasta mañana» cargado de respeto y admiración, ya que expresaba un reconocimiento a su pérdida y a su peregrinar diario. Molesta, recordaba que el saludo dirigido hacia mí había surgido de un modo protocolario y frío.

—Me voy a quejar al ayuntamiento por el trato discriminatorio que reciben algunas personas por parte de los empleados de este lugar —me quejé tímidamente cuando el hombre llegó a mi altura.

—Lo siento, pero ahí poco puedo hacer. Esta distinción obedece, según él, a los que, nada más morir un ser querido, van una o dos veces al año a visitarlo y pronto renuncian a ese ser, intentando sumirlo en el olvido. Para ellos dice que va ese saludo frío y distante. Por el contrario, para los que no renuncian a su visita diaria o semanal y, pase lo que pase, seguimos fieles a ese ritual, les obsequia con esa sonrisa más cordial, ya que considera que es a estos últimos, entre los que yo me encuentro, a los que hay que tenerles un merecido reconocimiento.

—Entiendo —agaché la cabeza dándome por aludida.

—Cuando enterraron a mi mujer también llovía, al igual que ahora —apuntó con curiosidad Bartolomé.

—También lo hacía cuando enterré a mi padre —añadí con cierta sorpresa, sintiéndome, no sabía muy bien por qué, más próxima al hombre mayor que estaba a mi lado.

—¿Sabe por qué llueve cuando entierran a alguien? — me preguntó.

—No —le respondí extrañada.

—Porque ese es el tributo a los justos, es el pago que se le da a la memoria de todo aquel que ha sido una buena persona. Mi mujer siempre me preguntaba, picada por la curiosidad, por qué muchas veces llovía en los funerales, a lo que yo no sabía contestarle. Pues bien, el día de su entierro lo averigüé. ¿Sabe por qué? —me preguntó.

Como única respuesta, recibió un movimiento de negación de mi cabeza.

—Porque siempre llueve cuando mueren los buenos — me dijo señalándome hacia el funeral.

Ahora ya lo sabía. Las gotas de lluvia eran las lágrimas que los seres queridos vertían al

despedirse de ellos.

Capítulo XXIII.

Benjamín

Una multitud de manos de aire seco y frío, muy frío, se introducían atropelladamente en el interior de la estancia tras haber dejado abierta la ancha hoja de cristal que daba acceso al balcón. Al pasar junto a Benjamín, que estaba recostado sobre el sofá, esos dedos invisibles recorrían su figura de arriba abajo, provocando en su cuerpo un ligero estremecimiento.

Desde su posición, desde la puerta de entrada de la amplia estancia, Solange había descubierto, quieta y en silencio, que Benjamín había descolgado el auricular del teléfono que tenía junto a él y empezaba a hablar con alguien. La conversación fue breve, muy breve, tanto que solo logró escuchar sus últimas palabras de despedida. Con un atropellado y sentido «te quiero Alba», concluyó antes de colgar con prisas el auricular.

—Qué frío —exclamó Solange, haciéndole notar su presencia, cruzando los brazos sobre sí misma para intentar conseguir algo más de abrigo que el que le prestaba la delgada bata rosada de poliéster que llevaba anudada sobre su menudo cuerpo—. ¿Te pasa algo? —le preguntó a su compañero mientras iba dirigiendo sus pasos hacia la ventana abierta, descubriendo intranquila e incómoda cómo Benjamín, sentado en el sofá, permanecía insensible a la corriente de aire frío que pasaba junto a él.

—No —le respondió lentamente—. Solo estaba pensando. Solo eso.

Desde la habitación donde ambos se hallaban, se apreciaba fuera, en el cielo, una espesa cortina de color ceniza, fruto de los rescoldos dejados por los primeros rayos de sol. A medida que iba amaneciendo esta era sustituida por otra mucho más clara y transparente. De esa manera, la noche había dejado paso al día.

—Sí, claro —le contestó Solange dirigiéndose hacia el ventanal con la intención de cerrarlo, ya que era por donde se colaba toda la frialdad de la noche anterior. Un fuerte y sonoro murmullo de desaprobación proveniente de la calle llenó el salón antes de que finalmente consiguiera hacerlo.

—He preparado café —le informó Benjamín mirándola fijamente. Su mirada estaba apagada y preocupantemente vacía. La mujer, desesperanzada al verlo así y buscando inútilmente en sus ojos un poco de luz con el que darle ánimos, solo consiguió encontrar en el fondo de estos soledad, melancolía y añoranza—. La cafetera está sobre la encimera, ten cuidado, que aún debe de estar muy caliente. —De nuevo, los ojos de Benjamín miraban fijamente más allá del balcón, contemplando ahora cómo los trozos esponjosos en que se habían transformado esas primeras nubes mostraban un tono plomizo y sombrío, lo que no hacía otra cosa sino apagar aún más si cabía su maltrecho ánimo.

—Bien —le agradeció suavemente, dejando al hombre con sus sombríos pensamientos y guiando sus irregulares pasos hacia la cocina, ya que aún no se había repuesto de la torcedura de tobillo sufrida días atrás en el río y que todavía era la causa de que cojeara débilmente.

Apoyada en la cocina, saboreaba la humeante taza de café que sostenía agradecida entre sus manos y entrecerraba los ojos de satisfacción al notar su cálido contacto al beberlo. Al abrir de nuevo los ojos, estos le mostraron cómo Benjamín, que aún permanecía sentado en el sofá, realizaba una cruz imaginaria en su torso con la mano derecha, al tiempo que la recia figura de Lope, el otro integrante del comando, aparecía a su lado después de salir de su habitación, terminando así de presenciar junto a ella cómo se santiguaba.

El escaso pelo arremolinado descuidadamente que cubría la cabeza del recién aparecido, delataba que las voces de Solange y Benjamín lo acababan de despertar. Los instantes iniciales de extrañeza y asombro causados por la visión que acababa de presenciar, provocaron en su rostro una sonrisa divertida, que finalizó cuando le manifestó con desprecio a Benjamín:

—¿Y eso? ¿Por qué ha sido? —se detuvo un instante para examinar al hombre que permanecía sentado frente a él, el cual se adivinaba un tanto azorado y avergonzado por ser descubierto por sus compañeros persignándose, para, acto seguido, añadir mordaz—: ¿Por los que van a morir por tu culpa? ¿O por los que lo han hecho ya? —concluyó sin mostrar el menor atisbo de compasión en sus palabras, dejándole ver de ese modo el rechazo y la desconfianza que su presencia le provocaba.

—Vamos, contéstame, buen samaritano —siguió con el mismo tono punzante—, esa plegaria, ¿a quién va dedicada?

—Eso va por los últimos, por los que han muerto por mi culpa —le respondió pesadamente—. Pues no creo que de los primeros haya ninguno más, dudo mucho que muera alguien más por mi culpa —le interpelló molesto Benjamín, dejándole claras cuáles eran sus intenciones futuras: dejar la lucha armada, para terminar preguntándole—: ¿Acaso tú no rezas?

—¿Quién, yo? —se señaló el aludido con extrañeza, mostrando así lo absurda y disparatada que le parecía semejante pregunta—. Tengo cosas más importantes que hacer —continuó vanidosamente Lope, inclinando el vértice de su mentón hacia atrás.

—¿Me quieres decir que, detrás de esa fachada de desprecio y arrogancia que abarca toda tu figura —recorrió agriamente Benjamín todo el cuerpo de Lope con el dedo índice—, no se esconde un tipo pequeñito lleno de miedos y temores que se ve obligado en ocasiones a buscar amparo en algún Dios o en alguna creencia? Vamos —le soltó con acritud—. No me lo creo. Ni siquiera alguien como tú está libre de esos momentos de flaqueza y debilidad —terminó con virulencia, intentando así recuperar nuevamente el aplomo perdido.

—Yo solo rezo ante el espejo —inició molestó su contestación Lope—. Solo lo hago cuando veo una imagen mía —continuó desafiante—. Solo me arrodillo única y exclusivamente ante ella —finalizó con una sonrisa retorcida a causa de la ocurrencia que acababa de tener, al haberse situado, de ese modo y con desdén, por encima de Dios y del resto de mortales con los que compartía su existencia.

—Ya —respondió Benjamín con un tono cargado de rechazo hacia individuo con el que estaba hablando y con el que no paraba de discutir últimamente. Eran ya tantos los días que habían pasado desde que iniciaron la misión, que ya se habían convertido en semanas. El sujeto que contemplaba plantado desafiante frente a él había sido designado por la Dirección como un

integrante más del comando, y así se había convertido en su eventual compañero de viaje, al menos hasta que consiguieran regresar a casa, si es que alguna vez lo conseguían, ya que, a medida que iban pasando los días, la salida de donde se hallaban refugiados se intuía más lejana y complicada.

—La verdad es que no me esperaba menos de ti —le soltó finalmente, al tomar cuerpo en su interior de un modo definitivo la certeza de la naturaleza del hombre que tenía delante, que no era otra que la de hallarse ante un ser irracional del que no se podía esperar ninguna postura razonable, y menos aún una contestación que llevara incluida algo de sentido común.

—¿Y tú? —le interrogó con curiosidad a la mujer cuya menuda figura había aparecido nuevamente en el salón y se dibujaba por detrás de Lope—. ¿Tampoco crees en nada, como él? —le preguntó anhelante, deseando que su respuesta no fuera la misma que la que acaba de escuchar y así, al menos, tener el consuelo de no ser el único que pensaba y sentía de semejante modo.

—Digamos que aún no he conseguido perdonar todos esos dogmas con que nos adoctrinaron desde niños —le respondió con suavidad Solange, desplazándose un poco hacia la derecha para poder verlo mejor.

—¿Y eso? —dijo con extrañeza Benjamín—. No te entiendo —la emplazó con su incomprensión a que continuara y se explicara con una mayor claridad.

—Ahora mismo te lo explico: sobre todo ese conjunto de palabras vacías que conforma el adoctrinamiento religioso al que hemos sido sometidos desde bien niños —empezó a aclararle la mujer—, mi entendimiento y razón han colocado una gran losa y un enorme sentimiento de rechazo ante todo lo que lleve por nombre *Iglesia* y por apellidos *católica apostólica romana*. Todo lo que tenga que ver con ella y con los suyos.

—¿No crees que ese sentimiento es exagerado?

—No, solo tienes que echar una mirada atrás en el tiempo y ver todo lo que ha acontecido desde su nacimiento. Ese enorme manto con que se ha vestido a la Iglesia y que ha sido elaborado con unas manos manchadas por oscuros intereses, ensuciadas con la soberbia de creer que estaban en posesión de la verdad. Aún no llego a comprender cómo hay gente que siente afinidad por ella, ya que todo lo que se hacía en su nombre estaba bien hecho y perdonado, hasta las mayores aberraciones. No te puedes ni imaginar la cantidad de vidas inocentes que han sido segadas en su nombre y en el de ese Dios al que dice representar y al que tú con tanta ligereza pareces acudir —finalizó Solange molesta.

—Te recuerdo que no es la única religión que ha regado con sangre la Tierra —le informó Benjamín.

—Solo he conocido a esta y, por lo tanto, es la única que puedo juzgar —le apuntó la mujer—. El peso de ese apreciado manto, al que tú tanto veneras, ha ido aumentando lentamente sin descanso en el transcurrir de los tiempos, al ser continuamente aderezado con todas las mentiras con que se ha ido engalanando desde que fue confeccionado en el principio de los tiempos.

—Te vuelvo a decir que eso es una constante en nuestro pasado, siempre mueren inocentes, y no es

haber dejado muertes a su paso un legado único de la Iglesia— apuntó Benjamín, mientras Lope, a su lado, escuchaba callado la conversación, sin querer saber de lo que estaban hablando.

—Veo que, por mucho que te intente convencer, vas a seguir defendiendo a tu querida Iglesia. En cambio, sí que te puedo asegurar que en el nombre de su enemigo más odiado, el demonio, no se han cometido tantas atrocidades, ni ha habido tantas pérdidas humanas. Estas, ni por asomo, se pueden comparar en número —le soltó maliciosa, dándole la puntilla con aire provocador con esta última afirmación.

—Eso es lo que tú te crees —respondió sonriéndole sin ganas Benjamín—. Precisamente, ese es el mayor logro de ese ser del que tan orgullosos parecéis estar y al que tanto os complace servir.

—¿Sí? No me digas.

—Sí, claro. Su mayor victoria consiste en que sean cometidas atrocidades en nombre de su mayor rival, Dios, y cargarle la culpa de todas las salvajadas cometidas por él. Si no, dime: ¿quién crees que está detrás de todo lo que me estás hablando, Dios o el demonio? ¿De quién es más propio actuar del modo en que tú dices, de uno o de otro? ¿Quién busca el bien? ¿Quién no? ¿Quién utiliza al hombre?

—Los dos. Los dos nos utilizan a su antojo —le respondió sonriéndose la mujer.

—¿Quién se sirve de sus debilidades y miserias? ¿Uno u otro? —le siguió retando con ese nuevo interrogante, dejándolo en el aire flotando ante los ojos de Solange.

—Ambos. No te equivoques Benjamín, de existir Dios y el demonio, nosotros no seríamos más que simples peones que, tanto uno como otro, utilizarían para ganar esa estúpida batalla por el poder. Todos nosotros somos piezas prescindibles. De existir ambos, todas mis simpatías van destinadas hacia el que ha unido su destino a nuestra especie y nos lleva acompañando desde que cayó aquí —concluyó la mujer haciendo referencia al ángel caído—. Qué claro parece tenerlo todo. Créeme cuando te digo que quisiera tener tu fe, y que muy pocas cosas me complacerían más en esta vida que creer en lo que tú crees y con la fuerza que tú lo haces —le respondió lentamente Solange mientras contemplaba cómo, a su espalda, Lope se dirigía molesto al cuarto de baño, ladeando una y otra vez la cabeza en gestos de desaprobación hacia Benjamín. Los dos se quedaron en silencio oyendo cómo este se iba alejando descalzo por el pasillo, ya que sus pesados pasos se escuchaban retumbando sobre el suelo.

Capítulo XXIV.

Covadonga

El sonido del miedo es el más inquietante y terrible que he escuchado jamás en mi vida. Es ese sonido que te envuelve cuando tus miembros se paralizan por el terror y entonces tu mente no es capaz de ofrecerte ninguna salida. Tanto si has salido bien como si has salido mal de ese momento de pánico, el que lo ha escuchado en alguna ocasión jamás consigue olvidarse de él ni de su entonación. El sonido del miedo no es otro que el del silencio.

Ese mismo sonido era el que había escuchado por partida doble en muy poco espacio de tiempo, primero al asaltarme el sujeto que estaba completamente ebrio, y luego, más tarde, al encontrarnos con los cabezas rapadas.

Ese era uno de los precios que se tenía que pagar por ser periodista, dejar a un lado todo lo que nos pueda alejar de nuestro objetivo: olvidar los miedos. En esa ocasión, esa vocecilla interior que algunas veces escuchaba me estaba preguntando si también tenía que olvidarme de los sentimientos.

La plaza nos había recibido con un cálido saludo, el que nos ofrecía el sol primaveral de la mañana que se colaba de rondón por entre los edificios que la abrazaban. Detrás de nosotros, acabábamos de dejar el arco de mampostería que sustentaba un pasadizo elevado que hacía las veces de umbral y que nos mostraba el espacio abierto que aparecía ante nosotros.

La luz del sol hacía ya varias horas que se había encargado de descorrer las cortinas de la oscuridad de la noche anterior. Con esa claridad podía apreciar mejor el rostro de mi joven acompañante, que estaba salpicado de lunares. Su semblante había permanecido oculto a mis ojos debido a las penumbras que nos habían acompañado en nuestro paseo nocturno por la ciudad. Cada nuevo rayo que impactaba en su cara era como un mudo interrogante que le lanzaba el sol. Como única contestación, el astro rey solo recibía calladas respuestas que lo único que hacían era oscurecer un poco más su cara, que tenía el mismo color que su pelo, que no era otro que el cobrizo de la duda. Si a la gran cantidad de pecas que poblaban su cara se le sumaban unos diminutos y vivos ojos marrones, el resultado era el avisado rostro del muchacho que tenía frente a mí, el mismo que me había conducido la noche anterior ante Simón.

Nada más adentrarnos en el espacio abierto de la plaza, se detuvo y me señaló a Simón. Este estaba entre un grupo de personas. El jovencuelo, enseguida, me mostró la palma de su mano abierta para indicarme que él había cumplido con lo pactado y que ahora me tocaba a mí. Sus menudos labios me enseñaron una sonrisa de satisfacción al recibir un nuevo pago por llevarme una vez más ante Simón.

El único gesto de despedida del muchacho hacia mi persona fue calarse hasta las cejas una gorra de béisbol de color rojo que durante todo el trayecto había llevado en uno de los bolsillos traseros de sus vaqueros.

Del grupo de cuatro personas que se hallaban frente a mí, se adelantó unos pasos saliendo a mí

encuentro Simón, en cuya frente plana se había dibujado un pliegue de desaprobación al verme.

—¿Otra vez usted? ¿Qué es lo que quiere ahora? —me soltó cortante cuando llegó a mi altura. Contempló sin inmutarse cómo el chico que me había acompañado se despedía de él en silencio con un gesto, levantando la mano desde la distancia, ya que intuía que no le había hecho ninguna gracia que me llevara donde estaba él.

—Hablar con usted —le respondí cautelosa, intentando que esa arruga de rechazo hacia mí desapareciera lo antes posible de su frente—, y contestarle a la pregunta que me hizo, y es que la diferencia entre alguien que se entrega por dinero y alguien que lo hace por placer, es la libertad de elección, lo que algunos llaman libre albedrío —finalicé suavemente.

—¿Y para decirme eso ha venido? —los párpados caídos del hombre no hacían sino remarcar el recelo con que había sido recibida.

—No, claro que no. Sigo interesada en saber lo que usted vio.

—Y hasta que no lo sepa no me dejara en paz, ¿verdad?

Como única respuesta le ofrecí una sonrisa que iluminaba la delgada línea de mis labios llenos de determinación. Esa fue la única contestación con la que me dirigí al hombre que tenía delante y que con tanta hostilidad me había recibido. No cabía la menor duda de que recordaba perfectamente el modo en que nos habíamos despedido la noche anterior. Mi intención era ir derribando poco a poco las barreras que me había puesto.

—Ya le dije anoche lo que vi. Vuelvo a repetirle que lo que anda buscando con tanto interés se marchó calle abajo a toda velocidad en un coche, y que si quiere averiguar algo más sobre ese vehículo lo único que tiene que hacer es acudir al producto de Wallis. Él le dará la clave de todo. Y ahora, si es tan amable —finalizó dando media vuelta con la intención de dirigirse nuevamente hacia el lugar que ocupaba junto a sus acompañantes.

—Perdone si le digo que estoy cansada de escuchar esa respuesta —salté controlando una ráfaga de ira que amenazaba con enemistarme definitivamente con el sujeto que tenía frente a mí—. El *producto de Wallis* —repetí una vez más, esta vez mascando las palabras con rabia—. ¿Qué es eso? ¿De qué me está hablando cuando me vuelve a repetir una y otra vez lo del *producto de Wallis*? ¿Qué es lo que quiere decirme con eso? ¿Qué o quién demonios era ese Wallis? —le pregunté intentando tranquilizarme.

—Averígüelo usted misma —me soltó molesto. La hendidura que se formaba en el centro de su barbilla se había remarcado aún más, recordándome que no había olvidado aún el enfado que le había provocado la noche anterior.

—Si no me da ningún dato más, no creo que sea capaz de entender lo que me está diciendo —conseguí articular con una dulzura fingida.

—Seguro que una mujer tan inteligente y con tantos recursos como usted podrá descubrir que en el producto de Wallis se halla esa respuesta en la que tan interesada está —me respondió Simón, alargando con determinación la línea casi recta que conformaban sus cejas.

—Siento haberle molestado tanto anoche, no era ni mucho menos mi intención. Solo le dije lo que pensaba, sin más, no creía que iba a provocar esa reacción en usted —le manifesté de un modo afligido, agachando hacia el suelo la punta de mi pequeña nariz redondeada. Con ese gesto intentaba que viera en mí una clara señal de arrepentimiento.

Creía que con ese modo de actuar conseguiría algo, ya que aún estaba fresco en mi memoria que con dinero no iba a sacarle nada. Cada vez tenía más claro que por ese camino no iba a llegar al sitio que quería, por eso decidí comportarme así, para darle un giro a la situación y conseguir lo que buscaba, que era la información que él tenía.

—Ya le he dicho todo cuanto le tenía que decir —dijo con firmeza, mostrándose inamovible.

Nada. Así no iba a ninguna parte, el sujeto que tenía frente a mí no estaba dispuesto a facilitarme de ninguna de las maneras lo que sabía. Siempre volvía a lo mismo, el dichoso Wallis, una y otra vez, y puesto que yo no tenía tiempo para adivinanzas, volví a la carga ofreciéndole de nuevo dinero, para ver si así conseguía algo.

—Estoy dispuesta a pagar bien su información —añadí con la clara intención de provocarlo para conseguir lo que me había propuesto, a pesar de las dificultades que me estaba poniendo. Dado que no se le podía comprar con dinero ni con amabilidad, tenía que haber alguna forma de que se mostrase dispuesto a cooperar conmigo, y yo lo único que tenía que hacer era encontrarla.

—Ya le dije que no quiero su dinero —saltó con un tono encolerizado en su voz.

Al ver que le molestaba mi actitud, seguí azuzándolo:

—No sabe de cuánto dinero estamos hablando —le solté con todo el desparpajo del mundo, sabiendo como sabía que todo el mundo tenía un precio, incluido él. Solo tenía que averiguar cuál era el suyo.

—Ya —me expresó despectivamente, reincorporándose cada vez más al trío que a nuestras espaldas había seguido la conversación con curiosidad y cuyos rostros intrigados nos invitaban a que nos colocáramos junto a ellos—. No hay manera. No lo entiende, ¿verdad? Usted es del tipo de personas que cree que todos tenemos un precio, ¿me equivoco? —espetó irritado.

Como única respuesta, recibió un estudiado y cauteloso movimiento afirmativo de mi cabeza y el movimiento lento de mi mano introduciéndose en el bolso con la intención de sacar la cartera, al tiempo que le decía:

—Sí, es lo que pienso.

—Pues no, se equivoca —molesto, me detuvo con un gesto de la mano—. Ya le dejé bien claro anoche que no quiero ningún billete suyo. Aunque usted crea que todo en esta vida se paga con dinero, aún hay personas que creemos lo contrario.

Al comprobar que no iba a dejarlo en paz, no al menos hasta que le sacara lo que quería averiguar, accedió finalmente a hablar conmigo, invitándome a que me uniera al grupo con el que estaba:

—Acérquese y quizás entre todos nosotros seamos capaces de explicarle que eso no es así, que no todo el mundo se mueve por dinero, que hay cosas que no se pueden comprar.

Esa había sido la baza que había jugado y la que de momento me estaba permitiendo ganar. A diferencia de anoche, ahora Simón se encontraba rodeado de su gente y, por lo tanto, había supuesto que su reacción hacia mí iba a ser diferente, ya que no se iba a marchar sin hablar conmigo como había hecho hacía unas horas. Así que, de ese modo, me uní finalmente al coro de cuatro personas que tenía frente a mí.

—Todo eso lo sé —añadí, recordando, no sabía muy bien por qué, la conversación que tuve con ese policía llamado Bartolomé en el cementerio—, soy plenamente consciente de que aún queda gente que tiene unos ideales o valores en los que no tiene cabida el dinero —le manifesté de un modo complaciente mientras notaba cómo mis cejas se arqueaban al mirar fijamente a Simón. Era un gesto que mostraba la extrañeza que me causaba su persona.

El sujeto de ojos hundidos e inquietos que tenía frente a mí no dejaba de tenerme confundida. Si mis ojos pudieran hablar, gritarían que aún no habían podido catalogar su alma, que permanecía cerrada a cal y canto y que seguía siendo una incógnita para mí. En definitiva, mostrarían un anhelo de querer saberlo todo sobre él, hecho que me tenía totalmente desconcertada, incómoda y confundida, porque estaba presenciando cómo mi mente iba por una parte y mi corazón por otra. Estos se lamentaban ahora calladamente de no saber por cuál de las dos opciones me iba a decidir, puesto que ni yo misma lo sabía.

—Pero todos buscamos siempre algo de alguien, ¿no cree? —concluí señalando con la mirada al resto del grupo. Intentaba hacerle entender que él igual no pensaba como yo, pero quizás alguno de sus acompañantes sí que lo hacía.

—Ese algo que tanto yo como ellos vamos buscando —inició la respuesta remarcando esa última palabra al comprender la intencionalidad de mi comentario—, ahora mismo, es la relación de amistad que tenemos —me dijo señalándome al trío—. Eso e intentar convencer a alguien como usted de que está muy equivocada en sus planteamientos —concluyó sonriendo, levantando con ese gesto sus mejillas y ocultando temporalmente sus pequeños ojos tras ellas—. Si quiere una prueba de todo lo que le estoy diciendo, intégrese durante un rato a nuestro grupo, charle con nosotros y entonces decida si su máxima que dice que todos tenemos un precio en metálico es real o no.

—Me parece a mí que usted está seguro de muchas cosas, ¿no? —le solté un tanto molesta por tener que plegarme a las condiciones que me imponía.

—Solo de algunas —me respondió sonriendo—. Una de ellas es que si no se une a nuestra conversación ahora, lo que quiere sacarme, lo que va persiguiendo con tanto ahínco, tendrá que esperar indefinidamente porque jamás se lo diré, así que usted decide —me retó abiertamente.

—Le he dicho que acepto su invitación. Pero no se haga ilusiones, no creo que me hagan cambiar de opinión ni usted ni sus amigos —le espeté espoleada por mi orgullo—.

Espero que lo que tenga que decirme sea importante. Si no...—dejé la frase inacabada al girarme hacia las tres figuras que me observaban curiosas.

—Esta es —se detuvo un instante Simón para interrogarme con la mirada, puesto que era evidente que, o bien no recordaba el nombre que le había dado hacía tan solo unas pocas horas, o bien hacía ver que era así.

—Covadonga. Me llaman Covadonga —me presenté malhumorada, con dos reproches colgados en mis ojos: el primero indicaba lo que me estaba costando conseguir esa información, y el segundo se mostraba aún mayor por hacer ver Simón a todos que ya no recordaba el nombre con que me había presentado—. Lo primero, buenos días —me dirigí un tanto molesta hacia el grupo.

Los dos hombres y la mujer que formaban el trío nos habían estado observando con atención y, ahora, tras devolverme el saludo, desviaron su mirada hacia el sujeto que estaba junto a mí, lanzándole calladas preguntas que solo recibían como respuesta una tímida sonrisa por su parte.

—Veréis, Covadonga es de ese tipo de personas que cree que el único motor que mueve el mundo es el dinero y los intereses que este genera. Ella cree que todos tenemos un precio, que consiste en una determinada cantidad de dinero — señalándome, inició Simón de ese modo su explicación.

—Ya vemos —dijeron al unísono con desprecio.

—Vamos a ver —intenté defenderme como pude de las miradas de desaprobación y rechazo que salían del grupo—. El hecho de que yo crea en esa afirmación no significa que la lleve a cabo. Lo que sí creo es que es una estupidez intentar negar esa máxima. Nos guste o no, es así. Vivimos en un mundo que solo obedece a intereses económicos. Los países y grandes corporaciones no se mueven en función de lo que está bien o mal, sino en función de sus intereses, y eso creo que lo sabemos todos.

—Entonces usted cree que todos tenemos un precio — reflexionó en voz alta Simón, repitiendo lo que tantas veces había dicho ya.

—Así es —añadí—. Hasta alguien tan esquivo como usted tiene un precio, estoy convencida de ello. ¿O acaso me va a decir que no es así? Sé que resulta feo y desagradable, pero es así, y ese modo de actuar ha ido calando hasta la sociedad, donde las personas de a pie han recibido ese mensaje y lo han acogido como propio. Si no, os voy a proponer una especie de juego —les comuniqué intentando de ese modo retomar el mando de la situación y que, con Simón de por medio, tanto me costaba alcanzar—. Para demostrar que no me equivoco, que estoy en lo cierto, os invito a que me comuniquéis quién es vuestro ídolo y vuestro ideal más valorado.

»A ver, decidme quiénes sois vosotros —les pregunté con curiosidad a dos de los integrantes del trío que me habían estado observando con anterioridad, concretamente a la chica y al joven que permanecía pegado a ella.

El joven iba ataviado con unas botas negras, unos vaqueros raídos y una camiseta sin mangas con una enorme *A* inscrita en un gran círculo. Tenía una mirada tímida, con la que me observaba sonriéndome.

—Somos, somos... —había iniciado la frase el chico, buscando con ahínco una respuesta que resultara comprensible para los allí presentes. La pregunta tan directa lanzada por mí había conseguido bloquearlo y este, de un modo estéril, solo era capaz de repetir, atenazado por la duda,

una y otra vez—: somos los... somos los...

—Se podría decir que somos los hijos bastardos del capitalismo —saltó la joven de su lado como un resorte, ayudando a su acompañante que se había quedado sin palabras.

—Esa es mi chica —exclamó sonriendo el sujeto de rostro cónico y piel oscura como una noche sin luna que estaba junto a ellos y que hasta entonces había permanecido en silencio. Con los ojos muy abiertos, había mantenido fija su mirada sobre mi persona. Asintiendo y sonriendo, contemplaba orgullosamente a la pareja de jóvenes que a su lado se habían fundido en un fuerte abrazo.

—¿Qué quieres decir con eso? —me dirigí directamente a la joven que me había contestado, cuyo rostro ovalado me mostraba una mirada llena de pasión y orgullo, guardando para mejor ocasión la languidez con la que me había recibido.

—Lo que acabas de oír —me respondió levantando sus pequeños ojos negros hacia mí—. Algunos nos llamáis antisistema, otros, *okupas*, otros nos meten en el saco del movimiento antiglobalización. Yo te agradecería que me llamaras simplemente como lo que soy: una anarquista — concluyó irguiendo su pequeña barbilla desafiadamente.

—¿Cuál es vuestra pretensión? ¿Por qué lucháis? ¿Contra qué os rebeláis? —la interpele, dándole cuerda para que se explicara y así poder atraparla con sus propias palabras.

—Luchamos contra el poder establecido, contra todos los órganos que este articula para seguir ostentando dicho poder y contra todas las formas de represión que utiliza el Estado contra sus ciudadanos —sentenció el joven que con anterioridad se había quedado mudo, mirando orgulloso a la joven de su lado, lanzando una sonrisa cargada de vanidad al contemplar el gesto de asentimiento que esta hacía con la cabeza y recuperando con ello parte de la autoestima perdida en la anterior intervención—. Luchamos por la libertad — finalizó con éxito.

—Todo eso es muy bonito. Pero ¿no creéis que vuestro planteamiento está un poco, por decirlo de algún modo suave, desfasado? —intervine un tanto cansada de escuchar siempre el mismo estribillo entre ciertos jóvenes que aún se postulaban como acreedores de la posibilidad de cambiar el mundo.

—No voy a tolerar que una burguesa como tú me diga que la lucha por la libertad es un hecho anacrónico —dijo molesta la joven—. Entiendo que alguien como tú, que ha sucumbido a los encantos de la comodidad y de la opulencia, tuerza la vista hacia otro lado, pero de ahí a llamarnos *objetos del pasado* va un abismo, y repito, no voy a tolerarlo. Y si crees que la pulsión que tiene el hombre de ser libre desde la antigüedad es algo anticuado, es que estás mal, muy mal — finalizó contrayendo su frente, mostrando un más que evidente malestar.

Intenté defenderme como pude de ese inesperado ataque de dignidad por su parte, recurriendo a los pocos datos que aún recordaba sobre el tema.

—Pero, en cambio, vuestra ideología viene de un tiempo ya pasado y caduco, tuvo lugar en el siglo XIX, gestado por los hijos de la Revolución francesa. Si no recuerdo mal, la idea actual la acuñó un tipo llamado Proudhon ^[40]. Y no me negarás que esta se sustenta gracias a gente como

Bakunin^[41] y Kropotkin^[42], ¿no?

—No, eso no te lo voy a discutir, sin embargo, casi diría que nuestra forma de pensar arranca desde que el hombre es hombre. Por necesidad, para poder sobrevivir, ha tenido que estar sometido al más poderoso y, por lo tanto, ha visto su libertad ultrajada. Siempre se ha visto obligado por las circunstancias a ceder parte de su libertad a cambio de protección. En cuanto a los que acabas de nombrar, de los que la mayoría no tenéis ni la menor idea de quiénes son y calificáis como padres del anarquismo, te diré que, de los tres, Kropotkin es el único que aún tiene un pase —dijo altivamente la joven—, tanto en sus planteamientos como en el hecho de que se mantuviera fiel a unos principios por los que había luchado desde su inicio. Del primero que has nombrado, lo único que puedo decir es que tuvo un bonito sueño y lo llamó anarquismo, solo eso. Era un sujeto pusilánime y bien intencionado que soñaba despierto —su tono había dibujado un envoltorio de desprecio y repulsa al citar al sujeto mencionado, para continuar diciendo—:

»Y, desde luego, creo que es intolerable que metas en el mismo saco a esa serpiente que obedecía al nombre de Bakunin —su voz se había tornado más visceral, mostrando un enojo y una furia dedicados a tal personaje—. Él inyectó su veneno más letal, escondiéndose tras los pliegues de la confianza, que fue invitar descaradamente a sus hermanos anarquistas a abrazar el socialismo y, con ello, olvidar la lucha por la libertad, que es en realidad nuestra esencia más preciada, sin la cual no somos nada. Intentaba que nos creyéramos el embuste que iba moldeando con esa idea delirante que iba pregonando, creando una figura muy estrecha, larga y quebradiza como su mente. Quería convencernos describiendo a la izquierda como esa mezcla de ideas similares que estaban emparentadas con la igualdad y con la justicia del desfavorecido. Todo eso no tiene nada que ver con nosotros, puesto que aspiramos a una sociedad sin gobierno, no a un gobierno que sea más permisivo con nosotros. Ese sería nuestro ideal, no otro —remató la joven con esa frase su discurso cargado de pasión, contestando así a una de las preguntas que les había hecho con anterioridad.

En esos momentos, mientras contemplaba a la joven, que parecía ser un retrato mío de juventud, eso sí, mejorado, no pude evitar que mis ojos le lanzaran calladas preguntas a la muchacha. Cada una de ellas volvía hacia mi persona sin respuesta.

La primera trazaba en mi mente una espiral de inquietud: ¿tanto había cambiado yo desde entonces? ¿Tan grande había sido mi evolución que esa cortina del día a día la había tapado y ahora, de un tirón, la joven se había encargado de correrla? Y, por otro lado, ¿sufriría la jovencita de enfrente el mismo cambio que yo misma había sufrido y, con el paso del tiempo, pasaría a ser deudora de unos ideales dejados atrás, como tantas otras cosas?

De ser así, contaba al menos con la tranquilizadora presencia del joven que estaba junto a ella, porque tenía la certeza de que, en ese cambio, contaría con su apoyo. Ahora la miraba con unos ojos que, a cambio de pedir prestado un poco de cariño, le ofrecían un mucho de admiración y otro tanto de amor. Pero la pregunta que había dejado vagar libremente por mis pensamientos y que estaba martilleando sin cesar sus paredes era: ¿adoptaría dentro de unos años posturas menos extremistas o, por el contrario, seguiría fiel a sus planteamientos actuales? Esa segunda opción me provocaba una enorme desazón, pues, de ser así, me contemplaría a mí misma como un fracaso, ya que por el paso del tiempo me había visto incapaz de seguir luchando por los ideales que con tanta fuerza y pasión había defendido años atrás, plegándome con ello a los mandatos de la realidad.

—Pero no me negarás que me estás hablando de algo pegado a la raya de la utopía, ¿no? —continué, ahora gratamente sorprendida por la joven que tenía frente a mí y que, con simpatía, contemplaba como un reflejo propio de no hacía tanto tiempo.

—También era una utopía —consiguió la entrecortada voz de la joven rescatarme del laberinto en el que me había metido— llegar a la luna, y se llegó. También puede resultar utópico que hace dos mil y pico años germinara por el mundo la idea del amor como la clave que habría de sustentar nuestra especie, y surgió. También era una utopía que una idea global de la humanidad diera como fruto la ONU, y se consiguió, aunque esta se haya convertido en una fulana más del poder contra el que lucho, claro —siguió cabizbaja—. También era una utopía...

—Vale, reconozco que no tengo argumentos teóricos a mano con los que enfrentarme a ti en estos momentos —al decirlo mis cejas se arquearon aún más y de mis ojos partió una mirada cargada de reproche hacia Simón, que contemplaba sonriente la escena, viendo cómo la joven me estaba poniendo contra las cuerdas—. En cambio, sí tengo a mi alcance todo cuanto veis —sentenció abarcando con la mano todo cuanto me rodeaba—. La realidad. ¿No creéis que os estrellaréis contra ella, una y otra vez? —concluí avisándoles de lo que se iban a encontrar al final del camino, y que no era otra cosa que un muro llamado *realidad*. Fue más un aviso que un reproche lo que quise lanzarles, para así evitar que chocaran contra él.

—Puede, pero no por ello vamos a dejar nuestra lucha de lado, lo contrario sería muy cómodo, ¿no crees? —me soltó la muchacha maliciosamente al ver que flaqueaba.

—De todos modos —intentaba esquivar del mejor modo posible sus andanadas—, ¿cuál es vuestro referente ideológico? ¿A qué rama os agarráis cuando bajo vuestros pies se abre el abismo de la duda? —retomé el turno de preguntas evitando caer en la provocación, aunque un poco molesta con la actitud tan beligerante que la joven estaba adoptando hacia mí.

—A Ned Ludd [\[43\]](#) —contestó sin la menor duda— y todo el movimiento que surgió en Inglaterra en las primeras décadas del siglo XIX gracias a él: el ludismo. Ese, quizás, sería el faro que seguiríamos en las noches oscuras, aunque lo verdaderamente importante es su legado. Él nos enseñó la fuerza que podíamos tener al controlar y poder destruir la herramienta con que el poderoso nos sigue aplastando a través del capitalismo, él nos mostró que en nuestras manos estaba romper esa esclavitud encubierta con que el proceso productivo satisface a su amo, él nos preparó para la lucha contra el opresor. No solo nos dijo que ya estaba bien, sino que nos enseñó el modo de romper esas ataduras.

—¿Me estás diciendo que el fin justifica los medios? —le cuestioné finalmente, cansada de su tono tan agresivo hacia mí. Ya iba siendo hora de que esa joven recibiera una contestación apropiada por mi parte.

—Yo no he dicho tal cosa —me respondió incómoda, consciente de que había metido el dedo en la llaga y de que todo su universo de ideas estaba sustentado sobre una base con un punto débil: la intolerancia.

—Pero la situación ya no es como era, ¿no? Me estás hablando de la eclosión de la Revolución Industrial y los desajustes a nivel humano que los primeros años de esta provocaron en el hombre.

Sinceramente, creo que las circunstancias que nos rodean ahora no son las mismas que las de entonces, estoy segura de que las condiciones de trabajo ya no son igual que antes, al menos aquí, y, por lo tanto, creo que vuestras reivindicaciones ya no tienen razón de ser. ¿Qué opináis de todo esto?, ¿no creéis que vuestra lucha ya no tenga razón de ser?

—Los regímenes democráticos que hay instaurados en ciertos países no son sino la fachada de una maquinaria opresora cada vez más sofisticada —terció el joven limpiándose una imaginaria mota de polvo de la vocal que tenía impresa en la camiseta negra—. Y ni que decirte de los que no son democráticos —concluyó.

—¿Acaso crees que bajo la pomposa alfombra llamada *Estado democrático de derecho* no se esconden torturas y vejaciones? —saltó nuevamente la muchacha—. ¿Que porque los medios empleados ahora para recoger los restos que se esconden bajo esta sean más elaborados y sofisticados, estos no suceden? Lo único que se ha hecho es sustituir la escoba por la aspiradora para recoger la inmundicia que se forma bajo ella, nada más que eso —concluyó desalentada.

—¿Y tú, qué me contestas? —le pregunté a su acompañante, más porque no se sintiera ignorado que por otra cosa, ya que sabía que no iba a aportarme nada nuevo.

—Lo mismo —me respondió apurado el joven—, nuestro ideal es la libertad en su máxima esencia, y como único camino para poder conseguirla solo existe la anarquía.

—Verá, señorita —tomó la palabra en ese momento el hombre más adulto del trío que acompañaba a Simón. El tipo nos había estado escuchando en silencio durante todo este tiempo—. No niego que usted viva en un mundo que, tal y como lo ha descrito, sea tan inhumano y carente de sentimientos —prosiguió con ese acento acaramelado que solo pude provenir de un lugar donde las enormes extensiones de caña de azúcar plantada son recorridas por la brisa del Caribe, siendo la gente que vive allí continuamente endulzada por ella—, pero el hecho de que eso sea así para usted no significa que todo sea igual para los demás —tras finalizar su breve exposición, procedió a ir retirando con su mano unas arrugas imaginarias de la camiseta de algodón blanca que llevaba puesta, que contrastaba enormemente con su piel negra y su pelo ensortijado.

—¿Si eso es así, qué hace usted aquí? —le reprendí con cierta dureza, quizás cansada de tantas palabras que no se acercaban a la realidad—. ¿Qué hace aquí tan lejos de su tierra? ¿Acaso con usted el mundo que nos rodea no fue igual de inflexible que con el resto de nosotros?

—Verá —inició la respuesta un poco turbado, levantando un poco la mirada y siguiendo con esta el curso de una solitaria nube baja que momentáneamente se había interpuesto entre nosotros y el sol—. Estoy aquí precisamente por eso. Esa es una de las causas que me incitó a salir de la isla y venir aquí. Allá había perdido un poco la fe en todo lo que había visto y hecho de chico. Vengo de un mundo muy distinto al suyo. Allá, para nosotros, no existía el dinero ni las comodidades que este pudiera ofrecerte. Allá todos íbamos en busca de esa zanahoria que desde chicos sostenían ante nuestras narices, llamada *revolución*. Todo sucedió muy rápido. La verdad es que no me dio tiempo a pensarlo muy bien —su frente redonda se plegó hacia el suelo al intentar recordar ese episodio de su vida, esperando que los tonos grises del empedrado de la plaza fueran más benévolos que sus recuerdos—. Había mucho jaleo, mucha gente. Lo único que se escuchaba era, al principio, un murmullo, y al final, todos a una, como si fuéramos una única voz, empezamos a

gritar

«libertad» una y otra vez, una y otra vez —al mirarme de nuevo, sus ojos negros me mostraron una mirada ansiosa—. Verá, señorita, yo soy, permita que me presente, Walter Samuel Alvarado, para servirla, y lo que he hecho siempre desde chico ha sido expresar con mi cuerpo lo que siento: soy bailarín.

—Aún no ha contestado a mis preguntas —le reproché, clavando mi mirada en los ojos huidizos del hombre.

—Se lo estaba diciendo, señorita —me reprendió con suavidad—. Si tengo que nombrar un ideal, una añoranza, algo que he perseguido con ahínco durante mucho tiempo, este, sin dudarlo, sería la libertad. Para alguien como yo, que ha carecido de ella durante toda su vida, esta se convierte en su mayor anhelo, se lo puedo garantizar. —Hizo una nueva pausa en su relato para contemplar el paso de una imaginaria ave sobre nuestras cabezas—. Como le iba diciendo, a mí el baile lo que desde niño me provocaba era precisamente eso, una enorme sensación de libertad y felicidad, y siendo muy joven conseguí incorporarme en un grupo de danza de mi país. Entonces, no dejaba de escucharles esa palabra una y otra vez, pensé que nada malo podía sucederme al lado de todos ellos y que siguiéndoles alcanzaría la dicha. La cosa es que ese gusanillo de la libertad se me metió aquí —se interrumpió palpándose la mata de pelo rizado que envolvía su rostro redondeado — y no paraba de repetirme lo mismo una y otra vez, ya sabe: «libertad», empezando a dar como resultado la imagen de un caballo blanco al que pronto me atreví a cabalgar y cuyo galope cada vez era más desenfrenado, hasta que terminó desbocándose. Así que, un buen día, cuando el grupo de danza en el cual estaba integrado estaba de gira por el extranjero, decidí probar junto a unos compañeros el amargo bocado de la libertad, y aquí me tiene, esperando —concluyó penosamente.

—¿Esperando a qué? —le interpeleé con curiosidad y delicadeza, ya que en realidad la pregunta que pugnaba por salir de mi boca era si había conseguido cabalgar sobre ese caballo salvaje llamado *libertad* o bien había sido arrastrado por él.

—A que mis camaradas vuelvan aquí a recogerme, tal y como acordamos —me confesó con apenas un hilo de voz, sin convicción alguna en sus palabras.

—Entiendo —añadí—. Me ha señalado un ideal, que es la libertad. ¿Y un ídolo?, ¿cuál es el suyo?, ¿o quizás estos ya no tienen ninguna cabida en su interior? —le pregunté al ver la desesperanza en el rostro del hombre que tenía enfrente.

Después de estar un rato meditando la respuesta, finalmente dijo:

—Mire, señorita, hasta no hace muchos años le hubiera dicho que Fidel^[44], con total seguridad, sin dudarlo lo más mínimo. Ahora, con el paso del tiempo, me quedo con Che^[45].

—¿Y eso? —le pregunté.

—Eso... eso tiene que ver con que al primero le he visto gobernar y liderar a un país durante mucho tiempo, tanto que he podido comprobar cómo su cerrazón ha hecho mucho daño a ese pueblo que liberó y ayudó en su momento, tanto que creo que lo mejor que podría hacer es apartarse a un lado y dejar que ese país, mi país, siga su propio camino, no el suyo o el de sus

allegados. Me quedo con el segundo porque, como ustedes dicen, fue un melón sin abrir respecto del cual, al menos, albergo el beneficio de la duda, puesto que murió con tantas cosas por hacer que no sabemos hasta dónde hubiera podido llegar.

—Antes me ha dicho que estaba aquí esperando a sus amigos, esperando que vinieran a por usted. ¿Hace de eso mucho tiempo? —le pregunté con la mayor delicadeza posible, puesto que sabía que estaba abordando un tema muy delicado para él.

—Va para dos años —respondió dolorosamente—. Aunque le he de decir que son gente de palabra. Seguro que si no han venido es porque, o bien no han podido, o bien la situación aún no es la propicia, pero cuando vuelvan mis pies se elevarán una vez más sobre los más prestigiosos escenarios. Algún día vendrán, seguro —concluyó acercando cansadamente su barbilla plana al suelo enlosado de la plaza.

—Seguro —le solté condescendiente dando de ese modo por terminada mi conversación con el sujeto, pues no quería profundizar más en su herida.

—Vaya con tus amigos —le solté un poco turbada al girarme hacia Simón, dejando de ese modo que el hombre con el que acababa de hablar se rehiciera, dándole un tiempo para reponerse y volver a creer en esa promesa incumplida que le había traído hasta allí, ya que su rostro delataba con pena que el tiempo pasado le pesaba cada vez más.

—Son buena gente —me aclaró Simón, que no había perdido detalle de todo lo que se había hablado.

—Bien —le dije finalmente con aceptación, girándome hacia la joven que aún continuaba cayéndome bien, incluso después de la discusión que habíamos mantenido, porque sabía que la mayor parte de las argumentaciones que me había dado eran ciertas. Sin embargo, ella aún continuaba mostrándose hostil hacia mi persona—. Yo no estoy aquí para juzgaros, no he venido a eso, solo he aceptado la invitación que me ha hecho vuestro amigo Simón para intentar convencerme de que estaba equivocada. Visto que nadie me va a hacer cambiar de opinión, al menos de momento, creo que es mejor que dejemos esto aquí, ya que en realidad a lo que he venido es a hablar con él. Y ahora, si no os importa, me gustaría estar a solas con vuestro amigo. De todos modos, si tenéis algo más que decirme... —invite a los jóvenes.

—Nada, solo decirte que, desde el país en el que resistir es una victoria y mantenerte fiel a tus principios una hazaña, un saludo —sentenció la joven llena de orgullo, apartando sus largos y negros mechones en forma de rastas que le caían sobre el hombro, mostrándome una camiseta fucsia que era recorrida en diagonal por la palabra «Pixies»^[46], la cual asomaba desdibujada bajo las jóvenes curvas de sus senos.

Aún contemplaba confusa ese vendaval de rasgos juveniles entre los que se acertaba a bosquejar la mujer en la que un día se convertiría, y cómo me había arrollado con sus palabras. A pesar de todo eso, no pude evitar que mis labios se distendieran en una sonrisa de admiración y reconocimiento, con la que venía a decir: «¡Vaya con la niña!».

—¿Y tú? —me preguntó curiosa al ver que mi intención era marcharme de allí con Simón—, ¿a quién escondes en la puerta interior del armario de tu habitación? — me cuestionó mordaz, en

clara referencia a los pósteres de cantantes que la mayoría de los adolescentes guardaban, guardan y guardarán en ese lugar tan íntimo, reservado única y exclusivamente para sus ojos.

Mi primera reacción a la nueva embestida lanzada por la joven, fue una sonrisa al recordar la imagen de un Miguel Bosé que, embutido en unas ajustadas mallas y sonriéndome con un rostro angelical, aparecía en la gran fotografía que había vestido durante mucho tiempo mi armario ropero.

—No te confundas, guapita —aquí el tono de mi voz se endureció—. Mis héroes son anónimos. Si tuviera que decantarme por alguien, ese alguien, sin la menor duda, sería Hernaldo Salgado, don Hernaldo Salgado —maticé con orgullo.

—¿Quién es o era ese? —me preguntó la joven mostrando abiertamente la extrañeza que le provocaba el nombre que le acababa de dar.

—Mi padre —respondí con convicción y con orgullo.

—¿Qué hizo para que lo tengas en tan alta estima, si puede saberse? —me interrogó nuevamente.

—Luchar por lo que creía sin arredrarse nunca —le contesté con aspereza.

—¿Y por qué luchó?

—Luchó contra el miedo, contra la barbarie, la intolerancia y la sinrazón. Batalló contra todo eso con tanta eficacia, llegó a hacerlo tan bien, que lo mataron por ello —le solté finalmente, visiblemente dolida.

—Vaya —fue lo único capaz de decirme la joven con cara de sorpresa.

—Como no quiero que guarde un recuerdo amargo de nuestra charla, señorita—saltó inmediatamente el hombre de color a nuestro lado—, ahora la voy a obsequiar con un baile, voy a bailar para usted y gratis —terminó, mostrándonos en sus dos grandes ojos negros el brillo de una esperanza que vivía en ellos de prestado y que luchaba para no desaparecer.

Como no encontró una pareja dispuesta a concederle el baile que nos iba a ofrecer, ni corto ni perezoso tomó por la cintura el pedestal de mármol gris de la estatua esculpida en bronce que se hallaba detrás nuestro, transformándose de ese modo en su pareja. Desde su posición elevada, la silueta de bronce lo observaba calladamente, mostrando reflejada la severidad en sus ojos, ofreciéndole ceremoniosamente su mano derecha para iniciar el baile.

Del enorme cuerpo negro y de su cálida voz empezaron a salir los siguientes versos:

— *¿Dónde está la Má Teodora?* ^[47] —inició con una voz que intentaba esconder la nostalgia que tales palabras le provocaban.

El movimiento de sus caderas era circular, era una forma de decir a los captores de sus antepasados que ni la rigidez de las cadenas con que los mantenían apresados podría borrar sus ansias de libertad, ya que sin estas estarían muertos.

— *Rajando la leña está ...* —continuó bailando el sujeto.

Mientras bailaba, era como si dejara la tierra bajo sus pies y se deslizara sobre las aguas. Mostraba de ese modo que el baile que había aprendido en su tierra natal tenía su origen en los esclavos africanos y que para ellos el baile era su mayor vía de escape, ya que se había convertido en el refugio de su esclavitud y era la única forma de sentirse libres. Cada paso que daban bailando los acercaba un poco más a esa ansiada libertad.

Su cuerpo se balanceaba lentamente, dibujando sus pies cuadrados en el suelo.

— *Rajando la leña está ...* —siguió cantando lentamente el individuo.

Una enorme tristeza se desprendía de la figura que danzaba frente a nosotros, ya que los pasos que marcaban el baile que estaba realizando eran unos pasos erráticos y ciegos, daban la sensación de no saber hacia dónde conducían al sujeto. Cada paso del baile que estaba interpretando era como una huida hacia ninguna parte, y la impresión que recibíamos al ver su melancólica forma de mecerse era que, si se detuviera, la verdad lo alcanzaría, dejando dolorosamente herida su alma para siempre.

La danza fue terminada por un policía que se había dirigido al hombre, amonestándolo por haber irrumpido sobre el parterre que acogía el conjunto escultórico. En el pedestal de su improvisada pareja de baile, se hallaba grabada una redondilla escrita por Lope de Vega, que servía como tributo al personaje que encabezaba la talla que se hallaba frente al grupo y que, vanidosamente, exponía:

Rey servido y patria honrada dirán mejor quién he sido con su palo y su bandola,

por la cruz de mi apellido y por la cruz de mi espada.

Mientras todo ello sucedía, finalmente habíamos conseguido separarnos unos metros del grupo, del que lo único que escuchábamos ahora eran las quejas de la joven hacia el comportamiento del policía. Sobre ellas quedó flotando en el aire por encima del resto la palabra «opresor» pronunciada por la joven, lo cual les dejaba bien claro que el trío que habían dejado atrás podían apañárselas perfectamente solos.

—¿Y los tuyos, Simón, cuáles son? —le pregunté al hombre al que acababa de encararme—. Todos hemos contestado a las preguntas, todos menos tú —le censuré. —¿Alguien a quién admirar y algo que merezca la pena? —se preguntó con cierta ironía, como si no existiera para él ninguna de las dos cosas que le decía.

—Así es —le respondí invitándole a que me diera alguna respuesta.

—Ese alguien sería, sin la menor duda, Srinivasa Ramanujan^[48]. Sí, esa sería quizás una persona digna de admirar, y una debilidad: las funciones modulares^[49], concretamente, la fracción continua de Rogers-Ramanujan — me respondió tímidamente, recorriendo con su mirada las losas que conformaban el suelo de la plaza en la que nos hallábamos.

—Conque Srinivasa y las funciones modulares, ¿no? —le pregunté estudiándolo de arriba abajo

con desconfianza.

—Así es —me respondió aguantándome, ahora sí, la mirada.

—¿Quién es o era? —le pregunté finalmente.

—Era, pues murió bastante joven. Tenía solo cuarenta años cuando lo hizo, y un universo matemático todavía por transmitirnos. Se llamaba Srinivasa Ramanujan —me repitió Simón.

—¿Qué era, un matemático?

—Sí, fue un brillante matemático hindú.

—¿Y por qué esa predilección por él? —Me mostré una vez más como me mostraba ante él: curiosa, tremendamente curiosa, con unas ganas enormes de saber lo que había visto y, lo que era peor, de saberlo todo sobre él. —Fue un personaje muy singular —inició su explicación Simón—. Nació en el seno de una familia de brahmanes pobre y ortodoxa.

—¿Qué es lo que lo hizo ser tan peculiar para ti? — quise saber con impaciencia.

—Todo —me reconoció de inmediato—. Fue un genio, un brillante matemático. El más brillante de todos los tiempos, sin la menor duda —me aclaró—. Fue capaz de introducirse de un salto y en solitario en ese misterioso camino en el que nosotros hemos conseguido adentrarnos después de un buen número de genios y siglos intentando desentrañar sus misterios. Fue capaz de redescubrir por sí mismo gran parte de las matemáticas, con la única ayuda que le prestó un libro.

—Vaya, el libro debía de ser muy bueno, ¿no?

—No te creas. A los dieciséis años, un amigo se lo consiguió de la biblioteca local. El título es *Sinopsis of Elementary Results in Pure Mathematics* . El libro lo forman 6165 teoremas. Fue publicado en 1880 y escrito por George Carr para unos exámenes de matemáticas que se hacían en la Universidad de Cambridge, conocidos como los *Mathematical Tripos* . Como su propio mentor Godfrey H. Hardy comentó en alguna ocasión: «No es, en ningún sentido, un gran libro, pero Ramanujan lo ha hecho famoso».

—Entonces, si no fue el libro, fue cosa suya —le apunté.

—Como ya te he dicho, con la sola ayuda de ese libro de matemáticas fue capaz de desentrañar parte de los misterios de ese lenguaje compuesto por signos y números. Después de enviar varias cartas a tres matemáticos británicos conocidos, consiguió que Godfrey H. Hardy recayera en su inmenso genio matemático y lo llevó a Cambridge para trabajar junto a él en

1914. Creo que el mayor talento de ese hombre fue el de reconocer a un genio y no dejar que su orgullo se interpusiera en el camino de este.

—¿Y qué fue lo que descubrió en las matemáticas que hace que lo tengas en un altar?

—Nos dejó como legado una obra llamada *Los cuadernos de Ramanujan* , compuestos por

infinidad de teoremas sin ningún comentario ni demostración, en los que aparecen solo fórmulas matemáticas. Hoy en día, aún no se sabe ni lo que significan muchos de ellos.

»En 1976 se descubrieron accidentalmente, en una caja, ciento treinta páginas en borrador que contienen el trabajo de su último año de vida, al cual se le llama *La libreta perdida*. Entre sus ecuaciones, aparece un espécimen de unas extrañas formas matemáticas conocidas como funciones modulares llamado *función de Ramanujan*.

—Sigo sin entender —le comenté a Simón.

No lograba entender muy bien cómo seguía escuchando sus explicaciones con interés, ya que no tenían nada que ver con el propósito que me había conducido hasta él, pero la cuestión es que escuchaba con atención todo lo que me estaba diciendo. «Ver para creer», sería una de las cosas que, con total seguridad, me diría Sara si estuviera viéndome en esos momentos.

—Resulta —continuó diciendo—, que esa función es clave para satisfacer milagrosamente una simetría que está en la base de la teoría de las supercuerdas. ¿Te suena esto último? —me preguntó con cautela.

—Muy poco, solo sé que es una teoría que intenta explicar cómo funciona la mecánica del universo —le confesé, no muy segura de mi contestación.

—Así es, pero es mucho más que eso, lo que busca es la reunificación de la teoría de la relatividad con la física cuántica y el modelo estándar. ¿Entiendes ahora el porqué de su importancia?

—Algo. ¿Es por eso tu debilidad por las funciones modulares?, ¿porque puede ser la herramienta que nos permita desentrañar el mayor misterio del universo, averiguar cómo funciona? —Sí, así es —afirmó Simón.

—Un tipo muy interesante ese Ramanujan, sí señor — le reconocí con un ligero tono de admiración en mi voz.

—Y muy curioso. Solía decir que la diosa Namakkal le inspiraba las fórmulas en sueños.

—¿Hay algo más que te apasione, aparte de tus matemáticas y tus funciones modulares?

—Había —me contestó tras una pausa muy larga—. Había —volvió a repetir pensativo.

—¿A qué te dedicabas antes, Simón? —me atreví finalmente a preguntarle por su pasado, ya que sus explicaciones sobre las matemáticas me habían dejado enormemente intrigada.

—¿Antes de qué? —me preguntó poniéndose en guardia.

—Antes de esto —le contesté señalándole al trío que habíamos dejado atrás.

—Enseñaba. Era profesor —me contestó finalmente algo forzando, venciendo en parte las reticencias que mostraba cuando tenía que hablar de su pasado.

—Vaya, mi padre también lo fue —dije gratamente sorprendida—. ¿Dónde lo hacías, dónde dabas clases? —le pregunté curiosa e impaciente, intentando tirar del hilo y saciar así mi curiosidad.

—Hace mucho tiempo de todo eso, tanto que ya pertenece a un pasado que intento dejar atrás y no volver a recordar —me respondió con dolor, pidiéndome así que respetara su intención de no hablar de su vida anterior.

—Bien, lo siento, pero es hora de cobrar. Yo he cumplido con mi parte —le dije, cansada de preguntar y esperar que me dijera algo—. Espero que tú cumplas la tuya y me expliques qué querías decir con ese dichoso acertijo sobre no sé qué *producto de Wallis*. Ya sabes a qué he venido.

—Si me dejas, te lo terminaré de explicar —me pidió de ese modo que le diera un poco de tiempo para hacerlo—. Cuando intento memorizar algo nuevo, lo que hago es vincular el dato nuevo que quiero retener en la memoria con uno que ya tengo almacenado en ella.

—¿Me estás hablando de la nemotecnia, no? —le pregunté.

—Sí, creo que así es como se llama ese artificio mental.

—Sigo sin entender nada y sigo esperando cobrar —me quejé con más suavidad de la que hubiera deseado, ya que, no sabía muy bien por qué, me costaba ponerme dura con él.

—Sí, tienes razón. Te debo una explicación. Lo que te dije es que lo que estabas buscando con tanto interés se hallaba dentro de una sucesión numérica, compuesta por un producto de fracciones, creada por un brillante matemático inglés llamado John Wallis.

—No entiendo qué relación puede tener ese matemático con lo que estoy buscando, la verdad —le interrumpí cada vez más extrañada e impaciente, lo cual ya me empezaba a resultar familiar que me pasara con el sujeto que tenía delante de mí.

—Como te iba diciendo, esta sucesión consiguió, de un modo elegante y sencillo, brillante diría yo, aproximarse al valor de pi.

»El producto de Wallis, como es llamada esta sucesión, es en realidad el producto de fracciones cuyo numerador comienza por el número dos y abarca todos los productos de los números pares, repetidos en parejas, y el denominador comienza con el número uno seguido por el producto de las parejas de números impares.

—Para, por favor —lo retuve un momento, estupefacta—. Sigo sin entender nada.

—Vale. Te lo voy a decir de otro modo —dijo Simón con impaciencia—. El producto de Wallis es una expresión matemática formada por un producto de quebrados que comienza con el número dos multiplicando a la fracción siguiente: dos tercios. Esta, a su vez, lo hace con cuatro tercios, esta a cuatro quintos, esta a seis quintos, esta a seis séptimos, esta a ocho séptimos, esta a ocho novenos, y así indefinidamente, hasta que al otro lado de la igualdad aparece la fracción pi partido por dos.

—Perdona, pero no te sigo.

—¿Tienes un bolígrafo y un trozo de papel?

—Toma —le tendí lo que me acaba de pedir.

Tras unos breves segundos escribiendo, esto fue lo que vi dibujado en el bloc de notas que le había tendido segundos antes:

$$\frac{2}{1} \cdot \frac{2}{3} \cdot \frac{4}{3} \cdot \frac{4}{5} \cdot \frac{6}{5} \cdot \frac{6}{7} \cdot \frac{8}{7} \cdot \frac{8}{9} \cdot \dots = \frac{\pi}{2}$$

—Me estás diciendo que detrás de esos dichosos números se esconde lo que quiero saber, pero, en cambio, yo no consigo ver nada. ¿Qué relación pueden tener esos números con lo que viste? No logro entenderlo —concluí totalmente perdida.

Ten un poco de paciencia, concédeme un poco de tiempo e intentaré hacértelo comprender —me pidió Simón—. En realidad, es un juego dentro de otro juego.

»Sabes que la matrícula de un coche está compuesta por una primera letra o letras que indican la procedencia de la matriculación del vehículo. Estas son seguidas a continuación por cuatro cifras y, finalmente, termina nuevamente con una o varias letras que indican la antigüedad del mismo, ¿no?

»Pues lo que estoy tratando de explicarte —retomó nuevamente su exposición al notar que el desconocimiento conseguía arquear ligeramente mis cejas—, es que si le damos a cada letra del abecedario un valor numérico, y tomamos como clave que la letra *A* es igual a uno, la letra *B* a dos, y así consecutivamente, al hacer la sustitución de las cifras que aparecen en los denominadores de la progresión que llevo diciéndote desde que te conocí, tenemos que el número trece inicial sería, en realidad, la letra *M*.

»Ese primer carácter estaría seguido por el tres, por el cinco, otro cinco y un siete, que conformarían los cuatro valores numéricos de la placa identificativa, ya que las dos últimas cifras, que son los números siete y nueve, serían en realidad las letras *G* e *I*.

»Por lo tanto, lo que intento hacerte comprender ahora, lo que vas buscando con tanto ahínco desde ayer, es que el sujeto que vi se introducía en un coche con la matrícula M3557-GI —concluyó finalmente Simón.

Imagino que mi cara en ese momento era un poema, que mi boca estaba totalmente abierta de asombro, y ya no me esforcé ni un ápice en ocultar la perplejidad que sentía cuando exclamé:

—¡Hay que joderse! —le solté sin poder contenerme.

Mis ojos se clavaron en los de él, intentando de una vez averiguar si estaba ante alguien que estaba muy mal de la cabeza, rematadamente mal, que me estaba contando lo primero que se le pasaba por ella con cierto sentido, y yo, ignorante en cuestiones de números, sin muchos conocimientos en esa materia, no tenía más remedio que creerlo, o, por el contrario, me hallaba ante alguien que sabía perfectamente de lo que hablaba y, en cierto modo, estaba jugando conmigo.

La verdad es que ninguna de las dos ideas me gustaba lo más mínimo, ya que me sentía un tanto utilizada y siendo objeto de burla por su parte. Pero, si esta última hipótesis era cierta, que en realidad era lo que más visos tenía de ser real, la situación personal del hombre que tenía frente a mí no me cuadraba en absoluto con la vida que llevaba, ya que a simple vista parecía ser un marginado más de la sociedad. No entendía cómo un tipo con sus conocimientos se prestaba todas las mañanas a ayudar a un hombre ya mayor en su quiosco, vagar más tarde sin ninguna ocupación y por las tardes-noches hacer de niñera espionando a la gente de las ventanas.

Nuevamente, mis ojos eran incapaces de decirme nada sobre el sujeto que, frente a mí, me sonreía vergonzosamente, y que me había dejado asombrada.

—¡Hay que joderse! —exclamé de nuevo, sin poder contenerme—. Ellos, ya sé qué o quiénes son, ya que me han contado parte de su historia —me dirigí intrigada hacia Simón señalando con mi mirada al trío que nos había acompañado hasta entonces y que, cada vez más, vislumbraba que lo único que tenían en común era su rechazo a la realidad que los envolvía. Con cierto dolor, contemplaba que todos tenían cuentas pendientes, o bien con su pasado, o bien con su futuro—. Pero tú, ¿qué o quién eres? ¿Cuál es tu historia? ¿De qué dabas clases? Desde luego, a parvularios no —le solté expectantemente, esperando una respuesta que aclarara mis múltiples dudas.

Solo soy un amigo suyo —respondió débilmente mirando al grupo—, solo eso. En cuanto al resto de tus preguntas, ten en cuenta que, para mí, todo esto que te ha dejado tan sorprendida no es más que un juego. Lo que hago a veces cuando quiero recordar algo es relacionarlo con alguna fórmula matemática conocida. Por ejemplo, en mis ratos de ocio, suelo relacionar la matrícula de los coches que veo pasar con alguna de esas fórmulas.

—Será conocida por ti, porque te aseguro que jamás había escuchado el dichoso producto ese —le reprendí otra vez con demasiada suavidad—. Creo que, después de acceder a todo lo que me has pedido, al menos me merezco que me digas quién eres en realidad, ¿no? —le insistí una vez más.

—Al único acuerdo que he llegado contigo es a contarte todo cuanto vi. Nada más —terminó molesto Simón ante mi insistencia.

—De momento, me conformo con tus silencios sobre tu pasado. Pero, al menos, cuéntame todo lo que viste antes de la explosión —lo invité, iniciando un paseo que nos alejaba definitivamente de las tres personas con las que habíamos compartido los últimos instantes para conducirnos, lentamente, fuera de la plaza.

Era algo más que evidente que con mis palabras renunciaba a saber algo más de él, ya que permanecí callada durante un rato, pero no así mis ojos color miel, los cuales, tras la mirada sonriente que le lanzaba, dejaban bien claro que solo abandonaba esa cuenta pendiente temporalmente.

—Como imagino que ya sabes, ya que anoche me lo dejaste caer, todas las mañanas voy al quiosco de Sebastián a ayudarlo durante un rato. El lunes y el martes no les presté mucha atención. Pero ayer, miércoles, vi algo extraño en su comportamiento, no sé muy bien el qué. Al final, terminé fijándome en lo que hacía el sujeto que estaba frente a mí. No me hizo falta tener mucha imaginación para saber lo que hacían, que era esperar a que su objetivo pasara por allí y entonces

destruirlo.

—Me acabas de decir que no les prestaste mucha atención. ¿Eran varios? ¿Les viste las caras? ¿Por qué no fuiste ayer al quiosco, como haces todos los días?

—Sí, vi a dos personas, al hombre que hizo explotar la bomba y a la mujer que lo estaba esperando en el coche que tenía la matrícula que te acabo de comentar. Y si no he ido al quiosco ha sido para evitaros —me señaló tímidamente—. Sabía que iría tanto la policía como la prensa a intentar averiguar algo más sobre el asesinato. Quería apartarme un poco de esa vorágine.

—No entiendo tu postura, la verdad, lo más normal hubiera sido que te hubieras presentado en comisaría y contarles todo lo que me estás diciendo. ¿Por qué no lo has hecho?, ¿por qué no lo haces?

—Lo estoy haciendo ahora contigo, ¿no? —intentó defenderse débilmente.

—Sí, pero condicionado por mi insistencia y por tus amigos, si no, ambos sabemos que jamás lo hubieras hecho —continué reprochándole—. ¿No piensas que actuando así lo que haces es echarles una mano a esos asesinos? Probablemente seas el único testigo presencial de todo cuanto ocurrió, ¿qué es lo que te mueve a actuar así?

—El miedo, ¿te parece poco? —me comunicó algo molesto por mi actitud tan insistente.

—No te entiendo.

—Después de la explosión vi el rostro del tipo que accionó el detonador, y no te puedes ni imaginar lo que descubrí tras sus ojos.

—¿Qué viste? —le pregunté curiosa.

La muerte. Vi mi muerte en su mirada. Cuando mis ojos se toparon con los suyos y vi cómo me miraba, supe al instante que quería matarme —concluyó finalmente, agachando la cabeza hacia las losas que recubrían la calzada.

El lento caminar nos había llevado a deambular erráticamente por la ciudad. En una de sus calles, nos encontramos con un sujeto sentado en un portal. Tenía una manta de cartón a un lado que parecía ser el único amigo que había encontrado durante todo el día. De esa manera era como se disponía a pasar las horas previas a la noche uno de los hijos devorados por esta sociedad: unos los llamaban *vagabundos*, otros, *indigentes*, otros, *mendigos*, y otros, sencillamente, *desarrapados*.

Al pasar a su altura, Simón me comentó:

—Cuando la gente nos ve así, se molesta e indigna, pero no por el frío que pueda estar pasando una persona durmiendo al ras, como él, sino porque no quieren ver ese otro lado oscuro y cruel de la vida. Es eso lo que les inquieta y atemoriza, el descubrir que la línea que los separa de la pobreza es tan delgada que en algún momento se pueden ver en esa situación, y por eso apartan sus ojos de nosotros, cuando no somos obsequiados con una mirada cargada de reproche

hundiéndonos aún más en nuestra derrota.

—¿No piensas reiniciar nunca una nueva relación y una nueva vida? —le interrogué de nuevo.

—¿Quién iba a querer unir sus pasos a los míos? —se rió amargamente al final de la pregunta, viendo que su caminar era errático y deforme como él—. ¿Quién iba a querer a alguien que no tiene nada, como yo?

—Uno no es solamente lo que tiene —le respondí intentando darle ánimos—. De todos modos, ahora lo veo claro, ahora entiendo tu comportamiento. Es detrás de esa fachada donde te escondes, ¿verdad? Con el poco tiempo desde que te conozco, ahora es cuando lo he visto, he descubierto que, en realidad, te comportas como alguien que no es nada ni nadie. Ese nada o nadie no va en función de lo que puedas tener, no, ese nada o nadie es porque no quieres tener ni pasado ni futuro. Has renunciado a ambos y eso te proporciona un magnífico escudo contra todo y contra todos los que te rodean, incluidas las mujeres, pues, como muy bien dices: «¿Quién va a querer salir con un tipo como yo?». Sabes que ninguna mujer se acercará a ti en estas circunstancias y, por lo tanto, así te sientes seguro y confiado —le dije muy convencida de lo que estaba diciendo.

—¿Quizás tú sí saldrías conmigo? —me soltó Simón despectivamente, intentando provocarme.

Esa pregunta dibujó en mis ojos sombras de inquietud y alarma, oscureciéndolos un poco, ya que no esperaba esa pregunta. Hacía tan poco tiempo que lo conocía, que no sabía ni qué pensar ni qué hacer. A pesar de todo, sin saber muy bien por qué, le respondí:

—Sí, ¿por qué no? —le dije con un tono de voz trémulo, lo cual delató mi poco convencimiento.

—No me hagas reír —me reprochó la debilidad de mi respuesta.

—Desde que te conozco siempre haces lo mismo, siempre intentas huir. Cuando ves una amenaza, por pequeña que sea, terminas escapándote. ¿Y ahora, Simón? ¿De qué huyes en estos momentos?

—Ahora. —Se detuvo un instante antes de contestarme, para así observar mi rostro y el efecto que me iban a provocar las palabras que me iba a decir y que le estaba dictando su corazón—. Ahora lo único que intento es escaparme de ti.

Sin valor para ver el resultado de sus palabras, aceleró un poco, distanciándose de mí, dejándome quieta y sin habla sobre la acera.

Capítulo XXV.

Benjamín

Por el hueco que habían dejado las cortinas tras ser mecidas por la corriente del aire, la mujer posó su mirada sobre los trazos escarlata con que el amanecer iba bosquejando el nuevo día. Sus preocupados ojos se paseaban por las pocas nubes que tímidamente se asomaban por entre la línea formada por los edificios de enfrente.

—¿Qué te pasa, Benjamín? —se interesó Solange cambiando el tono de su voz una vez se

quedaron ambos solos, señalándole el aparato telefónico que descansaba sobre la mesita—. Sabes que es muy peligroso lo que acabas de hacer. Puedes haber puesto en peligro nuestras vidas. Esa llamada que acabas de realizar nos puede salir muy cara. ¿En qué estabas pensando? ¿Por qué lo haces? Conoces tan bien como yo que la policía tendrá intervenido su teléfono y que a estas horas ya tienen la grabación de tu conversación, si no algo más —se lamentó fijando su mirada en los ojos perdidos del hombre, intentando averiguar si era consciente del hecho de que podían haber localizado esa llamada, con lo que la suerte de los integrantes del comando estaría definitivamente marcada.

—He estado muy poco tiempo hablando con ella. Te aseguro que no han tenido la oportunidad de localizar la llamada —se disculpó débilmente, asumiendo la torpeza cometida.

—¿Cómo te enamoraste de Alba? —le interrogó Solange—. ¿Cómo consiguió robar tu corazón?

—Es una larga historia. —Benjamín levantó la cabeza, fijando la mirada en el vacío de la pared ocre que tenía enfrente, tratando de recordar unos días que guardaba con agrado y satisfacción en su memoria y que intentaba conservar en el interior de esta del modo más claro y nítido posible—. Junto a ella he pasado los días más felices de mi vida. Hasta que no la conocí, no sabía lo que significaba querer a otra persona. La palabra *amor* carecía de significado para mí. La conocía a través del cine, de algún libro que había leído y poco más. Había visto a gente que supuestamente se había prendado de otra, y había observado curioso su comportamiento y la felicidad que se dibujaba en sus rostros. Para mí, hasta que ella no entró en mi vida, todo eso era un bello estuche vacío. Entonces, cuando ella se cruzó en mi camino, comprendí que el envoltorio era lo de menos, lo valioso estaba dentro —concluyó trabajosamente.

—Ya. Todo eso lo entiendo, pero ¿qué es lo que viste en ella que te atrajo tanto?

—La verdad es que fue un flechazo. Me enamoré de Alba nada más verla, pero, aparte de su belleza, con ella conocí a una persona que entendía qué eran los tonos grises y que, por lo tanto, se movía entre ellos como yo. Para ella las cuestiones no se solventaban eligiendo entre dos opciones: blanco o negro, día o noche, bien o mal. El amor entre los dos se consolidó como lo hacen dos almas gemelas, al comprobar que los dos nos movíamos en los tonos grises que te acabo de decir. Ella ya no era partidaria de la mano dura como lo era antes, ya que había descubierto que, aunque bajo su punto de vista la razón nos asistía, estábamos equivocados en el modo de plantear nuestras reivindicaciones. Además, había conseguido aceptar que posturas opuestas a la nuestra pudieran llevarse a cabo, considerándolo como algo democráticamente posible. Por aquel entonces fue cuando empecé a plantearme si los métodos que utilizábamos eran los idóneos. Entonces fue cuando en realidad me acerqué más a ella. Ese fue nuestro punto de encuentro y el nexa que unió aún más a dos seres atormentados por la violencia.

—¿Fue entonces, en el momento en que la conociste, cuando empezaste a plantearte si lo que hacías estaba bien hecho o no?

—Más o menos —respondió un poco intranquilo, al intuir hacia dónde quería llevarlo la mujer con la que estaba hablando, y más aún, al comprobar hacia dónde iban dirigidas las dudas de esta —, aunque creo saber hacia dónde apuntan tus sospechas y, sinceramente, creo que estás equivocada. La transformación que he sufrido ha sido un proceso evolutivo largo, muy largo. Te

repito que no tiene nada que ver con lo que supones.

—Entonces me gustaría que me explicaras cuál fue el detonante que te hizo empezar a ver las cosas de un modo diferente —se interesó Solange.

—No fue un hecho puntual, ni un cambio repentino en mi forma de pensar, sino que todo cambió cuando empecé a preguntarme si nuestra forma de actuar era la correcta. El origen de todo ello tuvo lugar cuando empecé a plantearme hacia dónde tenía que torcer la vista. Hacia el pasado o hacia el futuro.

»Si echaba la vista atrás, hacia el pasado, con todo lo malo que me había ocurrido hasta entonces, ya que era incapaz de ver cualquier cosa buena, todo lo iba achacando a cosas hechas por otros. Nunca era responsabilidad mía lo que ocurría, siempre eran los demás, si no los causantes, sí los responsables de todo lo que a mí me ocurría. Toda mi juventud había transcurrido de ese modo, hasta que un día todo eso cambió y tuve la lucidez suficiente para saber que, si seguía así, mi vida sería un continuo caminar por esa espiral de violencia en la que estaba inmerso. Empecé a preguntarme por qué hacía lo que hacía. Si era por un ideal o por simple venganza. Si lo hacía para liberar nuestra tierra, o bien lo hacía porque mataron a un amigo mío. En ese instante de cordura, pude contemplar el porvenir que se dibujaba ante mis ojos si seguía mirando hacia el pasado, y créeme cuando te digo que este se dibujaba ante mí lleno de odio, violencia y rencor.

—¿Viste la luz? —le preguntó con sorna Solange.

—Te puedes reír todo lo que quieras de mí, pero en ese momento atisbé un nuevo camino que conllevaba un cambio radical en mi vida. En ese instante tuve la certeza de que esa era la opción que debía escoger: mirar hacia el futuro. Al elegir ese segundo camino, la sensación que tuve fue la de tener toda una vida propia por delante que me pertenecía única y exclusivamente a mí y no a la organización. A partir de entonces, tendría la opción de poder elegir qué hacer con ella —finalizó Benjamín con el anhelo dibujado en sus ojos, buscando en el rostro de la mujer, cuando menos, alguna mueca de comprensión.

—¿Y vas a olvidar todo lo que nos han hecho? —le reprendió duramente Solange mostrándose impasible—. ¿Vas a dejar en el olvido a todos nuestros seres queridos que han quedado por el camino? ¿Ya no te acuerdas de Eloy? ¿Has olvidado lo que le hicieron? ¿Qué culpa tenía él? —le reprochó dolida.

Las palabras de la mujer consiguieron dejar paralizado a Benjamín. En ese momento, la discusión que estaban teniendo dejó de tener la menor importancia para él y lo arrastró de nuevo al pasado para recordar unos días que habían marcado su destino. Habían sido como dados escogidos al azar, lanzados alocadamente buscando una fortuna que los habían conducido hasta allí. «Qué mala fortuna», parecía decir el semblante triste y serio dibujado en su rostro.

Recordaba que llovía.

Ese día llovía de nuevo. En ese momento, el cielo se mostraba generoso como siempre, regando con frecuencia la tierra donde había nacido, permitiendo con ello que fuera fértil y fecunda.

—Está haciendo mal tiempo, Eloy —dijo, a modo de disculpa, un Benjamín adolescente y

apocado al muchacho que se había plantado frente a él fuera de su casa, desafiando a los elementos, dejando que las gotas de agua recorrieran su pelo ensortijado y resbalaran por su rostro cubierto de acné—. No creo que sea muy conveniente ir hoy al monte —terminó diciéndole, encontrando en el tiempo un pobre aliado y una frágil excusa a la que agarrarse para no ir esa vez con su amigo.

Recordaba que, a causa de un arrebato de sentido común o de cobardía, más bien lo segundo, declinó la invitación hecha por su joven camarada para pasar un rato con unos amigos en el monte.

—Conveniente —le soltó con desprecio Eloy, remarcando cada una de las sílabas que formaban la palabra—. ¿Eso es todo lo que eres capaz de decirme, que no es conveniente? Benjamín, tú y yo hemos terminado. Me das asco. Te tenía por un amigo, ahora te escondes detrás de unas gotas de agua, llevas escondiéndote toda la vida. Me voy. Hasta nunca. Y una última cosa: eres un cobarde, recuérdalo.

Avergonzado y humillado, más por la decisión que había tomado que por las palabras que le acababa de decir, Benjamín observó cómo Eloy, sin añadir nada más, dirigiéndole solo una mirada cargada de desprecio, se dio media vuelta y se marchó ladera abajo. Su figura no tardó mucho en desaparecer de sus ojos debido al desnivel del terreno y al aguacero que estaba cayendo.

Silencio de nuevo. El silencio se había adueñado de la sala. Eso le indicaba a Solange que Benjamín estaba recordando a su amigo. Consciente de ello, respetó ese silencio con la esperanza de que le hiciera cambiar de opinión y se replanteara todo lo que le acababa de decir.

Benjamín no era consciente de las intenciones de la mujer. En su mente había recuerdos, solo recuerdos, eso sí, pero duros y penosos recuerdos. Estos saltaron en el tiempo para mostrarle la imagen de una mujer que, cercana al medio siglo de edad, estaba destrozada por dentro: esa mujer era la madre de Eloy.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! —gritaba una voz desgarrada—. Os habéis llevado a mi hijo, asesinos —el llanto y las palabras llegaban como un torrente a los oídos de Benjamín.

Eran los de una madre rota por el dolor que le gritaba a la cara a un policía que estaba frente a ella:

—¡Sois unos asesinos y pagaréis por ello! —le vaticinó con rabia y determinación al sujeto uniformado que estoicamente se mantenía en silencio frente a ella.

Llovía. Ese día llovía de nuevo. Era algo inútil y estéril, puesto que esa tierra había sido regada una vez más con sangre, convirtiendo esa tierra fértil y próspera en un semillero de odio y venganza.

Eloy había sido el primer y único amigo que había tenido. Al llegar allí, sus recuerdos le llevaron a contemplar la imagen de un rostro que había sido apagado por las balas de la policía. Sus ojos inertes, desde el ataúd, parecían decirle adiós con su mirada apagada.

Benjamín sabía muy bien, desde el principio, qué se escondía detrás de esa velada invitación. La

certeza de que había sido la cobardía y no otra causa lo que lo impulsó a no acompañarlo, se instaló como un cuchillo en su ánimo, desgarrándolo por dentro cada vez que recordaba lo acontecido. A pesar de ello, la decisión tomada de no acompañar a su amigo Eloy al monte comenzó a crearle un serio conflicto personal que fue su incómodo acompañante durante mucho tiempo.

Ahora, años después de ese incidente, se había asentado con firmeza en su pensamiento lo siguiente: había obrado con sentido común e hizo lo que tenía que hacer, y ojalá hubiera seguido actuando así siempre y no se hubiera dejado arrastrar por sus sentimientos. Quizás, el sentido común es el disfraz que utilizan los adultos para ocultar su cobardía.

Vencer todos sus temores y miedos fue la causa, y no otra, que le hizo dar ese paso tan decisivo en su vida, eso fue principalmente lo que lo impulsó a tomar la decisión de incorporarse a la lucha armada.

Fue un momento de rebeldía con el que intentó desembarazarse de ese incómodo compañero que era el miedo. Ahora, por contra, estaba convencido de que había sido un instante de locura que lo único que le había dado era el ajuste de cuentas que tenía pendiente desde niño con su padre, momento que lamentaría toda su vida, mientras viviera.

Quizás ahora fuera más cobarde que antes. Era algo que ni sabía ni quería saber.

—Mira, Solange —dijo finalmente con gesto serio. — Ya está bien de tener la comodidad o el temor de mirar siempre hacia atrás. Ya estoy harto de todo ello. No te pido que lo entiendas, pero creo que ya va siendo hora de tener el valor suficiente como para torear lo que esté por venir.

—Ya —lo contemplaba fríamente la mujer—. ¿Por qué lo has hecho? —le insistió de nuevo, señalándole el teléfono que descansaba sobre la mesita junto al sofá, volviéndole a hacer la pregunta a la que aún no le había dado respuesta alguna.

—Porque necesitaba oír su voz. No te puedes ni imaginar lo que la echo de menos. Tanto que me duele —le murmuró en un susurro.

—Mala cosa, Benjamín, mala cosa —repitió para sí Solange ensimismada, viajando mentalmente atrás en el tiempo hasta llegar a unos días de su pasado en los que creía todo lo contrario de lo que estaba a punto de decir—. El amor en la guerra es como si plantaras una rosa sobre una piedra. Es inútil, jamás arraigará, ya que necesita tierra para asentar sus raíces y así poder alimentarse. Mala cosa —le dijo negando lentamente con la cabeza—. Ten al menos un poco de cordura y no nos vuelvas a poner en peligro. Ya tendrás tiempo de cansarte de escucharla, si salimos de esta, claro, ya que, como veo, tus únicas preocupaciones son su bienestar —le reprendió visiblemente molesta.

—Tranquila. No lo volveré a hacer. Palabra —dijo apenado el hombre.

—De todos modos, perdona que te haga esta pregunta, pero tengo que hacértela. ¿Estás totalmente seguro de que la quieres?

—Al cien por cien —le respondió con aplomo, un poco sorprendido por esa última pregunta, la

cual, aparentemente, poco o nada tenía que ver con la conversación mantenida hasta entonces.

—Y ella, ¿puedes asegurar que siente por ti lo mismo que tú por ella? —siguió curioseando sobre el mismo asunto.

—Sí —le volvió a contestar rotundo—. Te recuerdo que vamos a tener un hijo —le soltó un tanto molesto, al comprobar que lo único que buscaba con sus palabras era sembrarle la duda—. No creo que, si ella no sintiera lo mismo que yo, siguiera adelante con el embarazo. Ya sé lo que te pasa —añadió iracundo paseando su mirada por la mujer de arriba abajo—. Hablas así porque no quieres a nadie.

Los ojos oscuros de Benjamín le lanzaban la certeza de que no sabía lo que era amar y por eso hablaba de ese modo. Le reprochaban dolidos que pensara que todos eran igual que ella y no les dejara a los demás el beneficio de la duda.

—Ese vacío que notas cuando ella no está, es tu corazón que te falta, puesto que se lo acabas de entregar a la persona a la que amas. Cuando ella está junto a ti, eres un ser completo, pero cuando no lo está, te falta lo más importante: el alma. Pero claro, eso tú no lo sabes —finalizó lentamente Benjamín—. Y claro, es por eso por lo que tú te niegas el amor, ¿verdad?

Antes de responderle, el rostro alargado de Solange se endureció como jamás lo había hecho hasta entonces.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando, Benjamín, y jamás, repito, jamás, vuelvas a decirme eso. Sé lo que es amar, cuanto menos del mismo modo que tú acabas de describir y dices sentir. Y lo que es muchísimo peor: sé lo que es perderlo. Sé lo que significa que te lo arrebaten de golpe. Nadie me lo tiene que contar. Acabaron con su vida. Cuando nunca había sido tan feliz, cuando nunca creí que se podía querer de ese modo, entonces, ocurrió lo peor: lo mataron a él y en gran parte a mí —le soltó la mujer, casi a punto de romper a llorar.

—No sabes cuánto lo siento —agachó la cabeza el hombre hacia el suelo, visiblemente sorprendido y arrepentido por las palabras y el tono utilizados con la mujer—. Nunca creí que tu romance con el anterior jefe de la Dirección fuera cierto. Creía que esa historia era un mito que te venía muy bien para ser respetada dentro de la organización y del que tú te servías para mantener a gente como Lope alejada de ti.

—Pues ahora ya sabes que todo eso, todo lo que se habla sobre mí, es cierto —le recriminó.

—Debieron ser tiempos muy emocionantes, ¿no? —se interesó Benjamín, intentando dar un ligero cambio a la conversación y así borrar, al menos un poco, el dolor que había aparecido en el rostro de Solange—. Estarías enterada de primera mano de todo lo que se planeaba, de todas y cada una de las misiones que se llevaban a cabo, y seguro que no eras una marioneta como somos todos ahora mismo, ¿no?

—No te creas. A pesar de mi relación afectiva, intentaba comportarme como un miembro de base más y, por supuesto, no estaba presente en las reuniones de la Dirección. Siempre buscaba una excusa u otra para salir fuera.

—A pesar de todo eso, de todo lo que me estás diciendo, de no querer figurar al lado de tu pareja en la toma de decisiones importantes, imagino que tu situación en la organización sería mucho mejor que la que tienes ahora, o al menos serías más respetada de lo que lo eres ahora, ¿no?

—Sí. Eso es así. Ahora solo soy una mirada cargada de reproches a su modo de actuar. Ahora solo soy un mudo y callado quejido de descontento hacia el rumbo que están tomando. Ahora solo soy un recuerdo que se ha convertido en algo incómodo para la Dirección, solo eso —se quejó con amargura.

—Entonces somos dos los que estamos en esa situación, pues no creo que en la Dirección estén muy contentos con mi trabajo últimamente. Estoy seguro de que mis inquietudes habrán llegado arriba y mi nombre ya tendrá puesta una cruz roja sobre él, y más después de dejar con vida a un testigo que podrá reconocerme fácilmente, si no lo ha hecho ya —le comunicó de ese modo parte de sus temores—. La verdad es que, si no fuera por la presencia entre nosotros de Lope, podría hasta llegar a pensar que somos un comando totalmente prescindible —se sinceró Benjamín.

—¿Quién, ese? —le soltó Solange, señalando con el dedo el pasillo hacia donde Lope había encaminado sus pasos hacia breves momentos, para seguir con un tono de voz más bajo por miedo a ser oída—. ¿Lope? —saltó incrédula—. ¿Conoces a alguien con menor preparación que él? Lo único que sabe hacer es matar. Está obsesionado con ello, ¿no lo ves? Ese sujeto es un peligro a medio o largo plazo para cualquier organización, y ni que decirte del hecho de que está fichado por la policía. Si asomara la cabeza a la calle, sería identificado y detenido rápidamente. Al ponerlo junto a nosotros, es como si nos hubieran puesto una flecha apuntándonos. Lope ya está más que amortizado, es uno de los más buscados por la policía, se han hecho más carteles con su cara que con la de los Reyes Católicos. Su rostro adorna la mayoría de comisarías, aeropuertos y estaciones de tren que hay por todo el país. No creo que para la Dirección su figura suponga una gran pérdida, al contrario—expuso con un tono enigmático.

—Vaya, vaya tres nos hemos ido a juntar, ¿no crees? —le comentó suspicaz.

—Así es —contestó la mujer hablándole con su mirada, en la que unos ojos cansados le mostraban claramente las sospechas que albergaba—. Somos un trío prescindible, muy prescindible diría yo —concluyó.

Benjamín se quedó mirando cómo el pelo negro de Solange caía con desgana sobre su rostro, cubriéndolo como una cortina, ocultando una vez más sus ojos tras él y escondiendo así la horrible sospecha que estaba tomando cuerpo en su interior.

Capítulo XXVI.

Covadonga

Dicen que el que la busca y la persigue, al final la consigue.

Punto primero: no tenía nada claro lo que buscaba, y punto segundo: no sabía lo que perseguía yendo allí. ¿O sí que lo sabía y en realidad me negaba a querer verlo?

Supuestamente, estaba allí cumpliendo un encargo de Bartolomé. El policía me había pedido que llevara a Simón a su casa lo antes posible. Quizás había accedido a su petición con demasiada prontitud y por eso me cuestionaba el verdadero motivo de estar allí en esos momentos, otra vez junto a él.

—¿De nuevo otra vez por aquí? —me preguntó Simón al verme.

—Ya ves, ya no puedo vivir sin ti —le contesté empleando un tono cargado de ironía, con el intento de quitarme de la cabeza las ideas tan absurdas que me asaltaban cuando veía al hombre que tenía frente a mí.

—Quizás sea más cierto de lo que tú te crees —me soltó con sorna riéndose de sí mismo y de la ocurrencia que acababa de tener.

—Ya —le dije mirándolo de arriba abajo—, como no sé hacerlo de otro modo, voy a ir al grano —lo prepararé—. El motivo por el que he venido a buscarte es porque un policía quiere verte y hablar contigo —le comuniqué con un tono que traté que fuera frío y distante, pero que a mí no me sonó así.

Entonces supe que estaba mintiéndole a medias al decirle el motivo de mi visita y, lo que era peor, me estaba engañando también a mí misma.

—No se me ha perdido nada con ningún policía — saltó de inmediato Simón mirándome con preocupación.

—Deberíamos ir a verlo, porque creo que es importante para ti —intenté de ese modo vencer su reparo inicial.

—No consigo entender cómo puede serlo viniendo de un policía —con esto, Simón me dejaba claro que no iba a dar su brazo a torcer, al menos con facilidad.

—Yo tampoco, pero me pareció preocupado y sincero cuando me lo dijo.

—¿Qué es lo que te dijo?

—Que fuéramos a verlo, que tenía algo muy importante que decirnos.

—¿El qué? ¿Qué quiere ese policía de mí? —me preguntó con recelo.

—Quiere hablar contigo, solo eso —le dije con un tono sereno y pausado.

—No, no me fio —me confesó algo alterado.

—Pues deberías hacerlo, deberías confiar en él y en mí.

—Hace mucho tiempo que dejé de confiar en la gente —me soltó algo nervioso.

—Gracias por la parte que me toca —le contesté un poco dolida.

—No ha sido mi intención dudar de ti, solo te estoy diciendo que ya no me fio de nadie. Solo intento explicarte que, aunque quiera, no puedo fiarme de alguien a quien tan solo conozco desde hace un par de días —añadió tras ver que sus palabras habían hecho mella en mi ánimo.

—Tres —le corregí inmediatamente, delatando con ello lo presente que tenía el tiempo que nos conocíamos.

—Pues bien, Covadonga, tres días —concedió él, mirándome ahora con curiosidad al descubrir mi momento de debilidad.

Me gustaba cómo sonaba ese nombre entre sus labios, joder, tenía que reconocer que cada vez me gustaba más escucharlo.

—Mira, aunque no te lo creas, te entiendo, entiendo tu postura y tu situación —le dije finalmente.

—Me alegro —me soltó, sabiéndose un poco el dueño de la situación.

—Siento lo que te dije ayer, sobre el huir y esas cosas. Aunque no te lo creas, entiendo tu comportamiento —le confié a Simón—. Te fuiste todo lo rápido que pudiste de allí para salvar la vida, ¿no?

—Así fue —reconoció él, sonriéndose en uno de sus silencios a los que ya me tenía acostumbrada.

Cuando llegamos caminando a la altura de un árbol que había en la calle peatonal por la que transitábamos, me preguntó:

—Hablando de muerte, ¿sabes qué árbol es? —dijo señalándome la figura del árbol que había aparecido frente a nosotros y que se hallaba rodeado por una gran maceta cuyos bordes servían como asientos a los paseantes.

—¿Un almendro? —le contesté con una pregunta, ya que no estaba muy segura de mi respuesta.

—Casi. Es un cerezo.

—¿Y qué tiene que ver un cerezo con la muerte? —le pregunté extrañada, observando cómo las delicadas flores rosadas le daban un soplo de belleza juvenil a las vetustas casas que lo rodeaban.

—Esa flor que estás viendo, en japonés se llama *sakura*, y se convirtió en el símbolo de los samuráis. Esos guerreros eran regidos por un estricto código de honor. Eligieron esta flor como la representación simbólica de su ideal. Hacían una semblanza entre el corto periodo de floración de esta y el suyo, ya que no les gustaba tener una vida muy larga, por eso, su máxima era morir en su momento de mayor esplendor, que era combatiendo.

—Ya —añadí observando cómo se descargaba la pequeña mochila del hombro y la dejaba descansar junto a sus pies—. Aunque las he visto de dos colores: uno blanco y otro rosa.

—Ese tono rosado —continuó diciéndome Simón—, tiene que ver con una antigua leyenda nipona

que cuenta que, en un principio, todas las flores del cerezo eran blancas, y que su tono cambió a rosado cuando los cerezos fueron regados con la sangre de las mujeres de los samuráis muertos en el campo de batalla. Todo comenzaba cuando el samurái se iba a la guerra. En ese momento, en el jardín de su casa se plantaba un cerezo, y si este, pasado un tiempo, no regresaba con su mujer, significaba que había muerto y entonces ella se quitaba la vida y lo regaba con su sangre. De ese modo, acompañaba a su esposo en ese nuevo camino, el de la muerte. Así era como, en la siguiente floración, su blanco inmaculado se tornaba en rosado pálido.

—Seguramente, harían eso porque estarían inmersas en el mismo código de honor que sus maridos, y por eso se veían obligadas a ofrecer su sangre al cerezo —añadí molesta, contemplando una vez más al hombre que tenía junto a mí, que tanta extrañeza me causaba y que tantos y tantos interrogantes levantaba en mi ánimo.

No conseguía entender muchas cosas de él. Esta era una de ellas. Se mostraba conocedor de una sociedad tan marcada por el honor como era la sociedad japonesa y, en cambio, era incapaz de cumplir con las obligaciones más elementales de la ciudadanía, como ir a denunciar a un criminal. No conseguía entender su comportamiento, a menos que estuviera tan perdido en esos momentos que fuera incapaz de actuar en consecuencia con todo lo que me estaba diciendo.

—Durante un tiempo puede que fuera así —intentaba rebatir mi anterior argumentación—, ya que estas, mientras sus maridos permanecían fuera, no podían ver a ningún varón que no fuera de su familia, pero, en cambio, en plena Era Meiji [\[50\]](#), todo eso cambió. Fue cuando Japón renunció a su aislamiento voluntario de más de dos siglos de duración en los que el código del *bushido* [\[51\]](#) regía todo, abriéndose por fin al resto del mundo.

—El camino del guerrero —le interrumpí al saber al menos algo de lo que me estaba hablando.

—Así es —me observó complacido—. Fue abolido y a esas mujeres se les permitió volver a casarse una vez fuera comprobada la muerte de su esposo. Sin embargo, esa costumbre continuó en vigor, estaba tan fuertemente arraigada que no hay ninguna constancia que recoja el que alguna viuda se acogiera a esa medida de gracia. Ten en cuenta—intentó aclararme— que la única salida para un samurái derrotado era la muerte o el suicidio ritual, lo que ellos llamaban *hara-kiri*. En el caso de la mujer se llamaba *jigai*.

—Nunca he entendido por qué escogían el abdomen para acabar con su vida, con lo doloroso que debía resultar, cuando seguro que había muertes mucho más rápidas e indoloras —dije con lentitud.

—La elección del abdomen para realizar semejante acto se basaba en una antigua creencia que decía que el alma y los sentimientos se encontraban allí —me aclaró Simón.

No sabía ya si me estaba comportando como una colegiala o qué. Esa al menos era la impresión que yo misma me estaba dando en esos momentos. Estaba allí junto a él, escuchando con atención todo lo que me estaba contando, un tanto embobada, incapaz de tomar las riendas de la situación, dejándome llevar por sus palabras. En esos momentos, una certeza se instaló en mi ánimo dejándome aún más fuera de juego si cabía, ahora que no podía ni quería permitírmelo: era una idea que me tenía que sacar de dentro, costase lo que costase. Esta no era otra que estaría toda la

vida escuchándolo.

—¿Fue eso lo que te hiciste? ¿Hiciste lo que hacían ellas? ¿Acallaste de ese modo tu dolor, Simón? —le pregunté con tono mordaz, sin poder ya acallar la pregunta que estaba durante tantos minutos queriendo salir de mis labios, intentando averiguar si la sospecha que estaba acariciando en esos instantes era cierta y ese pasado del que no quería saber nada tenía que ver con el nombre y el rostro de una mujer.

—La principal diferencia entre el *jigai* y el *hara-kiri* —continuó Simón con su explicación, obviando mi pregunta—, es que las mujeres se hacían un corte en el cuello, seccionándose la arteria carótida con una daga con hoja de doble filo llamada *kaiken*. Con anterioridad, se ataban con una cuerda los tobillos para no morir con las piernas abiertas al caer, lo cual hubiera provocado su deshonra. En señal de reconocimiento, se pintaban el nombre de su esposo en la espalda.

—Sigo sin entenderlo ni comprenderlo, solo soy capaz de imaginar un sacrificio así en una sociedad tremendamente machista y encerrada en sí misma, no consigo entender cómo, aunque quisieran mucho a sus maridos, renunciaban al resto de sus vidas por ellos —añadí paseando mi mirada por sus ojos, buscando algo en el fondo de estos que me aclarara los muchos interrogantes que me asaltaban y que él se negaba a despejar.

—Yo sí —me contestó dolorosamente cerrando los ojos, intentando así de un modo vano borrar las imágenes de ese pasado que a veces lo asaltaba salvajemente y que, con meridiana claridad, estaba presenciando que intentaba apartar de su mente—. Has de tener en cuenta lo que representa la floración del cerezo para ellos. Su creencia los lleva a disfrutar de un solo amor, un único y solitario amor, ellos solo entregan su corazón una sola vez, y es en ese momento.

—¿Cuál es ese momento?

—Cuando los cerezos florezcan. Ese es el momento tan especial que esperan para entregar su corazón a la persona amada.

—Es eso lo que te ocurrió a ti, ¿verdad? La *sakura* floreció una vez en tu corazón y no esperas ni deseas que vuelva a hacerlo, ¿me equivoco? —No pude evitar que mi comentario sonara como un duro reproche.

Al no observar ninguna reacción en él, continué diciendo:

—Me parece absurdo que limitéis vuestra vida amorosa a un único intento, es como si dispararas con arco y solo tuvieras una flecha. ¿Qué ocurre si fallas? ¿Y si no es la persona que has estado esperando, qué? No me puedo creer que os aferréis aún a semejante costumbre.

—Eso es porque no has amado de verdad y no has podido comprobar la belleza que se percibe cuando esos cerezos, los de tu corazón, florecen. Eso solo lo puedes percibir una vez en tu vida, no más —me respondió, reconociendo y dando validez a mis sospechas.

—Lo que me estás diciendo solamente lo pueden sentir aquellos que en su vida han amado a alguien mucho más que a sí mismos, si no, no logro entenderlo —le dije recordando las palabras

lanzadas por Bartolomé el día anterior en el cementerio.

—Así es, solo cuando los cerezos florezcan —me volvió a decir.

—Puedes repetirme lo de los cerezos una y otra vez, puedes salir del paso contándome una y mil historias que me alejen de tu dolor, pero te recuerdo que aún no has respondido a mi pregunta anterior: ¿qué es lo que te pasó? ¿Quién te hirió de semejante modo que lo único que haces es refugiarte tras atractivas e interesantes anécdotas para así huir de la realidad? —le pregunté dirigiendo mi mirada hacia sus ojos.

Con gran angustia por mi parte, lo único que fui capaz de encontrar en el fondo de estos fue dolor, mucho dolor.

Sin contestarme, inició nuevamente una huida hacia delante, recogiendo atropelladamente la mochila del suelo y mostrándome nuevamente en su andar una cojera, acuñando la certeza en mi mente de que esa renquera era en gran medida la causante de, al menos, gran parte del dolor que había visto en el fondo de su alma y que normalmente ocultaba, intentando disimularla.

Al observar cómo de nuevo se separaba de mí cuando no quería contestar a una de mis preguntas, algo se rebeló en esa ocasión en mi interior y fui tras él impidiendo con ello su marcha.

—¿Por qué no me contestas? ¿De qué huyes? —le pregunté al llegar a su altura y ver la desesperación en su rostro al ser alcanzado.

Silencio. Una vez más recibía como única respuesta uno de sus silencios. Nuestros pasos nos habían conducido hacia el interior de la ciudad. Nuestras figuras eran engullidas por las sombras que lanzaban las estrechas calles por las que deambulábamos en esos momentos, cómo no, en silencio. Atrás, a nuestras espaldas, había quedado la suntuosidad de una parte del núcleo urbano concebido por y para sus pasados gobernantes, y ahora nos habíamos adentrado en esa otra parte hecha por y para sus habitantes, donde la luz del sol apenas podía llegar, donde el aire apenas circulaba y, en definitiva, donde los olores de la villa se abrazaban y encajonaban, condensándose y acuñando de ese modo tan peculiar el casco antiguo por el que transitábamos.

—Dime al menos que pensarás lo que te he dicho y que intentarás venir conmigo a ver a Bartolomé —le pedí.

—Ya veremos —fue el único compromiso que fui capaz de sacarle.

Nuestro errático caminar nos había conducido por una calle tranquila, estrecha y silenciosa. El edificio que se levantaba ante nosotros era de piedra y un tanto sombrío. Ante nosotros se hallaba una placa tallada en piedra en la que se podía leer, sobre los ojos tristes del homenajeado, la siguiente frase: «En esta casa vivió y murió D. Mariano José de Larra [\[52\]](#)».

—Antes el amor que la vida —afirmé pensativamente, pasando mis ojos del rostro barbudo esculpido en piedra al de Simón.

Permanecí inmóvil un instante contemplando fijamente el bajorrelieve, con una sonrisa amarga, reconociendo así la burla que nos estaba gastando el destino. Acariciando mis labios, empezaron

a salir de ellos las siguientes palabras:

¡Es tarde!, ¡es tarde! Pero ella estaba muerta.

Sus labios fríos oprimían la fría piedra del sepulcro. Un epitafio decía en letras gordas sobre la losa:

— *Aquí yace Macías el Enamorado* ^[53] —concluyó pesadamente Simón la estrofa que yo acababa de iniciar.

—Una vida desaprovechada, ¿no crees? En cierto modo os parecéis mucho. Sois como almas gemelas, los dos atormentados por un desamor del que no podéis sobreponeros.

—Él al menos tuvo el valor y la decencia necesaria para hacer lo que tenía que hacer —sentenció tristemente.

—Dímelo ya de una vez, ¿qué te pasó? —le pregunté impaciente.

—Es simple, todo iba bien hasta que dejó de hacerlo, y entonces, cuando eso ocurre, es cuando vienen los problemas —me respondió con evasivas—. Uno detrás de otro empiezan a caer todos en cascada y, cuando intentas reaccionar, ya es demasiado tarde.

—¿Quién te hizo esto? —le pregunté sabedora de que ese dolor que llevaba consigo solo podía haber sido causado por los ojos y los labios de una mujer—, ¿qué te ocurrió?

—Eso es lo de menos. —Nuevamente, Simón se negaba a contestarme con claridad—. ¿Sabes por qué camino tan despacio?

—Para ocultar tu problema al caminar, ¿no? —le respondí con suavidad y delicadeza, intentado no herir sus sentimientos al decirle claramente un hecho que él intentaba de todos modos, cuanto menos, disimular.

—No, qué va —forzó una sonrisa al contestarme—. Lo hago para no volver a oír unas palabras. En realidad, lo hago para no volver a escuchar sus últimas palabras —me contestó dolido, remarcando con pesadez esta última frase.

—¿Últimas palabras? ¿Qué palabras? ¿De quién? —Le seguí muy de cerca, expectante.

—Sabes de sobra que se trata de una mujer. Estoy seguro que una mujer sabe reconocer la herida que deja en un hombre otra mujer. Su nombre es lo de menos, para el caso da igual. Fue ella como podría haber sido otra. ¿Sabes cuál fue su despedida? ¿Sabes cuáles fueron sus últimas palabras antes de dejarme?

—No —le contesté con un susurro, intentando interrumpirlo lo menos posible.

—Es curioso, hasta ahora no las había pronunciado. No entiendo por qué las tengo que sacar ahora y justamente te lo tengo que decir a ti. Supongo que habrá alguna razón que de momento desconozco —añadió mirándome fijamente—. En fin, ahí va. Esa mujer me dijo: «Lisiado, te has

convertido en un lisiado y yo no voy a enterrar mi vida y mis ilusiones con un lisiado» —concluyó lenta y pesadamente.

Capítulo XXVII.

Benjamín

—¿Qué haces? —se interesó Solange nada más entrar en la cocina y ver a Benjamín trajinando entre los fogones.

—Freír estos ajos y la guindilla —le respondió, concentrado en lo que estaba haciendo.

—¿No los pelas? —le preguntó al ver que había depositado cuatro dientes de ajo en el interior de la cazuela de barro.

—No. Con hacerles un corte de un lado a otro es suficiente —le explicó pacientemente, al tiempo que introducía en el aceite hirviendo una guindilla y apartaba rápidamente su rostro, para evitar así una molesta salpicadura—. ¿Alguna novedad?—le preguntó con expectación Benjamín viendo que la recién llegada no soltaba prenda. Este estaba empezando a conocerla y a saber que cuando no decía nada es que no había buenas noticias que contar.

—No, todo sigue igual. Mi madre no le ponía agua y le añadía unas almejas —le informó Solange, tras comprobar que solo había puesto merluza en la olla.

—No me gustaban las almejas que vi. Y tu madre, con total seguridad, sería mejor cocinera que yo y por eso no le haría falta añadir agua. Pero como no me fio de que con el aceite y la gelatina que vaya soltando la merluza sea suficiente para formar la salsa, le meto agua, y así seguro que consigo una buena cantidad de caldo. ¿Qué significa eso de que todo sigue igual? ¿Has podido hablar con la Dirección? —la interrogó Benjamín, dejando a un lado la conversación sobre la comida y pasando a la que en realidad le preocupaba y que tenía que ver con su situación actual.

—Sí, he hablado con la Dirección y no hay nada de nada, ninguna novedad. Me han dicho que tenemos que permanecer un tiempo más aquí, hasta que las aguas se calmen un poco. Dicen que no es aconsejable nuestro traslado. ¿Cuántas cucharadas de agua le pones? —le preguntó curiosa la mujer cambiando nuevamente de tema.

—Para nosotros tres: seis o siete —le respondió al tiempo que cogía con la ayuda de dos trapos la cazuela y, sacándola del fuego, procedía a sacudirla con movimientos circulares—. No sé qué entienden ellos por que las aguas se calmen —se quejó—, pero lo que sí sé es que cada día que permanecemos aquí, en este piso franco, aumenta el peligro de ser descubiertos y nuestras posibilidades de poder huir disminuyen.

—Lo sé, pero yo no puedo hacer nada, solo decirte lo que me han dicho desde la Dirección. ¿Y ahora, qué falta? —siguió curioseando en la preparación del plato Solange, tras ver cómo dejaba, con suavidad, la cazuela sobre el fuego.

—Ahora le pondré un poco de sal al caldo, le echaré un poco de perejil al pescado y lo dejaré

hervir durante quince minutos —respondió Benjamín cuando tapaba la cazuela, después de hacer todo lo que le había dicho—. Venga. Suéltalo ya. Dime lo que has venido a decirme —la invitó serenamente el hombre.

A pesar de la cordialidad mostrada por la mujer, sus ojos no podían ocultar cómo el desánimo estaba haciendo mella en ella. El desánimo causado por tener que seguir indefinidamente allí dentro los tres dejados de la mano de...

¿Dios?

—¿Tanto se me nota? —sonrió ella de un modo forzado.

—Un poco. Dime, ¿de qué se trata?

—Lo siento. Es lo mismo que me acabas de decir. No entiendo nada de nada. Es algo que no puedo quitarme de la cabeza, y se lo tengo que decir a alguien. Seguramente, el llevar tantos días aquí dentro, sin salir apenas, me está convirtiendo en una paranoica, pero tengo la sospecha de que de esta no salimos, Benja —se sinceró finalmente la mujer.

—Está relacionado con la Dirección, ¿verdad? Con su comportamiento para con nosotros, ¿no? —le preguntó cauteloso.

—Sí —respondió tras asentir con un gesto afirmativo de su cabeza, evitando de ese modo la mirada preocupada de él.

—A ver, dime, ¿qué es eso que te inquieta tanto? —Creo que no van a mover un dedo por nosotros. — Se detuvo un instante para reordenar sus ideas—. Estoy segura de que para la Dirección solo somos ahora algo molesto que se tiene que terminar cuanto antes.

—¿Qué? —los ojos oscuros del hombre se clavaron en

los de ella.

—Lo que oyes —se encaró la mujer al hombre manteniéndole la mirada, asegurándole con sus ojos pardos que tenía la certeza y el total convencimiento de lo que le estaba diciendo—. Somos carne de cañón —añadió rotunda.

—¿Qué pruebas tienes? —se negaba de este modo

Benjamín a aceptar una realidad que sabía cierta en su interior, pero que no quería admitir—. Mira, no voy a negar que pienso lo mismo que tú, pero de ahí a tener la certeza completa de todo lo que me estás insinuando va un abismo, Solange.

—¿No lo ves? —le cuestionó desesperanzada la mujer.

—¿El qué? —le preguntó extrañado.

—Que cada vez estoy más segura de lo que te he dicho, y creo que la Dirección nos ha vendido. Que estamos atrapados en una ratonera y en cualquier momento se puede presentar el gato —le

soltó lapidariamente—. ¿No te resulta inquietante que, para acabar con alguien tan importante, nos hayan enviado a nosotros?

—La verdad es que resulta, cuanto menos, curioso que nos hayan enviado a nosotros tres, y no a los mejores que tienen en estos momentos.

—Así es —le respondió enigmáticamente ella.

—Pero, ya te digo, sigo sin entenderlo. ¿Por qué nosotros?

—No me vengas con esas. Lo entiendes perfectamente.

—Sí, llevas razón, en el fondo sospecho que la tienes, pero... ¿y si no es así? ¿Y si todas nuestras suposiciones no son más que el resultado de estar aquí encerrados tantos días sometidos a tanta presión y, lo que es aún peor, sin ver una salida? —dijo con voz apagada intentando convencer a la mujer.

Ella lo contempló lentamente, para añadir:

—Seguramente tengas razón y sea como tú dices, un producto de mi imaginación. Ya han pasado los quince minutos —concluyó con escepticismo.

—Entonces, la comida ya está —anunció Benjamín mientras apagaba la llama del fuego, buscando en su interior algún rescoldo con el que mantener viva la esperanza de conseguir salir de allí algún día con vida, volver a ver a su amada y poder conocer a ese hijo que estaban esperando.

Aunque recordaba con amargura cómo, a lo largo de su existencia, había aprendido que lo que se quería y lo que se tenía no siempre eran lo mismo.

Capítulo XXVIII.

Covadonga

Duda. Si tuviera que escoger una palabra para definir el periodo por el que estaba atravesando en esos momentos, esa sería a ciencia cierta la sensación que me acompañaba constantemente. La podía utilizar en singular y en plural, puesto que eran muchas las dudas que me asaltaban en esos tiempos.

Tras la muerte de mi padre, había escogido dedicarme en cuerpo y alma al periodismo. Lo había hecho con tanta dedicación que al final llegué a tener una buena reputación en ese mundillo. No tenía nada más, solo mi profesión. Esa había sido mi vida hasta que lo jodí todo. Mi buena estrella parecía de pronto haber desaparecido, y todas las puertas que con anterioridad se me abrían, ahora se me cerraban.

Si creyera en algo, como en el destino, pensaría que todo era una burla de él hacia mi persona. Aunque parezca gracioso, al final había cumplido mi sueño en su totalidad. Este consistía en ser periodista y trabajar donde lo hacía ahora, ya que el edificio donde me encontraba fue justamente el mismo que había enfrente del templo, cuando, señalándoselo, le dije a mi padre que quería

trabajar aquí. Digo *gracioso* porque al final terminé trabajando en el lugar señalado por mí cuando solo era una niña. Vine porque fue el único lugar donde encontré un hueco para poder seguir realizando mi labor como periodista, si lo que estaba haciendo ahora mismo se podía llamar así, claro.

Espoleada por ese recuerdo y por intentar reconducir mi existencia, ya que a esta no la podía llamar vida, me encontraba frente a la puerta de la casa de Bartolomé, con la duda en mi ánimo porque no sabía si Simón iba a acudir a la cita. Otra duda más.

—¿Vendrá? —me preguntó Bartolomé al mirar a mi lado y ver que no había nadie junto a mí tras abrirme la puerta—. Lo que tengo que decirles es importante y a la vez comprometedor —me confesó.

—Vendrá —le contesté con el mayor aplomo que pude sacar de las enormes dudas que me atenazaban, al comprender que la mirada del hombre al espacio vacío junto a mi persona estaba cargada de desconfianza y que, de un modo callado, no hacía sino indicarme que no creía que el otro invitado acudiera a la cita—. ¿Comprometedor ha dicho? ¿Para quién, para usted o para nosotros? —le pregunté con curiosidad.

—Para todos, para ustedes y para mí —se sinceró el hombre.

—¿Y qué es eso tan comprometedor y preocupante? — quise saber.

—En cuanto llegue su amigo, se lo haré saber a ambos —atajó de ese modo cualquier nuevo intento por mi parte de querer saber el motivo de la llamada que nos había hecho el hombre que ahora me contemplaba en silencio.

Al pasear mi mirada por la vivienda en la que me encontraba, mis ojos recayeron en el escritorio chino lacado en negro y rojo. Sobre él descansaba un lienzo de tamaño pequeño en el que aparecían, diluidos en manchas de colores, unos rasgos donde se podían apreciar unas facciones que se difuminaban entre las indefinidas pinceladas de la pintura, ofreciendo como resultado la borrosa imagen de lo que parecía ser el rostro de una dama. El negro del mueble de la entrada parecía tomado de los cabellos de la mujer que aparecía en la pintura y del dolor que esta dejaba entrever. En cambio, el rojo con el que estaban pintadas sus patas era el mismo color con el que las paredes de la casa me habían dado la bienvenida.

A pesar del orden y pulcritud que dominaban la casa, sentí una extraña sensación de pesadumbre al traspasar la puerta de entrada, y es que la estancia de este hombre que conocía desde hacía solo un par de días olía a pena y a dolor.

—¿Era su mujer? —le pregunté intentando ganar algo de tiempo, dirigiéndome hacia el ajado rostro de Bartolomé que, en ceremonioso silencio, había observado cómo contemplaba el retrato de su mujer pintado al óleo. Mi intención era iniciar una conversación con él y así intentar que la espera fuera menos tediosa.

—Así es —me contestó torciendo la mirada—. Esa era mi mujer —añadió Bartolomé al comprobar hacia dónde apuntaban mis ojos—. Cuando lo terminó me comentó con resignación que el impresionismo era el refugio de los malos dibujantes y que por eso ella había sido capaz de

pintar durante tanto tiempo, porque esos trazos gruesos, toscos e indefinidos habían ocultado, desde sus inicios en este arte, su falta de talento.

—No sabía que su mujer pintaba.

—Ya le comenté en el cementerio que era la más imaginativa y creativa de los dos. De todos modos, para ella no era más que una afición a la que dedicaba la mayor parte de su tiempo libre, eso sí, el poco que le dejábamos su trabajo y yo —concluyó con cierto deje de orgullo en sus palabras.

—No vi ninguna imagen suya en la lápida —añadí curiosa.

—Era una mujer muy bella.

—No entiendo por qué entonces no aparece ninguna representación suya junto a su tumba.

—Porque ella no lo habría querido. Me lo prohibió. Me dijo que no iba a permitir que ni el sol ni los elementos destrozasen su rostro de nuevo, ya tenía bastante con el deterioro que le había causado cruelmente su enfermedad. ¿Sabe lo que me decía? —retomó la palabra tras pasear por un silencio lleno de recuerdos cargados de dolor.

—No, ¿el qué? —pregunté con prontitud.

—Que mientras aquí estuviera guapa, que no padeciera por ella, ya que era así como quería ser recordada —me respondió señalando una composición de tres fotografías. En la primera de ellas, aparecía el propio Bartolomé abrazado a una hermosa mujer morena con traje de novia. En la siguiente, volvían a aparecer ellos con algunos años más, jugueteando con dos niños a sus pies, y en la última, volvían a aparecer ellos dos, ya más mayores, posando junto a dos jóvenes que debían de ser los mismos de la foto anterior, ya crecidos. Todas y cada una de esas fotografías mostraban un Bartolomé más joven de como se presentaba ante mí en esos momentos y, lo que me resultaba más curioso, se le veía sonriente y feliz.

—¿Hace mucho que murió?

—Algo más de año y medio —me respondió con prontitud, revelándome de ese modo que sabía con exactitud los días que había pasado sin su compañía.

—¿No se siente tremendamente solo ahora que ella ya no está aquí con usted? —seguí curioseando nuevamente en el interior del hombre que me observaba absorto y relajado. Quizás lo hacía con la esperanza de encontrar a otra persona que tuviera el mismo sentimiento de pérdida que a mí me embargaba con cierta asiduidad.

—Sí, claro que sí. Aunque, a pesar del tiempo que hace que se fue, le he de reconocer que jamás me he sentido totalmente solo. Siempre he notado muy cercana su presencia, sobre todo aquí, en esta casa, que era donde vivíamos y donde pensábamos hacerlo el resto de nuestros días —concluyó lentamente entrecerrando sus ojos. Resultaba evidente que el transitar por las últimas palabras le resultaba penoso y embarazoso.

—Es extraño lo que me dice. Lo más común entre las personas es que, cuando alguien pierde a un ser querido, este llore su pérdida y durante mucho tiempo el dolor lo consuma. Por regla general, no se piensa lo que usted me está diciendo —me sinceré con él, recordando nuevamente a mi padre y haciéndole partícipe, aunque de un modo velado, de cuáles habían sido las huellas dejadas en mí por la pérdida de mi progenitor.

No sabía aún muy bien a qué era debido, pero el hombre de rostro huraño y cansado que tenía frente a mí hacía que recordara la figura de mi padre ya fallecido. Seguramente, ello era debido a la tranquilidad que me transmitía. Eso debía ser, ya que junto a este desconocido me sentía segura. Percibía que nada malo podía sucederme estando junto a él, al igual que me ocurría tiempo atrás, cuando sabía que mi padre estaba ahí. —Verá, sobre lo que me acaba de comentar le diré — consiguió con estas palabras sacarme de mis recuerdos, dibujándose en sus ojos negros y apagados un interrogante al ver en mi rostro, durante un instante, el pesar característico por la pérdida de alguien tan cercano— que tengo una idea un tanto peculiar, si quiere llamarla de algún modo. Creo que, en realidad, en la mayoría de los casos que acaba de mencionar, no se llora la pérdida de ese ser, sino que se llora la soledad en que uno se queda. No sufrimos por él, sino por nosotros, que hemos perdido a nuestro principal apoyo en este feroz, cruel y despiadado mundo en el que vivimos. Le repito que, en la gran mayoría de los casos, lo que nos invade es un sentimiento mayoritariamente egoísta, porque los que sufrimos somos nosotros, los que aún permanecemos aquí, y no ellos, que ya no lo están.

—Sí, seguramente tenga razón —asentí, recordando una vez más la sensación de vacío y desamparo que me había perseguido desde la muerte de mi padre y cómo, a causa de eso, me había volcado completamente en mi trabajo dando la espalda a todo lo demás, al mundo que me rodeaba.

—Siéntese. Está en su casa —me invitó finalmente tras dejar atrás el recibidor y adentrarme en una amplia estancia situada a su derecha, señalándome un sillón vacío cuyo mullido asiento, al sentarme sobre él, aumentó la sensación de bienestar que tenía desde que había entrado en su casa. —Lo que siempre echas de menos es su compañía, recuerdas con nostalgia sus largos silencios junto a ti, solo acompañados por alguna caricia. La verdad —me reconoció el hombre— es que no necesitas nada más que su compañía, con eso es suficiente, eso y alguna que otra sonrisa.

La curva de los brazos de la butaca sobre la que descansaba mi cuerpo, no conseguía otra cosa que hacer más patente aún, si cabía, la gran cantidad de dudas que me asaltaban en esos momentos. La primera de ellas, obedecía a la sorprendente invitación recibida por parte del hombre que tenía enfrente de mí y la segunda, a la finalidad de esta.

Al clavarse mi espalda en el respaldo de mi asiento en forma de escudo formado por las tres plumas del príncipe de Gales, no paraba de preguntarme angustiosamente dónde estaría Simón y el porqué de su tardanza, y lo que le resultaba peor y más angustioso: ¿acudiría a la cita o no?

Le había vuelto a dejar el recado por medio de su jefe: Sebastián. Estaba convencida que este sí que se lo daría, lo que no tenía tan claro es que Simón, ese hombre tan enigmático, acudiese a la cita.

—¿Cómo fue? —le pregunté señalando el cuadro que habíamos dejado detrás de nosotros, en el

recibidor. Con ello intentaba ganar un poco más de tiempo y satisfacer un poco la curiosidad que se estaba instalando en mi interior por querer saber un poco más acerca de Bartolomé.

—¿El qué, su fallecimiento? Doloroso, cruel, tormentoso, elija el calificativo que quiera —tras ver el gesto afirmativo que yo hacía con mi cabeza respondiendo a su pregunta, me invitó pesadamente a que escogiera la palabra que más me complaciera—. La verdad es que resultó muy angustiada toda su enfermedad, desde el principio hasta el final.

Al echar la vista atrás, los ojos del hombre se humedecieron. Con seguridad, recordaban en su totalidad la escena que me estaba empezando a contar.

—No fue un otoño muy frío, recuerdo que en las horas centrales del día yo aún iba en manga corta. Ella, en cambio, iba siempre cubierta con un gorro de lana y llevaba una manta a cualquier rincón de la vivienda, ya que siempre decía tener frío. Yo sabía —se detuvo un instante para rectificar—, los dos sabíamos que ella no estaba bien, que más pronto que tarde iba a morir. Es curioso, pero a pesar de que todos sabemos que hemos de hacerlo, no hacemos caso de esta advertencia hasta que vemos cercana la hora. Somos como un alimento perecedero al que lo único que le falta es ponerle la fecha de caducidad. Pues bien, su enfermedad no hizo ni más ni menos que eso, ponerle fecha de caducidad. A pesar de que los dos sabíamos que el final de ella estaba ahí, el lento caminar de los días nos ofreció la suficiente tregua como para poder disfrutar de nuestra compañía durante unos meses más. Los últimos meses que íbamos a pasar juntos —se lamentó.

»Su deterioro, a pesar de ser imparable, era lento. Todo transcurría con cierta normalidad, si se puede llamar, de algún modo, *normal* a ver cómo tu ser más querido se está muriendo. Repito, los días pasaban con cierta normalidad, hasta que, al llegar un día determinado, como un mazazo, la muerte se asoma a su rostro, devorando la humanidad que hay aún en él, sin abandonarlo hasta el final. Es como un recordatorio en el que la muerte nos dice que ese cuerpo es suyo, que le pertenece y que, a pesar de todos los esfuerzos que se hagan, no lo va a abandonar hasta el final, cuando se haga definitivamente con él.

»Una vez aceptado o no que el fin está próximo — continuó relatando Bartolomé tras una ligera pausa—, y siendo consciente de que va a ser así, te vuelcas con esa persona o lo que queda de ella, hasta que compruebas cómo sus pies van perdiendo calidez a medida que la vida va abandonando su cuerpo, y por mucho que intentes calentarlos de nuevo, tapándolos y frotándolos, con desesperación compruebas que ya no volverán a coger nuevamente la temperatura anterior. Desconsolado, tienes la certeza de que ese frío, en realidad, es el preludio de la muerte, que va subiendo por las extremidades hacia el cuerpo. Y entonces, hija, al tener la certeza de su muerte, derrotado, lloras angustiosamente, ya que sabes que no hay nada que hacer y que su fin se muestra ante uno como es: duro y cruel.

Tras relatar los últimos instantes de la vida de su mujer, Bartolomé entró en un largo, profundo y pesado silencio causado por el dolor de su recuerdo. Siendo plenamente consciente de cómo el desconsuelo se había instalado en su rostro, elegí acompañarlo en un respetuoso silencio, incapaz de decir nada en esos momentos, ya que era perfectamente conocedora de que sobraba cualquier palabra.

El sonido del timbre nos interrumpió, señalando la presencia de alguien en la puerta.

—Yo iré a abrir. —Viendo rota la atmósfera de confianza que se había creado entre los dos, me levanté con resolución al comprobar que un gesto de contrariedad iba endureciendo la cara de Bartolomé—. Seguramente, le habrá costado encontrar su casa —añadí, intentado disculpar así el retraso de Simón mientras abría la puerta de su domicilio y confirmaba que su figura se recortaba frente a mí—. Ya está aquí, este es el hombre del que le hablé ayer.

Procedí a hacer las presentaciones, tras acompañar al recién llegado hasta la habitación donde se hallaba Bartolomé, intentando pasar por alto el reproche que empezaba a descolgarse de las bolsas de sus ojos.

—Hola, mi nombre es Simón —le tendió este su mano al llegar a la altura del anfitrión. El formulismo de la presentación saltó por los aires al recibir del hombre mayor, como único saludo, una desconfiada mirada que procedió a recorrerlo de arriba abajo, clavando sus ojos viejos y cansados en una mochila de un color verde apagado, casi marrón, que colgaba del hombro del recién llegado. Cuando Bartolomé terminó su observación, se quedó mirando fijamente los ojos nerviosos de Simón y, despectivamente, ignorando el gesto de saludo del recién llegado, me dijo:

—Así que este es el animalillo asustado del que me ha hablado, ¿no? —Ante el ademán de asentimiento por mi parte, añadió—: Según usted este sujeto fue testigo presencial del atentado.

Bartolomé, con un tono frío, carente de la menor muestra de cordialidad hacia Simón y ante las mudas afirmaciones que yo le hacía, continuó diciendo:

—Pues si es así, ha estado usted cometiendo un delito, ha estado usted dificultando la labor de la policía en esta investigación, joven —concluyó molesto por la nula colaboración que Simón había mostrado con la policía.

Simón, ante mi silencio, buscaba de un modo estéril una respuesta en mi rostro que explicara semejante recibimiento, tan inesperado y tan hostil. Como única réplica a tan duras palabras y acusaciones, lo único que hizo fue darse media vuelta y desandar el trecho recorrido hasta la puerta de salida. La expresión en su rostro parecía decirnos que no tenía demasiado interés en colaborar ni con la policía ni con nadie, y que su presencia allí había sido, cuanto menos, un tanto forzada.

—¿Dónde cree que va? —bramó Bartolomé al descubrir sus intenciones—. Siéntese ahí y al menos escuche lo que tengo que decirles a los dos. Le recuerdo que soy policía y que, si me obliga a ello, mis palabras las escuchará en comisaría —continuó, viendo que la indecisión se marcaba en las cejas del sujeto separándolas aún más de sus ojos.

Tras haber iniciado la marcha para irse de allí, Simón se detuvo de golpe al oír las últimas palabras del malhumorado hombre.

—Así que no haga más tonterías de las que ya ha cometido y siéntese de una vez —terminó señalando una silla que se hallaba entre él y yo. Se encontraba situada detrás de una mesa de pequeño tamaño, cuyo tablero era circular y en su borde aparecían las mismas incrustaciones que en el respaldo del sillón sobre el que estaba sentada.

—No entiendo nada —se lamentó Simón nada más tomar asiento, dirigiéndose molesto hacia mí,

culpándome de todo lo que le estaba ocurriendo en esos momentos, ya que había sido yo la que le había dicho que tenían que acudir a esta cita.

—Ahora, enseguida, lo entenderá —le adelantó Bartolomé con cierto aire de reproche dirigido esta vez hacia mi persona—. Les he hecho venir a los dos porque aquí —me señaló de un modo acusador—, su amiga Covadonga, se negaba a darme su identidad si ella no estaba presente en esta reunión. Me dio la descripción del vehículo en el que usted vio huir al terrorista. Ese vehículo fue abandonado y quemado un poco después, era un coche robado hacía medio año y su matrícula era falsa. Por ahí poco podemos hacer, pero, en cambio, lo que en realidad me interesa a mí es saber quién cometió el asesinato. Es esa y no otra la razón por la que usted está aquí. A usted lo he hecho venir porque, según su amiga — continuó señalándome con el dedo—, vio a quien hizo detonar el vehículo del atentado terrorista. Según ella, usted es capaz de recordar e identificar a ese sujeto. ¿Es eso cierto?

—Sí, supongo que sí —reconoció Simón.

—Pues tenga y dígame si conoce a alguno de estos — ordenó Bartolomé.

La primera fotografía que le tendió el policía mostraba la imagen de un sujeto sin apenas pelo en su cabeza, donde unos ojos vidriosos intentaban ocultarse del objetivo de la cámara escondiéndose tras la enorme papada que parecía sostener su ancho rostro circular.

—¿Lo conoce? ¿Fue ese el sujeto que vio? —le preguntó ansioso el policía.

—No, lo siento, no es él.

—¿Y este? —le tendió la última instantánea que tenía entre sus manos Bartolomé y que recogía la imagen de otro individuo sonriente, con el rostro más alargado, el pelo castaño claro y unos ojos verdes que le conferían casi un aspecto juvenil.

—No, tampoco.

—Bien —dijo un tanto decepcionado el policía—. No albergaba muchas esperanzas de que fuera alguno de ellos, pero al menos lo tenía que intentar. Después de todo, y a pesar de lo que han hecho o no han hecho, creo que se merecen conocer por qué los he hecho llamar y por qué los he citado aquí —comenzó el policía—. Como ya saben, mi nombre es Bartolomé, soy un inspector de policía adscrito a la Unidad Central de Inteligencia, encuadrada en la Comisaría General de Información, que se encarga principalmente de esclarecer todos aquellos delitos cometidos por terroristas en nuestro país. De momento, creo que con eso debería de bastarles —nos informó lacónicamente—. Antes de nada, me gustaría decirles que no están aquí en calidad de nada, si no me obligan a ello —añadió con una velada amenaza—, y que, por las

circunstancias que envuelven el caso, me veo obligado a tomar ciertas precauciones. Esta es una de ellas.

Aquí, el policía se detuvo un instante para mirarnos fijamente. Su mirada parecía decirnos que en ese momento se estaba preguntado si lo que estaba a punto de hacer era lo más apropiado o no, que era desvelarnos lo que él sabía.

—No es habitual en mí proceder de este modo, trayéndoles a mi casa, y mucho menos filtrar información a la prensa, pero las circunstancias mandan y estas son las que son. La unidad a la que durante tanto tiempo he servido, es la encargada de investigar principalmente los posibles ataques terroristas, como ya les he dicho. Hace aproximadamente medio año, llevé a cabo una investigación en la que intenté ver lo que había detrás de un incidente que sufrieron dos policías locales. El hecho investigado tuvo lugar a las ocho y media de la mañana. Sí —dijo al observar cómo las líneas que enmarcaban mis húmedos labios se estiraban en una mueca de callada victoria—, es casi la misma hora en que se cometió el atentado y, por lo tanto, sí, con total seguridad ambos hechos están relacionados —me concedió con cierto reparo.

»Esa pareja de policías, en su patrulla habitual de todas las mañanas, descubrió un coche negro que hizo un giro prohibido a la derecha, haciendo caso omiso a la señal que había. Nada más observar la infracción, salieron tras el vehículo en cuestión. Al no obedecer al alto que se le dio, se inició una persecución que finalizó unas calles más abajo, donde el vehículo perseguido se detuvo finalmente de un modo brusco. Cuando los policías bajaron del coche para identificar al infractor, supusieron que los ocupantes del coche se habían arrepentido de su acción y que era por eso por lo que se habían detenido a esperarlos. Nada más lejos de la realidad. Cuando llegaron a la altura del vehículo perseguido, se encontraron con la desagradable sorpresa de ser encañonados y obligados a entregar su arma: un revolver reglamentario del calibre 38. Posteriormente, fueron invitados, por decirlo de algún modo, a tumbarse boca abajo y esperar a que los agresores se dieran a la fuga.

»Se descubrió que el vehículo utilizado para huir era robado y que las matrículas que tenía colocadas eran falsas. Tres días después, el automóvil fue hallado abandonado y el Servicio de Dactiloscopia de la Comisaría Científica consiguió averiguar, por un descuido suyo, la identidad de una de las dos personas que se habían dado a la fuga, gracias a la huella de uno de los infractores hallada en la carrocería del vehículo. No se encontraron huellas en su interior, ya que había sido limpiado totalmente, pero no así en el exterior, como les acabo de informar.

»Tras tener identificado a uno de los agresores, sí, efectivamente, ese que tiene en su mano derecha —se detuvo un momento en su larga explicación, al tiempo que señalaba la fotografía que contenía la imagen del individuo de aspecto añorado que le había dado hacía breves momentos a Simón—, se dio la orden de busca y captura del mismo.

»Por otra parte, a mí se me ordenó iniciar una investigación que intentara arrojar algo de luz sobre ese extraño suceso. Su conclusión fue un informe en el que elaboré un listado de posibles objetivos que estuvieran dentro del radio de acción del lugar donde cometieron la infracción, ya que si no, no se entiende ninguna razón que les hubiera llevado a cometer semejante tontería, gracias a la cual fueron descubiertos. Durante días rastree las zonas circundantes, visitando las comisarías policiales locales, estrujando las guías telefónicas, interrogando a vecinos, y con todo eso elaboré una lista de cerca de cuatrocientos posibles objetivos: un hospital militar, un colegio de la Armada, un periódico, un centro comercial, un aeropuerto y diversas personalidades de cierta relevancia pública, entre las que destaqué, por encima de todas, al candidato a la presidencia del gobierno, que fue al que asesinaron el miércoles.

Los dos estábamos escuchando con suma atención cada palabra que salía de los labios del policía.

—Ese ha sido el porqué de mostrarle estas fotografías, para ver si alguno de ellos era el sujeto que usted vio. Quería saber si alguno de ellos fue el que apretó el botón del detonador. Como no ha sido así, todo nos indica que hay otro comando, que es el que ha realizado el atentado. La policía no tiene ninguna pista concreta a día de hoy. Lo que más nos puede acercar a los asesinos es su testimonio. ¿Podría facilitarme su descripción? ¿Podría usted decirme cómo era ese sujeto? ¿Se fijó en sus rasgos faciales? —le preguntó el policía a Simón.

—Sí —le respondió este con prontitud y con desconfianza—. Pude presenciar cómo activó el mecanismo que hizo estallar el explosivo que tenían puesto en el coche situado al principio de la calle. Lo que no observé es cómo se marchó, ya que en ese momento estaba más preocupado por mi seguridad que por otra cosa. Y sí, vi su cara.

—¿Cómo era? —se interesó el policía.

—¿Su rostro?, era triangular, con un mentón afilado y una frente ancha. Sus pómulos eran alargados.

—¿Y sus ojos?

—Sus ojos eran negros, negros y amenazadores, como la muerte.

—¿Y su boca, sus labios?

—Su boca era pequeña y sus labios eran delgados.

—¿Y sus cejas?

—Tenía unas cejas poco pobladas y separadas de los ojos. Y pude ver cómo las fruncía con un gesto de determinación en el momento de apretar el botón del detonador.

Bartolomé iba anotando, en una libreta de tapas de cartón, todo cuanto Simón le iba diciendo. A medida que los adjetivos proporcionados por el interrogado iban subiendo de tono, los ojos del hombre se empequeñecían como dos duros reproches.

El joven, al adivinar su gesto, le dijo:

—No sé qué esperaba que hiciera en esas circunstancias, pero el valor no es uno de mis fuertes —terminó reconociéndole Simón.

—Ya veo —dijo Bartolomé, mirándolo fijamente—. El valor es una flor muy delicada que necesita de ciertos elementos para echar raíces, si uno de ellos no está presente, no puede brotar, es así de simple —concluyó tras mirar significativamente a Simón y hacerle entender de ese modo que él nunca la poseería—. Por si no lo sabía, uno de los componentes necesarios para que dicha flor arraigue es el orgullo, pero, o mucho me equivoco, o usted no sabe de lo que le estoy hablando, y si en algún momento de su vida lo sabía, lo ha olvidado ya —le soltó mirándolo inquisitivamente—. ¿Dónde dejó su orgullo, si es que alguna vez lo tuvo? —terminó finalmente, conteniéndose para no seguir ofendiendo aún más a su invitado.

Simón, huyendo de su mirada, observando las líneas de las baldosas que cubrían el suelo, le respondió:

—Es un bien tan escaso y preciado que lo tengo guardado en el sitio más seguro que he podido encontrar.

—¿Dónde?, ¿ahí? —Señaló la mochila que ahora descansaba sobre la mesa.

—Así es —respondió lastimosamente.

En ese instante, el sonido emitido por el aparato telefónico le dio un poco de tregua a Simón, acallando, aunque solo fuera momentáneamente, las palabras de reproche del policía.

Tras descolgar el auricular, molesto por la interrupción, Bartolomé saludó la llamada entrante con un desaforado: «¿Quién?». El sonido que salía del auricular era lo suficientemente elevado como para permitirnos escuchar la conversación entera. En ese momento, y al oír por el receptor el apelativo *Alejandro*, descubrí con inquietud que su rostro se descomponía al oír semejante nombre. Había perdido todo su color, tornándose blanco y pálido; era como si un fantasma se le hubiera manifestado. Era como si algo del pasado que temiera se le hubiera aparecido de golpe.

—¿Qué quieres? —le soltó de malas maneras

Bartolomé.

—Nada, solo saludar a un viejo amigo. Preguntarte cómo estás y si necesitas algo de mí —le respondió solícito su interlocutor.

—Sí —le respondió Bartolomé—. Sí que quiero algo de ti. Quiero que me dejes en paz y que no me vuelvas a llamar nunca más —dicho esto, el policía colgó violentamente el auricular, dejándonos sorprendidos a Simón y a mí.

Bartolomé se quedó mirándonos, estudiándonos fija y detenidamente en silencio, sopesando en ese momento si debía de decirnos todo lo que sabía o no. Tras un instante de duda, añadió dirigiéndose a nosotros, midiendo las palabras que nos iba a decir:

—No es conveniente para ustedes que sigan más tiempo aquí. Esta reunión ha concluido. Sé que mi actitud les va a provocar muchas y oscuras dudas por lo que acaban de escuchar, pero les tengo que pedir que hagan el favor de marcharse. Tengo cosas que hacer. Mis obligaciones me reclaman —les soltó a modo de disculpa, al tiempo que me tendía una tarjeta.

—¿Nos va a dejar así? —salté enormemente intrigada—, ¿sin decirnos ni desvelarnos el motivo de esta reunión?

—Sí, lo siento, pero de momento tiene que ser así. Aquí tienen mi número de teléfono. Si les ocurre algo, cualquier cosa, no duden en llamarme. Sea la hora que sea, háganlo, no duden en llamarme. Nada más pueda, me pondré en contacto con ustedes. Y, sobre todo, tengan mucho cuidado —concluyó, dando por terminada la reunión, señalándonos con su mano la puerta de salida y quedándose sentado solo en el sillón.

Salimos de la vivienda sin entender nada de nada. A todos y cada uno de los interrogantes que salían de los ojos de Simón, yo solo podía responderle con un encogimiento de hombros.

Si hubiéramos permanecido un instante más en la sala, quizás habríamos llegado a entenderlo todo, o al menos casi todo, si hubiéramos permanecido un poco más allí, quizás habríamos empezado a comprender que esa mirada, la mirada de preocupación del policía, en realidad lo que nos indicaba no era otra cosa que estaba calculando un riesgo, y que ese riesgo no era el suyo propio, sino el nuestro. Esos ojos cansados y preocupados, en realidad lo que estaban haciendo era una evaluación de daños y ahora sopesaban hasta qué punto estábamos en peligro si sus peores sospechas se cumplían, ya que, por desgracia, todo parecía indicar que estas iban en la dirección que le marcaban sus temores.

De ese modo tan inesperado, nos habíamos despedido de nuestro extraño anfitrión. Con cantidad de dudas e interrogantes dibujándose en nuestros rostros, llegamos a la calle dejando atrás el apartamento del que acabábamos de salir. La luz del atardecer que caía sobre ella había conseguido el pequeño milagro de hacer que todo cuanto habíamos escuchado, en esa habitación cargada de penumbras de la que habíamos salido, se nos antojara como algo ficticio e irreal. Aún no sabíamos muy bien qué había sucedido en su interior, por qué la reunión había concluido de un modo tan brusco y por qué no había podido concluirse con normalidad. La clave de todo ello, de todos esos porqués sin contestación, parecía estar en esa llamada telefónica que Bartolomé acababa de recibir. Aún recordaba la palidez en su rostro al escuchar el nombre de *Alejandro* a través del auricular.

—Espera —le pedí a Simón, al ver su intención de marcharse y dejarme allí.

—¿Qué quieres? —me preguntó molesto—. ¿No lo acabas de ver igual que yo? ¿Te ha parecido normal la reacción de ese policía? —me soltó Simón, quien, a pesar de no entender nada de nada, sí que entendía que una oscura amenaza se cernía sobre nosotros. La dureza con que salió la última frase de sus labios parecía decirme que todo había sido responsabilidad mía, y que todo aquello sucedía por haber accedido a mi petición.

—Sí, bueno —le contesté un poco sorprendida por el tono—. Pero aún no sabemos nada con seguridad. Creo que antes de sacar conclusiones precipitadas debemos saber algo más de todo esto.

—Parece ser que no quieres darte cuenta de que en realidad estamos en peligro. No sé en qué oscuro asunto estamos metidos, pero lo que sí sé es que nuestras vidas están en peligro, si no al tiempo, chica lista —me soltó con ciertas dosis de desazón en sus palabras.

—Me doy perfecta cuenta de todo lo que me estás diciendo y de todo lo que está ocurriendo a mi alrededor —le contesté airadamente—. No estoy tan ciega como te crees. No obstante, lo que intento decirte es que de momento no podemos hacer nada, solo dejar pasar el tiempo y esperar acontecimientos. Acabas de oír a Bartolomé igual que yo. Creo que debemos seguir sus indicaciones y, sobre todo, creo que no debemos perder la calma. Si no, sí que creo que lo tenemos crudo. Así que haz el favor de tranquilizarte. No sé en qué estamos metidos, pero lo que sí sé es que, si nos dejamos llevar por los nervios, estamos perdidos —concluí con la intención de convencerlo.

—Vale —aceptó de mala gana mi reprimenda, agachando un poco la cabeza y acariciándose los ojos cerrados con las yemas de sus dedos—. Tienes razón. Lo siento. Me he dejado llevar por los nervios.

—Eso está mucho mejor. Si el riesgo que corremos fuera inminente, te aseguro que ese hombre — señalé con mi mano hacia el edificio que acabábamos de dejar atrás— no nos hubiera permitido salir de su casa así como así.

—Creo que confías en él en exceso —me mostró con esas palabras parte de sus temores.

—Quizás. Quizás tengas razón, aunque ya te lo he dicho antes, no sé por qué, pero me fío de él, y algo me dice que no va a dejar que nos ocurra nada.

—Veo que tienes depositada mucha fe en ese hombre. Solo te digo que espero que no sea demasiada —concluyó Simón.

—El tiempo nos lo dirá. El tiempo se encargará de descubrir quién estaba en lo cierto, si tú o yo.

Tras unos instantes de silencio, le volví a preguntar:

—¿Me vas a responder ahora a alguna de las preguntas que llevo durante estos días haciéndote y que no me contestas? —volví a la carga con la resolución esculpiendo mi rostro.

—¿También tú quieres saber dónde dejé el valor, el orgullo y la dignidad, como tu amigo el policía? —me preguntó dolido.

Al hacerme la pregunta, evitó que sus ojos se encontraran con los míos. Al huir de mi mirada y girar su cabeza hacia la acera contraria, sus ojos se pasearon perdidos hasta posarse distraídamente en un coche plateado estacionado junto al portal. El interior del vehículo estaba ocupado por dos individuos fornidos que llevaban unas gafas de sol oscuras, tanto que ocultaban sus ojos tras ellas. Aunque ahora ni siquiera nos miraban, nos dio la impresión de que, hasta hacía muy poco tiempo, justo antes de salir a la calle, su atención se había centrado única y exclusivamente en ese mismo vestíbulo que acabábamos de franquear.

Capítulo XXIX.

Benjamín

—¿Te ayudo en algo? —le preguntó Solange nada más entrar en la cocina.

—La cena ya está hecha —le respondió Benjamín—. Ayúdame si quieres y coge ese plato. —Le señaló con la mirada el guiso que había quedado huérfano encima del banco de mármol gris.

La cena transcurrió sin mediar palabra entre los tres comensales. Los únicos sonidos que rompían el silencio eran los de los tenedores cuando recogían de sus platos las porciones de carne picada, trozos de tomate y anchoas con que estaban rellenas las berenjenas que contenían.

Las horas de clausura les iban pasando factura, agrandando las diferencias que existían entre los

huéspedes del apartamento, especialmente entre los dos hombres. La tensión allí dentro era tanta que se podía tocar.

Tras la cena, Lope se perdió calladamente por la puerta camino de su habitación, momento que aprovechó Benjamín para sentarse en el sofá y enfundarse unas gafas de montura de pasta rectangular. Se dispuso a pasear su mirada por el libro de tapas brillantes que descansaba sobre él, mientras que Solange presionó el botón para encender la televisión.

El televisor se había convertido para los integrantes del comando en la única ventana que les permitía asomarse al exterior. En esos momentos, estaban ofreciendo unas imágenes de archivo en las que se apreciaba cómo dos policías escoltaban a un tipo recio y fornido que mantenían esposado. A pesar de estar inmobilizado y reducido, su mirada clara y profunda tenía ese aire desafiante que le había permitido estar en lo más alto de la cúpula de la organización y mantenerse en ella durante tanto tiempo. En el fondo de sus ojos descansaba una convicción que no dejaba lugar a dudas, que era lo orgulloso que estaba de haber llegado hasta donde lo había hecho.

Benjamín, al levantar la mirada de las hojas que estaba leyendo y reconocer al hombre que mostraban las imágenes, le comentó a Solange:

—¡Cuánto los echo de menos! Era gente que aportaba ideas y veían esto como un medio para conseguir lo que estaban buscando, que no es otra cosa que la libertad de nuestro pueblo. Ellos sabían que el final de todo esto tenía que ser negociado y que con la lucha armada lo único que hacían era tener una posición negociadora más fuerte.

—Eran otros tiempos —le objetó la mujer sonriéndole forzosamente. A pesar de no estar involucrada directamente en las diferencias que separaban a Lope de Benjamín, sí que las sufría, ya que había momentos en los que la atmósfera allí dentro era tan angustiada que se convertía en irrespirable—. Quizás ahora su modo de actuar hubiera sido diferente — intentó sin demasiado interés defender la postura que la Dirección había tomado en los últimos tiempos.

—Sabes que donde impera el salvajismo es muy difícil, por no decirte imposible, que se imponga la cordura y que se adopten posturas racionales —esgrimió con desgana Benjamín, molesto con Solange y los vaivenes de esta, ya que aún guardaba fresca en su memoria la última conversación mantenida, en la que ella le confesaba sus temores: que ya no confiaba en sus superiores.

—Lo sé —le respondió amargamente.

—Además, para mucha gente la lucha ya es una meta en sí misma. Es su modo de vida. Ni conocen otro, ni quieren conocerlo —concluyó visiblemente abatido.

—Llevamos mucho tiempo luchando —añadió la mujer confirmando sus palabras.

—Tenía tantas esperanzas puestas en una paz negociada, y tenía tanto miedo a que esta línea más dura, que aún defiendes, aunque sea tímidamente, ganara la batalla e impusiera sus criterios... ¿Sabes?, por desgracia, todos mis temores se han cumplido y todas mis esperanzas se han roto.

—Yo, en cambio, no los echo de menos —gritó desde la puerta Lope, que se había acercado silenciosamente de nuevo al comedor—. Hay que tener las ideas muy claras para hacer lo que

hacemos. ¡Joder! Gracias a esos a los que tú tanto desprecias se mantiene la lucha armada —le soltó visiblemente molesto el recién llegado.

—Y gracias a esos otros que tú tanto odias se inició esta. Sin esos otros, la lucha por la libertad sería solo una quimera, ellos dieron cuerpo a esa idea —le rebatió Benjamín para continuar diciéndole a Solange—: No hay que temer a las ideas sino a las personas, es la gente la que me da miedo, la que tiene las ideas tan claras, gente como tú —saltó, visiblemente herido en su orgullo, Benjamín—. Ese tipo de personas que se creen que están en posesión de la verdad más absoluta, por encima del bien y del mal, y que jamás dudan, esas son a las que temo —terminó mirando fijamente a Lope.

—Creo, Benjamín —intervino en la disputa la mujer—, que deberías ser mucho más leal con la Dirección. Acertada o equivocadamente, esta intenta dirigir la lucha de la mejor forma posible para nuestro fin, que no es otro que acabar con tantos años de ocupación.

A pesar de que su intención era calmar un tanto los ánimos, el rostro tenso de Lope le decía que unas palabras dichas con buena intención no iban a calmarlo.

—Mira, Solange —le respondió Benjamín—. Pienso que la lealtad no es más que un concepto idealizado que deberíamos despreciar, ya que lo único que consigue es que al sujeto que se le impone su práctica siga siendo servil para con el destinatario de esa lealtad. No creo en ella, ya que, si no, tendría que renunciar a algo tanpreciado para mí como es la libertad.

—Ya empezamos —le reprochó Lope visiblemente molesto—. Ya habló el listillo este. Sabes que estoy harto de tus tonterías y de tí, y que no voy a permitir ninguna más. Como abras la boca te la taparé rápidamente.

—¿Queréis tranquilizaros los dos? —intervino Solange, intentado aportar un poco de cordura dentro de la habitación—. Pocos amigos tendrás pensando así, Benjamín —le reprendió la mujer.

—Si toda amistad implica lealtad, ninguno —le respondió convencido de sus palabras—. Si para tener un amigo, me he de someter a alguien o este a mí, no la quiero, mi parte para tí —concluyó.

—Te recuerdo que esa lealtad no es una elección, sino una demanda obligatoria para con la causa.

—Lo sé. Y además tú también sabes que esa lealtad no es ni mucho menos ciega, y sabes que no soy el único que piensa así —le dijo amenazadoramente Benjamín a Solange recordándole que ella también era, en ocasiones, crítica con quienes los dirigían—. Sabes que estoy cansado de todo esto. Cada vez tengo más claro que este no es el fin por el que he luchado durante tanto tiempo.

—Escucha, mal nacido —saltó iracundo Lope, acercándose amenazadoramente hacia donde se encontraba Benjamín—. El fin de mi lucha es el mismo de siempre. Lucho por una tierra libre que no esté subyugada a ningún poder extranjero. Y no voy a permitir que un imbécil como tú nos debilite con tus historias.

—Pero ¿no lo ves? —le respondió Benjamín, intentando inútilmente razonar allá donde solo quedaba una enorme superficie quemada y devastada por el odio—. Sabes tan bien como yo que

esta lucha no nos conducirá a tu sueño. Sabes que solo con las armas jamás conseguiremos lo que buscamos. Te guste o no, tendrá que haber una negociación.

—Sí —le cortó Lope más que molesto—. Lo sé. Al igual que también sé que, cuanto mejor sea nuestra posición a la hora de negociar, mayores beneficios sacaremos de ella. Eso lo sabemos todos —le gritó en la cara.

—Entonces —siguió Benjamín replicándole—, tú cambias vidas humanas por una posición más ventajosa a la hora de negociar. ¿Sabes lo que te digo? —le soltó con furia—, a la mierda tú y tú posición ventajosa en la negociación — finalizó de hablar, se levantó del sofá y se encaró mirando desafiante a Lope.

—Eso no te lo voy a permitir, mal nacido —le increpó el sujeto al tiempo que armaba su brazo derecho y le lanzaba un puñetazo que impactó sobre el abdomen de Benjamín.

Debido al fuerte impacto recibido, las lentes de Benjamín salieron despedidas hacia el centro de la sala y su rostro, tras caer pesadamente sobre el suelo, se contrajo en una mueca de dolor y miedo.

—Por si no lo sabías —siguió con el rostro desencajado Lope dirigiéndose al tipo tendido—, esto es una guerra. El arte de matar no lo he inventado yo y, te guste o no, en todas ellas muere gente inocente. Ha sido así durante toda la existencia de la humanidad, así sigue siendo en nuestros días y así seguirá siendo en un futuro por mucho que tú y gentuza como tú no aceptéis esta realidad y perdáis el tiempo hablando de paz. Si quieres paz, vete al monte allí solo, o mejor ingresa en alguna orden religiosa y hazte monje. Pero, al menos, déjame a mí y a los que piensan como yo seguir con nuestra lucha.

Hecho un ovillo en el suelo, Benjamín contempló cómo Solange se acercaba y lentamente se disponía a recoger las gafas caídas junto a él para ofrecérselas. Dolido y humillado, rechazando su ayuda, le soltó iracundo:

—Déjalas. No las toques. Déjame en paz.

Capítulo XXX.

Covadonga

Las fachadas traseras de los dos edificios que se alzaban ante las figuras de Simón y la pequeña de pelo rubio que lo acompañaba, formaban un ángulo recto que dibujaba los dos lados del gran rectángulo recubierto de tierra que suponía el solar en el que se hallaban.

A sus espaldas, sobre el muro de la izquierda, aparecía pintada, como en un enorme lienzo de varias decenas de metros, la silueta de una gran ciudad. Los diferentes tonos de grises con que estaban dibujados los rascacielos que la componían le daba aspecto de profundidad, ya que estos iban del más oscuro de los edificios situados en la parte delantera del espectador al más claro de los de detrás, tanto que llegaban a diluirse con la línea del horizonte trazada en el fondo.

Simón estaba examinando con detenimiento lo hecho sobre el otro muro, sobre el que estaba trabajando ahora. Parecía acoger con sorpresa y agradecimiento los trazos que el hombre y la niña estaban aplicando sobre su superficie. Sus casi dos metros de altura encalados parecían recordar unos días, ya olvidados, en los que las voces y gritos de los chiquillos jugando junto a él lo habían acompañado. Señales de ello eran unos dibujos desconchados e irreconocibles que habían sido destruidos por el paso del tiempo.

Los ojos del hombre estudiaban con detenimiento los cuatro enormes sillares con que había sido dividido un espacio de esa misma pared. En el interior de esos bloques de piedra, dibujadas en el muro, aparecían representadas unas extrañas figuras.

En los dos bloques inferiores, el de la izquierda tenía grabado lo que parecía ser un alquerque [\[54\]](#) compuesto por dos tableros cuadrangulares situados uno encima del otro, el de arriba formado por cuatro cuadrados idénticos al de abajo.

En el sillar de la derecha, un corazón radiante iluminaba un busto que parecía ser un hombre cubierto con un hábito dibujado de perfil. Bajo la figura del corazón, aparecía muy pequeño un escudo con la flor de lis estampada sobre él, y a su derecha una escalera.

Sobre la figura del corazón, en el bloque de arriba, estaba dibujada una gran cruz asentada en una base de forma triangular que, por su aspecto, parecía ser la del Gólgota [\[55\]](#). Simón había terminado de poner unas letras góticas en los escalones que iban a servir como base a otra gran cruz dibujada junto a esta y que aún estaba inacabada. La frase escrita era: «Yo pido perdón a Dios» [\[56\]](#).

Los ojos claros de la pequeña, al apreciar una señal de asentimiento en el rostro del hombre que se hallaba junto a ella, lo acompañó con una sonrisa que se dibujó en sus labios menudos e inocentes.

—Ya eres nuestro. Ya te lo advertí la otra noche, lisiado. Te dije que íbamos a ir a por ti y aquí estamos —la suave corriente de aire llevó hasta los oídos de la pareja los gritos que cinco jóvenes les lanzaban al acercarse hacia ellos.

El bote de pintura de aerosol que sostenía entre sus manos Simón, cayó de estas al distinguir las figuras rapadas del grupo que se acercaba hacia donde se hallaba.

Reaccionando con rapidez, Simón, de un manotazo, cogió la pequeña mano de la niña y, cojeando, se lanzó descampado abajo con la intención de que el aviso de la amenaza que acababa de recibir se quedara en un susto como otras muchas veces y su única herida consistiera en una nueva humillación, una más. Total, estaba acostumbrado a ellas, por una más no iba a pasar nada.

Aún no había caminado una docena de pasos, cuando notó sobre su mano el peso muerto de la niña, quien tropezó y cayó sobre un montículo de tierra a su lado.

—Te vamos a matar, cojo —bramó encolerizado uno de los perseguidores, al acercarse donde se hallaban y descubrir las dificultades de la pareja para alejarse de allí.

Atenazado por el pánico, comprobó que la peor de sus sospechas se había cumplido. La niña

yacía en el suelo tendiéndole asustada la mano que la había conducido hasta ahora, rogándole con esa mirada azul, cargada de miedo e inocencia, su ayuda.

De un rápido vistazo, comprobó que la distancia hasta la calle no llegaba al medio centenar de metros.

—Eso. Huye, lisiado. Es lo único que sabes hacer — escuchaba cómo lo increpaba uno de los recién llegados. Su cuerpo estaba paralizado por la duda que lo atenazaba. Si dejaba a la niña allí, al menos él podría escapar y llegar a la calle. Una vez allí, probablemente, podría pedir ayuda y volver a por la pequeña. Y si no lo hacía, si se quedaba allí, sabía lo que iba a ocurrir. Lo había visto otras muchas veces.

—Ambos sabemos lo que vas a hacer, cobarde —le volvió a gritar la figura de uno de los jóvenes que se acercaba hacia él. Bajo su cabeza rapada, en el cuello, llevaba tatuado en enorme escorpión negro, con el aguijón levantado preparado para lanzar su picadura.

Sus ojos anhelantes contemplaban la proximidad de la salvadora calle, y su miedo no paraba de decirle con insistencia que lo único que tenía que hacer era dar una pequeña carrera y estaría a salvo. No paraba de repetirle que, si diera unos pasos más, lograría escapar.

—Eso es, corre. Quiero ver cómo te mueves, lisiado. Me gusta ver tu horrendo movimiento de caderas corriendo delante de nosotros —lo incitó nuevamente el individuo del escorpión tatuado, al ver la duda reflejada en su rostro.

En ese momento de indecisión, en ese momento de duda en el que la supervivencia iba a prevalecer y el miedo vencer, a su mente acudió, acuchillándolo con sus bordes afilados, el recuerdo de la última conversación mantenida con ella, con Covadonga.

Su recuerdo y sus palabras más hirientes no podían haber aparecido en un momento más inoportuno: «Desde que te conozco siempre haces lo mismo, siempre intentas huir, cuando ves una amenaza, por pequeña que sea, terminas escapándote. ¿Y ahora, Simón? ¿De qué huyes en estos momentos?».

Dolorosamente, lo había comprendido. Al final lo había comprendido. Ahora lo sabía.

Lo había visto claro. Sabía lo que tenía que hacer. Había llegado el momento de no volver a huir, ni de ella ni de nadie. Ya no había marcha atrás, la decisión estaba tomada.

¡Ya estaba bien de correr! ¡Ya estaba bien de esconderse del mundo! ¡Ya estaba bien! Así que, lentamente, se giró y, mostrándole una cálida sonrisa a la pequeña, la ayudó a levantarse y se puso a quitarle con cuidado la suciedad de la ropa tras la caída.

Tranquilo y de pie, con una calma ya olvidada que había dejado muy atrás en el olvido, como gran parte de su vida, y que ahora parecía haber recuperado de golpe, esperó pacientemente a que lo alcanzaran.

—Eso se parece al juego de tres en raya —soltó uno de los cabezas rapadas, apuntando con su dedo hacia el damero dibujado en la pared.

—No seas animal —reprochó jocoso la ignorancia de su compañero el joven del escorpión—. Eso lo he visto dibujado en alguna parte, no sé dónde, pero me suena mucho. Juraría que son símbolos paganos.

—¿Qué estabas pintando, lisiado? —preguntó destacándose del grupo uno de ellos. El individuo llevaba el pelo cortado al uno, de su cuello pendía un pañuelo negro que llevaba impresa en blanco una figura parecida a un lazo.

—Los dibujos que aparecieron labrados en las paredes de la prisión donde estuvieron encerrados los componentes de la cúpula de la Orden del Temple hasta ser ejecutados, con su gran maestre Jacques de Molay a la cabeza —le respondió con tranquilidad Simón.

—Eres una caja de sorpresas. Interesante, muy interesante —le soltó el recién llegado, bajándose el pañuelo hasta el cuello para que pudiera ver la dureza que se dibujaba en sus labios—. Al menos, los monjes guerreros conocían el significado del honor. También sabían que este iba siempre unido al valor, ya que, además de tener esas palabras las dos últimas letras en común, el valor siempre es necesario para defender el honor. Sin él no se podría subsistir. Y solo por mencionarlos y haber decorado esta pared en su recuerdo, mereces que te escuche, al menos un poco —terminó mostrando una cínica sonrisa a sus acompañantes, indicándoles de ese modo que, antes de lo que todos sabían que iba a ocurrir, se iban a reír un rato con ese sujeto.

—No sé si debo darte las gracias por ello —dijo sarcástico Simón, sabiendo lo que iba a suceder.

—Afirmativo —asintió el que parecía ser el líder del grupo, dado que era el que llevaba la voz cantante en esos momentos y el resto en forma de abanico se habían abierto frente a él—. Al menos, por una vez en tu vida, has saboreado el valor, lisiado —le soltó seguidamente—. Seguro que nuestras palabras te han dolido más que las patadas y puñetazos que sabes que vas a recibir.

—Eso lo sé desde que me di la vuelta y dejé de huir, y sí, aunque me resulte extraño reconocerlo, en eso te tengo que dar la razón. Lo que has dicho me ha hecho esperarte —le certificó con pesadez Simón, después de girarse un poco y contemplar la pequeña figura de la niña que permanecía expectante detrás suyo y que lo miraba con unos ojos que transmitían no entender nada de lo que estaba ocurriendo.

—Quizás llegues a comprender ahora el significado del honor. Sinceramente, me alegro de que al fin lo hayas descubierto, aunque sea un poco tarde y en unas circunstancias no demasiado buenas para ti.

—Si es un cumplido, aunque dudoso, te lo agradezco, muchacho.

—A mí no me llames muchacho, lisiado —le soltó molesto.

—¿Prefieres que te llame niño? —continuó Simón increpando al joven, sabedor de que, hiciera lo que hiciera, iba a terminar ese encuentro muy mal parado—. Vamos, miraos: con apenas veinte años os pensáis que sois el ombligo del mundo, os creéis que sois los únicos poseedores del honor y de todos aquellos ideales por los que lucháis. Os falta la madurez suficiente para entender que el mundo no es como os han hecho creer que es. ¿Acaso no crees que fuera de vuestro mundo, este también existe y que hay gente orgullosa de vivir con arreglo a él? —le reprochó sonriéndose

Simón.

—No como nosotros lo concebimos, lisiado —se defendió molesto el joven.

—¿No? ¿En qué se diferencia el tuyo, no digo al mío, al que renuncié hace mucho tiempo, sino al de otros? A ver, dime —le desafió nuevamente.

—Mi honor es la fidelidad —le sonrió arqueando sus cejas y señalando orgulloso la frase «Meine Ehre Heisst Treue» que descansaba ondulante sobre una *sigruna* doble ^[57] que lucía en el dorso de su camiseta.

—¿Y para defenderlo es necesario recurrir a la violencia?

—Afirmativo, lisiado. Por suerte o por desgracia, la violencia se ha convertido en nuestro camino, en el camino. No conocemos otro modo mejor —le contestó convencido el cabeza rapada que tenía frente a él.

—Creo que os habéis perdido en ese camino de odio, rabia y violencia, y ya no veis hacia dónde encamináis vuestros pasos.

—¿Acaso tú sí que sabes hacia dónde vas? ¿Acaso conoces alguna manera de defenderlo si no es así? ¿Lo haces tú? Vamos, no me hagas reír —le reprendió con vehemencia el líder.

—No me conoces, no sabes nada de mi vida. No siempre he sido lo que ves ahora, y no creo que seas el más indicado para juzgarme. Eres un cobarde como yo y ambos lo sabemos. Te escondes detrás de una ideología que no te permite cuestionarte nada de lo que haces, ocultando tus temores detrás de unos símbolos que estoy seguro de que no sabes ni lo que significan. Yo, al menos, sí que sé lo que soy.

—Eres un cobarde. Ejerces como el amigo de los necesitados, cuando el más necesitado de todos eres tú. Mírate, eres patético —lo presentó burlón al grupo—. A un soldado, como yo, al menos se le presupone el valor —el tono creciente de su voz denotaba que las últimas palabras que había escuchado le habían molestado—. Pero deja que te explique, lisiado. Estando en guerra como estamos, la cobardía, aparte de ser detestable, es un lujo que no nos podemos permitir porque, si no, seríamos exterminados. Somos pocos, y aunque solo sea por la mera supervivencia, no nos podemos aferrar a ella, no podemos permitirnos ser cobardes, sería un lujo que acabaría con nosotros. Un lujo, el de la cobardía, que no ostentamos ninguno de los aquí presentes. En cuanto al símbolo que ves... —Cogió con la mano el pañuelo negro, mostrándolo abiertamente.

»La runa de Odal que estás viendo es, o mejor dicho —rectificó sobre la marcha sus palabras—, fue, el emblema de la 7ª División de Montaña SS Prinz Eugen, de la cual, sin la menor duda, estoy y estamos orgullosos todos nosotros. Pero esto que ves —volvió a mostrarle nuevamente el pañuelo que había cogido entre sus manos—, simboliza todo lo que he dejado atrás para seguir mi camino. Esto que ves aquí recoge todo a lo que he tenido que renunciar para iniciar mi lucha, así que te rogaría que no volvieras a llamarme cobarde, al menos no a mí ni a ninguno de mis compañeros, porque no te puedes hacer la menor idea de lo que nos cuesta mantenernos firmes en nuestras ideas. No te puedes ni imaginar el precio que hemos de pagar por ser como somos, por ser fieles a unos ideales y a una ideología.

»¿He acallado con mis palabras tus dudas, lisiado? — finalizó el joven, visiblemente molesto.

—No, de ningún modo. No lo has hecho. Sabes que no creo que sea necesario recurrir a la violencia para defender ciertos ideales, y por supuesto no creo ya en ninguna ideología. Huyó de ellas como un gato escapa del agua. Cada una de ellas no han sido más que intentos inútiles de mejorar un mundo cargado de imperfecciones y de injusticias, solucionando unas y acentuando otras. Las ideologías no son más que vanos intentos del pasado con los que el hombre ha intentado inútilmente encontrar un modo civilizado de ordenar su mundo, un mundo que no es capaz de comprender.

—Mi paciencia se acaba, lisiado —le amenazó el joven, recordándole que el tiempo de las palabras se estaba agotando.

—Como te iba diciendo —continuó Simón, a quien no parecía importarle excesivamente el tono amenazador del joven que tenía enfrente suyo—, las ideologías no son más que torpes respuestas generales que se dan a problemas individuales. Son soluciones desproporcionadas —intentó explicarse para que lo entendiera su interlocutor.

—Matar moscas a cañonazos, ¿no? —le siguió el joven la línea argumental que había trazado Simón.

—Exacto, eso es. Por lo tanto, si he de ser algo, si he de partir de alguna base, esta sería la democracia —respondió Simón sonriéndole.

—Así que te gusta la democracia, ¿no?

—Así es —contestó dejando en el suelo tras sus pies, junto a la pequeña, el macuto que había estado colgado durante todo ese tiempo de su hombro.

—¿Y me podrías explicar en qué consiste? Como podrás comprender —se detuvo para pasear la mirada por sus acompañantes y abarcar a estos con la mano— a gente como nosotros les cuesta entender ciertas cuestiones, y una de ellas es esa —terminó entre unas risas contenidas.

—En su esencia, es la opinión de la mayoría la que se tiene en cuenta a la hora de tomar ciertas decisiones —le contestó Simón, alargando un poco más la agonía final.

—Mira por donde, me apunto a lo que acabas de decir, lisiado. Y para que veas que soy sincero, que no te engaño y para que te convenzas de ello, de que al menos por una vez en tu vida estoy de acuerdo contigo, voy a proponer ahora una votación democrática. Eso es, entre los que nos hallamos aquí quiero que se haga una votación para dirimir la siguiente cuestión. Propongo patear tu tullido culo hasta que dejes de decir tantas tonterías. ¿Quién apoya mi moción?

Tras comprobar divertido cómo sus compañeros permanecían con las manos alzadas al igual que la suya, añadió burlescamente:

—Como habrás podido comprobar, moción aprobada. Con cinco votos a favor y una abstención, que es la tuya, puesto que no te he visto levantar la mano, lo cual, si no me equivoco, es una opinión mayoritaria, hemos decidido darte una buena paliza a ti y a tu democracia.

—Al menos podías haberme dejado votar.

—¿Para qué? Seríamos en todo caso cinco contra uno, puesto que la niña, como aún no tiene edad suficiente, no vota —le argumentó el joven cabeza rapada riéndose de su ocurrencia.

—Mira dónde está mi democracia —le soltó uno de los jóvenes bajándose la cremallera de su pantalón vaquero—. Tengo cierta curiosidad por saber tu opinión sobre nuestra ideología, lisiado, así que, si eres tan amable, me gustaría que me expusieras tu punto de vista —concluyó entre las risas de sus acompañantes.

—Te he dicho antes lo que pensaba de las ideologías, de ese conjunto de ideas. Lo único nuevo que se me ocurre es que la ideología es una joven que, si es obligada a viajar a alguno de los dos extremos y es forzada allí, da a luz a seres deformes: engendros.

—Vaya, reconozco que me han llamado de todo en esta vida, pero eso de ser deforme y engendro es la primera vez que alguien lo hace. Al final voy a creer que eres hasta poeta y todo, lisiado. Me encuentro rendido ante tus palabras. Y supongo que uno de esos seres deformes somos nosotros, ¿me equivoco?

—Para nada —le respondió Simón manteniendo la mirada de su interlocutor, cuyos diminutos ojos se agazapaban bajo la enmarañada línea que formaban sus cejas. En esos momentos se sentía apuntado por un francotirador.

—Estoy seguro de que no tienes el mismo concepto del engendro del lado opuesto del nuestro, ¿me equivoco?

—Al menos sé que ellos no me van a pegar la paliza que vosotros me vais a dar —le corroboró Simón.

—Mira, no me vengas con tonterías. Todos conocemos demasiado bien el porqué de ello. Te he visto confraternizar con ellos. La causa y el motivo de que a ti no te la vayan a dar es debido a que eres uno de ellos, formas parte de ese submundo de los antisistema igual que todos y cada uno de ellos. Sois tan patéticos que lo único que buscáis es sembrar el caos y el desorden, vuestra única meta es destruir cualquier intento de orden. Sois tan inútiles que con sobrevivir un día más ya tenéis bastante —sentenció despectivamente, aclarándole de ese modo por qué iba a ser agredido.

—Está visto que cualquier cosa que te diga no te la vas a creer, ¿verdad? Bien. Al menos, si te sirve de consuelo, te diré que para mí sois hermanastros. Que sois hijos de la misma madre y que lo único que os hace ser diferentes es vuestro padre, ya que vuestro padre es el miedo, y el suyo el rencor. Nada bueno puede nacer de semejante paternidad —finalizó con esa sentencia su explicación con un tono cargado de lamento.

—¡Vaya! Es un detalle por tu parte. Por lo menos, intentas igualarnos en tus preferencias con los rojos, aunque... ¿sabes qué? No cueles, lisiado. Solo por curiosidad, aunque ya estoy cansándome de este juego, contéstame: ¿qué es lo que hay que hacer para que esa joven dé a luz bebés normales?

—Cubrirla con cariño y amor. Así es como se debe hacer.

—Ya. Como lo hacéis vosotros los demócratas, ¿no? La verdad, hasta suena bonito y todo, ¿no crees?

—Así es. Y ahora respóndeme tú a una pregunta —se atrevió Simón.

—Dispara, aprovecha tus últimos momentos, lisiado — le concedió el cabeza rapada.

—¿Qué o quién os creéis que sois? —le preguntó.

—Somos los abanderados de la justicia —le contestó con ardor, sonriéndole—. Somos los únicos que aún permanecemos encaramados en las atalayas, desde las que os vigilamos y os protegemos. Somos los que permiten que vuestras mujeres e hijos duerman plácidamente por la noche, sin que a vosotros os cueste ni un sobresalto. En definitiva, lisiado, somos los guardianes de esta sociedad.

—¿No sois los hijos ilegítimos de ella? —intentó burlarse de la claridad de ideas que expresaba el joven que tenía frente a él.

—En todo caso, seríamos sus hijos legitimados, ya que, aun a regañadientes, somos reconocidos por cierto sector de esta y, a pesar del desprecio con que se nos trata, somos esa vanguardia que vela por los cimientos de esta sociedad. Somos los garantes de su seguridad. Somos la avanzadilla de ella. —En cambio, yo creo que sois los perros guardianes que protegéis el jardín del poderoso, en el que hay un enorme cartel que pone: «Cuidado con el perro» —dijo mordaz.

—Letrero que vosotros os habéis encargado de colocar y hacer más grande, inflando el globo de las mentiras que gente como tú vierte por ahí contra nosotros. Sabes que vas por muy mal camino, ¿verdad? Sabes que si nos enfadas el castigo será peor, ¿no?

—Lo sé desde que me di la vuelta —le contestó con determinación Simón, contemplando una vez más a la jovencita situada tras él, lanzándole esta dos grandes interrogantes en cada uno de sus ojos claros. Interrogantes que, por desgracia, iban a ser despejados en breves momentos—. Al menos a ella no le haréis nada, ¿no? No creo que fuera muy honorable pegar a una niña —les soltó desafiante a los cinco rostros que lo observaban ansiosos.

—¿A qué esperamos? —apremió impaciente uno de los jóvenes, adelantándose al resto y mostrando en su pecho el dibujo de dos martillos cruzados sobre la camiseta que llevaba puesta —. Basta ya de tanta palabrería.

—Lo que ocurre es que vosotros lucháis por defender un orden establecido basado en unos valores que han acompañado al hombre desde la antigüedad —les comentó Simón en un vano intento de ganar algo de tiempo.

—¿Conoces algunos mejores? —detuvo el líder a los demás, situando la mano sobre la barriga del que había dado un paso al frente iniciando la acometida que con tanta impaciencia estaban esperando. «Aún no, ten un poco de paciencia, que tu hora llegará», parecía decirle con ese gesto.

—Todo lo que se sale de ese orden, para vosotros es caos y desorden.

—Sigue, listillo. Apura tu tiempo, ¿acaso no crees que el caos sería el fin de toda nuestra civilización?

—No. No lo creo. Lo que ocurre es que en el fondo tenéis miedo a lo desconocido, tenéis pánico a levantaros un día y no saber en qué mundo estáis viviendo. Por eso, y no por otro motivo, lo defendéis tan vehementemente. Pero lo que desconocéis es que el caos como tal no existe, lo que vosotros llamáis caos, no es más que una reordenación hacia un nuevo modelo.

—Ese nuevo modelo que se está conformando no nos interesa, listillo. Nuestra meta es otro nuevo orden diferente al vuestro. Como muy bien sabes, vencimos y volveremos a vencer —le recitó de ese modo a Simón uno de sus lemas.

—Y fuisteis derrotados y volveréis a perder una vez más esta disparatada guerra en que os habéis metido —le replicó con contundencia Simón—. No entiendes lo que quiero decirte —prosiguió con un tono más calmado en su voz, presintiendo el violento final que se cernía sobre él—. Trato de explicarte que el desorden que crees que impera ahora mismo, en realidad, no es tal. Imagínate un diagrama de Venn de dos conjuntos, en el que tienes unos cuantos elementos.

»Lo que denominas como caos, sería el movimiento de esos elementos hacia una nueva posición al cambiar las reglas de correspondencia. Es como si cambiaras de lugar los muebles de tu casa: los elementos serían los mismos, pero el orden en que se agrupan variaría y, por supuesto, el mundo no va a desaparecer por ello.

—¡Vaya! Eres un cúmulo de sorpresas. Además de lisiado, listillo —dijo complacido el cabeza rapada—. El vuestro sí que va a desaparecer, y con eso me basta. Me extraña y me reconforta al mismo tiempo que recurras a algo que está tan sumamente jerarquizado y ordenado como son las matemáticas. Nuestro principal aval es el pasado. Gracias a eso que defendemos y que tú llamas valores, el hombre ha llegado hasta aquí. No serán tan malos esos principios, ¿no, listillo?

Tras unos instantes de silencio, en los que el tiempo parecía no pasar, este fue roto por el líder del grupo para añadir:

—Bien, me temo que el tiempo de las explicaciones ha concluido. Es tiempo de luchar—. Victoria por siempre — terminó ceñudo, cubriendo su rostro totalmente con su pañuelo. Era la misma prenda que había sostenido entre sus manos para explicarle lo duro que le resultaba a veces el camino elegido, y era el mismo que utilizaba ahora para empezar la lucha, por llamarlo de algún modo. Al escuchar esa frase, el resto del grupo se abalanzó sobre Simón mientras gritaban a coro:

— *Sieg Heil* .

El cielo se estaba ocultando tras las terrazas de los edificios colindantes. Los tonos rojizos del atardecer eran los colores del rubor y del bochorno de lo que estaba presenciando, y más aún, eran la antesala de lo que se avecinaba. Rápidamente, con prisas, la tarde se alejaba y se disponía a cubrir con un manto de oscuridad lo que allí iba a acontecer.

—¿Qué, ya no dices nada? —los ojos del interlocutor de Simón lanzaban ahora una mirada cuarteada. Era como si hubiera infinidad de ellos en uno solo que, cargado de odio, lo contemplaba.

Lo único que se escuchaba en esos momentos de ignominia, eran los gemidos del hombre tendido en el suelo, la respiración acelerada de los agresores, el ruido que sus botas provocaban al impactar en su cuerpo y el llanto desconsolado de la niña que empezaba a entender, vaya si estaba empezando a entender. Todas sus dudas estaban siendo despejadas de golpe.

Nadie decía nada. Sobraban las palabras. Hasta el viento se había detenido. Era como si se avergonzara de todo lo que estaba ocurriendo y fuera incapaz de asumir semejante barbarie. Era como si le costara un esfuerzo enorme volver a contemplar un nuevo episodio de sinrazón. Dolorosamente, había dejado su papel de portador de palabras para retroceder en el tiempo y llevar sonidos cargados de furia y odio, provocados por unos seres que distaban mucho de ser evolucionados. En definitiva, era como si intentara acallar lo que allí estaba sucediendo.

Simón, desde el suelo, aguantó una nueva andanada de caricias de la punta metálica de las botas de los sujetos. El color negro de estas se agrandaba a cada nuevo impacto, y distinguía con cierta dificultad el blanco de los cordones del arma que tan orgullosos esgrimían semejantes guerreros.

Lo último que fue capaz de ver fue la hebilla que cerraba el cinturón de uno de sus agresores. Se mostraba reluciente como su odio, con un círculo grabado en el que se podía apreciar, inscrito en el centro, el gesto desafiante de un águila con las alas extendidas situada sobre una cruz gamada. Coronando su cabeza se hallaba la leyenda «GOTT MIT UNS» [\[58\]](#) descansando sobre una corona de laurel.

—¿Por qué? —fueron sus últimas palabras.

A lo que, riéndose, el tipo con el escorpión negro tatuado en el cuello le respondió:

—¿Por qué no?

La presencia de las luces de un coche patrulla que acababa de llegar a la explanada, provocó que los cinco jóvenes dejaran de golpear a Simón. Al ver bajar del vehículo a dos policías armados, los agresores echaron a correr huyendo de allí. Su cometido parecía ya cumplido, decían sus risas de satisfacción.

Justo en ese momento, llegó Covadonga hasta allí corriendo. Había sido ella quien había avisado a la policía nada más descubrir la paliza que le estaban dando a Simón. Su rostro en esos momentos estaba lleno de preocupación. Al verlo inmóvil, se agachó hacia él y vio su rostro totalmente desfigurado.

Al levantar la mirada a la espera de la ambulancia, los ojos de Covadonga descubrieron que, apenas a medio centenar de metros del lugar donde se encontraban, un vehículo plateado había iniciado la marcha alejándose de allí. Pudo ver cómo dentro iban dos sujetos con gafas oscuras y semblantes duros. No había en ellos ningún rastro de compasión ni sentimiento alguno después de haber presenciado toda la escena sin mover ni un solo músculo para evitarla.

La niña seguía sentada en el suelo llorando desconsoladamente. Sus pequeños ojos azules estaban ya cansados de las veces que había interrogado con la mirada a los agresores. Siempre repitiendo mudamente las mismas preguntas: «¿Por qué? ¿Por qué le seguían pegando al hombre bueno que estaba en el suelo y del que tantas cosas había aprendido?».

Sus ojos habían sido manchados por primera vez por el dolor, por la amargura y por la angustia. Ese rostro de niña, que hasta hacía bien poco era deudor de la felicidad y la alegría que le aportaba la ignorancia de la infancia, se había transformado, en cuestión de segundos, a causa del miedo que sentía en esos momentos, en el rostro de un adulto. De golpe, su vida había sufrido un giro cruel, pasando de ser una niña a alguien mucho más mayor, alguien que había envejecido en unos pocos segundos.

A superar eso no la iba a poder ayudar la presencia de las luces del resto de coches patrulla que estaban llegando, ni ver a los policías correr detrás de los agresores pistola en mano, ni contemplar el rostro preocupado de Covadonga junto al hombre bueno que aún permanecía tendido en el suelo.

Ya nunca más volvería a tener la mirada de una niña.

Ya nunca más recuperaría la inocencia perdida.

Ya nunca más podría mirar a un extraño con curiosidad y alegría como hasta ahora.

Ya nunca más...

Capítulo XXXI.

Benjamín

Tres. Eran tres las figuras que se recortaban en la distancia con el sol a sus espaldas.

Hacía un día claro. La temperatura era agradable y la mujer estaba fuera, apoyada en la puerta del caserío recibiendo las caricias del sol, ella y el bebé que estaba esperando, puesto que su abultado vientre indicaba que el embarazo estaba muy adelantado. Su semblante se mostraba sonriente y relajado. Parecía decirse que todo iba bien. Hasta que los vio. Entonces todo cambió.

Una rápida mirada a su barriga reflejó el miedo que se había despertado en ella por el hijo que llevaba en su interior al ver cómo las tres figuras que acababa de descubrir se acercaban hacia allí, clavando sus ojos en ella.

Parecían actuar como una manada que caza en grupo y que ha visto a su presa.

Al verlos, la mujer se metió a toda prisa en el interior del enorme caserío flanqueado por dos enormes cerezos. Gran cantidad de cerezas colgaban de las ramas. Tenían una tonalidad rojiza, lo que indicaba que ya estaban casi maduras, a punto de ser recogidas, quizás lo mismo que ocurría en el vientre de la mujer.

Dos de los tres individuos se lanzaron a la carrera a por ella, tras observar un ligero gesto de asentimiento con la cabeza del sujeto barbudo que iba entre los dos y que parecía dirigir el grupo.

La mujer, después de unos segundos paralizada por el miedo, sin saber qué hacer, se rehízo y cerró la enorme puerta de madera tras de sí. Por desgracia para ella, la puerta solo fue capaz de aguantar un par de embestidas de sus perseguidores. Estos, ansiosos, como si el olor de su presa

los excitara, se adentraron en la vivienda. La descubrieron frente a ellos apuntándolos, con resolución y pulso firme, con una pistola. Era evidente que la mujer había recobrado el control de la situación.

—Atrás —les ordenó a los sorprendidos sujetos que aún jadeaban intentando recuperar el aliento después de la carrera que habían hecho para alcanzarla. La mirada de la mujer atravesaba a los dos hombres que tenía encañonados frente a sí, intentaba de ese modo descubrir detrás de ellos al tercer integrante de la partida de caza, puesto que estaba segura de que eso era: una cacería en la que ella era la presa, y eso iba a ser así si no se mostraba en esos momentos precisa y diligente, tal y como había sido entrenada—. No os lo voy a volver a repetir —les soltó amenazadoramente apuntando alternativamente a uno y otro.

Con lentitud, iban cumpliendo sus instrucciones. Sabían que, si la ponían nerviosa, iban a poder sacar partido de esa circunstancia. Ambos sabían que el aspecto frágil de la mujer embarazada que tenían frente a ellos era engañoso. Ambos sabían que estaban frente a una mujer preparada y entrenada para afrontar ese tipo de situaciones.

—Dejad vuestras armas sobre la mesa —les ordenó, apremiándolos y trazando en su mente a toda velocidad un plan de fuga. Le faltaba localizar al tercer sujeto. Esa era la clave: el tercer hombre. Para poder salir con bien de todo aquello y poder huir de allí, o al menos tener alguna posibilidad, necesitaba localizar al tercer hombre—. No os lo volveré a repetir —les comunicó con autoridad—. Atrás. Quiero que salgáis ya.

Los hombres, aunque con parsimonia, iban plegándose a sus exigencias.

—Entrad ahí —les dijo señalándoles una habitación que había a su derecha. Los individuos se quedaron un tanto sorprendidos por esa nueva orden. No por el cambio de órdenes, sino por hacia dónde les ordenaba ir. Era una habitación infantil, decorada con mariposas multicolores, pintadas en la pared y en el techo, y muñecos de peluche esparcidos por la menuda cama que había en su interior. Tras adentrarse en la habitación, la mujer cerró con fuerza la puerta y la atrancó, poniendo una silla sobre esta, de forma que su respaldo trabara el pomo de la puerta.

Bien, parecían decir sus ojos ahora al posarse en la puerta rota de la entrada, una parte de su plan parecía haber funcionado. No le había hecho ninguna gracia meter a esos dos tipos en la que iba a ser la habitación de su niño, pero tenía la certeza de que, si conseguía huir, no iba a poder regresar nunca más allí, al que se había convertido en su hogar los dos últimos años.

Con esos pensamientos, asomó su cabeza al exterior. La clave seguía siendo el maldito tercer hombre. Sabía que los dos hombres conseguirían salir de la habitación donde los había encerrado, eso era cuestión de tiempo, y muy poco por cierto, lo contrario sería engañarse. Ahora ella no iba a cometer el error de confiarse. Por lo tanto, su única salida era coger las llaves del coche que tenía aparcado frente a la casa, al lado de uno de los dos cerezos que la custodiaban. Cogió las llaves que, como siempre, dejaba sobre el pequeño mueble de madera que había en la entrada. El coche la estaba esperando a poco más de una decena de metros. Sabía que el tercer hombre estaba allí fuera, esperándola, pero no podía hacer otra cosa que intentar huir y tenía que hacerlo ahora. Era ahora o nunca, no había vuelta de hoja. Echó un vistazo a derecha e izquierda. Nada, no conseguía ver nada. «Tienes que hacerlo ahora», parecía escuchar una voz interna que la

apremiaba. Encomendándose a todo aquel que quisiera escuchar su súplica, la mujer inició a la carrera el trecho que la separaba del automóvil. Sabía que con unas cuantas zancadas se iba a colocar muy pronto a su altura. Todo iba a depender de la pericia con que el tipo emboscado actuara.

El tercer individuo, el sujeto barbudo, después de enviar a sus dos hombres tras la mujer y comprobar que tardaban en salir, supo que algo no iba bien. Tras un rápido estudio de la situación y ver cómo el enorme y solitario caserío de dos plantas estaba rodeado por pasto, supo que la única vía de escape de la mujer era el vehículo estacionado cerca de la puerta. Con delicadeza, apoyó la culata del rifle junto a su mejilla y, a través de la mira telescópica, se dispuso a esperar a su presa. Como buen cazador, no tardó en ver la silueta de la mujer dentro de su campo de visión.

La culata había cogido la temperatura de su cuerpo, la notaba cálida, era la señal que el tirador estaba esperando para actuar.

La mujer intentaba meter precipitadamente la llave del coche en la cerradura de la puerta. «Un poco más, solo me queda un poco más y lo habré conseguido», pensaba mientras intentaba abrir su coche. Sus movimientos eran enérgicos.

Una oleada de inmensa alegría recorrió todo su cuerpo cuando consiguió finalmente abrir la puerta del vehículo. Ya casi estaba, un poco más y el peligro quedaría atrás.

Por desgracia para ella, ese poco más no iba a llegar. Ese peligro, que sabía con certeza que se encontraba cerca, había tomado cuerpo detrás de ella.

En ese momento, el sujeto barbudo apretó el gatillo mientras pronunciaba en voz baja:

—Adiós Alba, o como demonios te llames.

Al principio solo notó un pinchazo en la espalda, como si un insecto molesto la hubiera picado, y una oleada de calor la invadió tanto que le quemaba el sitio donde había sentido el aguijonazo. Y después frío, mucho frío, al comprobar con horror que una mancha roja se extendía con rapidez en su pecho. Justo antes de dar un traspie y quedar un instante inmóvil sin saber qué hacer, supo que había sido alcanzada por una bala y, antes de caer al suelo fulminada, comprobó con desesperación cómo esta le había llegado hasta el corazón.

Con angustia comprobaba que su vida y, lo que era más importante, la de su bebé se iban a acabar enseguida. «Adiós, Benjamín. Adiós, cariño», fueron sus últimos deseos.

Con amargura, había descubierto que este no iba a poder cumplir la palabra dada: encontrarse cuando los cerezos que estaban sobre ella volvieran a florecer.

Y allí, entre esos dos enormes árboles, quedó tendida sin vida.

Capítulo XXXII

Covadonga

Muchos te quiero, trazados sobre el papel

Tantos, como poros tenía tu piel

Y sin embargo, ninguno me era fiel.

Una vez, hace tiempo, alguien me dijo:

«Un escritor es esa alimaña que, una vez ha olido la sangre de una historia, la persigue sin descanso hasta darle caza y, antes de devorarla, juguetea con ella dándole entre sus fauces la forma que ha soñado con anterioridad.

»Un escritor es el embustero más grande que hay sobre la Tierra, pues con solo unas pocas páginas que verdaderamente merezcan la pena es capaz de engañar al lector para que busque a lo largo de su libro algo que no va a volver a encontrar y que no es otra cosa que esas hojas que le han enganchado a la historia que está leyendo».

Ese alguien era escritor.

—Vaya —con una voz muy débil se dirigió molesto hacia mí desde la cama, consiguiendo sobresaltarme, absorta como estaba una vez más en mis propios pensamientos. Después de la paliza recibida, Simón se hallaba postrado en una cama que le era desconocida, lleno de dolores por todo el cuerpo y casi sin fuerzas. Eso delataba la expresión de su cara, que mostraba una mezcla de extrañeza, de sufrimiento y de cansancio—. Creía que ya te había dicho todo lo que necesitabas saber —me soltó incómodo, tras comprobar que había terminado de leer una de las hojas de la libreta que se hallaba en el interior de la pequeña mochila que llevaba siempre colgada y de la que nunca se separaba—. Pensaba que ya no te iba a ser de más utilidad —concluyó con cierta amargura.

Quizás, ello era debido a que aún tenía presente las últimas palabras que ambos habíamos cruzado en la calle, en nuestro anterior encuentro antes de la paliza. Probablemente, lo había dicho porque no podía olvidar la escena en la que le había reprochado su cobardía y su continua huida hacia delante, hacia ninguna parte. Soy así, ¡qué le vamos a hacer!, a veces no puedo callarme y en esos momentos suelto lo que estoy pensando a quien sea, sin detenerme demasiado en las consecuencias que me pueda acarrear.

Estaba comprobando como, de entre los muchos reproches que asomaban ahora al rostro de Simón, uno de ellos había cogido más fuerza que el resto. Su mirada entristecida, con cierta desesperación, parecía preguntarme si era cierto lo que le había dicho: que yo sí estaría dispuesta a tener una relación con un lisiado.

—¿Qué es lo que querías saber? —me preguntó visiblemente abatido—. ¿Qué es lo que se te

quedó en el tintero?

Después de ese par de frases, durante un tiempo solo se escuchó la pesada respiración del hombre que yacía acostado. Con mi mirada, lo único que intentaba explicarle era que no entendía esas palabras de reproche dirigidas hacia mí y pronunciadas con un tono cargado de contrariedad, máxime tras haberlo recogido del descampado donde el pequeño grupo de cachorros amamantados con tanto odio y tanto rencor le habían propinado una gran paliza, y mucho menos aún después de haberlo traído a mi propia casa para cuidarlo. Pero, así y todo, mi prolongado silencio no hacía sino delatar que no sabía muy bien qué responderle. Un tanto turbada por la hostilidad mostrada por Simón, sobre todo porque no sabía muy bien qué contestarle, solo fui capaz de decirle la verdad, o al menos parte de esta:

—Solo quería tomarme un café contigo y charlar. Solo eso. Por eso fui a buscarte. No quería nada más, no fui a buscarte para sacarte nada, solo quería estar contigo —le respondí con sinceridad y un tanto dolida.

—Eso que estás haciendo es una intromisión en mi vida íntima —me dijo señalándome la libreta de tapas grises que sostenía entre mis manos, menos tenso y al parecer un poco arrepentido por haber arremetido contra mí de ese modo. Había cambiado el tono de su voz al darse cuenta de lo injusto que acababa de ser conmigo—. Es un ataque a mi privacidad —dijo con una sonrisa, intentando con esas nuevas palabras apartar sus reproches anteriores.

Extrañamente aliviada por el cambio que había sufrido su tono de voz al dirigirse hacia mí —digo *extrañamente* porque ni yo misma me reconocía en esos momentos al sentirme tan vulnerable por lo que el hombre que tenía acostado en mi cama me pudiera decir— y al ver el intento de bromear conmigo, le contesté:

—Eres una continua caja de sorpresas. ¿También escribes? —le pregunté por decirle algo. «Ver para creer», me diría Sara si estuviera viéndome en esos momentos.

—Un poco —me respondió agachando la vista y huyendo de mi mirada, escapando de unos ojos, los míos, que lo único que le decían era que ya estaba bien de huir y que lo estaba esperando.

Esos condenados ojos míos le acababan de decir que solo tenía que atravesar un pequeño río cuyas aguas, que bajaban a toda velocidad, eran las formadas por sus temores.

Esos mismos traidores y delatores ojos míos, le habían prometido tenderle un puente que lo llevaría hasta mí.

Me censuré por todo ello: por lo que había hecho y por lo que estaba a punto de hacer.

No sabía muy bien cómo ni por qué, pero tenía la certeza de saber que frente a mí estaba el hombre que durante toda mi vida había estado esperando. Lo único que el tiempo y la espera habían hecho era darle un rostro, una voz y un cuerpo, y este, sin ningún género de dudas, iba a ser capaz de darme todo lo que siempre había estado buscando o esperando.

Simón, no obstante, se resistía terca y cobardemente a aceptar cualquiera de las promesas que esos ojos míos le lanzaban.

Tras dejar caer la hoja que había estado mirando por encima y observarlo en silencio durante unos instantes, finalmente me dirigí hacia él:

—Creía que no te iba a molestar tanto —empecé justificándome—. Después de haberte rescatado, creo que es lo menos que me merezco. Déjame al menos saciar un poco mi curiosidad.

»Siempre te veo con esta mochila al hombro —le reproché con suavidad, al tiempo que acariciaba con mi mano libre uno de los tirabuzones castaños del recogido que me había hecho en el pelo y que dejaba mi cuello al descubierto.

Era una clara invitación lanzada a Simón, una más, pero al ver cómo este seguía sin dar ninguna señal de aceptarla, sonriéndole de un modo cargado de todo menos de inocencia, terminé preguntándole:

—¿Qué llevas en ella que es tan importante para ti?

—Como habrás podido comprobar —me contestó irónicamente, señalándome la hoja que había sostenido entre mis manos y que ahora asomaba por la mochila que parecía haberse convertido en su única compañera de viaje—, son partes de mi pasado, y algo que es aún más importante. —Se detuvo un instante para coger un poco de aire y fuerzas, ya que los golpes recibidos lo habían dejado en un estado bastante lamentable.

—¿Qué es eso más importante que el pasado? —le pregunté impaciente y llena de curiosidad.

En un intento de no presionar en exceso a mi huésped, estuve paseando mi mirada por la cama para darle todo el tiempo que necesitara para encontrar una respuesta sincera.

—Mi conciencia —me contestó, casi en un suspiro.

—¿Tu conciencia? —repetí para mí, intentando inútilmente encontrarle sentido a lo que acababa de escuchar—. Lo siento, pero no consigo entenderte.

—A veces ni yo mismo lo consigo —dijo, persistiendo en su actitud de no desvelarme nada en concreto.

—¿Y para eso haces todo esto? —le pregunté mostrándole la libreta que había estado hojeando, intentando desentrañar el misterio que representaba para mí el hombre que tenía alojado en mi cama.

—¿El qué? —me cuestionó preocupado, ya que en un instante se había dado cuenta de que no era solo su mirada la que ya empezaba a pertenecerme, sino mucho más. Eso parecía ser lo que lo asustaba, y mucho.

Por lo poco que me había dicho, sabía que las hojas que estaba leyendo me conducían a una vida anterior, la suya, de la que había intentado huir con todos sus medios y borrar con todas sus fuerzas.

—Esto, escribir esta especie de diario.

—Esos son pedazos de mi pasado. Son retazos de mi vida. Es lo único que aún me queda de toda mi existencia anterior. Son los fragmentos de mi vida, una vida rota que he ido plasmando sobre las hojas de esa libreta. Es un débil intento de tenerlos guardados para que sean lo más parecido a un pasado —me respondió con los ojos entrecerrados, quizás para no ver ese pasado que tan dolorosamente recordaba—. ¿Qué fue de Bianca? —me preguntó con interés acerca de la cría que lo había acompañado antes de la paliza, intentando así caminar de puntillas sobre los días que no quería recordar, eludiendo una vez más el desafío que le mostraban mis ojos—. ¿Qué fue de la niña? —volvió a preguntar lentamente Simón, al comprobar cómo en mi frente se dibujaban un par de arrugas tan gruesas y afiladas como un interrogante.

—Su madre vino a recogerla. Se mostró muy preocupada por su pequeña.

En ese momento, hice una pausa premeditada para contemplarlo fijamente. Durante la pausa, mis dedos comenzaron a jugar con uno de los mechones que acariciaban mi cuello. Finalmente, elevando un poco el tono de voz, continué diciendo:

—Y por ti.

Una densa cortina de silencio se instaló en la habitación a la espera de que alguno de los dos la rasgara: yo no lo hacía por precaución y él, seguramente, por temor.

—¿Hay algo entre vosotros dos?—me aventuré a lanzar la pregunta que estaba durante un rato pugnando por salir de mi garganta.

—No —me respondió precipitadamente Simón desde la cama, poniéndose un tanto a la defensiva. Había tenido una reacción muy rápida, demasiado para que su respuesta sonara a sincera. La dureza de la línea en que se habían convertido sus labios al apretarlos, me decía que, aunque su respuesta fuera sincera, cosa que dudaba, sí que se había planteado alguna vez esa posibilidad—. Solo gratitud. Nada más que eso.

—¿Por parte de quién? ¿Por la suya o por la tuya? — seguí estrechando el cerco, intentando aplacar el pinchazo de duda y desconfianza que se había formado en mi ánimo por no conocer en realidad cuál era la relación existente entre los dos, entre Simón y la madre de la niña.

—Por ambas —me contestó de un modo helado cargado de incomodidad. —Lo siento por ella, sobre todo por la niña —se lanzó raudo a matizar su pesar, evitando así ahondar en el malentendido en el que supuestamente estaba cayendo yo.

—Siéntelo por ti. Te llevaste la peor parte —le repliqué algo molesta por no creerlo del todo.

—Te equivocas, Covadonga. Mis heridas cicatrizarán y sanarán, las tuyas no lo harán jamás, y dudo mucho que vuelva a confiar en la gente. De todos modos, en lo que a mí respecta, ya me lamento tanto diaria y constantemente que me duele — concluyó trabajosamente.

Por una parte, estaban las dudas que me provocaba esa posible relación suya con la mujer y, por otra parte, estaba contenta porque, a pesar de no ser la primera vez que escuchaba de sus labios el nombre con que yo era conocida, cuando lo oía de su boca me gustaba. Era una prueba más de que, por mucho que me empeñara una y otra vez en no reconocerlo, no había la menor duda: me

gustaba, vaya que sí.

Dejando a un lado mis pensamientos, seguí preguntándole:

—¿Por qué? ¿Qué te ocurrió? ¿Qué te hizo llegar hasta donde estás?

—Lo que le ocurre a mucha gente que es derrotada por la vida: recibes un golpe tan duro y tan fuerte que tu pasado se torna inaguantable, tanto que la única solución que encuentras es huir y esconderte —me confesó.

—¿Qué ocurrió? ¿Qué te hizo? ¡Vamos! ¡Cuéntamelo! —le pedí ahora con prisa.

—Nuestro amor resultó ser como un puñado de arena que se mantenía firme en la palma de la mano. Mientras la tenías apretada, ese puñado permanecía inalterable, pero cuando esta se abrió, los granos, escurridizos y esquivos, se colaron por entre los dedos, precipitándose hasta el suelo. Eso fue lo que ocurrió —me respondió de esa manera tan enigmática Simón.

—¿Qué provocó que uno de los dos abriera su mano y cayeran los granos al suelo? —le pregunté inmediatamente, intentado impedir lo inevitable, que era que Simón se sumiera en un nuevo periodo de somnolencia.

Resignada, con un dolor olvidado que ya nunca más creía que iba a padecer, observaba cómo la cara del hombre que descansaba cerca de mí aparecía recorrida por una sucesión de cardenales que subían y bajaban a cada nuevo hálito de este.

—Un accidente. Un accidente de coche, para ser exactos —concluyó señalándose la pierna izquierda, bostezando cansadamente, lo cual me adelantaba un nuevo periodo de sueño por su parte.

Con pulso firme, atraje hacia mí la pequeña mochila color aceituna que descansaba a mis pies y, tras hurgar en ella, extraje la libreta, posando mi mirada en una nueva hoja, en una de las muchas que se veían en su interior. Escogiendo una al azar, me encontré con estas palabras:

Si fuera un dibujante, bosquejaría tu rostro, Si fuera un tallista, recrearía tu cuerpo,

Si fuera compositor, le daría voz a tus ojos, Pero como no soy ninguna de esas cosas, Me consuelo queriéndote.

Los rayos de sol, dulces y cálidos, se colaban esa mañana por la ventana rozando la piel de mi cara. Reflejado en el cristal de la ventana aparecía un rostro al que la juventud aún acariciaba con sus dedos, suavemente, desde lejos, dejando con generosidad que sus facciones fueran todavía suaves y pujantes. La superficie acristalada me devolvía el reflejo de unos ojos mirándome fijamente, que parecían preguntarme hacia dónde me dirigía y en silencio me advertían del peligro que corría al abrirle mi corazón a un desconocido.

—Así que escribes un poco, ¿no? —le pregunté a Simón al encontrarme nuevamente con ese par de ojos pequeños y descubrir que ya estaban abiertos de nuevo, contemplándome en silencio, y averiguar complacida que se iluminaban un poco al verme y que, por mucho que su dueño se

empeñara con obstinación en no reconocer lo evidente, a mí me decían lo contrario. No podían mentirme, puesto que esa mirada había conseguido robársela y ahora sabía que era mía, completamente mía. Eso, cualquier mujer lo sabe, y yo, por fortuna, soy una mujer.

—Así es —me respondió con resignación—. ¿Sabes lo que es escribir?

—No.

—Son los retazos de todas las cosas que deberías haber hecho y nunca te has atrevido a hacer —me dijo cabizbajo.

—Y esto —le mostré la hoja que contenía el corto escrito que acababa de leer—, ¿tiene que ver con todo lo que con tanto tesón intentas dejar atrás?

—Sí, más o menos —me respondió con evasivas, advirtiéndome con el tono de su voz que estaba hurgando en una herida muy profunda que no parecía haberse curado con el paso del tiempo.

Al no recibir una respuesta concreta a mi pregunta, y esgrimiendo la paciencia como la mejor arma para conseguir mi fin, lo interrogué nuevamente, mostrándole el folio que acababa de leer.

—¿Quién era ella?

—El pasado.

—¿Solo eso? —inquirí con obstinación, sin dar mi brazo a torcer.

El objetivo que me había trazado desde que lo recogí desvalido en la calle no era otro que averiguar esa parte de su pasado que lo había conducido a llevar la vida que llevaba ahora, ya que tenía la certeza de que esta no tenía nada que ver con la que llevaba antes. Quería saber qué le había ocurrido, qué era lo que le había hecho dar ese vuelco a su vida.

—¿Te parece poco? —intentó defenderse.

—¿Un pasado del que huyes? —continué con el cerco, puesto que ya veía signos de flaqueza en su ánimo.

—Un pasado del que huía —me puntualizó—. Y un pasado reciente cargado de muchas casualidades, demasiadas diría yo —me soltó intentando retomar el rumbo de la conversación y así cambiar nuevamente de tema.

—Ahora la que no te entiende soy yo —le confesé.

—Mira, desde que presencié la explosión, desde que me localizaste —me señalaba de ese modo tan directo como la principal causante de los hechos que me estaba relatando—, mi vida ha pasado a ser más ajetreada de lo que era ya de por sí. En un par de días, he pasado de estar en la calle a estar en tu casa, pasando por el encuentro con ese policía amigo tuyo. A ver, dime, ¿qué o quién es? ¿Por qué nos llevó a su casa y no nos citó en una comisaría como hacen todos los policías? ¿No te diste cuenta de cuál fue su reacción al recibir la llamada telefónica cuando

estábamos allí? Le faltó tiempo para echarnos de su casa y decirnos con pocas palabras que lo que teníamos que hacer era escondernos. Hay cosas relacionadas con ese sujeto y con todo lo que me ha sucedido después que no me cuadran. Así que, si eres tan amable y puedes despejar alguna de mis dudas, te lo agradeceré —me apremió ahora él visiblemente molesto, pues percibía que estaba inmerso en un extraño juego de intrigas del que no tenía la menor idea de en qué consistía. Pero lo que sí que sabía, visto lo visto, era que se estaba llevando la peor parte.

—¿Cómo la conociste a ella? —le volví a preguntar, haciéndole saber de ese modo que, si no satisfacía mi curiosidad, no iba a contestar a sus preguntas y así no iba a despejar ninguna de sus dudas.

La sonrisa que le estaba mostrando en esos momentos le indicaba a las claras que una cosa por otra, de un modo callado le estaba diciendo: «Tú me cuentas algo de tu vida y yo te cuento lo que quieres saber».

—¿Cuál era su nombre? ¿Cómo os conocisteis? ¿Estuvisteis mucho tiempo juntos? —me lancé abiertamente, haciendo caso omiso a todas y cada una de las advertencias lanzadas por el hombre.

—Mientras estaba haciendo mi doctorado, estaba como profesor ayudante en la facultad, por lo tanto, daba clases en la misma universidad donde ella cursaba estudios —me reconoció—. Fue allí donde la conocí —empezó a contarme con resignación. A medida que las palabras iban saliendo de sus labios, Simón iba cogiendo una mayor fluidez en su incipiente relato. Era como si, finalmente, se hubiera despertado en su interior la necesidad de hacerme partícipe de su pasado, si no de todo, sí al menos de una parte de él.

—¿Qué era lo que estudiabas exactamente?

Comprobando la insistencia con que lo encaraba, me respondió lentamente, asumiendo completamente que iba a tener que desvelarme todo lo que yo quisiera saber sobre él:

—Análisis Armónico o Análisis de Fourier.

—Eso son matemáticas, ¿no?

—Sí, es una parte que estudia la representación de funciones o señales como superposición de ondas básicas o armónicos. Se ha convertido en una materia con enormes aplicaciones en campos tan diversos como el procesamiento de señales, la mecánica cuántica o la neurociencia. En concreto, me dedicaba al análisis armónico abstracto, que es una de las ramas más modernas del análisis armónico. Como te iba diciendo, ella estaba cursando sus estudios allí —retomé de ese modo su pasado para mostrármelo de una vez, al menos esa parte que estaba tan interesada por conocer—. Por decirlo de algún modo, era una de mis alumnas.

»Al principio, era un rostro bonito entre otros muchos. La recuerdo allí, sentada en las primeras filas, con sus ojos atentos a todo cuanto yo decía. Recuerdo —aquí se le escapó lo más parecido a una sonrisa que había sido capaz de descubrir en su rostro en el tiempo que nos conocíamos, puesto que hasta ahora todo habían sido medias sonrisas. Ahora parecía estar riéndose de sí mismo y del error tan grande que había cometido— que, en las primeras clases, mi voz estaba tan llena de interrupciones y de variaciones como grande era mi miedo a tener que enfrentarme a un

auditorio formado por casi un centenar de alumnos que en abanico se abrían ante mí, desafiándome con la mirada. Recuerdo como, en esos primeros días tan duros para mí, su rostro se me mostraba atento e interesado en mis explicaciones. Era un oasis en la inmensidad del aula, y me hacía alguna que otra pregunta en clase con las que pretendía despejar sus supuestas dudas.

»Además de ese supuesto interés por mis explicaciones, comenzó a abordarme en los pasillos cuando nos cruzábamos de un modo aparentemente fortuito entre clase y clase. Lo hacía con una mirada cargada de insinuaciones, a las que yo, de momento, me mantenía ajeno. Durante ese periodo de tiempo, su cara, aunque bonita, no dejaba de ser otra promesa vacía.

Simón se detuvo un instante para coger aire y reordenar sus recuerdos.

—La verdad es que, a partir de ahí, todo sucedió muy rápido. Recuerdo cómo al principio contemplaba su rostro con agradecimiento, luego con cierto interés y más tarde, de un modo inevitable, con atracción. Creo —añadió con un tono cansado, como si intentara justificar su flaqueza de ese modo— que lo que hizo que me fijara definitivamente en ella ocurrió en los pasillos de la universidad cuando, al cruzarnos yendo de un aula a otra, sus ojos y labios me lanzaban unos «hola» que eran promesas de amor y cariño. Ahí fue cuando empecé a enamorarme de ella. La verdad es que fueron días muy felices, los más felices de mi vida, sin duda. Fueron días en los que aún creía que iba a poder gobernar mi propia vida y dirigir mi destino —concluyó con pesadez Simón.

—¿Cuál era su nombre? ¿Cómo se llamaba? —quise saber, dispuesta a averiguarlo todo sobre él.

—ELLA, ya no tiene ni nombre ni rostro para mí, es una fotografía borrosa del pasado, eso es todo —dijo por concluido de ese modo el interrogatorio, mostrándome una nueva línea que no estaba dispuesto a pasar, al menos de momento.

—Entiendo —le declaré, concediéndole con cierto aire comprensivo una pequeña tregua.

Cumpliendo con la parte del acuerdo tácito al que los dos habíamos llegado: tú me cuentas y yo te cuento, comencé a dar la explicación de parte de lo que Simón quería saber.

—Bartolomé, el hombre que nos invitó a su casa el otro día, es en la actualidad un inspector de la policía que, por su edad, tiene que estar a punto de jubilarse ya. Los primeros datos que tengo sobre su vida vienen de mucho tiempo atrás.

—¿Mucho? —me preguntó con cierto asombro Simón.

—Algo más de veinte años. El primer destino del que tengo constancia es una pequeña reseña que aparece en los periódicos de entonces, en la cual se informa de que, junto con dos compañeros más, terminó denunciando a su comisario —le aclaré a Simón para que se hiciera una composición de lugar—. Eran años en los que la democracia no era más que un sueño para algunos y una pesadilla para otros. Como premio a esa denuncia, fue destinado a la Brigada Político-Social —aquí, el tono irónico que empleé dejaba bien a las claras que, en realidad, fue un castigo lo que sufrió el hombre del que estaba hablando.

—Allí las pasaría canutas.

—Sí, fue su castigo por el acto de valentía de denunciar a su superior por abuso de poder y comportamientos indignos para con el cargo que ostentaba, que te recuerdo que era el de comisario. Para agradecerle los servicios prestados, sus superiores terminaron enviándolo a la Brigada PolíticoSocial, que conformaba, junto con algunos pequeños grupos militares, el último núcleo duro del antiguo régimen. Imagínate cuál sería su recibimiento en ese nuevo puesto y cómo estaría allí. Imagínate cómo lo debió de pasar allí dentro y cómo sería su vida.

—Ya veo.

—A la policía, al igual que a otras muchas instituciones del Estado susceptibles de ser utilizadas como órganos represores, en la transición, los nuevos dirigentes y los no tan nuevos —con esto trataba de hacerle ver que en aquella época hubo mucho maquillaje político y que, de la noche a la mañana, muchos mandatarios habían cambiado el yugo y las flechas por el escudo constitucional, así sin más, como si hubieran sido demócratas de toda la vida—, le hacen un lavado de cara, le ponen otra capa de pintura, le cambian el nombre y hasta el uniforme, y así, como por arte de magia, los grises pasan a ser los marrones y la Brigada Político-Social pasa a llamarse Comisaría General de Información. De ese modo tan tosco, los políticos quieren dar a entender a la opinión pública que los tiempos han cambiado definitivamente, que lo que antes era un instrumento de represión ahora es el garante de las nuevas libertades, regaladas a unos y conquistadas a pulso por otros.

—¿Ha sido ese su destino durante todos estos años?

—No. Después de ocho años allí, aparece un nuevo destino en su expediente profesional: la Brigada de Relaciones. Sorprendentemente, después de unos cuantos meses de estar allí, muy pocos, vuelve a su destino anterior, que es el actual:

la Comisaría General de Información.

—¿Por qué sorprendentemente?

—Digo *sorprendentemente* porque, a pesar del poco tiempo que conozco a Bartolomé y después de lo mal que lo tuvo que pasar allí dentro en sus comienzos, no creo que pidiera un cambio de destino así como así, porque si no, lo hubiera hecho con anterioridad y eso no ocurrió —concluí la explicación con la esperanza de haberle aclarado algo a Simón.

—¿Qué es esa Brigada de Relaciones? Nunca había oído hablar de ella.

—La Brigada de Relaciones Informativas es un órgano de los servicios de inteligencia —comencé a explicarle, haciéndole partícipe de lo que había podido averiguar esos días—. Era una sección compuesta por policías que trabajaban en su interior. Por decirlo de algún modo, ellos eran, sobre el papel, los encargados de ejecutar el trabajo elaborado por los agentes de inteligencia —le aclaré.

—Algo debió ocurrirle allí —añadió Simón, tras comprobar el poco tiempo que el policía permaneció en dicha brigada—. Algo tuvo que sucederle para volver a su anterior destino en tan poco tiempo, ¿no crees?

—Sí —le confirmé—. Entiendo que quisiera irse de la Comisaría General de Información porque, al fin y al cabo, ahí debió de pasarlo muy mal y sus recuerdos no creo que fueran muy agradables, a pesar de que estuvo durante ocho largos años. La verdad, no entiendo muy bien su trayectoria y, una de dos, o se hizo como ellos y empezó a bailarles el agua a los de allí dentro, cosa que no creo, o los tiene bien puestos y aguantó el tipo hasta que le dio la gana, y cuando eso ocurrió, cuando les demostró a los demás que no habían podido con él, entonces pidió el traslado. Esa creo que fue su particular forma de decirles a todos los de allí dentro: «que os den, no habéis podido conmigo».

—Podría ser así, como tú dices —me concedió Simón—. Pero si es así, lo que no entiendo es cómo vuelve a su anterior destino. El poco tiempo que aguantó allí es algo que no consigo entender en un tipo supuestamente tan duro y persistente como él.

—Quizás solo quería cambiar de aires y se equivocó al elegir el nuevo destino —argumenté débilmente, ya que sabía que mi acompañante estaba en lo cierto y yo no tenía ninguna respuesta para esa nueva incógnita.

—¡Venga ya! Una persona con su historial no cambia así como así. No es un hombre caprichoso, sino consecuente y comprometido con lo que piensa. Alguien como él no se va de un sitio a no ser que tenga unas razones muy poderosas. No creo que se fuera porque simplemente no le gustara ese nuevo destino. Lo que yo creo es que vio algo que no le gustó y se largó —sentenció con rotundidad.

—Sí, seguramente tengas razón en todo lo que acabas de decir, pero eso es algo que, a no ser que nos lo diga el propio interesado, jamás lo sabremos.

Nada más ver cómo lo observaba y cómo clavaba mi mirada en él, el hombre supo que la conversación iba a dar un nuevo vuelco, y supo que ese vuelco iba a hurgar un poco más en su pasado.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo de este modo? —me aventuré finalmente, lanzándole la pregunta que me estaba corroyendo por dentro desde que nos conocimos.

—Dos años y medio —me respondió clavando la barbilla en su pecho, encogiéndose, recogiendo aún más si cabía. Era algo muy evidente lo doloroso que le resultaba escuchar de su propia voz el tiempo que llevaba renunciando a un pasado que lo atormentaba y que le impedía volver a ser el hombre que dejó atrás.

—¿Cómo has conseguido sobrevivir así durante tanto tiempo? —Mis labios habían acompañado esta última pregunta con pesar, penar y sufrimiento, y mis pupilas lo contemplaban enviándole destellos de ternura, cariño y esperanza.

—Principalmente, vivo gracias a dos mentiras que me digo todos los días —me respondió finalmente.

—¿Dos mentiras? —solté como una exhalación sin poder contenerme, incapaz aún de desentrañar el enigma que había tomado forma de hombre y que tenía junto a mí.

Su respuesta me sorprendió enormemente, ante mí se hallaba otra persona que reconocía decirse todos los días varias mentiras para poder sobrevivir. No sabía si era cosa de un destino en el que me negaba a creer o de la casualidad, la cuestión es que el sujeto que se encontraba a mi lado era una persona muy parecida a mí en muchos aspectos, o al menos eso era lo que creía. ¿O acaso quería creer que ello era así? Quizás todo aquello consistiera en un vano intento por mi parte de encontrar una afinidad más que me uniera al hombre que estaba observando con detenimiento, lo que me llevó a hacerme la siguiente pregunta: ¿estaba realmente enamorándome de él?

La respuesta surgió espontáneamente: «Tonterías, todo eso no son más que tonterías», me dije para mí misma desechando esa idea nada más acariciarla. No estaba para esas cosas, y menos en esos instantes en los que mi vida parecía un torbellino que me hacía dar vueltas sin parar, sin saber muy bien dónde estaba en realidad en cada momento.

—¿Cuáles son? —le pregunté con impaciencia al comprobar que sus párpados se abrían y cerraban pugnando de nuevo con el sueño. Este intentaba inútilmente poder mantenerlos abiertos durante un tiempo más. Era una lucha perdida, ya que a duras penas lo conseguía.

—La primera, tiene que ver con el día. Me la digo al levantarme todos los días y consiste en creer que hoy puede ser un día extraordinario, puede ser ese en el que todo puede cambiar y puedo volver a ser el hombre que fui —consiguió aclararme unos instantes antes de sumirse en un sueño reparador y así encontrar un refugio en el que esconderse de mí.

—¿Y la segunda? —le apremié con un rostro cargado de anhelo, viendo que sus retinas se volvían a esconder—. ¿Y la segunda? —le volví a preguntar. Nada. Había llegado tarde. Tendría que esperar. Nuevamente, era hora de dormir.

Con resolución, cogí una parte más de los recuerdos del hombre que yacía frente a mí postrado en la cama, y pasé a leer lo allí escrito con el ansia de saber más.

La frescura de la brisa, que caminaba junto a la noche, había conseguido calmar mi maltrecho ánimo.

Esa gelidez contrastaba con el recuerdo tibio de tu cuerpo.

Como un pincel, cada bocanada de humo que expulsaba dejaba tus labios dibujados frente a mí. Siguiendo su ascenso, al topar mi mirada con las estrellas, estas me devolvían solo una pequeña parte del fulgor de tu mirada, antes de haberte amado.

Brillo que contrastaba con la oscuridad que las rodeaba y, al dejar mi mirada perdida allí, una fuerte y profunda oleada de dolor me recordaba, una y otra vez, el color de tus ojos:

Que no era otro que el negro. El negro de la traición.

—El anterior me gusta más —le enseñé la hoja que había terminado de leer cuando comprobé que Simón estaba despierto y llevaba unos instantes mirándome en silencio—. Este lo encuentro más enigmático.

—Mientras lo encuentres legible, me doy por satisfecho. Por lo que veo, te gusta leer, ¿estás

leyendo algo ahora?

—Ahora lo único que estoy intentado leer es lo que se esconde detrás de tus ojos y de tus escritos
—le solté provocadora, mirándolo fijamente.

Al ver que de sus labios no salía palabra alguna, mostrándole la hoja recién leída le pregunté:

—¿Fue aquí cuando te traicionó? ¿Qué ocurrió?

—Sí. Aquí fue cuando me di cuenta de todo. Sucedió lo que sucede siempre: no hay más ciego que el que no quiere ver. Lo que no sabía, ni podía adivinar por aquel entonces, es que detrás de ese supuesto interés inicial de ELLA hacia mi persona, se escondía un objetivo marcado de antemano, que era conseguirme a cualquier precio. En aquellos días tan felices para mí, fui incapaz de darme cuenta de que en realidad no era más que un trofeo que ella exhibía con orgullo a los suyos —me trasladó un Simón entristecido antes de hacer una ligera pausa en la que quizás intentaba ordenar y recomponer sus recuerdos de esa fatídica noche, o quizás intentaba lamerse con cuidado esas heridas aún no cicatrizadas.

»Ocurrió de noche, donde surgen las peores pesadillas —continuó con determinación—. Como era el cumpleaños de mi mejor amigo, decidimos regalarle una velada con nosotros, una velada en la que íbamos a estar los tres juntos: yo, mi mejor amigo y la mujer a la que yo amaba. Como era profesor ayudante y al día siguiente tenía que dar clases, recuerdo que le pedí a mi catedrático la mañana libre para así poder alargar un poco la velada. Recuerdo que la única condición que me puso fue que le dijera dónde iba a ir a cenar para así, si surgía algo, cualquier duda, poder localizarme. Mi idea era cenar juntos y luego ir a tomar unas copas. La idea de ELLA parece ser que era obsequiarlo con algo más —subrayó con rabia Simón.

»Llegamos pronto al restaurante. Cada una de las mesas estaban vestidas con dos manteles dispuestos uno sobre el otro en diagonal. El de arriba tenía un tono burdeos y el de abajo era de color hueso, lo que le confería al establecimiento un aire de cierta distinción. El local, cómo no, lo había elegido ELLA. Tras las típicas bobadas que se dicen en esos casos, nos sirvieron una copa antes de la cena. En ese momento, el camarero me indicó que tenía una llamada en la cafetería. Les comenté, al tiempo que me levantaba sonriéndoles a ambos y estos a mí, que sería algo sin importancia, que seguramente se habrían olvidado cualquier tontería y por eso me llamaban. El ambiente era agradable y distendido, pero no tardé mucho en descubrir que esas risas, las suyas, obedecían a otra causa diferente: lo que en realidad estaban haciendo era reírse de mí —añadió con resquemor.

»Tras dejar atrás la puerta del comedor y cuando me disponía a coger el auricular que me tendía con amabilidad el camarero, recordé que, en la chaqueta, me había dejado el resumen de la clase del día siguiente. Presupuse que esa era la causa de la llamada y, por lo tanto, pensé que solo tenía que recogerlo de donde me lo había dejado y decírselo, ya que no lo recordaba en su totalidad y prefería asegurarme leyéndolo. Con una sonrisa de circunstancias dirigida hacia el camarero que me esperaba aguantando pacientemente el auricular en su mano, deshice el trecho andado y abrí nuevamente la puerta del comedor para dirigirme hacia la mesa que ocupábamos.

»Digo que abrí, porque eso fue lo único que fui capaz de hacer, abrirla y ver cómo las manos de los dos se hallaban entrelazadas por entre las copas de martini que había sobre la mesa; y

descubrir la pasión marcada en sus ojos; y comprobar las promesas de amor que se lanzaban con la mirada. Fui incapaz de atravesar la puerta en esos momentos, y le cogí el teléfono al camarero para decirle a mi profesor que no se preocupase por nada, pues yo daría esa clase, ya que había surgido un imprevisto y no íbamos a poder irnos por ahí de copas. Recuerdo la cara de ese mismo camarero cuando me oyó pedirle un cigarrillo, y cuál fue su respuesta: «Por supuesto, señor».

»Fuera, frente a la puerta donde me encontraba fumando, hacía frío. Era curioso comprobar cómo, instantes antes de adentrarme en el restaurante, había pasado frío en el mismo lugar en el que me hallaba en esos momentos, y ahora, en cambio, no notaba nada: me sentía vacío por dentro. De sentir algo, quizás, lo único que notaba era dolor —finalizó fatigosamente.

—Entiendo —fue la única palabra que fui capaz de articular.

—Así que tu amigo ha estado relacionado con los servicios de inteligencia. Vaya, vaya —me soltó, sacándome de mis pensamientos.

Era su forma de decirme que mi turno había pasado, que se me había vuelto a agotar el tiempo de preguntar, intentando de ese modo retomar la conversación anterior, la del policía. Era evidente que lo hacía para que dejara de hurgar en la herida que aún tenía abierta.

Intentando asimilar todo lo que acababa de escuchar, que era lo que le había preguntado tantas y tantas veces, observaba en silencio cómo Simón estaba haciendo un enorme esfuerzo por aparentar una normalidad de la que estaba muy alejado de sentir en ese instante, ya que acababa de revivir esa escena que era tan dolorosa para él y que lo había llevado a caer en la situación en la que estaba.

—Eso parece. Aunque te recuerdo que estuvo muy poco tiempo allí —le contesté, aún un poco turbada por la historia que acababa de oír.

—¿Te fías de él? No hace mucho que lo conoces, ¿verdad?

—Sí, me fío de él, no sé por qué extraña razón lo hago. A pesar de conocerlo desde hace muy poco tiempo, algo me dice en mi interior que no nos va a hacer ningún daño. Es más, tengo la certeza de que nos está ayudando, no sé cómo, pero lo está haciendo.

—¿Posees poderes sobrenaturales? —se burló de mí, intentando alejarse nuevamente de su pasado.

—No, qué va. Lo que ocurre es que, desde el primer momento, me transmitió seguridad y confianza. Por cierto —al recordar algo que tenía aún pendiente, me detuve un instante para volver a preguntar a Simón—: ¿Me vas a decir ahora cuál era esa segunda mentira que te permite seguir viviendo?

—¿Quién es? —me preguntó Simón intentando huir de nuevo hacia delante, señalándome la fotografía de un hombre mayor con barba cana que aparecía sonriente abrazado a una Covadonga mucho más joven que la que aparecía ante sus ojos.

—Era —lo rectificué—. Era un buen hombre. Se llamaba Hernaldo Salgado, don Hernaldo para

sus alumnos, y para todos aquellos que llegaron a conocerlo. Era mi padre.

—¿Era? —se preguntó más a sí mismo que a mí—. Vaya, lo siento —me dijo al caer en la cuenta de que este había fallecido—. ¿La causa fue una enfermedad? ¿Un accidente quizás? —me volvió a preguntar ante el prolongado silencio que le mostraba.

—Si tú consideras un tiro en la nuca como un accidente, entonces sí, lo fue.

—¿Qué pasó? —me preguntó interesado.

—Como ya te he dicho antes, era profesor de escuela, y fue asesinado por mantenerse fiel a unos principios y por no doblegarse ante los chantajes y amenazas que sufría. Era un buen hombre amante de la libertad. Bonita palabra, ¿verdad? Hay muchísima gente que no sabe que la libertad para algunos ha significado la muerte y que, gracias a estos, ellos gozan, quizás sin merecerlo, de todas sus ventajas y virtudes.

—Fue por eso por lo que te viniste a vivir aquí, ¿verdad? Para dejar atrás tu pasado, ¿no? —me preguntó sabiendo lo que me decía, ya que él había hecho lo mismo: huir.

—Más o menos —le concedí pesadamente—. No fue exactamente así, pero sí de un modo parecido. Los planteamientos de mi padre pronto chocaron con los postulados de los terroristas. Desde su mesa, en la escuela, se empeñó en combatirlos. Sus amigos, atemorizados, le decían que con un trozo de tiza y con una pizarra no iba a poder ganar la batalla. Recuerdo que él, sonriéndoles, les decía que con eso tenía bastante. Al repetirle estos una y otra vez que no estaba solo y señalarle a la niña que era yo, fue entonces cuando empezó a flaquear en su empeño y decidió finalmente pedir el traslado.

No pude evitar que se me formara un nudo en la garganta, por lo que fui incapaz de seguir con el relato, ya que mis ojos eran ahora los que hablaban y mostraban que ese traslado que había pedido, por desgracia, le llegó demasiado tarde.

—Cumpliendo los planes que había hecho con anterioridad con mi padre, me fui de mi tierra, pasé a engrosar la lista de tantos y tantos hijos de la misma que han tenido que salir de allí condicionados por el terror. De ese modo, me convertí en una desplazada más. Así fue como pasé a ser una de tantas voces acalladas por el miedo, una de tantos miles a los que, por vergüenza, ni se nos nombra. Es como si no existiéramos.

—Veo que te gusta estar bien informada —añadió, señalando el montón de revistas y periódicos que descansaban sobre la mesilla, al lado del retrato de mi progenitor.

—Ese fue el precio que tuve que pagarle a Sebastián para poder localizarte. Fue él quien llamó al muchacho de la gorra —reconocí.

—El muy granuja —se sonrió Simón al recordar los ojos astutos del dueño del quiosco al que ayudaba por las mañanas y que se había convertido en una especie de familiar para él.

—¿Me vas a decir ahora, por fin, cuál es esa segunda mentira que te permite seguir viviendo? —volví a curiosear una vez más por esa casa abierta en que se había convertido el pasado de Simón

para mí.

—Veo que eres implacable, cuando se te mete algo entre ceja y ceja no hay nada ni nadie que te haga desistir de esa idea. Pues bien, ahí va, doña curiosa:

»La segunda tiene que ver con la noche. Ocurre cuando me acuesto. Entonces, como una especie de oración a la supervivencia, después de comprobar que todo sigue igual y que la primera mentira no se ha hecho realidad, me digo la segunda mentira para poder llegar hasta el día siguiente, y esta es: que ese día en el que todo cambiará, será mañana.

—El hombre de las dos mentiras.

Así es —me reconoció él—. Sería un buen epitafio para mi tumba, sin duda.

—Si te sirve de consuelo, no eres el único que se engaña, todos lo hacemos en mayor o menor grado —le reconocí, a medias, mi realidad—. Todos nos mentimos.

—Sí, así es, pero, mientras tanto, al menos yo he conseguido algo que ya no sé si es muy importante o no, pero que se ha convertido en un hábito para mí al repetirse noche tras noche.

—¿El qué?

—Vivir un día más —me contestó el hombre en un suspiro.

—¿Qué te pasó después? —me lancé, dispuesta a satisfacer de una vez por todas mi curiosidad.

—Me confié, me pillaron distraído —eludió Simón de ese modo la cuestión principal, llevando la conversación a un pasado inmediato con el que se sentía más a gusto y en el que no tenía que dar explicaciones a nadie, ni a mí ni por supuesto a él mismo—. Últimamente, mi vida se ha convertido en una sorpresa continua, de un tiempo a esta parte me ocurren muchas cosas, tantas que no consigo entenderlas. Empezando por la cita del otro día. ¿Para qué nos citó el policía en su casa? ¿No te parece extraño? ¿Quién es ese policía? ¿Qué es lo que quiere?

—Una pareja de ancianos no me dijo lo mismo. Me comentaron que volviste a recoger a la niña que se había caído —le apunté con la clara intención de no contestarle.

—Te veo muy bien informada. Pero no has contestado a ninguna de mis preguntas —me censuró.

—Es parte de mi trabajo estar bien informada, y si no he contestado a tus preguntas es porque tú no lo haces a las mías. ¿Qué te sucedió allí fuera? —me interesé, haciendo valer de ese modo mi turno de preguntas, pues ahora me tocaba a mí preguntar.

—Durante la huida, Bianca resbaló, cayó y volví a por ella. Eso fue todo.

—Podías haber dejado a la pequeña allí y escaparte tú.

—¿Y volver a huir una vez más? No, gracias. Un caballero no abandona a una dama a su suerte —me respondió con cierta sorna.

—¿Un caballero? —mis cejas se arquearon sorprendidas al escuchar esa palabra en boca de Simón.

—Sí —añadió incómodo—. Un caballero sin honor. Un caballero derrotado. Un caballero humillado y un caballero perdido, y hasta un caballero cojo, si quieres. Soy todo eso y más. Pero un caballero al fin y al cabo. Hay ciertas cosas que nunca se olvidan y, tarde o temprano, cuando menos te lo esperas, vuelven a salir.

—¿Tuvo algo que ver lo que te dije al despedirnos? Si eso fuera así, me sentiría responsable de lo que te ha sucedido y del estado en que te encuentras ahora —le informé.

—Pues cree todo lo contrario. He deambulado mucho tiempo entre penumbras. Demasiado.

—¿Has visto la luz? —le pregunté burlona sin poder contenerme.

—Solo la vi cuando te cruzaste en mi camino, y ahora solo la distingo cuando te veo a ti —me respondió, al parecer sorprendido de sus propias palabras. Habían brotado de sus labios sin ni siquiera pensarlas. «Malo, muy malo», parecían decir sus ojos al agacharse y huir de mi mirada. Si no recordaba mal era la segunda vez que le ocurría conmigo y he de reconocer que me encantaba que le pasara.

—Vaya, eso es todo un cumplido. Sí señor. Es lo más bonito que me han dicho en mucho tiempo.

Es solo una pequeña parte de lo que te mereces — siguió un tanto desbocado, dejando que fuera su corazón el que pronunciara finalmente todo lo que estaba diciendo.

—Y eso que me merezco, ¿quizás tú estés dispuesto a dármelo? —quise saber algo sorprendida de mí misma.

—¡Quizás!

Su respiración se había tornado más lenta y pesada, y ahora, en cuestión de segundos, el hombre yacía plácidamente arropado entre las sábanas.

Mis ojos no paraban de recorrer su golpeado rostro, intentando hallar una explicación a los muchos interrogantes que se agolpaban en mi mente, en la multitud de magulladuras que lo recorrían.

Ahora estaba viendo la indemnización que se le había exigido. Esta y no otra, había sido la fuerte cantidad que había tenido que pagar de una sola entrega al depositario del orgullo. Tenía tantos pagos atrasados de este, debía tanto, que solo para conseguir que se le adelantara un poco de él, y de ese modo tener un poco de amor propio que le permitiera vivir con cierta dignidad, había tenido que pagarlo con su cuerpo, con la paliza que había sufrido.

Ese era el pago por llevar tanto tiempo huyendo de todo y de todos, y lo que aún era peor, de él mismo, y de golpe querer recuperar todo lo dejado atrás en el camino.

Sus labios hinchados tenían ahora un volumen considerable, la simetría que los adornaba había

sido borrada de un plumazo por pequeños e irregulares montículos que ahora se distendían en una sonrisa, la cual parecía agradecerme calladamente, a pesar de sus reproches iniciales, mi inesperada y salvadora aparición.

La luz del mediodía se esparcía por toda la habitación, manchándola de claridad, esparciendo la blancura del edredón que cubría la cama por toda la sala, calentando el interior de esta. Era una nueva invitación a adentrarme una vez más en su pasado y hojear una nueva página de su gastada libreta de apuntes.

Dicen que la sombra es uno de los resultados del alma.

Dicen que la sombra es lo único que siempre nos acompaña.

Dicen que la sombra es lo único que permanece fiel.

Dicen que la persona sin sombra está vacía.

Tu sombra ocultó la mía hasta hacerla desaparecer.

Tu sombra me la robó.

Tu sombra ocultó tus mentiras.

Tu sombra es ahora un recuerdo lleno de dolor.

Tu adiós, el fin.

Mi fin.

—¿Cómo fue la despedida? —le pregunté al comprobar que los pequeños ojos de Simón me observaban otra vez fijamente, después de despertar y volver de nuevo a la realidad—. ¿Cómo te dejó?

—¿No crees que te estás pasando un poco? —se quejó débilmente—. Aún no he abierto los ojos y ya estás ahí, como un sabueso, sin ninguna intención de dejar perder la pista que has olfateado. Quiero saber lo que está ocurriendo. Quiero saber todo lo que sepas sobre Bartolomé y su extraña conducta. Porque no me negarás que su comportamiento es, cuanto menos, extraño, ¿no? —dijo Simón, exigiendo ahora el turno de preguntas pactado.

—Sí —le concedí pensativa—. En eso tienes razón. Me resulta muy extraño que no nos llevara a comisaría.

—Si no hemos ido es porque sospecha que algo no va bien, que algo sucio se está tramando. No consigo entender cómo, teniendo un testigo presencial, no lo lleva a comisaría. Se supone que la policía es la que se encarga de buscar y atrapar a los culpables, ¿no? —se lamentó con amargura.

Esa es la clave, Simón, precisamente por eso creo que ha estado actuando de ese modo tan extraño —tomé la palabra interrumpiéndolo—, porque querrá que los culpables paguen por lo que han hecho y vayan a la cárcel.

—No te entiendo. ¿Me estás queriendo decir que nos protege de sus propios compañeros? ¿Que no se fía de ellos y por eso nos dijo lo que nos dijo?

—Sí. Estoy segura de ello. Creo que sospecha de algún compañero suyo y que por esa razón no quiere que la policía sepa lo que tú sabes.

—Aún recuerdo cómo reaccionó después de la llamada telefónica. Era como si temiera por nuestra vida. Me dio la impresión de que era peligroso para nosotros permanecer a su lado más tiempo.

—La verdad es que tienes toda la razón, la cara que puso cuando recibió la llamada fue como si estuviera escuchando la voz de un fantasma —añadí, también un poco preocupada.

—Seguro que sí. Un fantasma del pasado —concluyó.

—De todos modos, lo único que podemos hacer ahora es esperar acontecimientos. Bartolomé nos dijo que se pondría en contacto con nosotros. Así que vamos —me lancé nueva y obstinadamente sobre mi objetivo, que no era otro que conocer el pasado del hombre que yacía en la cama—. Sabes que cuanto antes me digas lo que te he preguntado antes te voy a dejar descansar tranquilo —le dije pidiendo un nuevo turno de preguntas.

—No sé —dudó Simón al verme el rostro, por un lado, porque no estaba del todo seguro de que lo fuera a dejar en paz, y por otro, porque tenía miedo de que así fuera, que lo dejara tan en paz que saliera de su vida.

—Prometido —aseguré con la mayor rotundidad que fui capaz de mostrarle—. Me cuentas la parte final y ya no hurgo nunca más en tu vida. Siempre y cuando tú no quieras, claro —maticé de un modo un tanto taimado.

—Bien —me concedió—. Ahí va el resto de la historia:

»A pesar de saber que me era infiel, era incapaz de dejarla. Era tal el amor que aún sentía por ella que no podía romper nuestra relación. Aquellos fueron unos días en los que los celos me corroían por dentro y las discusiones entre nosotros eran continuas. Era algo enfermizo lo que me ocurría: la sabía en brazos de otro, pero, así y todo, no podía dejar de quererla. Cuando no estaba conmigo pensaba que estaba con él, y entonces me volvía loco. Sin embargo, a pesar de todo ello, era incapaz de decirle que sabía la verdad, puesto que la sola idea de perderla me desesperaba. Hasta que un día tuvimos una discusión muy fuerte en el coche, mucho más salvaje y cruenta que las anteriores. Allí le dije todo lo que sabía de ELLA y de él. Le llamé guarra, zorra, puta y no sé cuántas cosas más. Recuerdo que el maldito sol estaba en todo lo alto, tanto que llegó a deslumbrarme y tuve que apartar un momento la mirada de la calzada, justo en un punto en el que la carretera formaba una curva muy pronunciada. Lo único que recuerdo después de eso es que el coche se fue recto y cayó por una pendiente varios metros, dando vueltas sobre sí mismo.

»El siguiente recuerdo que tengo es encontrarme solo en una habitación del hospital. El médico que me atendía me dijo, al cabo de unos días, que tenía posibilidades de volver a caminar con normalidad si me sometía a unas cuantas operaciones. Quise saber el porcentaje de éxito que podía tener después de todas las intervenciones, y él, un tanto preocupado, me dijo que estas

oscilaban entre un veinte y un treinta por ciento, que esa horquilla del diez por ciento que me daba dependía en buena medida de mi predisposición en la rehabilitación. Me comentó que el proceso sería lento y doloroso, pero, con la mejor de sus sonrisas, me animó diciéndome que alcanzar la meta de la normalidad bien merecía un esfuerzo por mi parte. Primero le dije que me lo pensaría y finalmente le comenté mi decisión. No hice sino confirmarle sus sospechas, que no iba a operarme, así que lo animé a que, cuando lo considerara oportuno, me diera de alta y se dedicara a otros pacientes con mejor predisposición que la mía. Seguramente, en esa decisión pesó, en gran medida, que al no recuperarme del accidente iba a tener algo más que echarle en cara a ELLA que un corazón roto.

»Una pierna destrozada era algo más visible. Así era más evidente su maldad. Me había dejado cojo. Recuerdo que ELLA tardó una semana en venir a verme. Seguramente lo hizo espoleada por su conciencia, no sé, lo que sí sé es lo que me dijo, que había estado hablando con el médico y este le había dicho lo de las operaciones. Le volví a decir que no. Entonces, sus últimas palabras fueron que no iba a estar junto a alguien a quien no amaba y mucho menos si era ahora un lisiado. Mi despedida fue decirle, señalándole la puerta de la habitación, que se marchara y que no quería volver a verla nunca más.

—Se lo pusiste fácil, muy fácil —lo interrumpí brevemente para manifestarle mi modo de ver la situación.

—Sí —me concedió Simón—. Le facilité el camino. Allí, solo en la habitación, mientras me daban el alta, tuve tiempo más que de sobra para pensar qué hacer con mi vida. A pesar de ello, no fui capaz de encontrar una solución. Lo único que tenía claro es que no iba a volver a la universidad. No lo iba a hacer y ser el hazmerreír de todos, hasta de los alumnos a los que estaba dando clase. Así que, con mi cojera, cogí el primer tren que venía hacia aquí, y aquí me ves —fueron sus últimas palabras antes de quedarse adormecido de nuevo.

—Ya —pude decirle antes de comprobar que se había quedado dormido.

Atendiendo la advertencia de mi espalda, recordándome dolorosamente el tiempo que llevaba sentada en el sillón de la habitación donde se reponía Simón, había accedido finalmente a las calladas peticiones de esta, cambiando de habitación y de lugar donde aguardar.

Recogida entre los mullidos cojines del sofá, vi que el atardecer estaba mostrándose cálido y confortable. Su suave presencia estaba consiguiendo que me quedara un poco traspuesta, cuando de pronto vi pasar rápidamente a Simón de camino al baño. Su figura solo aparecía envuelta en una toalla, la que le había dejado sobre la cama. No pude evitar que mis ojos se pasearan detenidamente por esas nalgas envueltas y marcadas por el ceñido paño que las ocultaban.

El sonido del agua al precipitarse sobre el suelo de la bañera, empujó a mi mente a imaginar cómo el hombre que estaba duchándose se paseaba las manos por su cuerpo desnudo, lentamente, y observaba cómo los chorros de agua dibujaban su contorno.

Al dejar de escuchar el ruido de la ducha, salté diciendo con impaciencia desde donde me encontraba:

—Ven un momento, ¿quieres?

—No sabía donde estabas y he decidido darme una ducha. Solo llevo una toalla, espera un poco y me pondré algo de ropa —respondió Simón desde el baño.

—Estoy segura de que podré aguantar perfectamente el verte cubierto solo por una toalla —le comenté, al tiempo que recorría con la mirada su cuerpo semidesnudo que aparecía por la puerta.

Sentada en el sofá, mis ojos color miel se iban vistiendo con la figura de Simón, con su piel desnuda y húmeda. Malo. El hombre se mostraba ante mí tal y como me lo había imaginado, ligeramente empapado y dejando entrever esa frescura tan deseada por mí. Entrecerrando los ojos, podía adivinar perfectamente la fragancia que tenía su cuerpo después de una ducha. Mis labios se humedecían al verlo frente a mí tan indeciso e indefenso.

—Bien. Ya me encuentro mucho mejor. Gracias por haber cuidado de mí durante este tiempo. Llegó la hora de irse —con esas palabras Simón manifestó la clara intención de marcharse.

—De eso nada. Tú no te vas a ningún sitio. Al menos no esta noche —le ordené con contundencia.

—No quiero molestarte más. ¿Dónde dormirás si me quedo?

—Si hace falta, y no tengo otro remedio, aquí, en el sofá, como anoche —le sonreí sensualmente, para así hacerle ver que no era mi intención pasar la noche sola.

—¿Por qué haces esto, Covadonga? Dime, ¿es por lástima?

—No. Te puedo asegurar que no —le respondí con convencimiento.

—¿Entonces?

—¿Necesitas una explicación para todo?

—Para esto sí —reclamó Simón, convencido de sus palabras.

Colándose suavemente por la habitación, empezaron a escucharse los primeros acordes de una canción, que decía en voz muy queda y suave:

En los mapas del cielo el sol siempre es amarillo, y la lluvia o las nubes no pueden velar tanto brillo.

Ni los árboles nunca podrán ocultar el camino de la luz hacia el bosque profundo de nuestro destino.

—¿Cómo te lo explicaría para que lo entendieras de una vez? —le respondí con cierta premura en mis palabras—. ¡Hay que ver, lo que os cuesta a los hombres entender ciertas cosas! Me gustaría que me explicaras qué es lo que le impide a esa toalla caer al suelo. ¡A ver! ¡Dímelo! ¿Qué mantiene esa toalla pegada a tu cuerpo? —le pregunté finalmente sin poder contenerme.

Esa hierba tan verde se ve como un manto lejano que no puede escapar, que se puede alcanzar solo con volar.

Siete mares he surcado, siete mares color azul, yo soy nave, voy navegando y mi vela eres tú.

Bajo el agua veo peces de colores, van donde quieren, no los mandas tú.

—El pasado. Más bien el recuerdo de ese pasado —me respondió él, huyendo de una mirada cargada de deseo, la mía. Malo, muy malo.

—¿De cuál, de ese mismo del que, no hace mucho, me has corregido diciéndome que *huías* ? — intenté arrinconarlo nuevamente con palabras.

Por el cielo va cruzando, por el cielo color azul, un avión que vuela alto, diez mil metros de altitud.

Desde tierra lo saludan con las manos, se va alejando, no sé dónde va, no sé dónde va.

—Tocado —me dio la razón—. Vaya, si fuera mal pensado diría que tu mirada te delata.

—Mis ojos no dicen nada que yo no quiera que sepas, te lo puedo asegurar. Y si expresan deseo es porque es lo que siento en estos momentos.

Al pronunciar tales palabras, un sentimiento arrebatador de querer sanar a besos ese labio partido que me mostraba, y de recomponer las partes rotas de su corazón, me invadió, saboreando anticipadamente una comida deliciosa. El olor de su deseo se paseaba lentamente frente a mí, embriagador. Muy pero que muy malo.

Sobre un tramo de vía, cruzando un paisaje de ensueño, en un tren que me lleva de nuevo a ser muy pequeño,

de una América a otra, tan solo es cuestión de un segundo, basta con desearlo y podrás recorrer todo el mundo.

—¿Qué canción es esta? —más que querer saber el título de la canción, lo que pretendía Simón era huir de la situación que estaba surgiendo entre los dos y volver cobardemente a una normalidad en la que no tendría que hacer frente a sus miedos.

— *Acuarela* —le respondí con dulzura, dándole un adelanto de lo que le esperaba.

Un muchacho que trepa, que trepa a lo alto del muro, si se siente seguro, verá su futuro con claridad.

Y el futuro es una nave que por el cielo volará, a Saturno, después de Marte, nadie sabe dónde llegará.

Si le ves venir, si te traen amores, no te los robes sin apurar.

—¿Es este el precio que he de pagar por que cuides de mí?

Cansada de tanta palabrería, me levanté. Como única respuesta, lo arrinconé contra la pared y me

lancé cansada de esperar a probar el primer bocado del plato que había estado cocinando pacientemente, y a robarle no uno, sino miles de besos. ¡Ya estaba bien de esperar!

Aprovecha los mejores, que después no volverán, la esperanza jamás se pierde, los malos tiempos pasarán.

Piensa que el futuro es una acuarela y tu vida un lienzo que colorear, que colorear.

Mis ojos le ofrecían todo el calor del otoño. Le mostraban esa suavidad que dejaba intimidadas a las torpes embestidas de la pasión. Le enseñaban ese modo de cocinar sentimientos que me permitía cocerlos hasta su punto: lentamente, a fuego lento.

En los mapas del cielo el sol siempre es amarillo, y la lluvia o las nubes no pueden velar tanto brillo.

Basta con desearlo y podrás recorrer todo el mundo.

Los labios de Simón, tras unos tímidos escarceos, robaron todo el carmín de mis labios.

Finalmente, después de recorrer innumerables recodos y atravesar infinidad de puertas cerradas, comprobaba con satisfacción que el mensaje de amor había llegado hasta el corazón del hombre.

Ahora notaba complacida cómo mi piel recobraba una tersura perdida en el tiempo, al ser recorrido todo mi cuerpo por sus caricias.

Ahora lo sabía. Ante mí tenía la confirmación, ahora tenía la certeza de lo que había sospechado desde el primer momento en que lo vi: que detrás de esos ojos huidizos y tímidos se escondía él.

Era el primer hombre que, en vez de acariciarme con los dedos de las manos, lo había hecho con los del corazón.

Se había hecho ya de noche y los primeros rayos de la luna se colaban en la habitación. Esta contemplaba con simpatía a los dos jóvenes que yacían en la cama durmiendo y, con inquietud y preocupación, a las dos figuras masculinas que había dentro de un vehículo plateado apostado fuera, en la casa de la mujer.

Capítulo XXXIII.

Benjamín

La sábana azulada que había cubierto la ciudad durante el día, había sido tapizada con un enorme manto oscuro, negro y estrellado, en el cual se dibujaba ahora, subiendo por el horizonte, la figura vigilante de la luna.

Benjamín contemplaba, desde hacía unos instantes, cómo el torpe y errático vuelo de una polilla había formado extrañas figuras en el aire antes de dirigirse volando hacia la lámpara encendida que colgaba del techo en la habitación en que se hallaba.

—Una moneda por tus pensamientos —le soltó

divertida Solange descubriendo su presencia apoyada sobre la puerta del comedor, revelándole de ese modo que lo había estado acechando desde allí.

—No creo que valgan tanto —le sonrió Benjamín—. Observaba cómo ese insecto es atraído por la luz de la bombilla. El calor que desprende le va a causar la muerte. Su llamada es tan poderosa que, a pesar de ello, a pesar de que va a significar el fin de su existencia, sucumbe a esa atracción y sigue acercándose a ella obstinadamente. Sospecho que ese vuelo errante que mostraba en un principio eran las dudas que la asaltaban antes de sucumbir a semejante llamada, y la pregunta que me estaba haciendo, antes de que tú entraras, era si esa polilla era yo en realidad.

—Vaya, veo que sigues como siempre. Supongo que eso querrá decir que ya te encuentras mejor —le indicó, después de la agresión que había sufrido el hombre que estaba frente a ella a manos de Lope.

—Tú lo acabas de decir, igual de bien que siempre —dijo pasando de puntillas ante la cuestión que le estaba planteando—. Al ver la actuación del insecto, pensaba que, si este hubiera tenido miedo, aún seguiría viviendo.

—Seguramente —le concedió Solange—. Si hubiera identificado esa luz como lo que en realidad era, es decir, un peligro, no se hubiera acercado tanto a ella.

—Quizás no conocía el miedo porque nadie se lo había enseñado.

—Quizás, por desgracia para ella —añadió la mujer, observándolo con detenimiento para así poder profundizar un poco más en sus pensamientos.

—Por desgracia o por suerte, no sé que decirte —dudó Benjamín—. Seguramente, si esa polilla hubiera tenido un padre como el mío, no habría muerto de ese modo tan inútil, ya que este se hubiera encargado de comentarle cada uno de los peligros que la rodeaban y a los que tenía que enfrentarse, tanto reales como imaginarios. Antes de aparecer el insecto, estaba pensando en mi infancia. Recordaba el lugar en el campo en el que nací y empecé a crecer, con la única compañía de la soledad y la imaginación en un principio, y cómo pronto se añadió a estas el miedo como compañero de juegos habitual. Todos los parajes que rodeaban la casa donde vivía estaban poblados en mi imaginación por un ser monstruoso o por una fiera. Todo ello gracias al miedo que mi padre tan sabiamente me inculcó —se lamentó—. Vivir con mucho miedo no es vivir —sentenció finalmente, sin poder perdonar a la figura de su padre, a pesar de todo el tiempo transcurrido desde su niñez.

—Sabes que eso lo hacía para protegerte, para que no te alejaras solo y en exceso de la casa donde vivías —le reprochó Solange—. Sabes que vivir donde tú lo hacías, en el campo, no es lo mismo que en la ciudad, donde las únicas alimañas que hay tienen dos patas.

—En eso te voy a dar la razón. No te puedes ni imaginar lo desconsolador y aterrador que puede llegar a ser estar solo en mitad de la nada, sin nadie a tu alrededor al que le puedas pedir ayuda.

—Me lo imagino.

—No lo sabes tú bien. Del único modo que llegas a saberlo con certeza es viviendo solo, como yo lo he hecho, y sintiéndote desamparado como a veces yo me he sentido.

—¿Es eso lo que estás leyendo? —le preguntó

interesada, señalándole el volumen de resplandecientes tapas que descansaba abierto boca abajo sobre sus rodillas.

—¿Esto? —Al agacharse para contemplar el libro que tenía entre sus piernas, le mostró a la mujer ese mechón de pelo cano que le ofrecía un aspecto de niño travieso—. No. Estoy leyendo *Diálogo en el infierno entre Montesquieu y Maquiavelo* —le sonrió inocentemente. La cara de Benjamín al sonreír aún era capaz de mostrar ese niño que había conseguido arrastrar a duras penas hasta más allá de la treintena de años que tenía ahora—. Estoy buscando unas palabras que me han perseguido durante mucho tiempo, desde que era un adolescente.

—¿Sí? ¿Cuáles? —preguntó curiosa Solange.

—Ocurrió en una clase de Ética, en la que el profesor, tras leernos una página de este libro, nos hizo una pregunta.

—¿Qué os preguntó?

—La pregunta que nos hizo hace muchos años, tantos que ni los recuerdo, fue: «¿Justifica el fin los medios?».

Las imágenes de aquel día de su juventud empezaron a tomar cuerpo en su mente, fue capaz de recordar el color pastel de la pintura barata con que las paredes recibían un lavado de cara cada verano. Las sillas y pupitres de madera de pino, con el brillo del barniz recubriéndolas. La gran pizarra que abarcaba la pared hacia la que estaban todos encarados, el olor a tiza en sus manos después de salir a esta a completar algún ejercicio y, sobre todo, la sonrisa impertinente de ese hombre que había sido su maestro con mayúsculas. Las imágenes dejaron finalmente de pasar y se hizo palpable en el rostro de Benjamín el bienestar que le proporcionaban esos recuerdos.

—Muy trascendental, casi tanto como tú —le dijo, algo molesta, la mujer.

—Durante los días que llevamos aquí, has podido ir comprobando mi pérdida de fe con la causa que durante tanto y tanto tiempo he defendido. Siempre has tenido la idea de que ha sido mi relación con Alba el desencadenante de esa falta de compromiso por mi parte. El motivo, en realidad, no ha sido ese. El verdadero motivo tomó forma un par de años antes de conocerla. El desencadenante de todo, en primer lugar, fue la campaña de intimidación que lanzó la Dirección contra un profesor de instituto llamado Hernaldo Salgado, don Hernaldo —remarcó con orgullo Benjamín al nombrarlo y ponerle el *don* delante—. Eso y su posterior asesinato. Ahí está la verdadera causa de mi alejamiento. Fue esa y no otra, Solange. Fue profesor mío cuando iba al instituto. Era un buen hombre que el único delito que estaba cometiendo era enfrentarse a la Dirección desde su mesa en el aula. Sus únicas armas eran las palabras y su munición las ideas. Pero claro, parece ser que estas eran tan peligrosas que la Dirección decidió eliminarlo —añadió con amargura—. ¿Su mayor insistencia, sabes cuál era?

—No —le respondió Solange, escuchando la historia con interés.

—Que nos preguntáramos el porqué de las cosas. Nos decía que todo lo que ocurría a nuestro alrededor obedecía a unas causas y que debíamos de encontrarlas. Pues bien, cuando fue eliminado, la pregunta que me hice, ¿sabes cuál fue?

—¿Por qué? —contestó Solange, adivinando sus pensamientos.

—Exacto —reconoció Benjamín—. ¿Por qué él?, ¿por qué?, empecé a preguntarme constantemente, una y otra vez. Te puedo asegurar que las respuestas que encontré no fueron muy halagadoras para con la Dirección.

—Entiendo —le soltó la mujer, agradecida por esa confidencia—. Yo, como en vez de Ética di Religión —le dijo, medio en broma medio en serio, para intentar al menos quitarle un poco de importancia al asunto—, no me he visto envuelta en las disquisiciones morales en las que tú te encuentras. De todos modos, ¿qué opinas? ¿Justifica el fin los medios? —le preguntó Solange.

Una ligera ráfaga de aire había acariciado con sus manos todo cuanto hallaba a su paso. Desde el rincón donde se encontraba, los ojos de Benjamín acompañaban en cada vaivén el batir de las hojas de la persiana contra la puerta de cristal del balcón, que estaba abierta. Su mirada absorta se perdía en la distancia, examinando a cada uno de los peatones que atravesaban la calle.

—No —respondió finalmente Benjamín—. No sé si he tardado demasiado tiempo en encontrar la respuesta, quizás me he demorado en exceso en hallarla. No lo sé. Lo que sí sé es que tengo el convencimiento de que el fin no justifica los medios. Solo has de echar un poco la vista atrás y verás las barbaridades que el hombre ha cometido a lo largo de su historia, incluso los hechos impulsados por los fines más elevados. No, el fin no justifica los medios —remarcó con convencimiento—. ¿Y tú? —le preguntó a Solange, al ver una vez más ese rostro inexpresivo que la caracterizaba—. ¿Qué crees? ¿Cuál es tu respuesta? ¿Crees que el fin justifica los medios?

—Cuál, ¿la mía? —arqueó la mujer sus delgadas cejas, anticipándose a la respuesta cautelosa que le iba a dar, aclarando con ello que iba a intentar pasar de puntillas por esa peligrosa pregunta lanzada por el hombre—. Te repito: jamás he llevado hasta el extremo que lo has hecho tú las dudas que he tenido en algún momento de mi vida. Cuando tomo una decisión, borro de mi mente todos los recelos o sospechas que pudiera tener con anterioridad. Soy una persona dada a creer ciertas cosas y no a cuestionármelas, como haces tú. Te repito que di Religión y no Ética. Creo que, en nuestro caso, y para ello te tomo a ti como botón de muestra, la duda debilita, haciéndonos más vulnerables.

—Entonces crees que soy la manzana podrida que, si no es retirada pronto del cesto, acabará propagando la podredumbre al resto, ¿no? —se interesó por conocer la opinión de Solange.

—Es posible —le reconoció sonriéndole maliciosamente.

—Pero tú sabes más o menos lo que pienso —se defendió Benjamín.

—Tú lo has dicho, más o menos.

—Sabes que esa mujer que tú crees que es la causa de mi falta de compromiso y que va a ser la madre de mi hijo, Alba, se ha convertido en la única causa y legítima bandera por la que merece la pena luchar para mí en estos momentos. La verdad es que todo lo demás me resulta vacío y carente de significado —se sinceró completamente—. Como te he dicho antes, siempre hay algo o alguien en un momento de tu existencia que te hace dar un giro a esta. El mío, como ya te he dicho, fue ese asesinato. A partir de ahí, a partir de ese momento, todo te viene rodado y todo lo que ves empieza a parecerte mal, y ves cosas a las que antes no habías prestado ni atención.

—Parece ser que ahora te das cuenta de muchas cosas —apostilló Solange un poco cansada—. Quizás ahora es cuando te estás dando cuenta de que no somos perfectos.

—Creo que una cosa es equivocarse y otra muy distinta es hacer algo de un modo premeditado. Creo que no te he hablado nunca de las injusticias, o de la doble moral con que se abordan ciertas cuestiones —le rebatió el hombre.

—¿Por ejemplo? —le interpeló nuevamente la mujer, sin comprender a dónde quería ir a parar ahora.

—Por ejemplo —se tomó unos segundos para ordenar un poco sus ideas y lo que iba a decirle—. ¿Por qué aquí sí que actuamos y allí, al otro lado de la frontera, no? ¿Qué ocurre? ¿Son unos más guapos que otros? ¿No son en realidad ambos nuestros enemigos?

—Creo que es una cuestión de sentido común, solo eso

—se aventuró a darle una contestación satisfactoria al añadir— : ¿Cómo vamos a cometer acciones armadas en la tierra que nos da refugio?

—Sabes que es cuestión de tiempo que se cierre el cerco sobre nosotros allí arriba, en nuestra casa de acogida.

—Entonces, cuando ocurra eso, tendremos que plantearnos qué hacer —respondió Solange, con tanta practicidad en sus argumentos como siempre—. No adelantes acontecimientos —le aconsejó.

—¿No ves que ese proceso se ha iniciado ya? —se quejó con amargura Benjamín—. ¿No son cada vez más los casos en los que los nuestros son apresados y extraditados?

—Sí, pero supongo que la Dirección creerá que esa pérdida es asumible. Habrán llegado a la conclusión de que es un mal necesario, y si no los atacan es porque estoy segura de que piensan que las pérdidas serían mayores, ya que, si lanzaran una campaña allí, seríamos todos apresados o abatidos.

—Ya, para ti es una simple cuestión aritmética. Solo eso —se quejó el hombre—. Creo que nos hemos perdido por el camino. Hace unos años nos trazamos una meta y ya no sabemos muy bien cuál es.

—Tú nunca la has perseguido —se unió Lope a la pareja, llevando entre las manos una enorme pistola y una bolsa de aseo personal.

—Lo único que he hecho ha sido expresar con palabras un pensamiento —le respondió lentamente Benjamín.

—Yo creo que sí —le soltó Lope—. Creo que con tu soltura lingüística siempre buscas darle la vuelta a todo. Buscas hacernos ver lo contrario de lo que has hecho. Intentas justificar, con tu capacidad de convicción, lo que haces. Cuando te pones a hablar, eres tan hábil que eres capaz de eliminar las dudas y reservas de la gente que esté contigo en ese momento. Aunque los que te conocemos sabemos que no es la única habilidad que tienes, los que te conocemos sabemos que tienes otra habilidad que te permite eliminar obstáculos con suma facilidad —le recriminó con sorna, al tiempo que se sentaba sobre la mesa y extendía un paño blanco de algodón para dejar encima de él el arma que sostenía entre sus manos, recordándole de ese modo que solo con palabras y arrepentimientos no iba a resucitar a los muertos que había dejado atrás.

—¿Me vas a matar ahora? —le dijo Benjamín al sujeto recién aparecido al contemplar el arma que sostenía entre sus manos. La pistola mostraba radiante un llamativo y atractivo tono bicolor. El metal niquelado con que estaba construida casi en su totalidad contrastaba con el negro de la empuñadura, del martillo percutor, del seguro y del gatillo. Benjamín recordaba con un poso de dolor y rabia el puñetazo que Lope le había propinado para zanjar la última discusión que habían tenido.

—Contigo, con las manos me basto —presumió Lope, insinuándole que no iba a tener el menor freno a la hora de repetir la misma acción que había acabado con Benjamín en el suelo golpeado, y que, en realidad, estaba deseando repetir de nuevo la experiencia.

Tras quitarle el cargador y dejarlo con suavidad sobre el paño, se afanó en correr el cerrojo y recoger la solitaria bala que había permanecido en la recámara. Su mirada contemplaba orgullosa el emblema del fabricante del arma, que consistía en un gran círculo que circunscribía tres flechas, las cuales descansaban cada una sobre una circunferencia, y bajo ellas la inicial del fundador de la marca de armas seguida por su apellido.

En esos momentos, proveniente de la puerta, escucharon un fuerte ruido al ser embestida y derribada por unos sujetos envueltos en un mono negro, cubierto de protecciones en todas las articulaciones, y un casco.

Los recién llegados les gritaron:

—Alto, policía.

Capítulo XXXIV.

Covadonga

Nuevamente, un manto negro y oscuro había envuelto a la ciudad. Su uniformidad era rota por las estrellas y la luna que, con ojos preocupados, contemplaba cómo nos dirigíamos con pasos rápidos y apresurados al lugar de la cita donde habíamos sido emplazados por Bartolomé. Había algo en mi mirada que delataba que, en las últimas horas, se había producido un profundo cambio en mi interior, y no se me escapaba que el causante no era otro que mi acompañante, Simón.

Había dejado atrás las escaleras que conducían a la puerta de dos hojas de madera que servían de umbral al pequeño edificio colonial de dos plantas en el que íbamos a cenar. La solitaria campana que nos había recibido desde lo alto, nos recordaba tímidamente que la función para la cual había sido fundida había sido otra muy distinta de la que realizaba en esos momentos, ya que el local había sido antaño una iglesia y ahora era un restaurante. Sus paredes aún difundían ese afán de querer evangelizar a un nuevo continente.

Dicen que, por mucho que huyas y corras hacia delante, llegará un momento en el que te quedarás agotada y sin fuerzas. Entonces desfallecerás. Justo entonces, ese algo que te ha ido persiguiendo, a mayor o menor distancia, durante toda tu vida, caerá sobre ti como una enorme piedra dejándote derrotada y sin capacidad para poder reaccionar.

Eso era exactamente lo que me estaba ocurriendo.

Definitivamente, había renunciado a la tranquilidad y seguridad que me había ofrecido mi vida anterior. Ahora apreciaba que, cargada de indiferencia y desgana, lo único que el pasado me había ofrecido era comodidad y desinterés por todo y por todos. La imagen de la figura de Simón acompañándome a esa cita parecía ser la señal definitiva de que ese tiempo pasado iba a ser solo un mal recuerdo, y los días saldados con sofá, televisión y soledad, mucha soledad, tanta que su solo recuerdo me dolía, iban a ser relegados al olvido y sustituidos por otros cargados de interrogantes que desentrañar, y quizás, solo quizás, de amor, ¿por qué no? Al menos esa era mi intención mientras nos adentrábamos en el local y nos dirigíamos hacia la mesa reservada, donde Bartolomé, haciendo gala de una extremada puntualidad, nos estaba esperando.

—¿Todo bien? —me saludó Bartolomé burlescamente, tras entregar la carta al camarero y señalar con su mirada de un modo insinuante a Simón, haciendo a este responsable de ese brillo tan especial que iluminaba mi rostro—. Ya sabe lo que dicen —soltó dirigiéndose hacia mí con ironía.

—No, ¿el qué? —le pregunté sin saber muy bien lo que me quería decir.

—Que todos los hombres somos iguales —contestó, iniciando de ese modo la conversación conmigo. Aunque su tono de voz parecía ser distendido, su mirada nos contemplaba con atención y seriedad.

—Esa es mi triste experiencia, al menos hasta la fecha —le reconocí fijando mi mirada en Simón, indicándole de ese modo a Bartolomé que él era el responsable de que hubiera introducido ese matiz final—. Y para confirmarlo le diré una frase que me repetía mi padre con cierta frecuencia y que era la que le decía su madre al hablar de los hombres en general, y del suyo en particular.

—¿Sí? ¿Cuál? ¿Qué decía su abuela? —me preguntó con fingida curiosidad Bartolomé, cuya mente no parecía estar allí, hecho que consiguió finalmente preocuparme viendo que la seriedad seguía impresa en su rostro.

—Le contaba que, desde niña, había escuchado decir que los hombres eran como las piedras que yacían en los campos de girasoles de su pueblo. Decía que la duda era su mejor compañera, pues nunca sabía lo que iba a encontrar debajo, ya que, cuando levantabas una de estas, podía aparecer a tus pies un escorpión o algo mucho peor: un mal hombre — le comenté justo cuando el camarero

dejaba sobre la mesa nuestra cena.

—Ella al menos nos ofrecía el beneficio de la duda — intervino por primera vez en la charla Simón.

Tras tales palabras, su boca se abrió para introducir un trozo de batata al que se habían adherido varios granos de maíz que cayeron al plato donde descansaba el ceviche de corvina que estaba degustando tranquilamente. Sobre su rostro, con barba de dos días, le habían caído unas gotas de la salsa que regaba el plato que estaba degustando. Al notar cómo el líquido recorría su barbilla, empezó a sonreírme tímidamente con esos ojos hundidos e inquietos que tanto me gustaban.

—Y, por la parte que me corresponde, le doy las gracias —tras levantar una copa llena hacia Bartolomé y hacia mí, añadió antes de pegar un trago—: A vuestra salud.

Sobre el mantel blanco que cubría la mesa rectangular, en mi plato se dibujaban los tonos rojizos, tiernos y apetecibles del atún rojo de almadraba cocido en su jugo que había pedido para cenar y que ya había comenzado a degustar.

Durante la conversación, mis ojos habían seguido a los del policía por todo el local, en un vano intento de adivinar sus intenciones. Dispuesta sobre la repisa, a nuestra espalda, había una tira de farolillos de latón que recorría todo el local. Su luz dejaba entrever cómo los sinuosos brazos de la incertidumbre habían hecho presa en la figura de Bartolomé. La inquietud recorría cada pliegue del rostro serio y arrugado del hombre.

—Bien —empezó con tono severo Bartolomé la nueva frase, contrayendo un poco su semblante, indicándoles a sus acompañantes que iba a pasar a temas mucho más importantes que los tratados hasta entonces, y que estos eran en realidad los que lo habían llevado a citarlos con tanta prontitud—. Si os he citado aquí es para daros nuevas noticias.

—Dirá *alguna noticia* —se atrevió a interrumpir al policía un Simón molesto, que ahora aguantaba estoicamente una mirada por parte de este cargada de furia y de recriminación por ser interrumpido.

—Como os iba diciendo —continuó hablando—,

quería veros para intentar aclararos un poco todo esto. La invitación a reunirnos ha sido para intentar explicaros, al menos, en qué asunto turbio estáis metidos sin comerlo ni beberlo. Os di a elegir el lugar de encuentro para que así os sintierais más seguros y no desconfiarais de mí —añadió, observando la presentación vanguardista de la figura en forma de tubo en que se había convertido el simple solomillo que había pedido. Sus ojos se habían cargado de aprensión al ver el plato, la curiosidad se hacía visible en su rostro tras pasear su mirada por las patatas confitadas que lo acompañaban y, con recelo, escudriñaba la fina capa de *foie* que lo coronaba—. Sé que sois meras comparsas en esta historia y que en realidad no sabéis lo que os está ocurriendo —se sinceró con nosotros el policía—. Si os he tenido hasta ahora sin noticias ha sido porque me faltaban por atar unos cabos.

—Adelante pues —le invité a que nos contara la historia que tan preocupados nos tenía, ya que los rodeos que estaba dando para explicarse lo único que estaban haciendo era ponernos mucho

más nerviosos, a mí y a Simón, que no dejaba de mirarme lanzándome mudas preguntas.

—En realidad, lo que presenciaste —empezó el relato dirigiéndose a Simón—, no fue más que uno de los actos finales de un sucio y asqueroso acuerdo sellado entre dos enemigos. El atentado que viste fue la culminación de ese pacto.

—No entiendo nada —le confesé tremendamente confundida.

—Ahora mismo os lo explico. El caso que nos ocupa, es la lucha encarnizada que mantienen los terroristas con las fuerzas de seguridad del Estado, de las que os tengo que recordar que formo parte.

»Tanto unos como otros tienen enemigos internos, tienen en casa alguna mosca cojonera que, por la razón que sea, siempre está ahí recordándoles que no está de acuerdo con lo que están haciendo.

»Hay veces en las que en una guerra suceden cosas muy extrañas, como que dos enemigos encarnizados que están inmersos en una cruenta batalla acuerden una tregua temporal y lleguen a ayudarse mutuamente para eliminar a esos rivales internos.

»Aún no sé muy bien cómo, pero, a través de vosotros dos, he descubierto que, hace aproximadamente algo menos de un año, se fraguó una extraña y fugaz alianza entre una parte de nuestros servicios de inteligencia y la cúpula de la organización terrorista. Digo una parte porque estoy seguro de que, si no hubiera sido así, esta propuesta hubiera sido desechada enseguida por el resto, y creedme porque sé de lo que os estoy hablando.

»El acuerdo al que llegaron consistía en que los terroristas se deshacían del hombre que murió en el atentado que tú presenciaste —se dirigió a Simón, señalándolo con su mirada— y a cambio estos se beneficiaban durante un tiempo de una moderada dejadez de las fuerzas con que el Estado los combate.

—Sigo sin entender nada —le aclaré tremendamente extrañada.

No llegaba a entender muy bien lo que el hombre nos quería decir, ya que todo lo que estaba escuchando me parecía una extraña conspiración, más propia de política de ficción que de la realidad. No obstante, si lo que nos estaba diciendo era cierto, estaba ante uno de los mayores escándalos de nuestra democracia, y también ante una de las mayores noticias de mi carrera.

—Dejadme que me explique y terminaréis entendiéndolo todo —nos pidió el policía—. El hombre que murió era el candidato con mayor número de posibilidades de salir elegido en las próximas elecciones. De no ocurrir nada extraño, él iba a asumir la presidencia. Su postura respecto al tema terrorista era muy clara: él propugnaba mano dura, decía que con los asesinos no había que tener contemplaciones. Por lo tanto, si él salía elegido, como se suponía que iba a suceder, los terroristas lo iban a pasar mal, muy mal.

—Pero eso no explica el acuerdo que ha mencionado —le soltó Simón.

—Si tenéis un poco de paciencia y me dejáis... —nos solicitó a ambos nuevamente Bartolomé—.

Los terroristas no eran los únicos que iban a pasarlo mal, ya que ese cambio de política iba a provocar a su vez cambios en la cúpula de la lucha contra el terrorismo.

—¿Nos estás diciendo que los servicios de inteligencia se pusieron de acuerdo con los terroristas para eliminarlo? —le pregunté sin poder borrar la incredulidad de mi voz.

Sí, eso mismo, pero no todos los servicios de inteligencia —nos volvió a matizar Bartolomé—, sino una parte de estos, una parte que actúa bajo las órdenes de un tal don Alejandro. Por lo que he podido averiguar, ese individuo sería uno de los que habría perdido su cargo si el político asesinado hubiera ganado las próximas elecciones.

—Por lo tanto, era alguien muy interesado en que eso no ocurriera, ¿no? ¿Es el mismo que te llamó el otro día a tu casa mientras estábamos nosotros? —le interrogué azuzada por mi fino instinto de periodista, al descubrir la conexión del policía con ese individuo del que nos estaba hablando.

—Así es —me respondió sonriéndose, reconociéndome de ese modo mi agudeza.

—Recuerdo que, en mi periódico, en una entrevista que le hicimos al difunto candidato hace un par de meses, a la pregunta de si había muchas cosas que cambiar en la lucha antiterrorista, respondió que sí. Cuando se le volvió a preguntar si esos cambios iban a incluir a personas, este, enigmáticamente, respondió que a algunas —les informé, confirmando de ese modo las sospechas de Bartolomé.

—Conociéndolo como lo conozco, y os aseguro que lo conozco bien, hará todo lo posible e imposible para evitar que todo lo que sé, todo lo que he descubierto estos últimos días, salga a la luz. Eso es algo que él no se puede permitir y estoy seguro de que hará todo lo que sea necesario para impedirlo.

—¿Todo lo posible? —preguntó un inquieto Simón.

—Ahora todo eso lo sabemos nosotros también —sentenció sin comprender aún el alcance de mis palabras.

—No sé cómo va a impedirlo ahora. Como no nos mate, no sé cómo va a conseguirlo —saltó bromeando Simón nerviosamente.

—Tú lo has dicho, no yo —reconoció lapidariamente el policía.

Tras sus palabras, una enorme losa de silencio y preocupación cayó sobre nosotros, al ser ya conscientes de que una grave amenaza iba tomando cuerpo.

—¿Quién es ese tal don Alejandro? —quise saber.

—Se dice el pecado, pero no el pecador —me respondió con una sonrisa Bartolomé—. Con saber que es uno de los máximos dirigentes de los servicios de inteligencia le digo lo suficiente para que conozca la verdad y para que no se involucre demasiado —dijo con cautela.

—¿Alguien que surgió del pasado? —le pregunté burlescamente, sin querer dejar de saber algo más sobre ese personaje.

—Más bien un fantasma. Alguien a quien creía haber dejado atrás. Alguien que llegó a ser mi amigo y luego pasó a ser mi enemigo —intentó de ese modo aclararnos las dudas, sin querer profundizar demasiado en unos recuerdos que, a todas luces, no le eran gratos.

—¿Qué tiene que ver con nosotros? —le preguntó Simón con preocupación, obstinado en no querer aceptar la realidad.

—En un principio, nada, después, todo —respondió Bartolomé—. Si hasta ahora os he intentado mantener ocultos ha sido precisamente para esconderos de él, puesto que tiene ojos en todas partes.

—Visto lo visto, la única posibilidad que tenemos de salir con bien de esta es hacer público todo lo que sabemos, es nuestra única garantía para poder salir vivos. No entiendo el porqué de tanto secretismo y oscurantismo por su parte —le solté preocupada.

—Porque, si sale a la luz todo lo que sé, algunas cabezas rodarán, y una de las que lo harán será la suya, por eso mismo estoy haciendo todo lo que puedo por vosotros —me explicó Bartolomé.

¿Qué hace aquí? ¿Por qué no va a detener a ese tipo?

—le soltó al policía un nervioso y atemorizado Simón.

—Estoy aquí para intentar ayudarte, hijo.

—¿Cómo? —preguntó con extrañeza el joven—. ¿Contándonos lo que ha ocurrido? ¿Qué quiere que hagamos con todo lo que nos ha dicho? No sé cómo nos ayuda todo esto, la verdad —le confesó un alarmado Simón al darse cuenta de que, al compartir con ellos esa información, sus vidas estaban en peligro.

—Créeme cuando te digo que hago todo lo que está en mi mano.

—¿Por qué no lo detiene si ese Alejandro de los cojones está hasta aquí de mierda? —le comentó poniéndose la mano sobre la cabeza, indicándole así hasta donde le cubría al sujeto mencionado la inmundicia—. ¿Por qué no va a por él? ¿Por qué no lo detiene?

—Es sencillo, hijo —le reconoció con amargura el policía—. Porque no puedo. Porque no tengo ninguna prueba contra él.

—Nos tiene a nosotros, ¿no? Acaba de admitir que gracias a nosotros ha descubierto esta conspiración. Utilícenos, llámeme a declarar, haga lo que crea conveniente, pero, por favor, haga algo —le pidió Simón cada vez más nervioso.

—No lo he hecho porque tú solo me hubieras llevado hasta el comando que cometió el atentado, no hasta Alejandro —le aclaró Bartolomé a un alarmado Simón.

—Entonces no entiendo por qué nos ha estado diciendo todo eso de la conspiración y metiéndonos a nosotros por medio. Es usted el que, al compartir toda esa información con nosotros, nos ha puesto en peligro. Esa es una guerra que ni nos va ni nos viene, así que lo único que tenemos que hacer es no volver a hablar nunca más con usted y asunto solucionado. Yo no sé nada de nada, ni quiero saberlo tampoco, a partir de ahora soy *hippie* —le soltó al policía un Simón cada vez más nervioso y fuera de sí.

—Tiene algo de razón al echarme todas las culpas a mí, y todo el derecho de no querer saber nada de este asunto. Pero lamento comunicarle que el nexos con la historia que les he contado soy yo y que el enlace entre nosotros lo estableció ella, no yo —me señaló finalmente con su mirada, quitándose así parte de responsabilidad en el asunto y haciéndome responsable a mí también—. Y, lo que es peor para ustedes dos, Alejandro también lo habrá establecido ya.

—De todos modos, en algún lugar estará recogida la firma del sujeto que ordenó todo esto, ¿no? Tiene que haber un rastro escrito de las órdenes que se han dado —añadí intentado aportar un poco de tranquilidad a mi acompañante.

—Mira, Covadonga, las cosas no son lo que parecen, y en las altas esferas, que es de donde provienen dichas órdenes, menos aún: allí cualquier insinuación es recogida como un mandato. Precisamente se hace para evitar que haya algo que los incrimine en una supuesta falta o delito. Así que no esperes encontrar ninguna prueba documental de nada —me aclaró el policía, que parecía saber muy bien de lo que estaba hablando.

—Pero está usted, ¿no? Usted puede dar testimonio de que ese informe existió —le soltó inocentemente Simón.

Como única respuesta, Bartolomé le brindó una dura y sarcástica sonrisa. La pregunta era consecuencia de la ignorancia del hombre que tenía frente a él y, por eso mismo, se quedó flotando en el aire sin respuesta.

Mientras, mis ojos se oscurecían de preocupación. Acababa de comprender finalmente el enorme peligro que corría la vida de Simón, ya que era el único fleco suelto que quedaba en toda esa gran operación que el policía nos estaba desvelando.

—Ahora sí que lo entiendo —afirmé con inquietud.

Me alegro de que así sea, señorita —intervino a su espalda una voz ronca que había hecho palidecer el semblante encendido de Bartolomé.

El gesto de enorme sorpresa que mostraba el rostro del policía, indicaba no dar crédito a lo que acababa de oír, pues delataba que era una voz que creía haber dejado atrás en el tiempo. Descubrí, escondida entre la espesura de sus tupidas cejas, la equivocada certeza que había tenido durante mucho tiempo Bartolomé, que no era otra que no volver a escuchar nunca más la voz del recién llegado.

—¿Puedo, Bartolomé? —le preguntó con familiaridad el sujeto, señalando una de las sillas que se encontraban vacías junto a la mesa.

—Tú dirás, Alejandro —respondió Bartolomé en un tono distante y grave, haciendo que la hendidura que tenía en el centro de la barbilla se marcara aún más, permitiendo finalmente que se sentara con nosotros, forzado por su petición.

El policía recorrió con su mirada el rostro de su inesperado invitado, comprobando cómo las mentiras, engaños y traiciones, a los que tan dado había sido, habían cubierto su pelo completamente de blanco. Las gafas seguían sirviendo de escudo a unos párpados caídos tras los que seguía escondiéndose una mirada cargada de dobleces, y sus pequeños labios formaban una línea recta de indefinición que aún recordaba con desprecio.

—Aunque debería seguir llamándote don Alejandro, ¿no? —nos aclaró así, tanto a mí como a Simón, que el que teníamos ahora sentado en la mesa era el mismo individuo del que nos había empezado a hablar—. El *don* va con el cargo, no es porque merezca mi reconocimiento —nos explicó

Bartolomé—. En los servicios de inteligencia, en La Casa, este reconocimiento lo tienen todos los que están al frente de un departamento o de una división, a estos hombres se les pone un *don* delante de su nombre para conocer cuál es su rango y saber que tienen un cargo directivo.

—El *don* aquí sobra. Llámenme Alejandro —sonrió dirigiéndose hacia mí y hacia Simón.

—Bien —inició Bartolomé las presentaciones, dando por sentado que el recién llegado tendría en su poder informes sobre sus dos acompañantes—, Alejandro, como ya sabrás, estos son Simón y Covadonga.

—Es un placer conocerles a ambos personalmente —dijo el recién llegado, confirmando veladamente que nos conocía a ambos antes de cruzar la puerta de entrada del local—. Últimamente me han hablado mucho de ustedes dos —nos confesó amenazadoramente—. Por lo que veo —se dirigió ahora a Bartolomé—, te has hecho mayor, o más humano, o ambas cosas. La verdad, no sé qué pensar, me estás dejando sorprendido.

—Piensa lo que quieras —le respondió el aludido, estudiándolo con su mirada detenidamente—. He aquí —prosiguió Bartolomé con sus explicaciones— un hombre que tenía unos prejuicios casi tan grandes como su ego, y un orgullo tan desbocado que no le permitía apreciar ningún error propio. En todo caso —continuó señalando a Alejandro y dirigiéndose especialmente hacia mí—, sus apellidos continúan siendo los mismos: Retorcido y Desleal por parte de padre, e Infiel y Falso por parte de madre. Ahora, os invito a que le coloquéis el que más os guste —finalizó la mordaz presentación.

—Veo que el tiempo no te ha hecho cambiar lo más mínimo. Sigues igual que siempre. Tú a lo tuyo —el tono de su voz aportaba un matiz cargado de reproches. Era evidente que eran hijos de un pasado que habían degustado juntos, pero no así compartido—. Y no necesito que nadie me coloque otros apellidos que los que tengo a gala llevar —era más que evidente que el sujeto de plateadas sienes estaba haciendo grandes esfuerzos para que la cólera que sentía no empezara a morder las palabras que estaba pronunciando—. Vaya, tiene buena pinta lo que estáis comiendo —terció cambiando de tema, capeando la andanada de descalificaciones que acaba de recibir por parte de Bartolomé, quien lo contemplaba con unos ojos cargados de deudas.

—¿Qué desea, señor? —le preguntó un bronceado camarero al recién llegado tras acercarse a la mesa. El tono oscuro de su piel resultaba, cuanto menos, curioso dada la altura de la primavera a la que nos encontrábamos, en la que los rayos del sol aún no tenían la fuerza suficiente para dorar tanto el cutis.

—Un café y un Cardenal Mendoza, por favor —pidió Alejandro.

—Enseguida se los sirvo, señor —le respondió con una inclinación de cabeza mientras se dirigía raudo a cumplir el encargo.

—Cuánto tiempo sin vernos, Bartolomé —retomó nuevamente la palabra Alejandro.

—Doce años —le dijo casi inmediatamente este, como si llevara inconscientemente la cuenta del lapso transcurrido desde que perdieron el contacto.

—Vaya, veo que conservas la buena memoria que te caracterizaba.

—Es el tiempo que ha pasado desde que me enseñaste, al padecerlo en mis propias carnes, cuál era el significado de la palabra *traición* —le soltó sin ninguna contemplación.

—Vamos, Bartolomé, no empieces, dame siquiera unos minutos de tregua. Aunque no lo crean, durante un tiempo trabajamos juntos, colaborando, y nuestra relación llegó a ser buena. Yo al menos guardo un grato recuerdo de aquellos tiempos y de ti —le manifestó al policía.

—Como ves, yo de ti no —siguió sin concederle la menor tregua—. Y fue un tiempo en el que aprendí a valorar lo importante que es saber confiar en la persona apropiada. Y no colaboraba contigo, sino que trabajaba para ti. Estaba bajo tus órdenes.

—Mira, Bartolomé, sabes que no tengo ninguna necesidad de estar aquí ahora, si lo he hecho es por los viejos tiempos y para tratar de que la información que estabas compartiendo con tus acompañantes sea lo más indolora posible para todos —concluyó lanzando una significativa y amenazadora mirada en arco con la que abarcó a todos los que estábamos en la mesa.

—Aún tendré que darte las gracias y todo —le replicó Bartolomé, a quien la advertencia que había lanzado sobre nosotros no parecía haberle afectado lo más mínimo—. Aunque, conociéndote como te conozco, espero cualquier proposición por tu parte.

—Te propongo un trato entre nosotros, para así dejar zanjado este asunto—continuó Alejandro.

—No veo la razón de tu ofrecimiento —añadió un desconfiado Bartolomé.

—Por los viejos tiempos. Por la amistad.

—La nuestra quedó en nada, parece ser que tanto la tinta como el papel que utilizaste para firmarla eran de pésima calidad —le reprochó una vez más Bartolomé.

—Pues que sea por un interés mutuo, para salir lo mejor posible de esta situación —siguió en tono conciliador Alejandro.

—Su café y su coñac, señor. —El camarero le plantó delante a Alejandro las bebidas que había pedido hacía breves instantes.

—No consigo entender tu ofrecimiento. ¿Qué quieres de mí, y a cambio de qué? ¿No querrás que incurra de nuevo en una ilegalidad más, no? —le preguntó el policía con desconfianza.

—¿Legalidad? ¿Ilegalidad? Venga, no me vengas a estas alturas con esas chorradas —le soltó al tiempo que se ponía dos terrones de azúcar dentro de la taza de café—. La legalidad no es más que el reflejo de la realidad que queda enmarcada en unas gafas de sol caras. Todo lo que sobresale de la montura es la ilegalidad. —Empezó con una cucharilla a remover la humeante bebida—. Ni qué decirte quiénes llevan puestos esos cristales tintados.

—El poder —le contestó sonriendo con tristeza Bartolomé. Lo hacía con el convencimiento de saber de lo que estaba hablando. Ese gesto torcido que había sido una sonrisa era el resultado del recuerdo de haber sufrido en sus carnes más de un doloroso latigazo, producto de haberse enfrentado a alguien instalado en tan cómodos sillones.

—Así es —ratificó Alejandro—. Siempre ha sido así, es así, y creo que seguirá siendo así por los tiempos de los tiempos. Y no te digo ya nada de la dignidad y el honor.

—El honor no es más que un envoltorio resplandeciente que, con su brillo, apaga las miserias del individuo —añadió Simón dejándonos a todos los allí presentes un poco sorprendidos por su intromisión.

Inesperadamente, había intervenido en la conversación, abandonando momentáneamente el lugar de espectador que hasta ahora había ocupado. Después de coger con el tenedor un trozo blanco de corvina con un poco de cebolla y lechuga, siguió diciendo:

—No es más que un traje hecho a medida del poderoso, que cuando a este se le antoja, lo cambia por otro. En definitiva, es un traje caro que solo algunos pueden permitirse llevar. Vaya a alguien de la calle y pregúntele lo que es esa tontería del honor, ellos se lo responderán — concluyó.

Parecía que finalmente había aceptado su situación, y como ya sabía que iba a dar lo mismo dijera lo que dijera, que su suerte no iba a cambiar por ello, una nota de resolución en su mirada indicaba que, por lo menos, iba a decirle al personaje que tenía enfrente lo que pensaba.

Sobre la superficie de la copa que habían dejado encima de la mesa, empezó a tomar cuerpo el rostro triangular de Alejandro, y en este se apreciaba como, al escuchar tales palabras, las líneas del ceño se habían marcado aún más y su mirada sin compasión apuntaba a Simón al tiempo que le dijo con desprecio:

—Hay que tener en cuenta que sobre los cobardes no hay nada escrito.

—Veo que Bartolomé no se ha equivocado nada al decir sus apellidos, ya que es más que evidente que ha puesto su inteligencia al servicio de su egoísmo y su egolatría —salté como un resorte en defensa de Simón sin arredrarme lo más mínimo, lo cual me sorprendió hasta a mí misma.

—Veo que ni los años te han hecho cambiar —le recriminó Bartolomé, apoyando así mis últimas

palabras.

—Y, por lo que veo, a ti tampoco —le reprochó Alejandro—. Siempre con esa estúpida y rígida idea del deber dirigiendo tu vida, toda ella ajustada bajo su dictadura.

—Deberías recordar aún la tirantez de ese apretado traje, ya que tú fuiste el único que defendió a uno de los militares que fue procesado por el régimen por luchar a favor de la democracia en aquellos años —le recordó Bartolomé, en un acto claro de echar la vista atrás y pasearse por los días en que ambos se conocieron. La firmeza con que apretaba sus labios evidenciaba con desagrado el cambio que su viejo amigo había experimentado—. Ahora es muy fácil llevar esa lucha, pero entonces, cuando tú lo hiciste, no. Lo que hiciste, y cito palabras de tu defendido, fue algo casi heroico. Había que tener determinación y valentía para hacer lo que hiciste. Quién te ha visto y quién te ve. ¿Qué fue de aquel hombre, Alejandro? ¿Dónde y por qué renunciaste a él? —le reconvinó con amargura.

—Era joven, impetuoso y tengo que reconocer que un poco insensato. Reconozco que me resultó muy estimulante enfrentarme al poder. —Su rostro se distendió en una media sonrisa—. Aquel hombre fue una cesión más que tuve que hacer al futuro que se abría ante mí, al brillante porvenir que me aguardaba para lograr llegar a estar donde estoy.

—¡Cómo has cambiado! ¡Qué barato te vendiste! —le soltó con desprecio Bartolomé. Al ver reflejadas en nuestras caras el desconocimiento y la ignorancia de todo lo que estaban hablando, dirigiéndose a nosotros nos explicó:

»Todo esto tuvo lugar hace doce años, lo que estamos hablando ahora ocurrió cuando yo estaba adscrito a la Brigada de Relaciones Informativas. Esa era una sección de los servicios de inteligencia que en teoría servía para mediar entre estos y ciertos órganos de la Administración, principalmente con la policía. Gran parte de su personal se nutría de la Comisaría General de Información, a la cual yo estaba destinado por aquel entonces. Durante un tiempo, desempeñe mi labor lo mejor que pude en dicha Brigada, sin hacer el menor caso a todo lo que allí dentro ocurría, pensando que, de un día para otro, la situación iba a cambiar, dándole mi apoyo y mi confianza a él —señaló acusadoramente con su dedo índice a Alejandro—. Hasta que un día destinaron al mando de la misma a un nuevo responsable, que vio lo que en realidad había estado ocurriendo: que de los archivos de la Comisaría General de Información habían desaparecido miles de informes y que la Brigada había sido la llave utilizada por los servicios de inteligencia para conseguir dicha información. Sorprendentemente, en su primer día, ese hombre hizo levantar acta de la desaparición de esos documentos que faltaban, ya que, cuanto menos, estos eran reservados o secretos. Se encontró con la desagradable sorpresa de que se negaran a firmarla los integrantes de la Brigada. Finalmente, logró encontrar a dos personas dispuestas a constatar y rubricar una verdad.

—Usted fue uno de ellos —salté dirigiéndome a Bartolomé.

—Así fue. Es usted muy perspicaz —afirmó el policía—. Seis meses después de intentar poner cierto orden allí, ese hombre fue destituido y yo nuevamente trasladado —añadió amargamente.

—No te quejes, es lo que hay. Es una constante en tu carrera, Bartolomé, siempre enfrentándote a tus superiores. Primero vas y denuncias al que era tu comisario y años más tarde firmas el dichoso

informe —le reprobó Alejandro, señalándole que lo que le había ocurrido a lo largo de su carrera como policía había sido el fruto de un par de decisiones que había tomado en momentos determinados.

—Jamás lo he hecho —le respondió este con dureza, al recordar cómo la llegada de ese individuo había sido un llamamiento a su acallada conciencia, despertándola después de estar durante tanto tiempo aletargada.

—¿Quién fue el responsable de todo eso? —salté nuevamente con resolución—. ¿Quién fue el que destituyó a su superior de entonces y a usted lo trasladó? ¿Fue usted? —pregunté acusando con la mirada a Alejandro.

—No, señorita. Soy responsable de muchas cosas, pero de esa no. Por aquel entonces, no tenía un cargo como el que tengo ahora —me explicó, dando a entender que ahora sí que podía hacer ciertas cosas similares a las que se estaban hablando.

—No, no fue directamente él el que tomó la decisión, aunque sí que estuvo metido en todo ese sucio y feo asunto desde el principio hasta el fin —le reprochó Bartolomé.

—¿De quiénes están hablando entonces? —les pregunté con curiosidad a ambos—. ¿Qué informes desaparecieron?

—Mire, señorita —me respondió sonriéndome Alejandro—, se dice el pecado, pero no el pecador.

—Ese mal nacido está muerto y enterrado —añadió Bartolomé.

—Y no creo que sea muy conveniente remover esos lodos ya olvidados —apuntilló Alejandro—. Dejemos que la memoria imponga su dictadura.

—No me hables de dictadura, haz el favor. Ten al menos un poco de dignidad, si conoces aún lo que significa —se encaró con él Bartolomé—. Les presento a uno de los hombres que estuvo detrás del asalto que padeció el Parlamento hace ahora catorce años. Ante ustedes, uno de los brazos colaboradores en el intento de golpe de Estado que ocurrió aquella fatídica noche —le soltó con rabia.

—Esas acusaciones son patrañas —respondió furioso Alejandro—. Creo que, después de tanto tiempo y de una rigurosa investigación llevada a cabo sobre el caso, mi nombre salió limpio, por lo que no tengo por qué soportar ciertas mentiras y falsedades.

—Me río de ese exhaustivo y riguroso informe —le espetó Bartolomé, centrando toda su atención en ese momento en apartar a una esquina del plato las rodajas de *foie* que coronaban el solomillo que estaba degustando.

—Jamás se ha probado lo contrario, todo han sido calumnias e infamias contra mi persona —se defendió Alejandro—. Siempre me he limitado a hacer lo mismo: que mis actos hablaran por mí. Somos lo que hacemos, y por ello somos juzgados por los demás.

—Te equivocas. No pienso lo mismo —la mirada

firme de Bartolomé se paseó por los ladrillos que formaban las paredes de la estancia donde nos hallábamos, buscando en sus pálidos tonos ocres la confirmación a sus palabras—. Estoy seguro de que no siempre es así. No somos evaluados y juzgados por lo que hemos hecho o dejado de hacer. Si somos puestos en el banquillo de la acusación, es en función de ello, y si nos ponemos a hablar de dictaduras, no hay peor dictadura que la dictadura de los débiles, la de los temerosos y la de los cobardes, ya que estos interpretan automáticamente cualquier gesto, por inocente que sea, como una amenaza.

—Y usted, señorita, ¿qué piensa? —me invitó

Alejandro a dar mi opinión.

—Creo que tiene un modo de entender la realidad excesivamente excluyente. Por lo que he visto, se está con usted o contra usted, y eso, a mi modo de entender, es una simplificación muy peligrosa. Bajo mi punto de vista, esa es una forma de fomentar la división y la exclusión, y creo que es ese uno de los caldos de cultivo del odio, es más, estoy convencida de que el odio de hoy es la sangre de los inocentes mañana.

A lo que Alejandro, respondiéndome ácidamente, añadió:

—Y yo estoy convencido, y seguro al cien por cien, de que los pacifistas son unos ingenuos corderos que se creen la mentira, que se engañan creyendo que el lobo se ha vuelto vegetariano.

—¿Ve? ¿Entiende ahora lo que le he dicho antes? —le pregunté para terminar de decir—: Para usted no hay medias tintas. O es blanco o negro.

—¿También es una mentira reconocer nuestros errores y echar la vista atrás y ver de dónde venimos? —intervino nuevamente Bartolomé, dirigiéndose a Alejandro visiblemente molesto.

—No entiendo qué tiene que ver una cosa con la otra —le respondió fríamente Alejandro.

—Nunca he entendido esa división de dos facciones que hay dentro de la policía —agarré de ese modo las palabras de Bartolomé, lanzando una invitación con mi mirada a que alguien me lo explicara.

—Muy fácil —saltó Bartolomé—. Unos eran el pasado y otros el futuro. Tenga en cuenta que uno de los pilares sobre los que se había sustentado la dictadura había sido la policía. En sus filas, a pesar de la democracia, aún permanecían, y permanecen, sujetos adscritos a ese pasado, individuos que chocaron y chocan frontalmente con las nuevas generaciones de policías con que ha ido nutriéndose el cuerpo.

—Creo que la tendencia actual de los policías es la contraria al antiguo régimen, sus integrantes saben que sus antecesores fueron, en muchos casos, la mano opresora de este y, unos por convicción y otros por arrepentimiento, se han situado en el otro extremo ideológico —intervino Simón.

—Pero eso ocurrió hace mucho tiempo, ¿no? Casi veinte años ya —añadí después de hacer un rápido cálculo mental, mirando nuevamente la figura sonriente de Alejandro—. Creo que ha pasado el tiempo suficiente como para perdonar, por llamarlas de algún modo, ciertas conductas no muy afortunadas —concluí.

—Pero no el suficiente como para olvidar —sentenció Alejandro cogiendo entre su mano la copa de brandy, meciéndola con suavidad y consiguiendo que las tonalidades doradas y brillantes de tonos caoba recorrieran toda la superficie de la copa, sin llegar a derramarse ni una gota del líquido fuera de esta.

A lo que Bartolomé añadió:

—No todo resulta tan fácil. Y menos con gente como la que tenemos junto a nosotros ahora. Ha habido, hay y habrá gente sin escrúpulos —se giró encarándose significativamente hacia Alejandro— que haría cualquier cosa para conseguir lo que pretende y que no tendrá por ello ningún tipo de cargo de conciencia por sus actuaciones.

—Mis razones morales han sido un regalo que jamás me he podido permitir, y gracias a eso que tú llamas *mentiras* y *engaños* he conseguido terminar la mayoría de misiones que se me han encomendado de un modo satisfactorio, lo que se ha traducido en que las vidas que estaban y están bajo mi responsabilidad, directa o indirectamente, no han sufrido daño alguno, o cuanto menos el mínimo posible. Y sí, reconozco que soy culpable de faltar a mi palabra a veces, muchas veces diría yo, tantas que ni lo recuerdo. Pero te lo vuelvo a repetir, no puedo permitirme algunas sensiblerías y gilipolces, como el ir por ahí diciendo la verdad, y mucho menos pararme a esperar vuestra comprensión, ya que es un lujo que ni quiero ni puedo permitirme.

En ese mismo momento, un hombre había franqueado la puerta de entrada y había ido directo hacia la mesa donde nos hallábamos. Al llegar a nuestra altura, en su rostro se apreciaba que la determinación iba apartando a manotazos su juventud, y que esta había comenzado a ser derrotada recortando y afilando sus pómulos y su frente, en la cual se marcaron unas finas arrugas de preocupación al posar sus ojos inquietos en la figura de Alejandro.

En ese instante, Alejandro estaba intercambiando una mirada cómplice con quien nos estaba sirviendo y, de un modo callado, con un gesto con la mano, le pidió al camarero que permaneciera a la espera, dando de ese modo la bienvenida al recién llegado.

—Hola —saludó con gesto parco y a la defensiva el hombre.

—Hola, Santiago —le sonrió Bartolomé—. No se asusten —nos recomendó a Simón y a mí tranquilizándonos—. Es policía de los buenos, es compañero mío.

—Tú dirás —se dirigió a Bartolomé tras contemplar fríamente a Alejandro.

—Quiero que saques a estos dos jóvenes de aquí y que te asegures de que no les ocurre nada. Ni ahora ni nunca —sentenció mirando fijamente a Alejandro.

—Como tú digas. ¿Seguro que no quieres nada más? —se interesó Santiago por el tono tan severo que había adquirido la voz de su amigo.

—No. Gracias. Eso es todo cuanto quería —respondió Bartolomé, mostrándole una cálida sonrisa cargada de afecto en la cual intentaba condensar todo el aprecio que sentía por la figura que de pie lo observaba con preocupación.

—Sabes que me puedes pedir cualquier cosa, lo que quieras —dijo mirando con recelo a Alejandro, intuyendo que su amigo estaba en peligro.

—Lo sé y te lo agradezco, pero me quedaré un poco más hablando con este viejo conocido —le reconoció con cariño.

—Como quieras. Si necesitas algo ya sabes cómo localizarme —se despidió de él, sabiendo que por mucho que insistiera no iba a aceptar su ayuda.

—Lo sé —concluyó, invitando así a que sacara cuanto antes a la pareja que lo había acompañado durante la cena.

—Me parece que eso no te va a resultar tan fácil, hijo —saltó Alejandro.

Sobre nuestras cabezas, en el techo, las aspas del ventilador seguían moviéndose pausadamente, con una letanía ya aprendida de mucho tiempo atrás. Era como si intentara esparcir con sus aspas las amenazas que se habían vertido bajo él. Alejandro, absorto, contemplaba en silencio las sombras que dejaban estas sobre la mesa. Parecía como si cada una de ellas fuera una respuesta diferente, como si se tratara de una flor a la que le estaba quitando los pétalos para saber qué decisión tomar, si dejarnos marchar o no, pero ni ese continuo girar cadencioso era capaz de alejar la tensión que se había creado bajo él en la mesa.

—Yo me quedo, pero ellos se van —retomó la palabra Bartolomé, intentando reconducir la situación.

—No puedo permitir que esta filtración trascienda de estas paredes. No pueden ir contando toda la historia por ahí, y tú lo sabes. Es algo que no puedo permitir —le reprochó Alejandro.

—La única prueba que tienen la tengo yo —dijo el policía—. Cuando se marchen te la daré. Tienes mi palabra.

—Sea pues —aceptó con una sonrisa de chacal el aval ofrecido por el hombre que tenía frente a él. Haciendo con la cabeza un gesto de asentimiento, respondió a la muda pregunta que le lanzaba el camarero. El interrogante consistía en si tenía que permitir o no que nosotros saliéramos de allí.

—Podéis iros. Adiós —nos instó Bartolomé a que nos fuéramos rápidamente de allí, antes de que el hombre que tenía a su lado cambiara de opinión.

—Adiós, y gracias —nos despedimos yo y Simón de Bartolomé.

Cuando nos levantamos de nuestros asientos, no puede evitar posar mi mano sobre el brazo de Bartolomé y decirle: —Gracias —mis ojos lo contemplaban con ternura cuando añadí—: Por todo —tras lo cual aparté mi mirada de los ojos cansados del hombre que me estaba sonriendo.

—No me las des, hija —me respondió pesadamente—. Repito, no me las des —terminó con el ánimo algo abatido, contemplando aliviado como, al menos, nosotros íbamos a poder salir con bien de esa situación.

Cuando vio a Simón y a Covadonga desaparecer por la puerta, con resolución le soltó a Alejandro:

—Ni se te ocurra, ni lo intentes. Como intentes algo contra él o contra ellos, todo tu pasado, ese que con tanto celo has guardado y que no quieres que salga a la luz, lo hará —le dijo, adivinando los pensamientos que tenía.

—¿Es una amenaza? —le preguntó con tono burlón.

—Llámalo como quieras, ponle el nombre que más te guste, pero como les ocurra algo —añadió señalando hacia la salida por la que habíamos desaparecido— te aseguro que se sabrá todo lo que has hecho, ahora y antes —le advirtió, dándole a entender que en sus manos tenía algo comprometedor sobre su pasado—. Sabes que aún conservo amigos en la comisaría, así que tú mismo. Si les ocurre algo a alguno de los tres, habrá alguien que presentará una denuncia contra ti en los juzgados con informes muy interesantes de tus andanzas, y esa mujer o un compañero suyo publicará una noticia que tendrá como encabezamiento: «Traición en la cúpula de los servicios de inteligencia» —concluyó en tono amenazador Bartolomé.

—Pero no si te ocurre algo a ti, ¿verdad? —fue la sombría amenaza que le lanzó Alejandro fijando su mirada en la puerta de salida.

—Déjalo. Es uno de los buenos —le volvió a insistir Bartolomé a su acompañante al ver cómo miraba la figura de Santiago, que se había detenido para encenderse un cigarrillo fuera, en la terraza del restaurante que daba acceso al mismo. Los tres: Santiago, Simón y Covadonga, permanecían ajenos a lo que allí dentro se estaba fraguando.

—Vaya, tenía entendido que ya no creías en las personas —le soltó mordaz Alejandro.

—Solo en algunas —le concedió este. —¿En él sí? —le preguntó socarrón.

—Sí.

—Me alegro de que al menos aún confíes en alguno de los nuestros.

—¿Los nuestros? Vamos. No me hagas reír.

—Dime —le dijo evitando enzarzarse en una nueva discusión—. ¿Qué quieres saber?

—Lo único que quiero saber es la verdad —le pidió Bartolomé observándolo fijamente.

—¿Qué verdad? —dijo con una sonrisa que helaba la sangre en las venas—. ¿La que te pide tu cuerpo o la que es en realidad? Vamos, no seas ingenuo.

—Te aseguro que puedo ser muchas cosas. Pero, por desgracia, la ingenuidad la perdí hace mucho

tiempo. Sobre todo desde que conocí a gente como tú.

—No sé de qué me hablas. No entiendo las tonterías que estás diciendo. Más o menos, tú y yo nos hemos fogueado en los mismos sitios. Estamos hechos con el mismo molde, te guste o no.

—Quizás estemos hechos con el mismo molde, que es el tiempo que nos ha tocado vivir y las circunstancias de este, pero lo que es más que evidente es que no estamos hechos de la misma pasta, eso que no se te olvide jamás. Y en cuanto a la verdad, que yo sepa solo hay una, y vosotros, los que movéis los hilos, se la escondéis a la gente. Unas veces, las más, para conservar vuestros cargos y seguir así siendo partícipes del juego, y otras, las menos, porque creéis que ese pueblo, al que en realidad deberíais servir, no está preparado para conocerla. Hipócritas. Ilusos. Muchas veces el pueblo da lecciones a sus dirigentes. Casi nunca decís la verdad, os escudáis en la estabilidad del sistema y todo es una mentira. Esa estabilidad que tanto veneráis es en realidad la que os permite disfrutar de todos los privilegios que os da el poder. Sin ella, lo perderíais todo.

—¿Por qué? —le volvió a preguntar molesto

Alejandro, queriendo saber los motivos que habían llevado a Bartolomé a enlazar su persona con el atentado llevado a cabo días antes.

—Por curiosidad.

—La curiosidad mató al gato —le informó fríamente.

—Lo sé.

—¿Por qué has seguido con esta historia cuando todas las señales te indicaban que no era asunto tuyo?

—Te podría decir que la vida se me está haciendo larga, muy larga, tanto que se me estaba haciendo muy cuesta arriba y ya no me quedan ganas de vivirla —se sinceró finalmente el policía, sabedor de que su tiempo se estaba acabando. Esa certeza, lo único que le provocaba era una cálida oleada de alivio al pensar que, con seguridad, ya no iba a tener que pasar una noche más solo con el recuerdo siempre presente de su compañera.

—Este no es el hombre que conocí no hace tanto tiempo —le clavó su mirada Alejandro—. El hombre que conocí desafiaba a todos y a todo, incluso hasta a la muerte —concluyó dolido al escuchar las palabras anteriores y ver a su enemigo rendido a sus pies, sin la menor intención de librar ninguna batalla.

—De ese hombre ya solo quedan los recuerdos, y un envoltorio cada vez más frágil —se lamentó el policía sonriéndole sin ganas.

—Lo entiendo —le reconoció con sinceridad

Alejandro, sintiendo en ese momento una extraña sensación: la conciencia se le acababa de despertar después de tenerla dormida muchos años y ahora le estaba pidiendo a gritos que no hiciera lo que estaba pensando hacer.

—Esperaba un poco más de lucha por tu parte. Pensaba que me lo ibas a poner más difícil — admitió Bartolomé.

—No lo creerás, pero lo he hecho por ti. En el fondo te admiro. A pesar de lo que dices y de cómo lo dices, admiro esa capacidad tuya de permanecer fiel siempre a unos principios. Pase lo que pase, jamás te doblegas, permaneces siempre íntegro. Aunque no piense como tú, este va por ti. — Levantó la copa ofreciéndole un brindis como reconocimiento. Era algo que tenía que hacer y punto, parecía decir con resolución su mirada clavada en el policía.

—Te lo agradezco. Pero ¿me vas a decir lo que sabes?

Alejandro, sonriendo, le soltó:

—«Saber para vencer» —terminó con una sonrisa por pronunciar la frase que coronaba su sección.

A lo que Bartolomé respondió:

—Puestos a escoger lemas, me quedo con «Saber para proteger», al que siempre he servido y que resultó ser el motivo de mi ingreso en el cuerpo al que he dedicado mi vida. La verdad, nunca estas palabras, que parecen vacías y que coronan el emblema del cuerpo en el que he trabajado durante tanto tiempo, me habían provocado tanto orgullo.

—¿Qué quieres saber? —le preguntó condescendiente Alejandro con ganas de acabar, accediendo a contarle lo que él sabía, ya que era la última petición del hombre que tenía enfrente.

—¿En qué consiste toda esta historia? ¿Por qué facilitasteis que matasen al político? ¿Qué ganabas? ¿Permanecer en tu puesto? ¿Lo hiciste por eso? ¿Dejaste morir a alguien inocente por eso? —le preguntó indignado el policía.

—Sabes que no. A pesar de tener criterios diferentes, sabes que me muevo por convicciones. En este caso, lo que hizo que me aliara con nuestros enemigos fue salvar el país. El sujeto que eliminaron el otro día tenía en mente cambiar a todos los altos mandos de los servicios de inteligencia. ¿Sabes lo que supone esa medida? ¿Sabes las misiones y operaciones que estamos llevando a cabo y que se hubieran tenido que cancelar? ¿Sabes el trabajo que se hubiera tirado a la basura si ese fulano hubiese llegado a ganar las próximas elecciones? Como muy bien sabes, descabezar a los servicios de inteligencia es darles una ventaja muy grande a los terroristas, tan grande que no creo que este país pudiera soportarlo en estos momentos. Por lo tanto, mi deber como patriota era impedirlo. Mi patria está por encima de todo, y si para ello tengo que acostarme con mi enemigo haciéndole creer que solo me mueve el interés egoísta de mantenerme en el cargo, lo haré, una y las veces que hagan falta —le contestó con convicción, repitiéndose una vez más que había hecho lo correcto.

—Lo siento, pero no te creo, Alejandro. Creo que predominó tu sed de poder, de permanecer en el cargo que tienes ahora, sea como sea —le rebatió Bartolomé.

—Te doy mi palabra de que eso no es así, no ocurrió como tú crees —se defendió el aludido.

Bartolomé, sonriendo, le respondió:

—Tu palabra se queda pintada en la pared de un modo tan débil que el tiempo se encarga de borrar cualquier letra que pongas en ella con sus húmedas manos. Así que, haznos un favor: no nos mientas más.

—Créeme —volvió a insistirle Alejandro.

—No sé por qué, pero no te creo.

—A pesar de todo, a pesar de tus sospechas infundadas, te pediría una vez más que confiaras en mí.

—No puedo. La traición se ha encargado de llevarse la tinta de la confianza, y a causa de patriotas como tú se han llenado muchos cementerios —soltó con pesar Bartolomé.

—Y también se han salvado muchas vidas —le replicó cogiendo nuevamente su copa para dar un largo trago con la intención de dejarla vacía.

Tras unos segundos de tregua, finalmente Alejandro le preguntó a Bartolomé, apurando los últimos minutos de vida de su acompañante:

—¿Cómo empezaste a sospechar? ¿Qué es lo que te hizo despertar ese instinto de perro cazador que tienes?

—Fue por casualidad —aclaró sonriéndole—. Fue de la manera más tonta que te puedas imaginar. La misma mañana del atentado, como muchas otras veces, al preguntar a compañeros míos cuántos de los nuestros habían muerto, recuerdo que alguien me dijo que en esa ocasión solo habían caído dos. Ese mismo hombre me reconoció lo afortunados que habían sido algunos, ya que había sido retirada parte de la escolta un par de días antes del asesinato. Ese detalle me resultó extraño, tanto que decidí ir un poco por libre y saciar mi curiosidad. Indagando en la Unidad Central de Protección, descubrí que unos días antes se le retiró el servicio de contravigilancia, compuesto por otro automóvil con dos policías dentro que iba siguiendo a poca distancia al coche del político asesinado. Este se encargaba, entre otras cuestiones, de estudiar los itinerarios de la persona protegida y de seguir a cierta distancia, sin ser vistos, a la cápsula de seguridad, compuesta, como muy bien sabes, por el vehículo donde viajaba el sujeto protegido, donde también iban el chófer y el jefe de la sección de escoltas. Como te he dicho antes, había algo que no me cuadraba, no conseguía entender cómo, así sin más, se le había retirado parte de la escolta. Tenía que haber una buena razón para ello, y yo quería saberla.

—Entonces fue tu instinto el que te llevo a olisquear nuestra presencia. Tu olfato te llevó a la conclusión de que fuimos nosotros los que le quitamos parte de la protección. A ver, sabueso, dime... —le retó abiertamente ahora un Alejandro picado por la curiosidad—. ¿Cómo te crees que lo hicimos?

—Lo sabes tan bien como yo —respondió con cautela para no caer en la trampa que sabía que le estaba tendiendo el hombre que estaba sentado junto a él.

—No, yo no sé nada de lo que me estás hablando, no creo que de la noche a la mañana se le pueda quitar a una personalidad protegida parte de la escolta. ¿Es así como supuestamente crees que lo hicimos? —le retó nuevamente Alejandro.

—Sabes que eso no se puede hacer así. A cada nivel de protección le corresponde un número y un tipo determinado de escolta —le respondió con cansancio Bartolomé.

—¿Entonces dices que le bajamos el nivel de protección, así sin más? —le preguntó estrechando el lazo Alejandro.

—No. Porque si eso fuera así, la calificación que se le pone al dignatario hubiera variado, y esto no ocurrió, ya que seguía como *protección uno*, que es el nivel mayor que se le puede dar a un protegido. Simplemente, esa parte de escolta pasiva fue suprimida, sin más.

»Hay varios modos de reducir el número de escoltas a personajes protegidos. El más sutil es el que tú utilizaste, el que obliga a proteger a un número mayor de personas en muy poco tiempo, con lo que la Unidad Central de Protección no tiene más remedio que diversificar sus agentes y debilitar alguno de los elementos a los que custodia. Eso ocurre cuando los cuerpos de seguridad del Estado reciben una amenaza y se ponen en situación de alerta.

»Dependiendo del tipo de amenaza, la policía reacciona de un modo u otro. Si se les informa de que hay un objetivo concreto, se concentran todos sus recursos en ese posible objetivo. Pero si estos son varios o muchos, lo que se consigue es debilitar a los que ya cuentan con más protección. En este caso, desde La Casa se filtró a la policía un informe que los puso inmediatamente en estado de alerta y que obligó a reubicar parte de esos escoltas en muy poco tiempo. De ahí la retirada parcial de esta.

»Sabes tan bien como yo que esa nota alertando a la policía que difundisteis unos días antes de la muerte del político es, cuanto menos, cuestionable. Sabes que ningún servicio de información que se precie le hubiera dado la menor credibilidad.

»Sabes que, si la noticia se hace pública, se van a exigir responsabilidades —retomó la palabra Bartolomé tras un breve momento para coger aire—, y que la mayoría de los dedos acusadores te señalarán a ti.

—¿Qué quieres saber? —le preguntó impaciente a Bartolomé, vencidas todas las reservas que tenía para decirle todo lo que el policía quería saber.

—Todo.

—Quieres saber demasiado —dijo pensativamente—. Si te contara todo lo que sé, tendría que contarte una historia cargada de miserias, traiciones y muertes. Tendría que contarte que fui cómplice de la infamia que supuso el sellar un acuerdo secreto con aquellos a los que combatimos. Tendría que hablarte de un pacto en el que uno de los departamentos de La Casa se comprometía a facilitarle a los terroristas el acceso al político del que hemos estado hablando y que ya está muerto. Aunque todo eso ya lo sabes —aquí el tono de la voz de Alejandro, extrañamente, se hizo más débil y doliente—. Tendría que confesarte que parte de ese compromiso incluía un canje, un maldito canje en el teníamos que entregarles a un agente nuestro infiltrado en

su organización y, a cambio, ellos nos cedían el comando causante del atentado. Los muy hijos de perra fueron intransigentes en ese aspecto. Sospechaban de alguien infiltrado en sus filas y les tuvimos que dar ese alguien para sellar el acuerdo. No sabes lo que me costó conseguir ese pacto —finalizó a modo de disculpa.

—¿A quién vendiste, mal nacido? ¿A qué agente entregaste? —le soltó sin contemplaciones el policía.

—No pensarás que les entregamos a quien ellos pedían, ¿verdad? —le preguntó abriendo sus dientes como si de un depredador se tratara—. En realidad, no tenemos a un solo agente infiltrado allí donde esos mal nacidos campan a sus anchas, sino a varios.

»La verdad, he de reconocer que la suerte se alió un poco conmigo en esos momentos. La información que suministró uno de los analistas de La Casa sobre uno de nuestros agentes fue providencial, como un regalo caído del cielo. El tipo dio en el clavo en todos sus pronósticos, se fueron cumpliendo todas y cada una de sus predicciones y sus temores.

»El agente que les entregamos era una mujer. Había sido una excelente agente, sin duda. Fue la número uno de su promoción, su nombre en clave era Tenaz. Estaba encuadrada en la Operación Hurón, con la que buscábamos infiltrar a agentes nuestros en sus lugares de residencia para así conocer de primera mano qué es lo que pretendían nuestros enemigos. Ella consiguió introducirse y ser la pareja de uno de ellos. Hizo tan bien su papel que terminó enamorándose de él; de hecho, estaba embarazada cuando fue eliminada. Sus informes cada vez eran más intermitentes e inútiles —le explicó sin rubor alguno Alejandro, justificando de ese modo la supresión de un agente que había perdido su eficacia de antaño.

—Me das pena —le soltó con despreció Bartolomé—. Y ahora, si me perdonas, voy al servicio.

—Como quieras —le respondió Alejandro acercando la llama del encendedor a su pipa, prendiendo el tabaco prensado en su interior y observando fríamente cómo

Bartolomé se dirigía hacia el lavabo.

Tras aspirar un poco de la boquilla, la primera bocanada de humo se elevó lentamente hacia el techo, formando la sinuosa figura de una serpiente.

En ese momento, el hombre que se había quedado solo en la mesa se dirigió al camarero, que lo estaba observando expectante apoyado en la barra, haciéndole una señal de asentimiento con la cabeza.

Capítulo XXXV.

Benjamín

Entraron en cuestión de un par de segundos cinco sujetos con idéntica indumentaria a la habitación donde se encontraban Benjamín, Solange y Lope. Los cinco, con los nervios en tensión, apuntaban con sus subfusiles de asalto a los dos hombres y a la mujer que, sorprendidos y descompuestos, se

hallaban frente a ellos y que, en un primer momento, no habían sabido ni qué hacer ni cómo reaccionar.

En ese preciso momento, Lope estaba comprobando si la mira de la pistola que estaba limpiando seguía ajustada o no, trazando una línea desde su posición hasta la puerta de entrada por donde habían aparecido en tromba los asaltantes.

Al verse apuntados por la pistola descargada que Lope aún sostenía entre sus manos, no lo dudaron y abrieron fuego los cinco al instante. A los asaltantes no les hizo falta mucho para apretar el gatillo, solo con sentirse encañonados por una pistola desmontada tuvieron suficiente. Era como si fueran aleccionados para disparar sin preguntar, para no coger a ningún prisionero y sí para dejar unos cuantos cadáveres en el suelo. El sonido de los disparos acalló la frase que salía de la boca de Benjamín, el cual, con las manos en alto, se disponía a entregarse diciendo: «Alto, no disparen».

Ni Lope ni Solange ni Benjamín tuvieron tiempo de hacer nada más. Este último lamentaba enormemente no ser capaz de cumplir su promesa. En cuestión de un segundo, notaron cómo sus cuerpos eran atravesados por una lluvia de balas y, atónitos, presenciaban cómo de ese modo tan repentino la vida se les escapaba de entre las manos. Benjamín supo entonces que no iba a reunirse con su amada cuando los cerezos florecieran, y esa amargura fue la última sensación que se llevó consigo antes de morir.

La luna se había asomado nuevamente al balcón del apartamento y, con ojos tristes y llorosos, presenciaba su muerte.

Por la ventana agujereada había entrado un rabioso soplo de aire que había hecho balancearse las cortinas. Estas ondeaban ahora salvajes, movidas por los chorros de aire que dejaba pasar el cristal roto, como si los estandartes de la guerra hubieran sido sacados una vez más de sus fundas, donde permanecían guardados, ondeando violentamente de nuevo.

Capítulo XXXVI.

Bartolomé

El ruido de la puerta le indicaba al policía que acababa de entrar alguien más al servicio. Su oído percibía unos pasos acercándose lentamente por detrás. Entonces fue cuando comenzó a escuchar a su espalda las primeras palabras de la siguiente canción:

Son como el mar, como el azul de cielo y como el sol .

La voz a sus espaldas era cada vez más clara y cercana. *Son del color del clavel que empieza a despertar .*

Tan cercana que, por el rabillo del ojo, pudo distinguir la figura corpulenta del camarero que los había atendido, susurrándole, casi al oído, el siguiente verso.

Son algo más que las estrellas al anochecer .

La presencia del recién llegado era tan próxima e incómoda que, molesto e irritado por esa cercanía no deseada, se dispuso a girarse para enfrentarse con el individuo. Sin embargo, en ese momento, notó que el camarero, hábilmente, le había quitado el revolver Colt Python que llevaba en la funda y, sonriendo, le clavó la cilíndrica figura del cañón en la cabeza.

Olé y olé, los ojos de la española que yo amé .^[59]

Esas fueron las últimas palabras que consiguió escuchar antes del atronador estampido que le sacudió la cabeza. El policía, atónito, comprobó cómo en su camisa blanca, sobre el torso, se formaba un lazo viscoso para, acto seguido, caer al suelo como un fardo, al no poder aguantar las piernas el peso de su cuerpo. Ahora, postrado en el frío suelo del lavabo, comprobaba que ese lazo tenía un gran parecido a las cintas que aparecían encabezando las coronas de los funerales, donde los seres queridos ponían frases de despedida. Extrañamente, ahora tenía la constancia de que esta era la suya: muda y callada, como había sido gran parte de su existencia.

En ese momento, al beber un sorbo de su propia sangre, estaba descubriendo cuál era el sabor de la muerte: su gusto era amargo y tenía además un poso agrio, el que le había dejado el tener que abandonar de ese modo tan violento la vida.

Después todo fue silencio y oscuridad, mucha oscuridad, tanta que tuvo miedo, hasta que la señora de las mil caras se acercó hasta donde yacía tendido. Su rostro, oscuro y extraño, se transformó enseguida en el de su mujer, mostrándole una cálida sonrisa de bienvenida mientras sus delicados y dulces ojos le decían que estuviera tranquilo, que ya todo había pasado, que ya no iba a estar solo nunca más.

La redondez de su rostro dejaba mostrar unas pupilas serias, adultas y preocupadas. A pesar de haber estado ahí desde el principio de los tiempos, desde que el hombre empezó a ser hombre y a comportarse como tal, sus ojos han sido y son testigos de nuestro errático caminar, y cuando el sol se ocultaba hasta la mañana siguiente, esta era la única que nos ofrecía consuelo en esas oscuras y peligrosas noches de nuestros primeros pasos. A pesar de todo ello, esa noche, preocupada, estaba presenciando cómo sufríamos una caída más en el lodazal de la iniquidad.

Por la rendija de la ventana abierta, se colaba su luz. Sus apagados brazos plateados eran toda la despedida que el hombre tendido en el suelo había recibido de este mundo.

Una vez más, sus ojos estaban siendo testigos de una crueldad innecesaria. Una vez más, sus ojos estaban siendo testigos de una muerte injusta. Y una vez más, sus ojos estaban siendo testigos del lado más oscuro y salvaje de nuestra especie.

Capítulo XXXVII.

Benjamín

Benjamín no sabía muy bien dónde se hallaba, todo cuanto presenciaba le parecía irreal. Su mente le decía que estaba viviendo un sueño y que lo único que tenía que hacer para salir de él era esperar a que este transcurriera y despertar luego como había hecho con los demás. Sin embargo, había algo en su interior que le decía que no, que todo lo que estaba viendo era tan real como él

mismo.

Sueño o no, realidad o no, apreciaba como, distribuidas sobre un enorme *saloon*, se encontraban doce mesas redondeadas de madera en las que se jugaban partidas de cartas. Cada mesa contaba con ocho jugadores, y alrededor de cada una de ellas había gente de pie que se hallaba viendo las diferentes manos de la partida, quizás esperando a que alguien dejara un sitio vacante en el que poder sentarse y pasar a ser ellos uno de los jugadores. Sobre sus cabezas, sobre cada mesa, colgaba una lámpara de lágrimas de cristal de siete brazos. Las lámparas iluminaban intensamente toda la sala, ya que era noche cerrada, aunque allí dentro no lo pareciera.

Desde detrás de la enorme barra de madera de la pared del fondo, destacando sobre las botellas situadas en el estante de detrás y reflejando su delgada figura en el enorme espejo que a lo largo cubría esa misma pared, se encontraba una sola mujer observando todo cuanto allí dentro acontecía. Lo hacía con los ojos caídos y con indiferencia. Se le marcaban los huesos de la cara y era rubia con unos grandes ojos azules. Su rostro era pálido y tenía solo una delgada línea como cejas. Unas pestañas postizas y un lunar en su pómulos derecho completaban su semblante.

Sin lugar a dudas, era una mujer muy hermosa, pero el vestido que se ceñía a su cuerpo y la gran cantidad de maquillaje que llevaba puesto le conferían un aspecto zafio y vulgar, mostrándose como lo que era en realidad, una chica de *saloon*. La mujer mostraba una actitud fría e inaccesible a todos los allí presentes, quienes no hacían otra cosa que intentar captar su atención.

A pesar de encontrarse un poco desorientado, Benjamín podía ver y escuchar perfectamente todo cuanto allí ocurría. Había personajes de todos los estilos y de todos los aspectos. Desde el que le mostraba un rostro bonito y creía que con eso iba a tener bastante, pasando por los que estaban convencidos de que, mostrándole en su mirada el mundo interior que guardaban, iban a captar su atención, hasta los que no dejaban de hacer mil y una piruetas para, de ese modo, intentar que la mujer se fijara en ellos. Como mucho, y esporádicamente, lo único que conseguía alguno de ellos era arrancar una mirada fugaz de la mujer, la cual rápidamente perdía el interés en lo que estaba viendo.

Una gran multitud de caras desconocidas se abrían en semicírculo ante la enorme barra, sobre la que descansaban un pequeño número de vasos llenos de bebida. No tardó mucho tiempo en comprobar que solo bebían aquellos que habían resultado ganadores de las diferentes manos que allí se jugaban.

Sintiéndose extraño allí dentro, se encaminó hacia la salida. Allí, frente a los batientes que formaban la puerta, le estaba esperando una mujer con gesto serio, envuelta su esbelta figura en un manto oscuro. La prenda cubría parte de su bello y lánguido rostro, que tenía una piel tan blanca como la luna que los estaba contemplando en estos momentos. Unos ojos tan grandes y tan oscuros como esa misma noche lo contemplaban con frialdad, y esos mismos ojos desprendían un brillo tan intenso que era imposible mantenerle la mirada a la mujer. Benjamín descubrió que era la misma mirada cansada que había acompañado a tantos y tantos rostros en los últimos momentos de su vida. A pesar de todo ello, la mujer, con su porte, desprendía elegancia y respetabilidad.

Benjamín, al intuir quién era, le preguntó:

—¿Eres tú? —dijo, sin atreverse del todo a hacerle la pregunta que despejaría todas sus dudas.

—Sí. Yo soy.

—¿Eres tú? ¿Eres la muerte? —la pregunta por fin salió de los labios del hombre como un susurro, como si temiera haber pronunciado su nombre.

—Así es —le respondió la mujer—. Yo soy lo que tú entiendes como muerte.

—¿Eres en realidad así? —le preguntó todavía con incredulidad—. ¿Es este tu aspecto? —siguió preguntándole sin creerse aún nada de lo que estaba viendo.

—Así es como tú crees que soy. Y, por lo tanto, así he venido.

—¿Qué quieres decir con eso? —siguió preguntándole asombrado—. ¿Que tienes tantas caras como personas vienes a recoger?

—Más o menos. Mi imagen es la que tú quieres que sea —le contestó sonriéndole por primera vez.

—¿Cuál es tu imagen real? ¿Eres así de verdad?

—Soy así y de muchas maneras. ¿Vienes? —le invitó finalmente la mujer a acompañarla, comprobando que el hombre que tenía frente a sí echaba un último vistazo al interior del *saloon* .

—¿Entonces la vida no es así? —le preguntó señalándole el interior del local, resintiéndose a cruzar el umbral.

—La vida es así, puesto que tú crees que es así.

—¿Estás siendo sincera conmigo? ¿Me estás diciendo la verdad? ¿Es todo esto real? —le preguntó señalándole el *saloon* .

—Es tan real como tú quieres que sea.

—No me estás aclarando gran cosa —se lamentó.

—Todo aquello que estás viendo es la interpretación que tú haces de la vida y de la muerte, por lo tanto, todo esto es tu verdad —le aclaró algo impaciente la muerte.

—¿Por qué tanta prisa? —quiso saber Benjamín.

—Porque nos están esperando.

—¿A quién? ¿A mí? —le preguntó asombrado.

—Así es.

—¿Quién puede estar esperándome? ¿Alguna cara conocida de mi pasado? —le volvió a preguntar inquieto.

—Cuanto antes des ese paso, antes lo sabrás. Vamos —concluyó la muerte cogiéndolo de la mano y atrayéndolo hacia sí, fuera del local.

Capítulo XXXVIII.

Covadonga

La última de las mentiras, la cuarta, había tomado cuerpo definitivamente en mi ánimo, instalándose en él y sin dejar de repetírmela una y otra vez esa vocecilla que tenía por conciencia.

El viento estaba barriendo con sus frescas manos la terraza desierta del restaurante donde aún permanecíamos de pie el trío formado por Santiago, Simón y yo misma.

—Espera, ¿qué haces? —le pregunté confundida a Simón al ver cómo este, después de un breve y débil adiós, se disponía a marcharse.

—Marcharme lo más rápido que pueda de aquí —me respondió con premura.

—¿Cuándo nos vamos a volver a ver? —le volví a preguntar, ya que tenía la intención de quedarme un poco más hablando con el policía que tenía junto a mí.

—Dejemos que eso lo diga el destino.

—No quiero dejarlo en manos del azar —dije con convencimiento—. Así que dime cuándo.

—¿Qué te parece cuando los cerezos florezcan? —me contestó como única despedida, iniciando la marcha y dejándome allí junto a Santiago sin saber qué hacer.

No pude evitar que mi cuerpo sufriera un ligero estremecimiento a pesar de haberme puesto la gabardina corta nada más salir del recinto. El policía que estaba junto a mí permanecía impassible aguantando las frías caricias de la noche, como si estas pudieran aliviar un poco su maltrecho ánimo. Mis ojos contemplaban el lento discurrir de Simón, el cual iba bajando lentamente las escaleras alejándose de mí, de todos los sueños que había concebido con él y que ahora, viendo cómo se marchaba, iba a ser incapaz de materializar.

Finalmente, tras una ráfaga de helado viento, le pregunté a Santiago:

—¿Qué le puede pasar a Bartolomé? —mi voz

reflejaba todo el temor que sentía por el hombre que se había quedado atrás, en el interior del local.

—No lo sé. Solo me ha dado una serie de extrañas instrucciones si a vosotros dos os pasa algo. Y a él me ha dicho que lo deje en paz, que ya ha tenido bastante —me respondió vagamente. Sus palabras intentaban transmitir frialdad, pero sus ojos no lo conseguían, y es que era plenamente consciente de lo que le podía ocurrir.

—Pero pueden matarlo por lo que sabe, ¿no? — expresé sin tapujos cuál era uno de mis temores.

—Él hace mucho tiempo que murió —añadió dolorosamente Santiago, recordando la frase que le había repetido en infinidad de ocasiones—. Murió el mismo día que falleció su esposa. ¿Sabe lo que me dijo cuando le indiqué que tenía que seguir con su vida?

—No —le respondí.

—«Vive y deja vivir. Sueña y deja soñar. Y muere y deja morir» —finalizó el hombre con pesadez.

—Entiendo —cabeceé—. ¿Y ahora qué? —le pregunté inquieta.

—Ahora —me respondió con dureza—, está en sus manos aprovechar el sacrificio que un hombre bueno ha hecho por usted y por él —concluyó señalando con la mirada la figura de Simón que se alejaba calle abajo.

Al seguir la mirada de mi acompañante y posarse mis ojos en Simón, una pregunta comenzó a martillearme. En ese instante, a mi mente acudió una vez más el rostro alegre, jovial y divertido de mi padre. Me podía imaginar perfectamente esa imagen y lo que me estaría diciendo mientras me miraba con ternura:

«Querer a una persona es relativamente fácil, para ello solo has de seguir el dictado de tus sentimientos. Pero dejarse querer es mucho más complicado, pues requiere una gran dosis de valor para permitirse la entrega a otra persona. Recuérdalo, pequeña».

Una vez más, mi padre había estado ahí para indicarme lo que tenía que hacer. Lo único que necesitaba ahora era reunir el suficiente valor para dar el siguiente paso. Así que, tras despedirme precipitadamente del sujeto que estaba junto a mí, me lancé escaleras abajo en pos de la figura que se marchaba, con la intención de mezclarme con él entre las sombras de la noche.

Parecía que ahora, al menos, yo había reunido el valor suficiente como para intentar dar forma a esos sueños que había forjado junto al hombre que amenazaba con desaparecer entre la oscuridad.

Aquí va la cuarta y última de las mentiras que me digo:

creer que voy a poder vivir sola, sin nadie a mi lado. Sin nadie a quien amar ni querer.

La fina columna de humo que salía del cigarrillo de Santiago se elevaba en dirección a la luna, mientras este permanecía inmóvil contemplando la escena. Los ojos de la luna acompañan la figura de los dos jóvenes que iban calle abajo, e iluminaban suavemente la silueta plateada de un vehículo que iban dejando a sus espaldas. La mirada de Santiago estaba centrada en el único individuo que había en su interior y, de una forma callada y muda, le sugería que dejara a la pareja en paz. Esa misma mirada le indicaba al individuo de dentro del vehículo, que se ocultaba tras unas gafas oscuras, que, al menos esa noche, él no iba a permitir que les ocurriera nada.

La luna, desde lo alto, observaba a Santiago con una mezcla de reconocimiento y admiración, y torcía su mirada para desear a la pareja que ese sentimiento que ambos tenían entre sí se consolidara.

Capítulo XXXIX.

Benjamín

*Alcé los ojos; y cual de mañana
la porción oriental del horizonte
está más encendida que la otra,
así, cual quien del monte al valle observa,
vi al extremo una parte que vencía
en claridad a todas las restantes.* [\[60\]](#)

Un todavía asombrado Benjamín, con la luna como única compañera a sus espaldas, se extrañaba por no llevar puestas las gafas que desde niño lo habían acompañado y, más aún, al contemplar cómo era perfectamente capaz de ver bien sin la ayuda de estas.

Una gran duda lo asaltaba ahora. Tenía que ver con las últimas palabras que había cruzado con esa extraña mujer, al confesarle esta que allí lo estaba esperando un rostro conocido. Sus padres aún vivían y carecía de hermanos, por lo tanto, las caras conocidas que se podía encontrar allí eran una hermana de su madre, sus abuelos y Eloy, ese amigo que tanto le marcó. No obstante, había detectado en el tono de voz de la mujer que se iba a encontrar al cruzar el umbral con alguien mucho más próximo y apegado a él, y ese alguien solo podían ser o sus padres o ella, Alba.

No, desechó esa idea inmediatamente, ella no podía ser, ella y su bebé aún no nacido no podían estar allí, los esperaba una larga y feliz vida por delante. Eso al menos era lo que él quería pensar mientras se dirigía con paso firme, sin saber muy bien por qué, hacia el montículo que tenía enfrente.

Ahora entendía el porqué de esa premura en su caminar que lo tenía un tanto desconcertado. A sus pies se abría un valle iluminado por el sol, que se hallaba esperándolo en lo alto, frente a él. Al alzar un poco la mirada, Benjamín divisó cómo la luna y el sol se hallaban una frente al otro, observándose larga y detenidamente. Lo hacían como esos dos amantes que han estado mucho tiempo sin verse, tanto que les cuesta creer lo que están viendo.

Al bajar la mirada hacia el valle que se abría ante él, sus ojos observaron maravillados la enorme extensión de tierra recubierta con cada uno de los diversos matices del rosa. Ese estallido de color era fruto de una infinidad de flores de cerezo abiertas a sus pies.

A sus oídos llegaba ahora el amortiguado sonido de unos pasos pisoteando la hierba tras él, acompañado por un jadeo que le indicaba que alguien estaba ascendiendo por la misma cuesta que él había transitado hacía breves momentos, y por su nariz se introducía el aroma que tanto había añorado y que tantas y tantas veces había deseado sentir por la mañana al despertar. Olía la confianza que le daba el poso del clavo. Olía la ternura reflejada en la fragancia de rosas que se

elevaba sobre el primero y olía el cariño regalado por la esencia de vainilla que envolvía los dos aromas anteriores. Esos olores sirvieron de antesala para comprobar que su amada había acudido a su encuentro. Benjamín sabía ahora que la espera había terminado.

—Tal y como te dije, ¿recuerdas? Nos encontraremos cuando los cerezos florezcan —dijo él, enseñándole la inmensa superficie de cerezos en flor que se mostraba ante ellos, cogiéndole ambas manos y apretándolas contra su cuerpo.

—Por fin estamos aquí —le dijo ella al oído mientras lo abrazaba por detrás, liberada del peso de secretismo que había llevado durante toda su vida con él y que había estado destrozándola por dentro, al no poder decirle a la persona que amaba toda la verdad.

Ahora ya podía decirle sin temor alguno que le había estado ocultando durante mucho tiempo quién era ella en realidad. Ahora ya podía decirle que había trabajado para los servicios de inteligencia. Ahora ya podía decirle que su nombre en clave había sido Tenaz. Ahora ya podía decirle que, en realidad, su acercamiento inicial a él no fue más que una misión de agente infiltrado. Y ahora ya podía decirle que todo eso le daba igual, que lo que en realidad le importaba era que lo quería y que no iba a dejar de quererlo nunca.

—¿Te acuerdas aún de cuando nos conocimos? ¿Te acuerdas de lo que me dijiste sobre la canción que yo te recordaba?

—Claro, ¿cómo lo iba a olvidar? Esa canción — comenzó a recitar—, empezaría con un largo lamento emitido por el acorde de una guitarra eléctrica, que sería el tiempo que he estado buscándote.

»Esta iría acompañada por una batería cuya rítmica cadencia representaría los pasos que he tenido que dar, durante toda mi vida, hasta dar contigo.

»Y, para finalizar ese momento, lo haría con una armónica que, con un hondo pesar, te diría lo triste que sería vivir un día más sin ti.

Al final, sin saber aún muy bien cómo, había cumplido su palabra. Su sueño se había cumplido, y es que, quizás, todos los sueños se cumplan y lo único que no sabemos es ni dónde ni cuándo.

FIN

Notas

^[1] *La Casa* : término con el que se conoce a los servicios de inteligencia.

[2] *control de actividades* : consiste en investigar a fondo a un objetivo. Para ello se utiliza el seguimiento de este por agentes operativos para conocer sus hábitos y costumbres, así como entrar en su domicilio particular y en su trabajo para instalar micrófonos con los que realizar escuchas y tenerlo así localizado las veinticuatro horas del día.

[3] *orden de apoyo operativo* : trámite interno con el que se solicita al Departamento de Apoyo Operativo que algunos de sus agentes realicen una determinada misión.

[4] *(DAO)* : Departamento de Apoyo Operativo, integrado por los agentes operativos, quienes ejecutan las misiones que los servicios de inteligencia estiman oportunas.

[5] Lema del Departamento de Apoyo Operativo.

[6] *NTI*: Nota de Trámite Interno.

[7] *CA*: Control de Actividades.

[8] *DI4*: Área de Terrorismo de la División de Inteligencia

Interior.

[9] *hanami* : hana es flor en japonés y mi proviene del verbo ver. Se trata de una tradición japonesa consistente en la observación de las flores, en general asociada a la época del año en que florecen los cerezos.

[10] Maurice Joly (1829-1878) fue un satirista y abogado francés, autor de *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu* .

[11] *Glock 19c* : pistola semiautomática de calibre 9x19 mm, diseñada y producida por Glock Ges.m.b.H..

[12] *AUG-77*: Fusil de asalto diseñado en la década de los 70 por Steyr Mannlicher GMBH & Co KG..

[13] *lamia* : ser legendario que escondía un monstruo que devoraba niños bajo la apariencia de una bella mujer.

[14] Friedrich Wilhelm Nietzsche (1844-1900) fue un filósofo, poeta y filólogo alemán, considerado uno de los pensadores más influyentes del siglo XIX.

[15] Kurt Donald Cobain nació en Aberdeen el 20 de febrero de 1967 y murió en Seattle el 5 de abril de 1994. Fue el cantante, compositor, y guitarrista de la banda grunge de Seattle Nirvana.

[16] Personaje protagonista de varias de las entregas de la novela gráfica *Sin City* , creada por Frank Miller.

[17]_Personaje femenino que aparece en la novela gráfica *Sin City* de Frank Miller.

[18]_Asia Argento (Roma, 20 de septiembre de 1975) es una actriz y directora de cine y televisión italiana.

[19]_*qanún* : instrumento que surgió en Persia en el siglo IX de nuestra era. Es una cítara, de tamaño variable, formada por una caja en forma trapezoidal.

[20]_*darbuka* : instrumento de percusión de origen árabe usado en todo el Medio Oriente. Pertenece al grupo de los tambores de copa.

[21]_*wadha kebir* : ritmo 8/4 que es utilizado en ciertas danzas orientales.

[22]_Clinton Francis Burton es el nombre auténtico de Ojo de Halcón, superhéroe de Marvel Comics.

[23]_*Asgard* : lugar donde moran los dioses de la mitología nórdica.

[24]_*Ragnarok* : en la mitología nórdica, es la batalla del fin del mundo.

[25]_*amonal* : explosivo fabricado con una mezcla de nitrato amónico, trinitrotolueno y polvo de aluminio.

[26]_*amosal* : explosivo basado en nitrato amónico y polvo de aluminio.

[27]_*amerital* : explosivo compuesto por nitrato amónico, dinitrotolueno y exógeno.

[28]_*hexolita* : explosivo formado por exógeno y trinitrotolueno.

[29]_*sigmatel* : explosivo hecho con nitrato amónico, polvo de aluminio y emulgente.

[30]_*Operación Jaula* : dispositivo policial que se activa en casos de gravedad. Se traza un perímetro de seguridad sobre el punto donde ha tenido lugar el incidente y se controla la entrada y la salida de personas, a fin de detener al autor o autores.

[31]_*RZM: Reichzeugmeistereider* (Oficina Nacional de Control de Material). Fue la organización de la Alemania nazi para el control de diversos productos manufacturados en el marco del Tercer Reich de

Hitler.

[32]_‘Sangre y Honor’.

[33]_Noche de Alegría es uno de los escenarios donde transcurre la acción de la novela *La conjura de los necios* , escrita por John Kennedy Toole.

[34]_John Wallis (1616-1703) fue un matemático inglés a quien se atribuye en parte el desarrollo del cálculo moderno. Fue un precursor del cálculo infinitesimal, introdujo la utilización del símbolo ∞ para representar la noción de infinito.

[35]_hutus : pueblo africano de agricultores que forman el núcleo de población de los actuales Ruanda y Burundi y República Democrática del Congo.

[36]_tutsi : pueblo que conformaba la élite gobernante en los reinos africanos tradicionales situados en los actuales Ruanda y Burundi y en una pequeña parte de la vecina Tanzania..

[37]_FPR : Frente Patriótico Ruandés. Partido que estaba en el poder durante las matanzas que tuvieron lugar a lo largo de 1994 y cuyo brazo armado, las milicias hutu llamadas *Interahamwe* e

Impuzamugambi , protagonizaron la mayoría de los asesinatos.

[38]_RTLW : Radio Televisión Libre de las Mil Colinas. A través de la estación de radio Des Mille Collines, se difundía impunemente la propaganda racista y genocida en contra de los tutsis. Alentaba en su programación diaria a los hutus a asegurarse de que los niños tutsi también fueran asesinados y a que llenasen las tumbas cavadas para enterrar a los tutsis.

[39]_Cronos : en la mitología griega, gobernador del universo durante la edad de oro. Fue derrocado por sus propios hijos: Zeus, Hades y Poseidón.

[40]_Pierre Joseph Proudhon (1809-1865), escritor y teórico político francés, llamado a veces el padre del anarquismo moderno.

[41]_Mijaíl Alexándrovich Bakunin (1814-1876), fue un conocido anarquista ruso contemporáneo de Karl Marx.

[42]_Piotr Alekséyevich Kropotkin (1842-1921), fue geógrafo, aparte de pensador político ruso, siendo considerado uno de los principales teóricos del movimiento anarquista, dentro del cual fundó la escuela del anarco-comunismo.

[43]_Ned Ludd. Trabajador británico, cuya vida se sitúa en torno al siglo XVIII o XIX, de existencia legendaria y dudosa; . Se cuenta que, hacia 1779, rompió varias máquinas textiles, lo que constituiría la base del ludismo, movimiento de oposición al maquinismo y a toda forma de tecnología en la Revolución Industrial y en el mundo moderno.

[44]_Fidel Alejandro Castro Ruz (1926-2016), presidente de Cuba, tomó el poder en 1959 tras derrocar al dictador Fulgencio Batista.

[45]_Ernesto Guevara (1928-1967), más conocido como Che Guevara, fue un político, escritor, periodista y médico de origen argentino. Guevara fue uno de los ideólogos y comandantes que lideraron la Revolución cubana.

[46] Pixies es una banda de *rock* alternativo que nació en 1986 en la ciudad de Boston.

[47] El son de la Má Teodora data del siglo XVI, es uno de los sones más antiguos conocidos. El son cubano es un género musical originario del este de Cuba.

[48] Srinivāsa Aaiyangār Rāmānujan (1887-1920) fue un matemático hindú.

[49] *funciones modulares* : funciones matemáticas complejas.

[50] La Era Meiji (1867-1912) abarca el reinado del emperador Meiji,. Durante ese periodo, Japón comenzó su modernización, erigiéndose como potencia mundial.

[51] El *bushido* es un código ético estricto y particular al que muchos samuráis (o *bushi*) entregaban sus vidas, que exigía lealtad y honor hasta la muerte.

[52] Mariano José de Larra (1809-1837), escritor y periodista español famoso por sus brillantes retratos críticos de la vida y la sociedad española de su época. Fue uno de los más importantes exponentes del romanticismo español.

[53] Frases finales de la novela *El doncel de don Enrique el Doliente* , publicada en 1834 y escrita por Mariano José de Larra.

[54] El alquerque es un popular juego de mesa muy antiguo y originado en el Medio Oriente..

[55] Calvario o Gólgota es el nombre dado al monte de las afueras de Jerusalén donde Jesús fue crucificado.

[56] Frase que aparece escrita en uno de los grafiti grabados en el castillo de Chinon, donde Felipe IV el Hermoso mantuvo prisioneros durante años a la cúpula de la orden del Temple antes de ser ejecutados.

[57] Símbolo que hizo famoso el cuerpo del ejército nazi SS.

[58] ‘Dios con nosotros’. Era el lema de la Infantería del Ejército alemán, la Wehrmacht.

[59] Letra de la canción *Ojos de España* , himno de los agentes operativos pertenecientes a La Casa.

[60] Canto XXXI de La *Divina Comedia* de Dante Alighieri.